



Contra el olvido

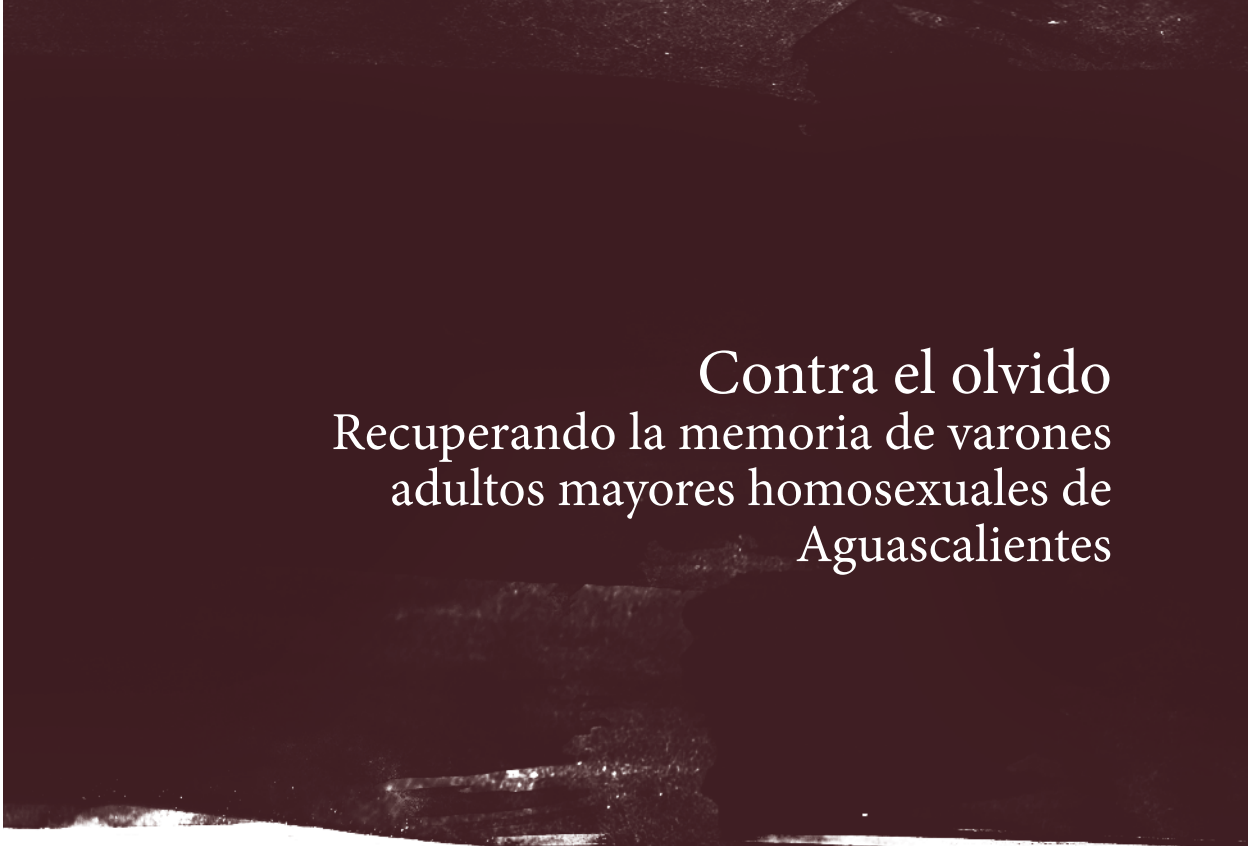
Recuperando la memoria de varones
adultos mayores homosexuales
de Aguascalientes

Juan de la Cruz Bobadilla Domínguez



Contra el olvido
Recuperando la memoria
de varones adultos mayores
homosexuales de Aguascalientes





Contra el olvido

Recuperando la memoria de varones adultos mayores homosexuales de Aguascalientes

Juan de la Cruz Bobadilla Domínguez

Contra el olvido

Recuperando la memoria de varones adultos mayores homosexuales de Aguascalientes

Primera edición 2025
(versión electrónica)

Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940, Ciudad Universitaria,
Aguascalientes, Ags., C.P. 20100

Juan de la Cruz Bobadilla Domínguez

ISBN 978-607-2638-84-6

Hecho en México/*Made in Mexico*



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Índice

Prólogo	13
Introducción	17
Capítulo I Vejez. Estudio y análisis	31
Capítulo II Adultos mayores homosexuales en Aguascalientes	67
Capítulo III Procesos de subjetivación en varones adultos mayores homosexuales de Aguascalientes. Contra el olvido	109
Capítulo IV Caracterización de la vejez homosexual: visibles y presentes	147

Capítulo V

Referentes socioculturales de varones adultos mayores homosexuales. Situando en perspectiva	239
--	-----

Conclusiones

Memoria y reconocimiento	279
--------------------------	-----

Referencias

289

Hay que recuperar, mantener y transmitir la memoria histórica, porque se empieza en el olvido y se termina en la indiferencia.

José Saramago



Dedicatoria

El presente texto guarda condiciones particulares desde su conformación: nació como investigación en el año 2020, durante la pandemia de covid-19, con las zozobras que implicó en lo personal y colectivo.

Cuando iniciaba el trabajo de campo, a mediados del 2022, a poco más de la mitad de las entrevistas con el primer participante, interrumpimos por una intervención quirúrgica que él había estado postergando. Los estudios preoperatorios diagnosticaron un escenario desfavorable; poco después de la operación falleció; un cáncer en fase terminal se había manifestado. No terminé de entrevistarle, no concreté su historia de vida; su testimonio no está completo, más no su presencia y su memoria. Su huella está en las líneas que compartió y permitió darles voz. A él está dedicado este texto, con mi reconocimiento, admiración y aprecio.

Me encontraba en la recta final del levantamiento en campo, entrevistando al último informante, cuando el día 13 de noviembre del 2023 fue asesinado arteralmente en Aguascalientes, junto con su pareja Dorian, el magistrado Ociel Baena Saucedo. Resultó paradójico que me enterara en plena sesión del curso de Derechos Humanos y Diversidad Sexual que impartía por última vez en la UAA, previa mi jubilación. El dolor, la indignación, la rabia y la impotencia que de por sí permeaban, se incrementaron horas más tarde cuando verificábamos que, mediáticamente, se arremetía con dolo y morbo, reproduciendo el discurso que histórica y sistemáticamente ha estigmatizado a las poblaciones LGBTIQ+. La Fiscalía de Aguascalientes calificaba, una vez más, como crimen pasional uno a todas luces de odio; una Fiscalía cuyos procedimientos fueron informar primero a los medios y no a la familia, filtrar fotografías de las víctimas, adelantar indicios sin peritaje completo, acelerar los procesos de las autopsias, una inusitada prisa en todo el proceso, entre otros.

A nivel nacional e incluso internacional, sobrevinieron múltiples reacciones exigiendo una investigación apegada a protocolo de derechos humanos LGBTIQ+, con perspectiva de género, y descartando el supuesto crimen pasional, dado que Ociel vivía amenazado por el odio institucional, el odio político y un odio social mediático por redes sociales y la ultraderecha clerical y empresarial de Aguascalientes. Al momento de escribir estas líneas, el caso había sido minimizado e ignorado políticamente por el gobierno de Aguascalientes. El “carpetazo”, como se estila en México, ya no digamos en Aguascalientes, ha sido contundente. A Ociel y a Dorian están también dedicadas estas páginas, a sus vidas y su trascendencia en la lucha LGBTIQ+ de nuestro país.

Por último, dedico también este texto a todos nuestros “viejos” homosexuales y gais; a quienes con su vida, memoria y testimonio han abierto el camino de disidencia y resistencia que orgullosamente hemos seguido y seguiremos recorriendo. Es gracias a ellos que esto continúa, se mantiene vivo, perdura y trasciende. Por ustedes y para ustedes es este trabajo.



Prólogo

En años recientes, diversos países a nivel global están expresando su preocupación por las dinámicas demográficas en su interior. Muchos han visto disminuida la tasa de natalidad, lo que lleva a prever dos posibles escenarios: por un lado, un envejecimiento de la población con el consiguiente debilitamiento de sus economías y, por otro, la necesidad imperiosa de generar estrategias de cuidado hacia esos adultos mayores, considerando que muchos de ellos no han establecido redes de apoyo económico o afectivo que les provea condiciones mínimas de existencia.

Igual que en muchos otros contextos, en México no se ha desarrollado una política pública que atienda las necesidades de cuidado de esa creciente población de ancianos. El gobierno federal, desde el sexenio anterior, en una estrategia neoliberal, optó por trasladar la responsabilidad del cuidado al sujeto mismo a través de la llamada “pensión del bienestar”, equivalente a un tercio del salario mínimo vigente. Considerando que, al menos la mitad de la población sobrevive a través de la economía informal, no cuentan con seguridad ni prestaciones sociales a través de un esquema de jubilación, lo que

supone que las estrategias de cuidado, principalmente en lo relativo a acceso a servicios de salud, deberán resolverlas fundamentalmente con sus propios recursos.

A su vez, el grave deterioro de los servicios públicos de salud en México, el Gobierno Federal ha reconocido un creciente acceso a la atención de la salud de forma privada a través de los consultorios médicos anexos a las farmacias en todo el país. Aunado a ello, es necesario igualmente señalar que los establecimientos privados dedicados a la atención y cuidado de adultos mayores funcionan con escasa regulación y supervisión por parte de la Secretaría de Salud, o cualquier otro ente público que garantice las condiciones sanitarias, de higiene y de profesionalismo del personal que atiende, por lo que en muchos de los casos son las buenas intenciones y el sentido común lo que orienta dicha atención.

En estas condiciones precarias de vida se encuentra una amplia población que ha llegado a la tercera edad; sin embargo, no se puede negar que muchas de esas condiciones están determinadas por factores como la clase social, la orientación sexual, el sexo, identidad de género y nivel educativo. En ese sentido, hay una enorme disparidad en las condiciones de cuidado y la calidad de vida de los sujetos en función de su propia independencia y autonomía en términos psicológicos, físicos y económicos.

Como decía previamente, el contexto sociohistórico es relevante. En ese sentido, pensar en estos sujetos en el marco del neoliberalismo contemporáneo nos da algunas pistas para comprender las dimensiones que acabamos de mencionar.

En este marco, la investigación que presenta Juan de la Cruz Bobadilla Domínguez nos ayuda a conocer aspectos relevantes de un grupo de hombres homosexuales que, en términos formales, han alcanzado la condición de adultos mayores que mantienen su independencia y autonomía tanto en términos económicos como físicos. Claramente son sujetos que por diversas razones viven en condiciones “privilegiadas”, aun considerando el contexto conservador y homófobo de la sociedad hidrocálida.

En ese sentido, lo que encontramos en este trabajo son los testimonios de habitantes de la ciudad de Aguascalientes que han vivido con ciertas condiciones de privilegio al menos en términos económicos. Ello sin duda obliga a considerar que sus historias, encuentros, afectos, y vejez necesariamente están marcadas por esa dimensión de clase que los distancia de otros sujetos

gais de la misma entidad, aún de la misma edad, pero que no gozaron de las mismas condiciones económicas.

Investigaciones previas del propio autor nos han mostrado los contrastes en la misma entidad de una serie de personajes tanto de la capital como del conocido municipio de Calvillo, en donde a lo largo de muchos años han tenido que generar estrategias de sobrevivencia ante toda clase de hostilidades sufridas cotidianamente tanto en el contexto familiar como en los ámbitos social y laboral.

Lo que han mostrado diversas investigaciones es que suele haber un desplazamiento de los sujetos LGBTQ+ hacia grandes ciudades en las que encuentran condiciones de vida menos restrictivas. En ese sentido, tiene relevancia conocer, a través de la presente investigación, lo que ha sido la vida de quienes voluntaria o involuntariamente vivieron en una ciudad relativamente pequeña, en la que pasar desapercibido siendo de cierto nivel social es casi imposible.

Por lo anteriormente expuesto, considero necesario reconocer el arduo trabajo de investigación desarrollado a lo largo de ya muchos años por Juan de la Cruz Bobadilla Domínguez en el que nos ha permitido conocer las condiciones de vida de los sujetos gays desde la temprana juventud hasta la vejez en una de las entidades más conservadoras de nuestro país, haciendo aportes etnográficos fundamentales que, sin duda, ya resultan de lectura obligada para la comprensión de esta región del país.

Mauricio List Reyes



Introducción

Peter Pan no existe... ni en el mundo gay.

Inicio con una reflexión que captura el momento y sentir que me provocaba el abordaje de la presente investigación cuando aún no contaba con todo el material que trabajaría; es preliminar, pero engloba la inquietud epistemológica que motivó decantarme por el tema.

El declinar de la vida antecede su irremediable ocaso, llega tarde o temprano a todo ser humano, es el ciclo de vida inaplazable y la prueba de un estado contingente. La edad es el pasaporte que se va reconfigurando conforme se avanza en este proceso y la adscripción al grupo de los adultos mayores o población de la tercera edad llega en cuanto se cubre la taza reconocida. Se es adulto mayor por condición sociodemográfica, por corte generacional y variable etaria, pero también por formalización, por reconocimiento oficial y normativo, es decir, por trámite burocrático; hay también quienes señalan que es un periodo volitivo y negociado en cada sujeto para con su subjetivación. Finalmente, no solo arriba para muchos el retiro de la vida laboral, sino una condición que para algunos permitirá recibir ciertos beneficios que harán

idealmente más llevadera o menos hostil la nueva etapa de vida, la última, por cierto.

Pero qué sucede cuando ese sujeto, además de lo intrínseco, agrega un estatus singular: su condición de varón no responde a los mandatos de la masculinidad hegemónica, sino que, por el contrario, transgrede ese estadio al no ser padre biológico de familia, muy probablemente abuelo y por tanto con nietas o nietos, pudiendo estar aún con una esposa, ser viudo o divorciado; en suma, un adulto mayor heterosexual cuya trayectoria de vida sumó prerrogativas, y que al momento de llegar a la tercera edad le son concedidas conforme las expectativas que el orden normativo del género demandaron.

La marginación de la tercera edad es quizá una de las variantes de los procesos de exclusión social que se suelen articular con mayor beligerancia y legitimidad en el imaginario del mundo posmoderno. La “caducidad” y carencia de productividad son fundamentos bajo los cuales se sostiene la discriminación sistemática que padecen estas poblaciones, y agregando, además, condiciones de interseccionalidad, siendo particularmente sensibles en países emergentes como el nuestro.

Y si a esta marginación, *per se*, se le anexa la atribuida por una condición no heterosexual, es decir, por pertenecer o reconocerse parte de la diversidad sexual, la discriminación se verá duplicada, o incluso triplicada, adquiriendo un sentido contundente. Ser viejo en la actualidad es una condición percibida negativamente, es desafortunada, desagradable e indeseable a las mayorías, principalmente las jóvenes. Pero si se es adulto mayor gay, el estatus puede ser aún más estigmatizante, lo que traerá consigo que el sujeto vea incrementada la posibilidad de ser mayormente excluido, rechazado e incluso vejado o agredido.

Surge la invisibilidad como opción y estrategia de sobrevivencia para muchos varones adultos mayores pertenecientes a la diversidad sexual. Su paradoja radica en que, si el adulto mayor en general es objeto de invisibilidad social e institucional, el adulto sexo diverso incrementa significativamente esa invisibilidad si se asume y “visibiliza”, por lo que, en muchas ocasiones, se ve obligado a negarse, a regresar al clóset, sin por ello evitar la invisibilidad inherente a su condición de adulto mayor, solo deja de multiplicarla porque además de ser “viejo”, es homosexual o gay; condición que motiva a ejercer matices según contextos y sujetos particulares.

En suma, los adultos mayores son invisibles, pero los adultos mayores homosexuales –denominados así por la época– lo son aún más. No existen,

porque el axioma resolutivo es contundente: simplemente sería mejor que “no existieran”. Pareciera que el varón gay no “debe” llegar a viejo, análogo al *rock* cuando surgió, donde quedaba acotado el rango de edad para pertenecer y permanecer, prescribiendo un dictamen de caducidad enfrentado hoy día por esa generación. “Hope I die before I get old” (“Espero morir antes de llegar a viejo”), rezaba el verso del “himno” del grupo británico The Who, “My Generation” en 1964, mismo que vaticinaba lo utópico y efímero del sueño deseado, y que hoy, su resignado autor, Pete Townshend, continúa eventualmente cantando, con cerca de ochenta años.

Eduardo Guillot alude a esta generación, que nació, creció y ha llegado a la vejez junto con el *rock*, al señalar que

el síndrome de Peter Pan ha sido una de las enfermedades crónicas del *rock*, y los consumidores no supieron cómo reaccionar cuando sus ídolos crecieron. Dada la relativa juventud del género, y la inclinación de sus creadores por morir en edad temprana (accidentes, suicidios y muertes a causa de las drogas salpican copiosamente su historia), el *rock* no se había visto hasta hace bien poco en la tesitura de preguntarse qué hacer con sus mayores (Guillot, 1997: 23–24).

Regresando a esta doble condición de vulnerabilidad –llegar a adulto mayor siendo homosexual–, esto conduce a que el sujeto asumido se enfrente a una disyuntiva cuya deliberación definirá el estado que guarde lo que le reste de vida. Un factor determinante será el papel que juegue la familia tanto natural como alternativa que el sujeto haya podido construir o mantener y volcar en torno a su aceptación y apoyo a lo largo de su existencia. Este soporte, en ocasiones, permite que el sujeto no tenga que replegarse hacia un nuevo clóset: el clóset del adulto mayor o clóset del retorno, como lo denomino, –puesto que los demás clósets tuvieron verificación a lo largo de la vida e iniciaron desde su toma de conciencia, siendo por tanto de salida–; sin embargo, muchos adultos mayores homosexuales llegan a la tercera edad completamente solos, ya sea porque su familia ha muerto o porque no son aceptados por ella, por lo que no hay contacto y menos cuidado, respaldo o apoyo hacia ellos; porque su cohorte ha muerto o se han quedado sin amigos porque han ido muriendo. En suma, son quienes enfrentarán mayor conflicto alrededor de la disyuntiva en regresar o no al clóset para intentar amortiguar el golpe de la marginación de su estadio.

Por tanto, el desafío de la presente investigación, además de dar cuenta de la problemática registrada en torno a la complejidad del fenómeno de la vejez en el mundo posmoderno de la realidad mexicana, suma su confluencia y verificación dentro de la diversidad sexual. Me dirijo a recuperar voces silenciadas que no han sido escuchadas ni atendidas. De forma tal que mi propósito es desentrañar y profundizar en sus experiencias, necesidades y expectativas; en sus realidades, saberes, pensares y sentires.

Es una realidad que, si reparamos en la historia del surgimiento del movimiento LGBTIQ+ en nuestro país, denominado en su inicio movimiento de liberación homosexual, los pioneros, activistas y luchadores sociales que le dieron origen están llegando a la cúspide de sus vidas; algunos de ellos ya han partido, es decir, la inversión de la pirámide poblacional propicia el irreversible proceso de envejecimiento, con las consabidas implicaciones al ir gradualmente perdiendo a estas poblaciones. Por tanto, es de vital importancia obtener y valorar esos testimonios de la viva voz de sus protagonistas.

... la historia LGBTIQ+ ha sido una historia invisible. De la misma forma que ha ocurrido con la historia femenina o la historia negra, la cultura de este colectivo ha sido enterrada bajo el peso sofocante de la visión masculina heteropatriarcal blanca. Y es por eso mismo que, en los últimos años, existe toda una corriente consagrada en recuperar, difundir y celebrar los referentes LGBTIQ+ a través de ensayos, ficciones literarias, documentales, películas e incluso cómics (De Tena, 2021).

Lo anterior no ha impedido que al recuperar momentos históricamente significativos, a partir de la emancipación y auge masivo del movimiento gay, sobreviniera la mercantilización del movimiento, representando su adhesión y sometimiento a las lógicas neoliberales.

Y, si hay una comunidad que ha entendido a la perfección que para afrontar el futuro hay que conocer bien el pasado, esa es una comunidad LGBTIQ+ embarcada en una verdadera aventura arqueológica con la que desenterrar un pasado que le fue negado (De Tena, 2021).

La memoria histórica requiere un ejercicio reflexivo profundo y crítico que permita recapitular y dimensionar los avatares vividos y avances logrados

desde su inicio; a la vez que proyectar y priorizar los desafíos venideros que demanda el contexto y coyuntura actual, para el caso particular, con varones adultos mayores de la diversidad sexual y, concretamente, del estado de Aguascalientes.

El texto presente se desarrolla como sigue: antecede a la exposición de los procesos de subjetivación de los varones adultos mayores homosexuales de Aguascalientes, brindando un bosquejo, para entender y dimensionar, consistente en esbozar bases teóricas que han delimitado el estudio de la vejez desde la antropología, la sociología y la psicología social, así como la gerontología, lo cual abordo en el primer capítulo, complementado con un estado del arte dirigido a dar cuenta sobre el estudio de la vejez homosexual en países de habla hispana, a fin de situar y fundamentar.

En el segundo capítulo aterrizo el tema en Aguascalientes mediante el contexto, entorno y referentes alrededor de la organización social de la homosexualidad en el estado; para anteceder y justificar al tercer capítulo, donde doy cuenta de la subjetivación desentrañada en los participantes, cuatro varones adultos mayores homosexuales de Aguascalientes, a partir de su historia y experiencia de vida, y un quinto de quien sólo comparto semblanza y un par de entrevistas.

En un cuarto capítulo abordo las distintas variables que desagregan las características y el estadio de la vejez homosexual y gay a partir de los planteamientos anteriores y con el objeto de problematizarla, confrontando los resultados obtenidos en campo con los participantes de la investigación.

Para el quinto capítulo, pormenorizo el contexto que ha enmarcado a la organización y evolución de la homosexualidad y la “gaycidad” en México, a fin de complementar y situar con base en hechos, registros, avances, retrocesos y desafíos experimentados a nivel nacional, y particularizando desde lo sociocultural, ámbito donde se anidan los referentes a partir de los cuales los participantes se nutrieron y constituyeron. Inicio con aterrizajes del contexto en lo regional, para continuar con el abordaje de algunas variables culturales.

Las conclusiones esbozan lo que para el que suscribe y los informantes significó participar en esta investigación, así como sus aportes, además del planteamiento de rutas de exploración sugeridas como propuestas para continuar trabajando el tema. Es importante aclarar que, como se podrá apreciar en adelante, a lo largo del texto intercalo los testimonios de los participantes

para abordar la discusión desde un inicio y con base en el diálogo de sus contribuciones.

A continuación, introduzco a los participantes que colaboraron en esta investigación, con sus datos generales bajo seudónimo a fin de proteger su identidad. En el tercer capítulo, expondré a detalle el proceso de selección de los sujetos, así como la metodología empleada en el trabajo de campo.

1. “Vicente”, 71 años. Profesionista nacido y fallecido en Aguascalientes.
2. “Jafet”, 77 años. Artista, artesano nacido en Aguascalientes.
3. “Mara”, 74 años. Profesionista nacido en Aguascalientes.
4. “Ian”, 64 años. Profesionista nacido en Aguascalientes.
5. “Rodolfo”, 61 años. Profesionista nacido en Pabellón de Arteaga, Aguascalientes.

Asimismo, y como antecedente, avances de la presente investigación fueron publicados como capítulos en dos libros colaborativos: uno primero titulado “Recuperando nuestra memoria. Los varones adultos mayores homosexuales de Aguascalientes”, en el libro *Antropologías hechas en México* vol. II editado en 2024 por la Asociación Latinoamericana de Antropología, y el otro titulado “¿Y cómo tienes sexo con un hombre al que se le ha dicho toda la vida que no debe expresar lo que siente?”, en el libro *Afectos y emociones*, editado en 2025 por la UAM.

De la urgencia del rescate, de la deuda impostergable

He pretendido desenterrar historias del clandestinaje, de lo subterráneo y su oscuridad; propiciar que los sujetos hablen, se expresen y exterioricen su pensar, su sentir y su posición, que se reconozcan y reencuentren. Así podremos saber cómo es que vivieron, qué gozaron y padecieron, qué aprendieron y qué han dejado como legado; por ejemplo, si han tenido que regresar actualmente al clóset, si no lograron salir siendo jóvenes, o si quizá consideraron nunca haber estado en él, interrogantes a las que se han enfrentado quienes propiciaron la disidencia sexual en tiempos adversos.

A esto que se le suele situar dentro de los procesos de subjetivación que ejercen y constituyen a sujetos actuantes, en este caso en poblaciones reconocidas como subalternas y vulneradas, y donde prefiero denominar disidentes, es a lo que avoco mi objetivo y el texto que da cuenta.

Recordado a Ortner cuando define que “entiendo por subjetividad el conjunto de modos de percepción, afecto, pensamiento, deseo y temor que animan a los sujetos actuantes. Pero también me refiero a las formaciones culturales y sociales que dan forma, organizan y generan esos modos de afecto, pensamiento, etc.” (Ortner, 2021: 167), mi propósito se sustenta en la generación de historias de vida de sujetos varones, entonces denominados homosexuales, originarios del estado de Aguascalientes que nacieron entre las décadas de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado.

La importancia de la subjetividad radica en la concepción del sujeto como un ser existencialmente complejo que siente, piensa y reflexiona, que da y busca sentido. Es una conciencia cultural e histórica específica (Ortner, 2021: 172).

Las personas que pertenecemos a la diversidad por... sobrevivencia, nos amarramos a las cosas nuevas, nos montamos de los barcos nuevos, porque ofrecen una ventana de esperanza de que las cosas cambian, es una oportunidad de cambiar el estatus en el que vivimos (Rodolfo, 61 años).

Rodolfo alude a la posibilidad que como adulto mayor gay mantiene para con una realidad que percibe, pero que no necesariamente tiene que presentarse fija e inamovible, sino que, por el contrario, se muestra asertivo y asume un rol gestor que apuesta por una transformación factible de esa realidad. Su postura y actitud, por tanto, se materializan en formas proactivas de accionar y conducirse como adulto mayor.

Dentro de los estudios sobre grupos dominados se analiza de qué manera la condición de sujeción se construye y se experimenta de modo subjetivo y las diversas formas creativas en las que se pretende superar; de ahí la importancia que adquiere el rol de las formaciones culturales particulares para con la configuración y generación de subjetividades (Ortner, 2021: 73–74).

Como se puede apreciar a través del posicionamiento de Rodolfo, su experiencia de vida y subjetividad se hayan circunscritas conforme a referentes socioculturales afirmativos que le permiten ejercer una resistencia benigna-

mente construida como parte de su vida misma. “La cultura construye a las personas como clases particulares de actores sociales, pero los actores sociales, mediante sus prácticas de vida concretas y variables, reproducen o transforman –y normalmente hacen las dos cosas– la cultura que los ha producido” (Ortner, 2021: 199).

No me gusta el cine de judíos, de alemanes ni de negros... porque es muy triste... por eso no me gustaron nunca las novelas. Iba mucho al cine, iba con un amigo de adolescente. Es lo que se hacía. Había muchos cines en Aguascalientes y pasaban muchas películas. Era muy barato, porque era dos por uno. Veíamos muchas películas, de Hitchcock, de Barbara Streisand, de Elizabeth Taylor, de Rocío Dúrcal, de Pili y Mili, era “Ben Hur”, “Los diez mandamientos”, “Lo que el viento se llevó”; en esa época había mucho cine, era muy diferente al de hoy. Era un cine que disfrutabas, era más sencillo, simple, era romántico y sano. Ahora es disque de suspenso, y cuál suspenso, son puras piernas, brazos volando, pura sangre, eso no es suspenso, eso es el rastro (risas). Suspenso era que “ay, va a abrir la puerta!” A mí no me gustan las películas de arte porque se acaban y pues ya, se acabó y te quedas así de ¿y?... ni las series, porque es estar ahí siguiendo, a mí me gusta que inicie y acabe y ya, se terminó” (Jafet, 77 años).

Para el caso de Jafet –segundo informante–, sus referentes culturales le han dotado no solo de una formación, apreciación estética y desarrollo social particular al moldear sus gustos y aficiones según su contexto, sino que esas vivencias y aprendizajes han registrado acomodos para integrarse en su vida y delinear criterio, experiencia y subjetividad. Ni individuos ni fuerzas sociales comprenden en sí una preponderancia, sino que se enmarcan dentro de una relación dinámica, potente y en ocasiones transformadora, entre las prácticas de los sujetos y las estructuras sociales, culturales e históricas (Ortner, 2021: 204).

Jafet reconoce el lugar que el cine, como referente cultural, ha ocupado en su vida; así como su influencia e impacto en su personalidad. Producto de la experiencia acumulada como cinéfilo, Jafet se mantiene al margen de ciertos productos comunicacionales de las industrias culturales y de géneros cinematográficos que no cubren sus expectativas, estableciendo una relación mediática selectiva conforme a sus intereses particulares.

La noción de agencia que expongo y articula Ortner resulta útil para situar y precisar el campo de acción de los sujetos, para comprender sus luchas subjetivas y para asimilar sus procesos de constitución, subordinación y resistencia ante las fuerzas, discursos y sistemas que los han atravesado.

Agencia puede ser un sinónimo de las formas de poder que las personas tienen a su disposición, de su capacidad de actuar por sí mismas, de tener influencia en otras personas y en los acontecimientos, y de ejercer cierto control de sus vidas. En este sentido, la agencia es relevante tanto para la dominación como para la resistencia (Ortner, 2021: 221).

La posibilidad de resistencia es una parte algo imprecisa que no siempre se concreta, pero que de todos modos forma parte de la estructura. Esto es así porque los actores subordinados nunca están totalmente desprovistos de agencia (Ortner, 2021: 228).

Resulta vital asumir la agencia como una forma de la intención, y el deseo como el seguimiento de objetivos y la consecución de proyectos. Tanto la dominación como la resistencia están a expensas de los proyectos, de tener la factibilidad o el poder de buscar, en beneficio o detrimento, objetivos y propósitos que sean culturalmente significativos (Ortner, 2021: 233–234).

Yo les digo que, a Alemania, más que ir a bailar, yo fui a buscar la aprobación, así. Alguien de allá tenía que decirme que yo era bueno (risas). Ya ahí se acabó el asunto. Uno de mis traumas de la vida es que en el ballet nunca tuve diez de calificación, tuve nueve, ocho, nueve nueve, pero nunca tuve un diez; y ya retirado, yo me sigo viendo con mi maestro, “¿por qué nunca me pusiste diez?”, ahora que ya estamos aquí, me acuerdo que me dijo “si te hubiera puesto diez, ¿qué iba a hacer contigo? Del tiempo que siguió, seguiste buscando el diez”, me dijo, “fue por tu salud, para que tú siguieras buscando el diez” (Rodolfo, 61 años).

Rodolfo, bailarín profesional de ballet, una vez graduado, salió del país para aprender, para probarse y terminar de constituirse como sujeto. La importancia de la validación externa y objetiva le eran necesarias para completar su proceso, para afianzarse y emprender su proyecto de vida. Los retos, desa-

fíos, en este caso desde la guía del maestro, le conminaron a que no desistir sería la fuerza motora para su vida futura; su agencia se consolidaba.

Recuperando la referencia histórica que Guasch y Lizardo efectuaran para con la organización y construcción del comercio sexual entre varones y su vinculación con el desarrollo y evolución de la homosexualidad masculina (2017: 26), podría plantear, análogamente, que mi pretensión por organizar y construir socialmente la vejez masculina no heterosexual, o no normativa en Aguascalientes capital, implica abordar la forma en que la sociedad local ha atribuido significados a la realidad, con el fin de desentrañar cómo se han articulado las prácticas sociales de varones adultos mayores y su vinculación con la historia y evolución de la sexualidad en Aguascalientes.

Ejemplo de ello, referido a los mismos autores, para reconstruir el modelo de prostitución de “puertas abiertas”, han echado mano de fuentes de historia oral que facilitan la comprensión del fenómeno en su tiempo –anterior a la democracia en España–, para lo cual se han remitido a “la información suministrada por homosexuales mayores de 60 años que guardan memoria de esas actividades. Esos relatos (parciales, subjetivos y, en ocasiones, contradictorios), hacen posible una arqueología del modelo outdoor de trabajo sexual entre varones durante su periodo de hegemonía” (Guasch y Lizardo, 2017: 47).

Aquí radica la importancia del valor que deseo resaltar y que representa el rescate de la memoria histórica volcada en los sujetos que les tocó vivir, atestiguar o protagonizar momentos de la historia. Como fuente primaria, inmediata y muchas veces única de información disponible, los testimonios aún vivos representan el material idóneo para una recuperación subjetivada a la vez que detallada del fenómeno.

En Aguascalientes, cuando yo era muy joven, no había más que el club social de “Los Monjes”, que era un club que estaba en la calle Palmira, de esos clubes como exclusivos, como clandestinos, donde se metían señores a tomar, pero nada más podían entrar señores. Entonces, llegábamos y tocábamos y –ábranos– y a meternos. Ya valientes con el alcohol, ¿qué nos podían dar?, otro chingadazo más, pues vamos [risas]. Y bueno, pues entramos a ese lugar, pero no había nada de especial, lo mejor era ir al “Círculo”, “La Frontera”, todavía los cines, porque todavía era, pero eso se acabó, de los encuentros fortuitos en los cines (Mara, 74 años).

Mara, un tercer informante –con seudónimo escogido por él mismo– hace explícita su memoria de juventud al externar la carencia de espacios para la diversidad y de cómo algunos sitios pretendieron hacerse objeto de apropiación de nicho, lo cual no trajo consigo una posibilidad real de inclusión. La nula existencia de alternativas para la homosexualidad fue una realidad que vivieron los sujetos en aquel tiempo, pues quedaba supeditada a las políticas gubernamentales y criterios empresariales ortodoxos y represivos.

Desde hace más de una década, el pionero ya finado Xabier Lizarraga reflexionaba que

parecería que la homosexualidad es una cualidad exclusiva de la juventud que se diluye o desaparece con la edad. Homosexualidad y vejez, en consecuencia, derivan en toda una problemática que no ha sido estudiada, discutida o atendida, ni por los gobiernos ni por los académicos... mucho menos es tema de conversación y, sólo en contadísimas ocasiones, es motivo de reflexiones por parte de los mismos homosexuales (Lizarraga, 2011).

Actualmente, en México, el colectivo LGBTQ+ experimenta una bifurcación que lo dirige y divide; la primera es su irremediable integración al sistema económico, al capital, a la política neoliberal y sus aliados mercadotecnia y publicidad; es la facción que se integra socialmente a partir del consumo, del poder adquisitivo y la inversión aspiracional; truco del biopoder para contrarrestar los objetivos comunitarios de movimientos sociales. De esta línea emana la segregación, el elitismo y el clasismo que dominan buena parte de la visibilidad mediática de lo LGBTQ+.

Una segunda vía es la partidización del movimiento que, en función de una necesaria politización, ha distorsionado y terminado por minar la premisa de toda militancia y movilización: pugnar por la resistencia ante embates y cuotas de la clase política mexicana, sin complacencia, alienación o sumisión al poder político, es decir, sin comprometer coherencia en aras de la obtención de prebendas, lo que otro pionero, Juan Jacobo Hernández, ha dado en calificar como “ganancias pírricas que no trasminan”. Al parecer, ninguna de las dos vías referidas, ni la comercial ni la partidista serán fácilmente asimiladas y superadas, al menos no en un futuro próximo.

Fue significativo que en la cuadragésima tercera marcha de orgullo LGBTQ+ celebrada en la Ciudad de México el 26 de junio de 2021, además de

atestiguar vía redes sociales el regreso a la calle y a los espacios públicos en tiempos de pandemia, ver una fotografía particular de Juan Jacobo Hernández y Xavier Lizarraga. En ella aparecen sonrientes, abrazados y posando frente a la cámara los pioneros del movimiento homosexual en México. Llamó mi atención porque además de ser ambos de edad avanzada, sobrevivieron a la pandemia del covid-19. Considero simbólica esa imagen por ser la primera capturada en una marcha efectuada en tiempos de pandemia y la primera en la que se honra no solo a las víctimas de VIH-sida y crímenes de odio, sino que ahora también se agregaron las víctimas LGBTIQ+ de la pandemia de covid-19. Queda para la historia y la memoria, para registro de una nueva y a la vez vieja estirpe de sobrevivientes que llegaron a la tercera edad. Juan Jacobo y Xavier, recientemente fallecido, serán referenciados por esta imagen, amén de muchas otras que han acumulado los archivos, pero esta será especial porque pone en el centro el tiempo pasado, el presente y el venidero, conjuntando dos vidas, una ya ida, que han recorrido un álgido y fructífero trecho cuyo aporte forma parte de un legado para la población LGBTIQ+ de habla hispana.

Aludiendo a ese pasado, a lo que fue y a lo que pudo o debió ser, cierro la presente introducción recuperando una reflexión que el periodista Bruno Bimbi esboza alrededor de lo que denomina “adolescencias robadas”:

De todas las cosas de la vida que nos prohibieron a los gais, la adolescencia es la más injusta. Quiero que me la devuelvan. Quiero vivir cada experiencia en el momento justo, tener mi primer novio a la misma edad en que mis amigos tuvieron su primera novia, y que los primeros besos sean torpes, experimentales, llenos de sorpresas, y descubrir el sexo con inocencia y emborracharme sin tener todavía edad para hacerlo... (Bimbi, 2020: 19).

He intentado pues, ir al rescate de esas juventudes de esos hoy adultos mayores; a la recuperación de esas vidas, memorias e historias cuyas adolescencias robadas probablemente les impidieron ser, estar y vivir conforme a un deseo, a una actitud y un pensar; o tal vez no fue así y eso puede ser, en ciertos contextos, expresado y compartido con orgullo. ¿Ha sido Aguascalientes uno de esos contextos? Nadie mejor que ellos para responder.

Fui torpe, la verdad fui torpe en ese aspecto de estar tan consentido, tan mimado, tan... asexualado, que cuando despertó mi sexualidad, que cuando vi el

objeto del deseo, lo que es el pene, la verga, los cabrones, me volví loco. Y yo quería y quería y quería. Y con ese deseo de saber, pero al mismo tiempo de... pues no me daba yo la oportunidad, no había el entorno, no había la manera, no sé... entonces, a refugiarte en tu persona, a refugiarte en ti mismo, pero cuando te llegaban aquellas olas terribles del deseo, que no soportabas, que querías, yo no sé, que se deshicieran las paredes, para poder salir, encontrarme a alguien si salía en la noche, encontrarme a quien fuera, que me hiciera “suya”... ¡ay, no qué terrible! Fue algo así muy terrible porque no había ningún lugar... (Mara, 74 años).

En el testimonial, el sujeto se muestra hoy arrepentido y alude a la desesperación, incertidumbre y frustración que le provocaba no poder dar rienda suelta a sus deseos para satisfacerlos, al no poder ejercer su sexualidad conforme a su condición y al saberse impotente ante ello. La adolescencia, y con ella la presurosa irrupción de la libido, provocaban que los sujetos se volcaran a cubrir la demanda natural del cuerpo, tema vedado para el homosexual de la época. Así, el clandestinaje, entre sombras y escondites, se presentaba como único escenario factible.

Con esta introducción, he deseado brindar pormenores de lo que posteriormente se desarrollará a detalle, a partir de ubicar algunos elementos de los que se ha partido para la construcción teórico metodológica de esta memoria, como lo son las nociones de subjetividad, agencia y resistencia, así como las formas de allegarse de información por fuente directa de testigos vía el testimonio de la palabra, y por último, del contexto que rodea la realidad de la diversidad sexual en nuestra población latinoamericana, mexicana y aguarascalense.



CAPÍTULO I

Vejez. Estudio y análisis

Antropología de la vejez

Es una realidad que en razón del vertiginoso ascenso de las poblaciones adultas mayores en Europa y en los últimos años en Latinoamérica se haya priorizado el desarrollo de “respuestas prácticas y no al desarrollo teórico”, afirma Ramos (2013:104). De ahí la importancia de ejercer un acercamiento pormenorizado acerca de los estudios especializados en poblaciones adultas mayores, a fin de dar cuenta del estado que guardan sus investigaciones, propuestas, hallazgos y descubrimientos, así como los retos y desafíos que demandan ser atendidos con oportunidad y pertinencia.

A la reducción de la natalidad corresponde el incremento en la esperanza de vida, según lo confirma la curva que delimita el “envejecimiento poblacional”, con la peculiaridad que, a diferencia de Europa, en Latinoamérica se evidencia un contexto de desigualdad social más pronunciado y desagregado. En la década de los ochenta del siglo pasado, existía inconformidad manifiesta

en el campo de la investigación social ante la falta de interés antropológico por el tema de la vejez. El rol de los miembros de ese sector de edad, por aquel entonces, era ser informantes privilegiados, mas no protagonistas de los estudios; esto a la par del abordaje de cierta reflexividad sobre la edad.

Según Ramos (2013), la producción académica alrededor de la variable de la edad comprendió diversos períodos, el primero inscrito dentro de la etnografía clásica y cuyo interés se dirigía a verificar el rol estructurador de las edades en distintas sociedades en los ritos de paso que estudiaban; una segunda etapa aborda directamente grupos de edad específicos en distintos contextos, abarcando la amplitud de rangos; por último, un tercero avocado principalmente a estudiar la edad como construcción cultural. Este último, en particular, sobresale por la aportación de otorgar un estado multidimensional a la edad al dividirla en cronológica desde lo fisiológico, mental y sociocultural, que variará significativamente según cada uno de los contextos, a partir de las pautas y las categorías inscritas en cada periodo de la vida de los sujetos.

Así, hay una edad autopercebida, basada en la subjetividad, que no siempre responde a la cronológica, pero también surge la consideración de una edad fisiológica considerada bajo un carácter simbólico (Ramos, 2013: 104–105). Abordaré el edadismo como forma de discriminación en otro capítulo. Existe, desde los años cuarenta del siglo pasado, una serie de teorías sociales que pretendieron explicar y entender el fenómeno de la edad avanzada circunscrita al individuo; sin embargo, sus planteamientos se dirigieron a delinear un estado estructurante donde el sujeto carecía de agencia y voz. Sus argumentaciones partían de suministrar un rol homologado sin tomar en cuenta diferencias sociales y culturales o, bien, se transformaba en función del estado de vida dejado atrás (Ramos, 2013: 104, 105).

Una premisa sociológica básica es que todas las clasificaciones son arbitrarias. La sociología tiene claro que la realidad es más compleja que las tipologías que la relatan. Aunque el mapa no es el territorio, lo cierto es que las tipologías (en forma de tipos ideales) permiten circular por la realidad que quiere investigarse (Guasch y Lizardo, 2017: 25).

Es así que, para un abordaje preciso, detallado e imparcial de los sujetos varones de tercera edad o adultos mayores, además de partir de una genealogía contextual y generacional atravesada por la interseccionalidad, tendría que

considerarse, necesariamente, la serie de particularidades y singularidades que la subjetivación propia de cada sujeto permite desentrañar.

Geriatría es una rama de la medicina interna, pero se pretende que todas las ramas de la medicina estén geriatriizadas, es decir, que estén sensibilizadas hacia el adulto mayor desde sus propias especialidades. La gerontología, por su parte, serían las disciplinas sociales y humanísticas que trabajan de manera especializada con el adulto mayor, no es que se intervenga en función de que son personas diferentes, sino porque se requiere de algo más holístico. Los problemas en el adulto mayor a veces son que se parte de uno que es la punta del *iceberg* y se debe entonces ver por todos los factores involucrados, por lo que las intervenciones deben ser muy completas y abarcando todos los elementos disponibles.

En Aguascalientes hay solamente 17 médicos que se dedican exclusivamente a la atención especializada de adultos mayores, cerca 5700 pacientes por médico, lo que da un promedio a nivel internacional adecuado por especialista, cuando la norma internacional recomienda al menos un médico por cada diez mil habitantes.

Hay una asociación en Aguascalientes de médicos de geriatría y gerontología. En la geriatriización de la población lo que se espera es superar ese promedio de expectativa de vida. Habría que diferenciar la expectativa de vida de la expectativa de vida saludable, en donde se estima que el promedio está sobre los 66 años, y posterior a ello, las enfermedades merman la calidad de vida de los sujetos. Países como Japón nos llevan como veinte años a este respecto, al tener poblaciones más longevas y también más saludables (Valencia, 2020).

Como ejemplo local en Aguascalientes, recupero a la investigadora feminista Consuelo Meza (2021), quien trabajó la vejez con la finalidad de reflexionar, identificar y analizar los discursos edadistas que la estigmatizan, en concreto los que se vierten sobre mujeres mayores, donde pretendió romper con el imaginario simbólico que construye a la mujer como cuidadora, madre y esposa, y a las mujeres adultas mayores como sujetos que una vez cubierta su cuota reproductiva y de objetivación sexual, se tornan asexuales y carentes de deseo, situándose en lo sucesivo como cuidadoras.

La metodología de Meza consistió en trabajar con diez académicas adultas mayores de un grupo de autoconciencia que generó una serie de narrativas individuales y grupales orientadas a la creación literaria de corte autobiográfico.

co. Se confrontó teóricamente el material obtenido con elementos simbólicos disruptivos de resistencia respecto al proceso de envejecimiento femenino y sus posibilidades de reinención. Los temas y vertientes abordados giraron alrededor del edadismo, corporeidad, sexualidad, vínculos, autonomía, libertad, soledad, espiritualidad, resistencia y plan de vida, entre otros. El “cómo nos nombramos” resultó de especial interés dado el designio hegemónico impuesto a las mujeres con edades avanzadas, como viejas, ancianas, de la tercera edad, adultos mayores, adultos en plenitud (Meza, 2021: 161–162).

Meza repara en que “en el siglo **xxi** se acude a un fenómeno por primera vez en la historia, el envejecimiento de la población mundial debido al control de la natalidad, el aumento de la esperanza de vida y los avances médicos y científicos” (2021: 20).

Elementos para comprender y abordar la vejez

Entre 2019 y 2030, se prevé que el número de personas de 60 años o más aumentará en un 38%, de mil millones a 1,4 mil millones, superando en número a la juventud a nivel mundial, y este crecimiento será especialmente mayor y más rápido en las regiones en vías de desarrollo, y requiere que se preste mayor atención a los desafíos específicos que afectan a las personas mayores, incluso en el campo de los derechos humanos (ONU, 2021).

El día 15 de junio se conmemora el Día Mundial de Toma de Conciencia del Abuso y el Maltrato a la Vejez, definiendo esto último como cualquier acto u omisión que produzca daño, intencionado o no, practicado sobre las personas de la tercera edad, que vulnere o ponga en peligro su integridad física o psíquica, su autonomía o el resto de los derechos fundamentales de una persona. Los tipos de maltrato que se suelen verter sobre las y los adultos mayores contemplan siete variables reconocidas: físico, psicológico, sexual, económico, patrimonial, explotación financiera y negligencia.

En lo concerniente a datos sobre niveles de maltrato, en México, entre el 8.1% y el 18.6% de las personas mayores de sesenta años son víctimas de algún tipo de maltrato. A su vez, el 32% de las personas de la tercera edad con dependencia funcional (disminución o capacidad para realizar actividades sin supervisión o asistencia) padecen maltrato (ONU, 2021).

La condición de vulnerabilidad que experimentan un importante número de personas mayores no es propiciada por la edad en sí, sino por factores estructurales que las afectan y se manifiestan durante su trayectoria de vida. De entre los principales se consideran la falta de acceso a servicios de salud, la carencia de oportunidades laborales y educativas, insuficientes ingresos por jubilación, pérdida de salud o capacidades físicas y mentales, las redes de apoyo familiar y social debilitadas, además de variables de interseccionalidad como el género, la raza, etnia y la clase o nivel socioeconómico (Semujeres, 2021).

Freixas apela a que la tarea de la vejez se signa mediante una búsqueda, una creación e imaginación en el plano de las imágenes que permitan nutrir la necesidad humana de significado, uno que otorgue consistencia, objetivo y acción a los espacios de vida; sin embargo, Freixas se cuestiona su posibilidad ante la devaluación estructural e interseccional existente, principalmente por la edad (Freixas, 2013: 34).

La mayoría de los que somos adultos mayores fuimos educados aquí en el país y nuestra generación ha sido especialmente crítica. La generación que vinimos después del 68, que tenemos ya esas lecturas políticas, y llega el momento de los trancazos, ¿y sueltas las riendas?, te lo mereces. Entonces, ¿para qué se hicieron todos esos logros que se han tenido?, ¿para que te regreses y quieras vivir como vivían las personas de los cincuentas? (Rodolfo, 61 años).

Aquí insta el participante a mantener una postura congruente e inquebrantable ante las coyunturas que han favorecido las actuales condiciones de vida de su generación. Para él, claudicar y ceder ante los obstáculos no forma parte ni opera como alternativa histórica para la vejez. Para Rodolfo, la interpelación es una causa a pugnar.

La etapa de la vida signada como adultez mayor o tercera edad es un momento impregnado de cambio y resignificación en múltiples aspectos: en el plano físico, cuando se pronuncia la disminución de diversas capacidades físicas que inciden particularmente en funciones comunes, como el simple hecho de caminar; en el plano social, se manifiesta un gradual cierre del círculo de socialización, reduciéndose y privilegiando los lazos y vínculos más próximos, caso de la familia nuclear; en el plano laboral, se encuentra en la paradoja de necesitar y sentirse útil y autosuficiente, las posibilidades al respecto se vis-

lumbran reducidas y complejas. Otro plano es el familiar, donde por lo general se entra en un estado de añoranza y posterior abandono, pérdidas familiares cercanas que motivan desencuentro y desadaptación ante su entorno, no encontrar con quién compartir experiencias en común.

Por último, no como otro plano, pero en consecuencia y efecto de los anteriores, las variables de soledad y exclusión inician o se intensifican en la medida que atención, cercanía y frecuencia con los seres cercanos, sean de la familia biológica o alternativa, pasan a formar parte de un nuevo patrón donde la convivencia y la inclusión disminuyen significativamente, afectando en lo sucesivo la vida cotidiana del sujeto. La manifestación del conjunto de estas condiciones representa una apuesta para el desarrollo emocional de los adultos mayores.

Permea una política de edades, entendida como una manera en que la sociedad aplica controles sobre el desempeño de las personas en relación al concepto de edad, operando de manera semejante al concepto de género. Para acercarse conceptualmente a la noción de vejez, Dabove señala que:

no es un concepto meramente cronológico, porque no se es viejo por alcanzar una determinada edad. Como tampoco es un fenómeno unívoco. Los gerontólogos de la actualidad concuerdan en afirmar que existen diferentes grados de vejez plenamente determinables [...] este proceso, en tanto vital, es ciertamente un proceso biológico. Más, por tratarse en este caso de envejecimiento humano, tampoco hay que olvidar que también es un proceso histórico tanto cultural. No se es anciano sólo porque nuestro cuerpo cambie al alcanzar determinadas edades. Se es anciano, además, porque la sociedad en la que vivimos nos cataloga como tales y nos sitúa en ese papel, en función de los valores que consideran importantes (Dabove, 2006: 11).

A mí me gusta ser viejito ahora [risas], le he agarrado la onda a esto de ser viejito, además, es un éxito, si te equivocas, pues ya estás viejito, [...] y con mis compañeros de trabajo, me encanta que me lleven la silla, y que me traigan el refresco, el café con una de azúcar o sin azúcar, y yo, “ay, sí con una por favor”, y me lo llevan, ay, es un éxito (Rodolfo, 61 años).

Ver con buen ánimo y tomar con beneplácito las ventajas que, al parecer, presenta la vejez dentro del entorno inmediato, celebrar y disfrutar de las aten-

ciones que por respeto y pleitesía reciben de las personas alrededor es resaltado por el participante. Asumir la edad con satisfacción cuando, lejos de recibir rechazo o maltrato, se obtiene por el contrario consideración y reconocimiento, es un logro que otorga al individuo la seguridad, garantía y dignificación que necesita. Por desgracia, no todos los sujetos llegan a la vejez bajo las circunstancias de Rodolfo, encontrándose en la mayoría de los casos desprovistos, de entrada, de un entorno que les sea incluyente y, en consecuencia, de recibir un trato y reconocimiento adecuado a su edad y experiencia.

Vejez y sexualidad

Según Monsiváis,

con la pérdida de la juventud, al devaluarse lo que de objeto sexual tiene cada persona, el patetismo se adueña de la escena. ¿Cómo enfrentar la conjura de las miradas de rechazo a las que se añade la propia? Con las limitaciones de la edad, el patetismo es simultáneamente la autocrítica, la confesión de vencimiento, la huida por la puerta de la autocompasión y la disculpa social... esto es parte de la historia invisible (Monsiváis, 2010: 139–140).

Se alude aquí a la vulnerabilidad adquirida y reforzada en función de la condición y percepción que genera el cuerpo como un reflejo del estado físico y psíquico del sujeto, no solo en términos de salud, sino también como sujeto de deseo y atracción erótica que, al no cumplir con los mandatos normativos idealizados y mercantilizados, es conminado a la desaparición, al ocultamiento y por tanto a la invisibilidad. El rechazo pasa a ser interiorizado y suscita estados emocionales de menosprecio que se irán inoculando en su comportamiento, haciendo cada vez más difícil la interacción social del sujeto.

Ya a estos niveles de nuestras vidas, yo sí quiero alguien que piense. Para coger se necesita ser alguien muy inteligente, tienes que saber escribir bien para ponerte el condón, y tienen la mayoría, sobre todo de jovencitos, esa idea de “la juventud todo lo puede”, pues conmigo no. Y también la fantasía del cha-

cal, pues no, tampoco. Y no por asuntos racistas porque me tocan unos muy folklóricos [risas], y bueno, a mí de entrada la gente de belleza hegemónica no me parece atractiva (Rodolfo, 61 años).

Nuevamente, Rodolfo se posiciona, contrario a lo asumido cuando se habla sobre vejez y sexualidad, como alguien que se valora, se considera y mantiene vigente. Mostrarse selectivo y sin cohibirse ante sujetos con una edad considerada “privilegiada” para con el ejercicio de la sexualidad, habla de autoestima y seguridad poco frecuentes en adultos mayores. Rodolfo se muestra resuelto al esgrimir sus preferencias con claridad y sin demeritar sus expectativas.

García Albertos, señala que “en la literatura especializada es muy raro el material académico que habla de vejez y diversidad sexual y en la vida cotidiana es un colectivo de difícil acceso” (García, 2018: 125). A esto alude directamente debido a la falta de estudios alrededor de la sociología de la vejez enfocados a la diversidad sexual, razón por la cual la investigadora decide ejercer una aproximación desde la sociología de la otredad con la finalidad de allegarse de elementos que permitan explicar las razones de la discriminación tributada a este sector. Al respecto, se genera invisibilidad resultado de la opresión recibida, a lo cual Bourdieu refiere que es el “rechazo de la existencia legítima y pública, especialmente por el derecho” (Bourdieu, 2007: 141,143).

Un aporte importante es el de Erving Goffman (2008), quien define el concepto de estigma, el cual opera como un motivo elegido para deshumanizar a determinadas personas. Es así como se construye una teoría para explicar la razón por el cual esas personas son inferiores o peligrosas, construyendo una imagen que oculta otras diferencias de corte interseccional, así como la orientación sexual o la identidad de género, colocando al sujeto dentro de una polidiscriminación, por razones de edad, de orientación erótica, afectiva-sexual y por su identidad genérica. El proceso de deshumanización se finca al interior de los sujetos de manera que estos llegan incluso a asumir su vulnerable condición ya sea por temor o por ignorancia, aceptando normas que se fijan naturalizadas y universalizadas (García, 2018: 127).

Entre los elementos teóricos que García (2018) trabaja, se encuentra la teoría de las generaciones de Karl Mannheim (1928), planteamiento mediante el cual se establece que las personas perciben un mismo suceso o acontecimiento de manera distinta en función de la edad que tengan. Las implicaciones

metodológicas permiten indagar acerca del proceso de evolución individual al formar parte de una determinada generación, misma que ha constado de una historia común, además de un contexto e influencia sociocultural específicos. Sobre esto último, sobresale que en películas y documentales se suele encontrar más información sobre la vida cotidiana de los adultos mayores homosexuales que en la literatura, siendo esta información de un carácter más bien anecdótico. Dada su importancia, posteriormente abordaré algunos tópicos de la vertiente cultural del cine mexicano, que sobresalen por su influencia en la generación que nos ocupa.

La época histórica en que se vive la adolescencia tiene su importancia en la vejez. Cada generación vive avatares históricos que influyen en el carácter, en la propia identidad y en la visión del mundo en el que se vive, dando forma a las relaciones sociales que se establecen a lo largo de la vida (García, 2018: 128).

Eran las vedettes, era el tiempo de las vedettes en México, que luego en el cine las abordaron. Todo era muy elegante. La gente iba muy elegante al teatro, si eras hombre y tenías traje, ibas de traje al teatro. Todo eso ya se perdió. Era muy bonito, lucía mucho entonces todo lo que era entretenimiento en México; ora ya no, ya no existe nada de eso, se perdió. No sé si por gusto o por lo económico, por los precios o por qué razón. No sabría decir bien por qué, pero se perdió (Jafet, 77 años).

Para los sujetos es importante rememorar las épocas que los influyeron, así como las costumbres socializadas en sus tiempos de juventud. El sujeto se muestra melancólico y con nostalgia de esos tiempos y esas actitudes, aceptando desconocer la razón de su extinción. El código social que enmarcaba aquellos circuitos de entretenimiento se caracterizaba por su prestancia y formalidad, virtudes que Jafet valoró e interiorizó como parte de su vida y que ahora manifiesta añorar.

Para García “existen diferencias en la vejez a causa de la orientación sexual y la identidad de género motivadas por la discriminación sufrida. El origen de este rechazo es complejo” (García, 2018: 126).

las diferencias que se observan en la vida de las personas mayores a causa de la orientación sexual o la identidad de género, no dependen de ellas mismas sino

del mundo en el que viven, de los derechos individuales que se pueden disfrutar. No hay grandes disparidades entre personas de cualquier edad a causa de la opción sexual (García, 2018: 134).

Esto último considero habría que debatirlo dada la importancia a veces determinante de los distintos contextos y las disímboles maneras en las que están operando dichos elementos en la vida de los sujetos, lo cual se irá despejando conforme se avanza en el texto.

La soledad es una de los grandes temores de la vejez. Al mundo homosexual le ha estado vetado el modelo único de familia, el heterosexual [...] se espera una vejez más complicada al no tener familia directa [...] el tener pareja visible y fundar una familia ha sido imposible para una persona homosexual hasta fechas muy recientes (García, 2018: 134).

Siempre he vivido abiertamente, ellos [familia nuclear] conocieron cuando Gary [esposado finado] se vino a vivir aquí y lo conocieron desde el primer día. Cuando adoptamos a mi hija, y todo ahora con el bebé [nieta], y no he recibido al menos señales de rechazo. Sé que les cuesta mucho y que en sus familias soy una afrenta constantemente, pero sí he visto que han cambiado su manera de pensar. El que hayan tenido frente a ellos la vida de una persona abiertamente gay que todo y que vean que vivimos la vida absolutamente normal (Rodolfo, 61 años).

La composición familiar homoparental de Rodolfo y su proyecto de vida de avanzada han roto esquemas y paradigmas históricamente instaurados y percibidos en los imaginarios heteronormativos como invencibles. Las rupturas se manifiestan por tanto inadmisibles, conflictivas e indeseables. La estrategia de Rodolfo ante su familia nuclear es muestra de que la visibilidad abre a veces la brecha a la esperanza y que se puede llegar a cerrar el candado de la exclusión y la opresión. Los cambios en los procesos sociales a este respecto se registran con salvedad, resquemor y lentitud; la idea y el objetivo es, al menos, iniciarlos.

El sistema económico opera y funciona en relación directa a la familia como sostén, ampliando su injerencia al plano de lo social y de ahí de lo individual a lo colectivo, a manera de dictamen y receta para edificar y legitimar

la vida comunitaria en sociedad. Esto significa que un modelo distinto o contrario, en este caso el del sujeto que está y vive solo, además de inoperante, se traduce en anatema social. El paradigma plantea que nadie voluntariamente desearía estar ni vivir solo, lo que arremete frontalmente contra en principio elemental de libertad desde los parámetros esencialistas y reproductivos que sostienen este orden social hegemónico.

El hecho de no poder crear una familia puede llegar a sentirse como una liberación forzosa, que lleva a considerar las relaciones familiares convencionales una forma de atadura social. Es la diferencia del que está libre porque lo han condenado a estar libre. La diferencia entre una persona homosexual y una heterosexual reside entonces en la forma en que se les trata socialmente [...] la situación adversa ha llevado a crear un mundo paralelo, un mundo irreal en el que refugiarse, en el que poder expresarse y relacionarse con cierta libertad. El mundo real era el heterosexual (García, 2018: 134).

Lo anterior justifica el imaginario social heterosexual creado alrededor de la vida homosexual calificándola de hedonista, inmadura, frívola e irresponsable. Se estereotipa así al sujeto etiquetándolo como un adolescente crónico que no “sentará cabeza”, puesto que nunca será capaz de establecer una relación fija y estable que merezca formalización, amparo e incluso su institucionalización –lo cual más adelante será abordado–. El matrimonio igualitario, desde esta óptica normalizadora, y según algunos activismos críticos, ha significado el pasaporte no solo para la inclusión y aceptación de un emparejamiento heterosexual, sino de paso, un vehículo para despersonalizar y heterosexualizar a los sujetos.

Un temor latente es verse en la obligación de vivir de nuevo en la negación de su identidad, porque hacerse mayor significa ser dependiente, perder autonomía... los hombres han sido más visibles, lo que les ha producido más inconvenientes. Además, está la educación recibida [...] los hombres han sido preparados para mandar, para llevar una vida pública (García, 2018: 135).

Y aparte, que me tuve que oponer a la masonería en Aguascalientes, claro, porque en esos años estaba la Gran Fraternidad Universal [...] y todo se medía bajo el compás de sus estatutos, que eran como si fueran mandamientos;

imagínese yo, un gaysote de ejecutivo en una gran institución pública [se omite por protección al informante]... ah, todo lo que no tuve que batallar [...] eran periodicazos de cada ocho días, de estarme diciendo “[nombre] organizó una orgía donde participó [altos ejecutivos]” y que yo hacía las orgías, que yo escogía los mancebos, un reportero que me odiaba [risas], que trabajaba en la institución, pero me odiaba. Conforme subía de puesto era peor, y subí y subí [...] y ya muy en lo alto [se omiten los cargos], pues todavía en ese puesto, pues, ¿qué es lo que hizo? Retraerme más [risa] en lugar de traerme más alegría... fue entrar a un clóset de hierro (Mara, 74 años).

Esa libertad guarda entonces un límite y este llega cuando el sujeto ya no puede gozar de sus venturas por la recién adquirida dependencia a diversos atavismos propios de la condición adquirida, en el caso de Mara, por el prestigio de su privilegiada condición laboral. No es lo mismo estar y vivir solo en la plenitud de la vida, aunque se carezca de medios y recursos que, al arribar el inicio de su ocaso, por más benigno que se manifieste, mostrarse impedido, carente e imposibilitado en determinados rubros.

En relación a lo anterior, comparto una vivencia que me parece aporta elementos interesantes a la discusión entre vejez y soledad: dentro de una de las ediciones de la Semana de la Salud Sexual que se llevaron a cabo en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, en 2019, reparé que se iba a impartir un taller denominado “Erotismo y envejecimiento”. Presto en interés, me apunté para registrar la experiencia etnográfica como parte de las actividades de esta investigación.

Llegado el día, lo primero que llamó mi atención fue la respuesta a la convocatoria dado se integraron dieciocho personas; lo siguiente que destaco, recalcado incluso por la instructora Marcela Martínez Roaro, fue la copiosa asistencia de varones, siendo ocho los hombres participantes. Al cierre del taller, uno de ellos preguntó a la instructora a qué se debía la ausencia generalizada de varones en este tipo de capacitaciones, su respuesta fue que generalmente los varones consideran “saberlo todo” sobre temas de sexualidad, por lo que no consideran útil ni necesario ser partícipes.

La vivencia de tomar un taller dirigido a adultos mayores me confrontó, ya que era la primera vez que me interpelaba respecto a la edad y al estado de vida, pues en ese entonces tenía yo cincuenta y siete años. Y aunque era de los de menor edad –la mayoría de más de sesenta años– el hecho de acudir y formar

parte de las dinámicas cuestionó mi subjetividad. El perfil de las y los participantes se centró en personas de estrato medio alto y alto, profesionistas, la mayoría docentes adscritos a la universidad, algunos de ellos jubilados y tres parejas, dos de ellas en segundos matrimonios.

Más allá del contenido del taller, destaco la interacción y las vivencias compartidas, resultado de las reflexiones a los ejercicios que la instructora implementó. Una participación impactó sensiblemente y es la que motiva su inclusión aquí: una mujer de sesenta y dos años, de saludable y seguro semblante, además de desenvuelta, externó su historia de vida cuando se instó a expresar el balance final del taller, arguyendo que su experiencia había sido muy dura al haber sostenido un matrimonio por veintiséis años, en los que se vio sometida a múltiples tipos de violencias, pero que tuvo la entereza y valentía para romper con aquello, divorciarse y reiniciar una nueva vida con la pareja que la acompañaba en el taller. La elocuencia con la que expresó los momentos de humillación, zozobra y agresión que vivió con su primera pareja, en contraste con la satisfacción, orgullo y seguridad con la que actualmente vive, dejaron un testimonio difícil de digerir al momento, debido a la complejidad de su transformación.

Autoestima, valor y esperanza son los móviles que brindaron luz y orientaron en el camino de esta mujer. Pareciera, sin embargo, que, sin la pareja, sin ese “complemento”, difícilmente pudiera el varón o la mujer ser feliz, sentirse pleno y realizado. La instructora aludió a esto al referir que los varones no saben estar en soledad; contrario a las mujeres, lo que lleva a cruzar con los roles y la cultura de género occidental y judeocristiana.

Mi lectura a la reflexión del taller, llevada a la realidad de la vejez varonil, es que, en efecto, bajo nuestros contextos heteronormativos, suele formarse a los varones para asumir un rol tan protagónico como autosuficiente que arroja que el imaginario conciba que un varón permanecerá acompañado a lo largo de toda su vida –dada su intrínseca importancia como varón–, y que en caso de no poderlo llegar a hacer, no le representará conflicto alguno –dada su inmanente autonomía–, construcciones ambas falaces y aspiracionales en congruencia al modelo hegemónico patriarcal.

Por tanto, la condición del sujeto homosexual irrumpe al desestabilizar el continuo que otorga sentido y detenta la impronta de la familia heterosexual. Variables como la viudez y el matrimonio homoparental operan a este nivel a manera de elementos incidentales que no alteran la dinámica establecida. De

esta manera, un varón, sea o no heterosexual, desde esta lógica, está circunscrito a responder dicho modelo cuando llega a la vejez y debe posicionarse ante el eventual enfrentamiento de la vida en solitario, siendo proclive dentro de poblaciones de varones homosexuales, tal y como se posiciona al respecto el participante:

Pero yo creo que depende de qué tipo de viejito quieres ser, yo digo que soy el viejito más joven de la comarca [risas]. Y esa situación a mí me permite pasármela bien. Incluso ahora, ya después de que murió Gary [esposo], que de repente he tenido, así como mis ligues y todo, les cuesta mucho trabajo entender que tenga la edad que tengo, y como a mí no me es atractiva la gente que es mucho más joven que yo, a mí como de cuarenta en adelante es como... tenemos cosas de qué hablar, ¿no? La gente no me asume como una persona de sesenta años, pero yo sí los tengo muy claros de todo, tengo mucho menos tiempo por delante del que tenía cuando tenía veinte, bueno, en aquel entonces no piensas ni que vas a tener sesenta [risas] (Rodolfo, 61 años).

Reconocerse, asumirse y aceptarse como un adulto mayor no implica limitar, negar o mancillar las capacidades, actividades y el goce de la socialización y la sexualidad como parte de la experiencia de vida. Rodolfo posiciona su vejez como una etapa donde se siente capaz de despertar el deseo en otros, de continuar vinculándose en diversos planos y de conducirse con soltura, espontaneidad y mesura en su “nueva” realidad. Esta postura restituye, aporta y dignifica, desde la autovaloración del sujeto, la malsana noción estereotipada de la vejez, dando Rodolfo un ejemplo volitivo necesario para resignificarla.

Vejez homosexual

Si nos acercamos a establecer un marco referencial a manera de estado de la cuestión conforme al estudio sobre los adultos mayores pertenecientes a la diversidad sexual en Latinoamérica y en países de habla hispana, tendríamos que remitirnos inicialmente al caso de España, por ser la región en donde el tema ha sido mayormente trabajado, además de encontrarse más adelantada al respecto –la creación de residencias exprofeso para poblaciones LGBTQ+–. García, sin embargo, señala que “... si bien existen numerosas obras sobre di-

versidad sexual y aún más sobre sociología de la vejez o sobre gerontología en general, el interés actual sobre la situación social de las personas LGBTIQ+ proviene de las organizaciones de defensa del colectivo” (2018: 138).

En lo tocante a la academia, García afirma que las ciencias sociales han tomado el tema de las personas mayores LGBTIQ+, refiriendo inicialmente a Ernesto Meccia, argentino, quien se ha concentrado en estudiar los procesos sociohistóricos, en cuanto a cambios, que han vivido los varones homosexuales en la ciudad de Buenos Aires, así como las subjetividades alrededor de estas voces históricamente silenciadas a las que ha dado luz pública por medio de historias de vida.

Según reporta Meccia (2016), los estudios sobre la vejez homosexual datan de los años setenta del siglo pasado, presentando un abordaje en los Estados Unidos que pretendía desmontar el estereotípico estigma asociado con la fatalidad al ligar dicha condición con el patetismo. Por otro lado, se esgrimía que, al existir una estrecha vinculación con la noción de crisis, redundaría en mayor fortaleza y en la generación de más herramientas para el enfrentamiento de la vejez.

“La teoría también puede ser una buena crema *anti age*”, señala irónico Meccia para referirse a cómo el sujeto gay puede mirar el proceso de envejecimiento. Lo intrínseco, como punto de partida para Meccia, atañe a cuestionar si la vejez gay es “mejor” que la heterosexual. Para demostrar que la vejez gay significa la contraparte de la heterosexual, Douglas C. Kimmel afirma que “el envejecimiento gay no era traumático y sí lo era el de los heterosexuales” (Meccia, 2016: 12).

Hasta la generación de mis papás, la vida sucedía que te casabas, trabajabas, podías tener tu casa; ya nuestra generación, ya eso no se cumplía, los estudios ya no eran un escalador social. Pero yo siento que, en mi caso, a mi esa situación me ha dado una grandiosa libertad. No tengo que tener una casa, o sea, necesito tener dónde vivir, pero no es indispensable que sea propietario de una casa, de un terreno, no tengo que tener el futuro asegurado, en mi caso tengo que poder mantenerme, ser una persona activa y llevar mi vida adelante, ¿no? Una vez Gary [esposo finado] me dice, “¿por qué no tenemos dinero?” [risas], le dije “porque decidimos no tener dinero”. Una vez que tocamos, de las cosas que platicamos mucho, ¿cómo vamos a llevar nuestra vida de pareja? O nos dedicamos a trabajar y tener dinero y no sé qué y a ver cuándo nos vemos y

luego vamos a tener un patrimonio para quién, porque nos vamos a separar, porque la relación no funcionó o cada quien por su lado, o a lo mejor conoces a otras personas, o nos la vamos campechaneando? y decidimos vivir la vida campechaneándola, y pues tenemos una familia, tenemos una hija (Rodolfo, 61 años).

El participante pone el acento en las transformaciones que han traído consigo los cambios generacionales dentro de las dinámicas familiares mexicanas, pues señala cómo las prioridades y las condiciones de las estructuras nucleares familiares son actualmente muy distintas a los de sus padres. Rodolfo construyó una familia homoparental, adoptó una hija y es actualmente viudo. Se manifiesta un sujeto activo, independiente y autónomo, que ha tomado decisiones de vida proyectadas con el convencimiento y la conciencia de una realidad que fue vislumbrada desde la emancipación y la resistencia.

Kimmel (1978) crea la propuesta teórica de la “competencia en crisis”, la cual parte de sostener que el sujeto gay, en resultado a las múltiples vicisitudes y adversidades que le implica enfrentar una orientación sexual estigmatizada y fuera de la norma, obtiene un capital a manera de superávit que lo sitúa como un precoz experto en procesos de manejo de crisis, a la vez que como un fino y dúctil estratega.

Este planteamiento, Kimmel (1978) lo verificó mediante una serie de entrevistas a profundidad en sujetos homosexuales a mediados de los años setenta. Su experiencia de vida les había dotado de elementos y bases necesarios para afrontar los achaques que en diversos ámbitos acarrea la vejez. Habían acumulado un bagaje de experiencias y conocimientos alrededor de la adversidad lo suficientemente relevantes para amortiguar los efectos asociados al envejecimiento. Su particular asimilación de la vida cotidiana les proveía un conjunto de saberes y prácticas que un varón heterosexual adulto mayor, probablemente viudo, apenas iniciaría en experimentar. Kimmel, por tanto, concluía que la homosexualidad no representaba en sí misma un factor de mal envejecimiento. Los elementos adversos que aparecieron en el estudio atravesaban por igual a sujetos mayores homos que a heteros sin distinción específica en función de la orientación sexual.

La aportación de Kimmel (1978) aún permea en los estudios recientes sobre vejez gay, agregando ahora términos como resiliencia y el capital social relacionado con el círculo amical y con el colectivo gay, que se enaltece

como pilar para la conservación de una benigna autoestima en el sujeto. Para Meccia, pese a su aportación un tanto optimista de la vejez, la teoría de la competencia en crisis puede llegar a presentar sesgos relevantes al invisibilizar interseccionalidades propias del proceso de envejecimiento gay.

Por otro lado, la precocidad de la vejez e historia contextual de los sujetos son otras variables que, presentes, tendrían que ser analizadas desde dentro sin caer en tentaciones endémicas. Al respecto, Meccia pregunta qué factores propios de la historia de la homosexualidad inciden en este ritmo acelerado de los gais al visualizarse ante el paso del tiempo, y responde mediante dos supuestos, el primero, aludiendo al tiempo adverso que coyunturalmente les tocó vivir a las actuales generaciones de adultos mayores: décadas de los años 60 y 70 y sus convulsionados ajetreos represivos. La llamada “muerte civil” referida al éxodo del hogar y la familia significaba en consecuencia desprender vida social y por tanto vivir ajenos al devenir histórico de su tiempo. Meccia lo describe así:

Los ritos de pasaje [...] no eran vivencias propias de los homosexuales en aquellos contextos [...] la clave de la alteración de la temporalidad [...] habrían vivenciado las mismas etapas que los heterosexuales [...] sólo hasta la adolescencia [...] “jóvenes” solamente podrían ser los heterosexuales [...] con los ritos socialmente convencionalizados. En cambio, los homosexuales, privados de estas posibilidades, “saltaban” directamente desde la adolescencia a la “madurez”. El envejecimiento, en consecuencia, les quedaba mucho más cerca (2016: 12).

El segundo supuesto de Meccia, para responder a una posible razón para la precocidad de la vejez gay, es precisamente sobre la precocidad que deriva de la pérdida y el duelo resultado de la pandemia de VIH-sida, que conllevó a que una comunidad juvenil experimentara una vorágine de pérdidas humanas que cargaba con afectos, emociones, pasiones y amistades sepultadas en un pequeño lapso de tiempo. Pérdidas que eran más propiamente asociadas a la vejez en su cohorte generacional heterosexual, es decir, vivencias que aparecían nuevamente por adelantado y, por tanto, permitían experimentar procesos vinculados a otras etapas de vida antes de tiempo que producían alcanzar un nivel de madurez previo a lo convencional.

en ese tiempo, según eso, sólo te daba a ti, y tú eras el portador, y mucha gente se empezó a morir, y mucha gente empezó a tener el problema de las escaras de Kaposi, y entonces [...] ay, era una cosa tan triste, y tú con el temor [...] dios mío, ¿cómo? y además, decían que iba a durar diez años para que se te descubriera. Óyeme, qué cosa tan terrible, o sea, como no nos llegaban pruebas, si no nos llegaban pruebas del maldito covid, menos de eso, ¿verdad? [...] qué cosa tan mentida, tan espantosa [...] pues entonces dices tú, sabe si lo tendré o no lo tendré, y no tener el valor para ir a hacértelo, porque, aparte, eran tan pocos los lugares que tenían ese reactivo, y al irte a hacer ese reactivo al Instituto de Salubridad, pues no era nada seguro [...] el sida, sí que de verás fue otra cosa que también marcó mi vida (Mara, 74 años).

La irrupción del VIH-sida marcó la vida de los sujetos. Se recuerda el terror, la angustia y la impotencia que vivieron los varones homosexuales al inicio de la pandemia en Aguascalientes ante la falta de información verídica, certeza médica y mecanismos de canalización para lidiar con las afrentas en materia de salud. La zozobra que causaba en los sujetos el saberse o no infectado definió subjetividades de la juventud gay de inicios de la década de los ochenta. Nada volvería a ser igual para estos varones; si Mara señala que aquello marcó su vida es porque la amenaza de la muerte se hizo real dentro de su vida al perder amigos y conocidos, según refirió.

Meccia también hace referencia, y en complemento a la “competencia en crisis”, a la noción del estrés, pero a un particular tipo de estrés que padece quien pertenece a un sector discriminado, un estrés denominado por Ian Meyer como estrés de minorías:

se produce tras el agotamiento subjetivo ante un conjunto de circunstancias (reales e imaginadas) que abruma a los viejos gais, atascándolos, en términos generales, respecto de la acción. Es a partir de entonces que afloran la depresión, el aislamiento, la soledad. El malestar (en Meccia, 2016: 12).

Sin embargo, para Meccia el estrés de minorías bien puede operar de manera que “pertenecer a una minoría puede tener un resultado positivo: justamente la pertenencia permitiría resolver el estrés y convertir a los gais mayores en sujetos “competentes” para enfrentar lo que tengan que enfrentar” (Meccia, 2016: 12).

Meyer propone pensar la diferencia entre envejecer individualmente como gay y envejecer como miembro de la minoría gay; una distinción que trae rápidamente a polémica la cuestión del capital social y el capital institucional de los sujetos discriminados (Meccia, 2016: 12). El planteamiento aborda la relación e interdependencia entre ambos capitales y en el cómo dentro del proceso de envejecimiento surge una diatriba ante el vacío de un espacio constituido de enriquecimiento subjetivo para los sujetos. La inexistencia de un lugar a donde ir, permanecer, socializar, interactuar, retroalimentarse y compartirse. Se podría argumentar que, de la parte institucionalizada, representada parcialmente por los medios de comunicación, se obtendría una imagen referencial afirmativa en comparación a la vivida en la época juvenil, no siendo suficiente, pues carece de andamiaje que fije la operatividad cotidiana.

El cuestionamiento obligado hacia la política pública trae consigo la necesidad de plantearse el tipo y condicionamiento de espacio necesario para esos adultos mayores pertenecientes a la generación del silencio, la clandestinidad y la invisibilidad. Como señala Meccia “¿en dónde, en qué lugares estos gays podrán socializarse, encontrarse, reconocerse y desarrollar un sentimiento de pertenencia que neutralice las imágenes negativas de la vejez gay?” (Meccia, 2016: 12). Al respecto, afirma que algunos estudios indican una tendencia hacia el retiro de los círculos de socialización y encuentro sexual de parte de los sujetos, a lo que se agrega el prejuicio que causa la brecha digital, y que sumado, produce finalmente extrañeza, así como el hecho de sentirse externo y ajeno de dicha realidad.

No asisto a ningún antro hace más de veinte años... me retiré porque vi lo falso, lo terrible, ¿dime qué es asistir a un lugar?, pues es llegar. Ahora, pues están tan de moda, que ya tan *fitness*, ya todos marcadísimos, todo y, pues, no eres nadie. Ni modo que me digas que te vas a encontrar aquí en Aguascalientes un centro literario, un encuentro para hablar de este tema, o un círculo social de cine o de lectura ¡No hay nada!, ¡estamos completamente solos!, no hay nada, nada. Nada ni nadie [suspira]. Te refugias en tu trabajo, en lo que sabes hacer. Pero sí, el mundo gay es algo totalmente, yo diría, como en una batalla por ver quién es el mejor, quién es el que trae mejor ropa, quién es el que huele mejor... en fin (Mara, 74 años).

El testimonio de arriba es reflejo de cómo opera la homonorma y con ella la discriminación que como resultado se ejerce dentro del colectivo, lo cual indica que le ha afectado sobremanera. Encajar, amoldarse e integrarse mediante el consumo y la obligada imagen idealizada como perfecta, son filtros impuestos que excluyen a los sujetos que no se ajustan a dicho dictamen. El participante lamenta el estado de abandono que viven los varones como él y demanda, al igual que Meccia, la existencia de espacios alternativos, incluyentes y propositivos para los varones homosexuales o pre gais, de su edad.

Meccia subraya que en esos lugares tendrían que incluirse, además, aspectos concernientes a la salud y los cuidados, así como la especializada y dirigida capacitación de quienes tuvieran a cargo y en función dichos espacios.

“Para que se pueda envejecer acompañado de imágenes dignificantes hace falta un entramado institucional que aún no existe ni “como forma social pura” ni como parte de un programa integral de política pública destinada a la vejez LGBTIQ+” (Meccia, 2016: 12). Es por tanto imperiosamente necesario, principalmente en los países latinos por el rezago existente, pugnar por la inclusión del tema en la agenda, tanto general, como del movimiento LGBTIQ+.

Meccia acuña el término “posthomosexualidad” para referirse al devenir temporal que han experimentado las distintas generaciones de varones homosexuales en materia de cambios, tránsitos y transformaciones de vida, socialidad, sexualidad y visibilidad. En entrevista para el medio Diálogos a Fondo, Meccia asume su término como sinónimo de gaycidad, y lo define como “un conjunto de manifestaciones sociales, culturales, jurídicas y políticas que guardan relaciones positivas respecto al reconocimiento de esta orientación sexual”. Para caracterizarla, Meccia recupera la noción de diferencia e igualdad para asignar que permea una “desdiferenciación”, es decir, que la posthomosexualidad implica y asume una disminución del nivel de otredad amenazante que contenía la homosexualidad en resultado a una lógica cultural mayor.

Para los viejos gais, la supuesta crisis de la vejez no les representa algo nuevo, ellos, como corrobora Meccia, “se vieron obligados desde siempre a moverse solos y a hacer frente a tormentas de todo tipo [...] las tormentas ya pasaron [...] están más preparados que otros para envejecer” (Meccia, 2016).

La posthomosexualidad se manifiesta bajo tres niveles:

espacial, relacional y representacional. El primero hace referencia al cese del uso de parte de los gays de ciertos territorios “guetificados” de la ciudad; el segundo, a la ampliación de los círculos de las relaciones sociales, y el tercero, a la diversificación del repertorio de imágenes con las que pueden autodefinirse. En el viejo régimen homosexual, al contrario, la vida de los homosexuales estaba “enclavada” en un territorio, empezaba y terminaba en relaciones entre “los del palo” y estaba regulada por predicaciones médicas, psiquiátricas y religiosas ferozmente diferencialistas (Meccia, 2016).

Walter Giribuela, en su reseña del texto *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad*, señala lo siguiente:

Meccia decide abocarse a explicar cómo la homosexualidad, tal como fue estudiada y analizada hasta el momento, se acerca a su fin [...] se trata de una perspectiva desacralizada, instrumental, a partir de la cual se desarrolla su hipótesis central: ciertos rasgos de la vida homosexual de los últimos años evidencian que la homosexualidad ha llegado a su fin y ha sido reemplazada por lo que el autor denomina “gaycidad” (Giribuela, 2013: 203).

Meccia parte de reparar en los cambios sustantivos registrados alrededor de la mirada social sobre la homosexualidad, para proponer tres periodizaciones sucesivamente verificadas: una que denomina homosexual, ubicada desde inicios del siglo xx hasta mediados de la década de los ochenta; la signada como pre-gay, a partir de mediados de los ochenta y hasta mediados de los noventa, y una tercera, la gay, que abarca desde la mitad de la década de los noventa y el inicio del siglo xxi (Giribuela, 2013: 204).

La obra de Meccia significa, en palabras de Giribuela,

un aporte imprescindible para el estudio de las transformaciones en este sector de la población a partir del análisis de diferentes aspectos de la vida cotidiana de varones homosexuales, especialmente aquellos rasgos vinculados con la socialización y sus transformaciones en diferentes momentos socio-históricos, algunos muy cercanos en el tiempo (Giribuela, 2013: 205).

Pertinentes y necesarios, los supuestos de Meccia demandarían ser contextualizados e interseccionalizados para proceder como marco analítico

extensivo a otras realidades; ya que, como condición, los sujetos tendrían que estar necesariamente fuera del clóset para responder con validez y certitud a las circunstancias que prescriben los niveles planteados por Meccia; en caso contrario, sería difícil interpretarlos con veracidad, siendo proclives a desdibujarse. Por ejemplo, un homosexual adulto mayor mexicano que dividió y aun divide su vida entre clóset y visibilidad, probablemente manifieste condiciones identificables a los niveles de la posthomosexualidad, aun y cuando por cohorte generacional perteneciera al momento signado por Meccia como homosexual, dando por resultado que su ubicación en los niveles no pudiera corresponder a la atribuida “superación” del estadio anterior, como señala Meccia, sino que operaría incluso lo contrario.

Como conclusión al planteamiento de Meccia, aunque la temporalidad cronológica de una época no define en su totalidad a los sujetos en su inserción, pertenencia a un patrón conductual e identitario situado a nivel generacional, sí genera importantes, y para efecto de algunos considerandos, definitivos emplazamientos que permiten dilucidar la trascendencia del marco referencial de los sujetos. Si bien es evidente que el contexto sociocultural e histórico afecta significativamente lo vivido y construido, la capacidad de agencia, así como las particulares trayectorias de vida, son elementos que terminan por definir a los sujetos.

Por otro lado, la subjetividad y experiencia de vida situadas se manifiestan complejas en los sujetos, de forma que difícilmente podría trazarse por cohorte generacional y tiempo cronológico, un único periodo que separe la interpretación de vida de los sujetos en México. Como referente histórico y contextual aplica fecundamente la propuesta de Meccia, más como marco analítico para el contexto y caso mexicano, requiere matizar en razón a precisiones que remiten a interseccionalidad y al contexto histórico y político específico. Los cortes y rupturas espacio temporales registrados en la Argentina del siglo xx, o por ejemplo, el caso de España con el franquismo, resulta claro no dan cuenta en paralelo a los acontecimientos históricos vividos en el México de las épocas aquí revisadas –a excepción de la irrupción del VIH–sida–, lo que conduce a establecer mecanismos que permitan una aproximación igualmente reflexiva que responda con precisión a la realidad mexicana y, para el caso particular, la de Aguascalientes.

Otro autor igualmente importante en sus aportes es Alberto Mira, quien ha mostrado interés en dar cuenta acerca del devenir y la subjetivación que

atañen a la homosexualidad masculina a lo largo del tiempo en España, propiamente Barcelona. El trabajo de Mira, de perfil cronológico y autobiográfico, surge a partir de establecer patrones referenciales culturales que han conformado los imaginarios simbólicos de los varones desde su constitución como sujetos homosexuales, en función de patrones relacionales en cuanto a vínculos y experiencias compartidos alrededor de la cohorte generacional. En su abordaje, Mira no considera la gestión colectiva de la historia del movimiento para entender cómo se ha construido comunidad dentro de los varones homosexuales a lo largo del tiempo, a él le importan los intereses que atañen a la experiencia personal de los sujetos. “Qué textos nos ayudan a inventarnos, a llenar el vacío que se produce cuando sospechamos que somos diferentes, no importa tanto en mi razonamiento como el hecho de que existan unos nuevos códigos que tienen que ocupar este espacio” (Mira, 2021: 32), afirma Mira para ubicar que en su ensayo se entretajan diversos elementos además de los hechos históricos.

Mira, como sexagenario, plasma su visión fundada en su propia experiencia cuando hace referencia al comparativo generacional contextual: “no querías ser *eso*. Incluso los nacidos en los sesenta tan solo alcanzamos a entrever, pero jamás aprehender por completo, la experiencia de madurar forzosamente vigilado por la ley, con una amenaza muy real de prisión, despido u ostracismo social” (Mira, 2021: 38).

El abordaje de Mira es importante por la recuperación subjetivada que efectúa sobre el proceso de revelación, reconocimiento e interpelación que han vivido generacionalmente los sujetos en relación a sus referentes históricos y socioculturales. Su exposición narrativa es, además de reflexiva, acuciosa al momento de fundamentar teóricamente las razones y circunstancias que han abonado para la conformación de los procesos de subjetivación aludidos. De ahí que el modelo estructural seguido parta del recurso lingüístico al momento de nombrarse e identificarse bajo una categoría, situando etapas y momentos a discurrir dentro de la homosexualidad, lo gay, lo *queer* y la conformación de comunidad. La obra de Mira es académica por lo teórico y metodológico, pero es también un texto lúdico, agudo y crítico rico en matices.

En México, los estudios que abordan el envejecimiento inician su desarrollo a partir de los ochenta, siendo en la actualidad tópico relevante como tema de investigación. Para Robles, sobresalen cuatro vertientes sobre la vejez en cuanto a investigación: la línea que trabaja el comportamiento demográfi-

co, la que aborda los sistemas de pensiones, la que se centra en la salud y una última que versa sobre relaciones sociales en la vejez (Robles, 2001).

En cuanto a los estudios correspondientes a la vejez y la diversidad sexual, Herrero (2001), referido también por García, ha trabajado sobre los emparejamientos entre varones homosexuales que no suelen ser coetáneos, es decir, cuyos integrantes guardan diferencias significativas de edad, siendo uno adulto mayor; caso similar a los sujetos del trabajo efectuado en México por Mauricio List Reyes (2010).

Los estudios realizados se han dirigido a la indagación de problemáticas que aquejan a las poblaciones mayores LGBTIQ+, detectándose la carencia de apoyo social al llegar la vejez en resultado a no poseer familia propia, aun y cuando queda abierta la posibilidad de la conformación de una familia alternativa. A su vez, se encuentran las estrategias de supervivencia enarboladas por mujeres lesbianas adultas mayores, ante vivencias relacionadas con la época de la dictadura franquista; trabajos reportados por Raquel Osborne (2012) y desde épocas anteriores y referido a un tiempo anterior, de Matilde Albarra-cín (2008).

Para complementar, y respecto a otras latitudes del continente, en Brasil, Andrea Moraes (2010) ha trabajado sobre los emparejamientos entre lesbianas mayores, generando hallazgos importantes alrededor de las redes de amistad y apoyo que permiten la construcción de espacios propios.

El español David Mateo realizó una investigación desde una perspectiva psicosocial en 2018 intitulada “Los hombres gais también se hacen mayores. Propuesta de taller psicosocial para hombres *seniors* gais”, donde partió de cuestionarse desde qué se supone hacerse mayor y en específico para un varón gay, hasta indagar la capacidad de respuesta mostrada hacia estas poblaciones por la comunidad LGBTIQ+, pasando por la visibilidad del segmento, llegando a las siguientes conclusiones:

España y Cataluña se encuentran ante un contexto generacional particular, ya que presenta la primera generación de personas LGBTIQ+ que llegan a la madurez y la vejez en democracia y con amplios derechos políticos y sociales; sin embargo, estas poblaciones enfrentan dificultades propias de la vejez dentro de un marco social edadista, que incide directamente en su visibilidad. Asimismo, los varones adultos mayores se vislumbran temerosos ante la discriminación en espacios de atención pública y acompañamiento por la carencia de servicios específicos dirigidos a ellos con personal cualificado. En

función de ello, se encuentran expuestos a un triple proceso de prejuicio, discriminación e invisibilidad (Mateo, 2018).

Otros de los hallazgos de Mateo dejan entrever que permea escasa identificación acerca de las dificultades que enfrentan los varones adultos mayores, por parte de sectores de varones gays jóvenes, lo que se traduce en separación etaria.

Yo interactúo mucho con personas jóvenes en general, y también con jóvenes gays [...] Y me divierte mucho ver la actitud que ellos tienen, primero, con todos estos cambios generacionales, yo creo que ellos tienen más lio de percepción. En la gente que es, que son como adolescentes retrasados, como que van viviendo lo que la mayoría de la gente heterosexual vive a los quince, veinte, los gays lo viven en los veinte, treinta. Esa onda de andar ligando de jovencitos, de buscar pareja, de no sé qué. Y luego viene como una gran desilusión de las parejas [...] yo creo que Carlos Monsiváis se equivocó muchísimo con esto de la educación sentimental. Yo no aprendí a relacionarme de la televisión (Rodolfo, 61 años).

La ruptura generacional que permea entre sujetos pre gays parece más compleja de lo que de inicio podría suponerse. Se reafirma el planteamiento que sostiene que debido a la intrínseca condición de exclusión que guardan las poblaciones sexo diversas, para el caso concreto de los varones homosexuales, éstos mantienen retrasados sus procesos de desarrollo como sujetos, trayendo consigo, consabidos desfases en cuanto a vivencias, desajustes y desilusiones *a posteriori*, como se refería anteriormente. Rodolfo cuestiona qué tan verdaderamente romantizadas por la mediatización están las relaciones afectivas en general.

A su vez, surge la idea de la posibilidad del “síndrome de Peter Pan” en varones hasta de setenta años, ya que muestran indicadores que los ubican anclados al disfrute personal y a mitos vinculados con el amor romántico, traducéndose en una dificultad para establecer compromisos estables emparentados dentro de una lógica heteronormativa; sin embargo, la investigación arroja que la mayoría de los sujetos no se hayan aislados, sino que disponen de diversas formas de soporte social o están dentro de redes de apoyo, como lo pueden ser parejas estables, exparejas, grupos de amigos, familias de origen o recursos de la propia comunidad LGBTIQ+ (Mateo, 2018).

Para el caso de llegar a la tercera edad solos, resalta el hecho de pacificar la relación consigo mismo como garante para una vida saludable que eventualmente pueda compatibilizar con la posibilidad de contar con familias alternativas o relaciones familiares de origen (Mateo, 2018). El sociólogo Mateo Sancho, autor del “Estudio comparativo del impacto de la homosexualidad en el proceso de envejecimiento del hombre gay en Nueva York y Madrid”, afirma lo siguiente:

en España, la generación de ancianos gais, lesbianas, trans, bisexuales e intersexuales padece una “soledad dolorosa”, necesidades económicas y una mayor incidencia de problemas de salud mental y adicciones que la media, como consecuencia de haber sufrido una vida de rechazo permanente (Sancho, 2021).

Sancho alude a que los actuales adultos mayores enfrentan un reto en sus vidas y en las de sus congéneres en la lucha por “la reivindicación del respeto y la dignidad de los cuidados al final de la vida, ser una vez más referentes y enseñar a las generaciones jóvenes qué significa envejecer para un gay, una lesbiana o una persona trans” (Sancho, 2021).

El que yo tenga esta vida visible dentro de mi comunidad, y que la gente me trate bien, mantenga yo el respeto, que tenga una familia visible, o sea, no, no estaba escondido, todo mundo ha sabido qué onda conmigo y con mi pareja y con mi hija. Y mantenemos un lugar aquí dentro de mí comunidad inmediata. Entonces, todo ese tránsito, pues ha sido muy enriquecedor, no te digo que ha sido fácil, pero tampoco ha sido extremadamente difícil. Entre mi intuición, mi saber nadar de muertito, para mí ha sido un arma maravillosa [risa] porque me ha evitado muchos asuntos de violencia, y me ha permitido pensar muchas cosas (Rodolfo, 61 años).

Este particular testimonio, lejos de lo convencional incluso dentro de lo sexo diverso, y más aún en un contexto como el de Aguascalientes, son muestra, con sus matices y sinsabores, como se verificará a lo largo del texto, que pueden existir historias de vida que funjan como modelos afirmativos, como ejemplos y referentes positivos al momento de hablar sobre el tópico y sensibilizar, orientar e inducir a la construcción de sociedades incluyentes y plurales.

En Costa Rica, Fernanda Villalobos (2021) propone para el análisis de la vejez LGBTIQ+ lo que denomina como teoría del costo vital de la discriminación, que involucra tres áreas del adulto mayor: la confianza, la imagen y valor propio, donde pueden cruzarse percepciones que al interiorizarse conllevan a considerarse no digno de derechos y, por tanto, merecedor de daño; una segunda es el cuerpo, como instrumento de placer y expresión, pero vislumbrando en este estadio, el propio, como un cuerpo fragmentado, desconocido, sancionado y que no se respeta. Se suele manifestar en contextos donde priva la hipersexualización y en contraparte nulo autocuidado; y, por último, la capacidad de controlar el mundo, que aparece cuando se liga la enfermedad y el miedo.

Para contrarrestar, Villalobos plantea aplicar técnicas de adecuación destinadas a alcanzar un objetivo, es decir, estrategias adaptativas. Esto permitirá al sujeto ejercer un ajuste conductual a las exigencias del medio en razón a la supervivencia y mejora de posibilidades mediante la valoración de escenarios.

Son diversos los escenarios que Villalobos desarrolla a partir de supuestos que tienden a manifestarse en la vida de los sujetos en la tercera edad, de manera que a nivel comunidad etaria se comparten como temores, algunos de ellos son la alta rotación laboral que no permite el ahorro para una eventual pensión; el rechazo de la familia del sujeto desde joven, por lo que se carece de redes de apoyo; la negación de la pareja del sujeto, de haberla, por lo que se mantiene distancia; la consideración familiar de que el sujeto debe cuidar a los padres de la familia, ya que es quien carece de una propia (reparto equitativo del cuidado); que un familiar condicione el cuidado del sujeto al llegar la vejez en función de ocultar la orientación sexual o la identidad de género, por ejemplo, a los sobrinos (regreso al clóset), entre otros.

Villalobos señala que aludir a una estadística generada en Costa Rica acerca de la vejez LGBTIQ+ en dicho país, ésta pareciera inexistente, ya que se considera aún un tema tabú; sin embargo, plantea la confluencia de intereses generacionales que tienden puentes para establecer relaciones intergeneracionales entre la comunidad. La realidad percibida por Villalobos es que los adultos mayores están llegando a la tercera edad con más herramientas y condiciones en materia de salud y tecnología que permiten vivirla de manera vinculante, juvenil y más disfrutable (Villalobos, 2021).

Lo de los antros para mí fue muy padre porque así fue como me relacioné. A uno o dos de mis parejas sí lo conocí así, en el antro. Porque los otros los he

conocido, bueno, en el trabajo, por medio de amigos [...] pues más que nada, vernos para tomar un café, vernos para salir a pasear. Con casi todos he salido a pasear fuera de la ciudad, algunas provincias de aquí de México, sobre todo pueblos mágicos, eso es lo que vemos más, y con algunos otros he salido a viajar al extranjero [...] pero han sido relaciones bonitas, donde cada quien paga lo suyo de viajes [...] así como relaciones muy simples en sí, de vernos semanalmente para tener relaciones sexuales, ya sea en casa de ellos, o en una casita que tengo yo, que no es mi casa donde vivo, a mi casa van a tomar un café o algo, pero no a dormir, no (Vicente, 71 años q.e.p.d.).

Aún y cuando fue un sujeto que vivió con relativa apertura su homosexualidad, esto no impidió que pudiera establecer vínculos significativos con otros varones, a pesar de no haber vivido con ninguno. El participante logró construir fecundas y largas relaciones, mismas que supo, en la medida de sus posibilidades, fortalecer y disfrutar. El caso de Vicente es singular dado que, a pesar de haber vivido en un matrimonio heterosexual y tenido hijos, pudo, ya en su madurez y con sus salvedades, disfrutar de su sexualidad dentro del círculo social gay de Aguascalientes.

Asimismo, Adrián Valle Linares, perteneciente al equipo del Centro de Costa Rica, plantea que como elementos que se relacionan con la sexualidad de los varones adultos mayores, están presentes síntomas físicos, orgánicos y sexuales que implican deterioro glandular, disminución de testosterona y erección menos firme, lo cual indicia que los sujetos puedan experimentar con caricias en zonas erógenas que pueden llevar al orgasmo sin llegar al coito. Lo cual conduce a que se experimenten cambios en lo social al tornarse más relevantes las relaciones, y las que son de pareja sean más estrechas, al aparecer otras formas de intimidar. En el plano del erotismo, no caduca por lo anterior y porque en el imaginario se ha replicado que ya no existe, lo que da pie a que se consideren los estereotipos enfrentados a las generalizaciones. Un último elemento en complemento es la espiritualidad y la forma en que se manifiesta y vive en los sujetos (Villalobos, 2021).

Yo me he encontrado muy buenos amigos en las aplicaciones, personas que a lo mejor tuvimos un encuentro o dos veces, y nos convertimos en muy buenos amigos; vuelvo otra vez, de los adultos y la educación, pues es depende qué busques [...] yo digo que, en este asunto de la sexualidad, les insisto mucho,

les digo que pasamos mucho tiempo por la relación sexual para llegar al abrazo final. Como que pagas el precio del sexo, para llegar a ese abrazo que es muy íntimo, muy emocional, muy reconfortante cuando llegas a esa etapa, que no te sientas usado. Yo procuro llegar a esa parte, no soy así de que se viene y adiós (Rodolfo, 61 años).

Se enfatiza aquí priorizar el lado humano, emocional y sensible del sexo por sobre la satisfactoria, pero efímera, experiencia del orgasmo. El sexo para Rodolfo debe potencializar la vivencia de su sentido social productivo. Es interesante cómo el participante devela el ardid emocional que en muchas ocasiones se esconde tras la urgencia del sexo, para descubrir que, en el fondo, lo que se necesita es, sobre todo a mayores edades, un espacio de intimidad genuino.

Vejez, estigma y reivindicación

Al hablar de la otredad para signar conceptualmente a las poblaciones de la tercera edad desde la sociología, retomando a Goffman, se parte de que asignar colectivamente atributos a un grupo de sujetos que guardan una condición –existencial en razón de la edad–, diferenciada, alterna y desventajosa, estos atributos se tornarán estigmas que conformarán un estereotipo al que los sujetos se verán coaccionados a responder, situándolos como individuos indeseables, evitables y por tanto excluidos.

El imaginario colectivo que repudia la condición etaria *per se*, lo adjudica en función de una interiorización fundamentada en el temor al reconocimiento de esa misma condición adjudicada para sí, es decir, el sujeto, enfrentado a la vejez del otro, se reconoce en ella al representar un estadio que algún día le será propio y lo definirá bajo esa vulnerable condición. Cada vez que el sujeto se encuentre con un adulto mayor, se espejeará a futuro en él; sobreveviniendo un choque en la psique que en autodefensa le hará rechazar y despreciar aquello que no desea vislumbrar para sí. Guardar distancia aparecerá como dispositivo y con ello el escarnio se volcará sobre el adulto mayor, a fin de que se aleje junto con el amenazante y estigmatizante signo que trae consigo.

Lo anterior trae a colación el texto de Gwendolyn Ann Smith, “Todas somos el esperpento de alguien más”, que refiere a la condición “anómala” y

vulnerable de la mujer trans, donde parte de considerar que es un fenómeno humano que tiende a presentarse dentro de grupos marginados. Smith sostiene, al definirnos y a la vez distanciarnos, que “las taxonomías son inacabables, con frecuencia circulares, y usualmente graduadas hasta alcanzar una sutileza que sería invisible para cualquier extraño. Simplemente, queremos identificar a los esperpentos ‘verdaderos’ para sentirnos más próximos a lo normal” (Smith, 2019: 46–47). Ante la disyuntiva, Smith cuestiona que, al siempre ser un esperpento para alguien, la alternativa radica en apartarse de los semejantes para encajar, o unirse a ellos para hallar compañía. Incluso, partiendo del principio planteado, se ubicaría igualmente que también se puede ser siempre “normal” y digno de aceptación, para un conjunto de personas en particular.

Smith concluye que la noción de clasificación como antesala para emitir un juicio aprobatorio o legítimo sobre el ser que se designa como “apropiado” es un constructo humano de distinción que hace alarde de arrogancia y soberbia; la dignidad humana, afirma, “no es un privilegio de los pocos afortunados superiores, sino el derecho de todas o de nadie” (Smith; 2019: 48).

¿Qué papel juega, desde la alteridad traducida socialmente en arquetipo estigmatizante, la vejez como fenómeno intrínseco a una condición existencial humana no deseable? Esto convidaría a plantearse si entre adultos mayores homosexuales nos reconocemos, validamos y encontramos; si hemos logrado superar los atavismos, tanto de los estigmas de la vejez mencionados como los característicos de la condición gay impuestos por la homofobia y la homonorma. Curiosamente, y con base en la experiencia de la investigación, puedo referir que, aunque la mayoría de los participantes se conocen entre sí –algunos fueron contacto para los otros como informantes–, no se frecuentan ni hay una relación que percibiera cercana entre ellos. Jafet en lo individual externó que se encontraba solo porque todos sus amigos habían muerto.

La disidencia pareciera ser entonces una canalización viable de adscripción política, tendiente a la emancipación y proveeduría de recursos para la vida, con el fin de edificar un capital social, simbólico y económico llegada la vejez. Cabe recordar lo abordado al respecto por Ryka Aoki cuando afirma que existen otras formas de interpretar la disidencia:

Todos somos transgresores en uno u otro instante por el simple hecho de que las normas están hechas para regular grupos de gente. No hay un conjunto de normas capaz de incorporar los múltiples deseos y acciones de los individuos;

y, cuando alguna ley nos omite o excluye, por definición estamos fuera de la ley. Eso no significa que la infrinjam, sino que, de inicio, estamos fuera del margen de la misma. Por ende, todos transgredimos por omisión (Aoki, 2019: 156).

Esta argumentación permite equiparar el estatus de marginación y exclusión de la condición trans de Ryka con los imaginarios sociales que permean alrededor de la vejez. El estar fuera, desde dentro, o desde alguna vez adentro, conlleva a que los individuos, al arribar la vejez, alberguen una identidad que se muestra rearticulada desde la exclusión. Su adherencia social, menguada y carente, se ve a su vez reorientada hacia la supervivencia; de ahí la pertinencia en direccionarla en función de una disidencia que permita abrir espacios de resignificación.

Ser rebelde y disidente, ser la clase de persona que la ley no toma en cuenta implica pensar más allá del binomio oprimido-opresor. Estar fuera de la ley implica más que ser víctima o beneficiario de la caridad. Existimos más allá de la ley, subrayamos la arbitrariedad de esas mismas leyes [...] Ser disidente implica entender que la libertad no es un juego de suma cero. La libertad depende de su abundancia. Para que signifique algo más que otra capa de opresión, mi emancipación requiere la emancipación de otros, incluso de quienes me han oprimido (Aoki, 2019: 181).

Ernesto Sabato, en su texto sobre la resistencia, advierte cómo surge la memoria cuando el hombre repara en lo simple, pero trascendente:

así nos es dado ver a muchos viejos que casi no hablan y que todo el tiempo parecen mirar a lo lejos, cuando en realidad miran hacia dentro, hacia lo más profundo de su memoria. Porque la memoria es lo que resiste al tiempo y a sus poderes de destrucción, y es algo así como la forma que la eternidad puede asumir en ese incesante tránsito. Y aunque nosotros (nuestra conciencia, nuestros sentimientos, nuestra dura experiencia) hayamos ido cambiando con los años; y también nuestra piel y nuestras arrugas van convirtiéndose en prueba y testimonio de ese tránsito, hay algo en el ser humano, allá muy adentro, allá en regiones muy oscuras, aferrado con uñas y dientes al pasado, a la raza y a la tierra, a la tradición y a los sueños, que parece resistir a ese trágico proceso resguardando la eternidad del alma en la pequeñez de un ruego (Sabato, 2003: 30).

Sabato robustece la interiorización propia del ser humano conforme se avanza en la vida hasta llegar a la vejez, que es cuando, sentencia, el alma logra asirse a lo más profundo de la existencia que ha guardado.

Sabato, desde su reflexión hace un reclamo al olvido dirigido a la vejez, cuando sentencia, enérgico:

¡qué poco tiempo le dedicamos a los viejos! Ahora que yo también lo soy, cuántas veces en la soledad de las horas que inevitablemente acompañan a la vejez, recuerdo con dolor aquel último gesto de su mano y observo con tristeza el desamparo que traen los años, el abandono que los hombres de nuestro tiempo hacen de las personas mayores, de los padres, de los abuelos, esas personas a quienes les debemos la vida. Nuestra “avanzada” sociedad deja de lado a quienes no producen. ¡Dios mío!, ¡dejados a su soledad y a sus cavilaciones!, ¡cuánto de respeto y de gratitud hemos perdido! ¡Qué devastación han traído los tiempos sobre la vida, qué abismos se han abierto con los años, cuántas ilusiones han sido agostadas por el frío y las tormentas, por los desengaños y las muertes de tantos proyectos y seres que queríamos! (Sabato, 2003: 63–64).

Concluyendo sobre el apartado, y de la mano de esta última cita de Sabato, podría afirmarse que la vejez, ese al parecer tenebroso y al tiempo taciturno acto de vida de llegar y vivirse viejo, independientemente de las condiciones contextuales e interseccionales que lo hacen además ambivalente y contradictorio, presupone un estadio existencial complejo, tan árido como escurridizo; la vejez, por así decirlo, es un permanente examen de conciencia, una prueba de resistencia y una franca invitación a emplear a fondo el propio sentido estratégico del sentido de la vida.

Vejez y derechos. Marco legal

En los tiempos actuales en los que asistimos a un envejecimiento de la sociedad caracterizado por la subsistencia [...] vinculada al desarrollo y avance de la biotecnología y las ciencias médicas [...] permite tematizar la ancianidad de acuerdo con las múltiples formas en que ésta es tratada, valorada e identificada (Arrubia, 2015: 75).

Los derechos humanos vinculados a la sexualidad con enfoque en adultos mayores implican un abordaje que conlleva el marco cultural que posiciona a los individuos como sujetos de derecho dentro de la ciudadanía sexual:

el derecho de la vejez debe estructurarse abarcando las implicancias socio-jurídicas de la orientación sexual y la identidad de género [...] El último tramo de la vida conlleva una alteración de las facultades biológicas de la persona que tradicionalmente ha sido instaurada en la discursividad social, política, cultural, científica y jurídica en términos de patología [...] la existencia de un Derecho de la Vejez como rama autónoma dentro del mundo jurídico [...] desde la perspectiva de la sexualidad humana y los derechos referidos a ella [...] el concepto de discriminación múltiple que apunta a la consideración del anciano como sujeto portador de una vulnerabilidad compleja... (Arrubia, 2015: 69-71).

Son elementos que apuntan a problematizar la situación de las poblaciones de la tercera edad, agregando las variables de orientación sexual e identidad de género.

Asumir la universalidad de los derechos humanos fundamentales conlleva la idea de igualdad que, a su vez implica, a manera de corolario, la no discriminación, mismos que son tutelados por el derecho internacional público. En función de lo anterior, la nueva Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores, circunscribe la prohibición de discriminación por motivos de orientación sexual e identidad de género, que suman a la razón por edad, posicionada como el primer motivo de discriminación que padecen las poblaciones mayores. En consecuencia, dicho organismo ha instado a los Estados que la integran a tomar las medidas necesarias a fin de prevenir, erradicar y sancionar dicha forma de discriminación (Arrubia, 2015: 72-75).

El adulto mayor, desde esta perspectiva normativa, sería aquella persona de 60 años o más. En cuanto a la discriminación por edad en la vejez, el artículo la define como “cualquier distinción, exclusión o restricción basada en la edad que tenga por objeto o efecto anular o restringir el reconocimiento, goce o ejercicio, en igualdad de condiciones de los derechos humanos y libertades fundamentales en la esfera política, económica, social y cultural o en cualquier otra esfera de la vida pública o privada”. Es importante acotar que la

convención considera asimismo dentro de su catálogo de definiciones la discriminación múltiple, considerándola como “cualquier distinción, exclusión o restricción hacia la persona mayor fundada en dos o más factores de discriminación” (Arrubia, 2015: 83).

Arrubia concluye y afirma que el derecho ha dejado de ejercer normatividad hacia la vejez únicamente en términos de seguridad y previsión social para engarzarse dentro de la lógica que el adulto mayor, al ser finalmente persona humana, es un sujeto sexuado, por lo cual insta a la reivindicación, aceptación y respeto de la sexualidad en esta etapa de la vida (Arrubia, 2015: 86).

Dabove identifica una triada de niveles de vulnerabilidad de la vejez que se despliegan, en lo social, mediante estereotipos estigmatizantes que constriñen el actuar de los sujetos; en lo normativo, mediante la carencia de un marco jurídico adecuado y dirigido; en lo axiológico, mediante la invisibilidad jurídica a su condición particular; niveles que el derecho asume para insertarse dentro de la gerontología desde fines del siglo pasado e inicios del presente, a través de dos instrumentos jurídicos generados en Viena y Madrid (Dabove, 2006: 19).

El derecho a la vejez se fundamenta a su vez en tres principios esenciales: el de *continuidad vital*, fijado a partir de la expresión particular del principio de igualdad en la vejez; el principio de *privacidad*, asumiendo la ancianidad como elemento constitutivo de la unicidad del individuo, con sus componentes de autonomía, libertad e intimidad; y el principio de *participación*, que coadyuva a la integración comunitaria del adulto mayor mediante un diálogo intergeneracional que se verifica dentro del proyecto de recuperación histórica y experiencia (Dabove, 2006: 24).

De especial interés resulta la privacidad, que como principio implica que el individuo sea reconocido como un “ser libre, capaz de tomar decisiones propias respecto de sus deseos, sus pasiones, su orientación sexual, su identidad de género o la disposición de su propio cuerpo” (Arrubia, 2015: 78).

Es un asunto social educativo, como muchas cosas de nuestra educación mexicana. Hay un montón de fantasías sociales de “¡ay, queremos a nuestros abuelitos!”; en el discurso, amamos a nuestros abuelitos y a no sé quién, pero en la realidad, es el abandono total (Rodolfo, 61 años).

El discurso que promueve la romantización de la vejez, esencialmente dentro del plano familiar, se haya en entredicho cuando en la realidad se trata,

sostiene Rodolfo. Su postura es crítica y apela a modificar los patrones educativos a fin de obtener congruencia, complemento indispensable para que lo legal baje a lo social y pueda fijarse en los imaginarios. Por otro lado, la Encuesta Nacional sobre Diversidad Sexual y de Género 2021, dada a conocer a finales de junio del año 2023 por el INEGI, marca un hecho social sin precedentes, un parteaguas y transformación en el discurso político y cultural con el que habrá de abordarse la diversidad sexual en México, a pesar de su acotado alcance y consabido sesgo. Su análisis brinda nuevas lecturas, interpretaciones y significados a ser dimensionados con cautela.

Al respecto, es significativo rescatar el dato sobre el porcentaje de población que se autoidentificó LGBTIQ+ en Aguascalientes, 7.3% (INEGI, 2021), uno de los más altos del país, lo cual permite al Congreso de Aguascalientes desdeñar su pretexto en no considerar de relevancia cuantitativa a las poblaciones sexodiversas, para someter al pleno iniciativas LGBTIQ+, hasta hoy congeladas. Ha sido consuetudinario que el Congreso de Aguascalientes ha negado derechos y discriminado, a partir de estos datos, a más de cien mil ciudadanas y ciudadanos en Aguascalientes. El servilismo que profesan las y los diputados del Partido Acción Nacional (PAN), mayoría determinante, a la agrupación antiderechos del Frente Nacional por la Familia y a la Diócesis de Aguascalientes, debiera ser eludido desde sus argumentos excluyentes con un “no son minoría”, a lo que habría que agregar que, paradójicamente, es mayor la población LGBTIQ+ declarada que la de adultos mayores en el Estado (6.7%).

Es pertinente recalcar que las omisiones en materia legislativa verificadas en Aguascalientes representan un significativo retroceso para el Estado, no sólo por la población concreta a la que se ignora, sino por las señales mandadas a la sociedad y a otros segmentos de un Estado cada vez más desigual y segregacionista. La negativa que sistemáticamente opera desde el pleno del Congreso, cuya mayoría panista controla desde hace varias legislaturas la agenda, representa una afrenta registrada para la historia; un daño que ha ido cobrando responsabilidad por el odio y la exclusión fomentados a partir de estas decisiones. Para el PAN queda patente hay ciudadanos no sólo de segunda clase, sino que no merecen ser tomados en cuenta para abordar temas elementales vinculados con su dignidad y sus vidas. No se puede evadir ni titubear o negociar con los derechos humanos, pues implica poner vidas en riesgo.

Regresando a los adultos mayores, los siguientes elementos dan cuenta de un significativo rezago legal dentro del marco del derecho internacional a

nivel nacional y local: el contexto adverso en materia de derechos y la coyuntura política reinante, los aspectos legislativos, la política pública y el papel de las instituciones; la promoción de derechos restitutivos de frente a las condiciones vulnerables de precariedad que viven los adultos mayores, la necesaria tipificación de los delitos, ya que una buena parte se quedan sin denunciar por miedo a represalias, a fin de que su incidencia aminore sin por ello aplicar únicamente el criterio punitivo al abordar el maltrato a los adultos mayores, y concretamente a los de condición LGBTIQ+.

Por último y para cerrar el apartado, aludo brevemente al espinoso tema del derecho a morir con dignidad. En la Ciudad de México, referente nacional al respecto, no se encuentra reglamentado el derecho a morir con dignidad, establecido en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. De ahí la importancia de una iniciativa como la que fue presentada el día 14 de junio del 2023, cuyo fin fue impulsar una ley que permita atender la petición de quienes desean morir bajo contexto de salud agravada.

Con ello se pretende legalizar la denominada “ayuda médica para morir” (AMM) que permitiría implementar la figura de la eutanasia y del suicidio asistido; en el primer caso, a cargo del personal médico, para el segundo, el personal médico suministra los fármacos necesarios y el paciente se autoadministra. Es pertinente aclarar que estas figuras jurídicas existen en varios países y ciudades del mundo, Colombia recientemente legisló favorablemente al respecto. De acuerdo a la iniciativa, los recursos podrían suministrarse únicamente cuando el paciente los solicite de manera consciente, aclarando que ningún médico se encuentra obligado a proporcionarlos.

La AMM está impulsada desde la organización Libertad para Morir A. C., en la cual confluye la perspectiva de profesionistas con amplia experiencia en el campo, quienes son integrantes del Colegio de Bioética. Los promotores de esta iniciativa asumen que enfrentan resistencia de grupos conservadores, por lo que se ha esperado el respaldo de la configuración jurídica del derecho a morir, en el contexto de la medicina.

La iniciativa se presentó dentro del seminario “Libertad para morir. Por la legalización de la eutanasia”, efectuado en la Comisión de Derechos Humanos de Ciudad de México el 14 de junio del 2023. La iniciativa exigió veinte mil firmas (.25% del padrón electoral de la capital) para llevarla al Congreso de CDMX y para cuando fuera liberada suscribirla (Arellano, 2023).

CAPÍTULO II

Adultos mayores homosexuales en Aguascalientes

Vejez homosexual. Estuvieron siempre y en todas partes

Envejecer es como escalar una gran montaña: mientras se sube las fuerzas disminuyen, pero la mirada es más libre, la vista es más amplia, serena y clara.

Ingmar Bergman

Para entender el desarrollo y evolución de la vejez de varones homosexuales en Aguascalientes, se toma en cuenta el proceso histórico, contextual, situacional e interseccional que va del considerando nacional al regional y local, y da cuenta de las diversas formas de organización social de la vejez homosexual. De tal manera que los elementos espaciotemporales puedan ser agrupados y diseminados bajo periodos que crucen lo histórico con lo situacional (exclusión, discriminación y resistencia); lo individual (subjetivación) y lo colectivo en paralelo de lo social y político (asunción y disidencia, y/o reproducción,

adecuación y sometimiento) para ubicar perfiles, circunstancias, adscripciones, así como las narrativas del proceso al conjuntar y analizar lo obtenido en campo.

Decantarme por alguna de las perspectivas analíticas que vislumbré pertinentes para cimentar el presente abordaje propició encontrarme con dos que considero nutren una mirada dúctil para aportar hallazgos. Me refiero a la perspectiva sociológica que desde hace tiempo Ernesto Meccia ha trabajado alrededor de procesos históricos e identitarios identificados en Argentina en varones homosexuales mayores y adultos mayores. A su vez, complemento con la perspectiva de Alberto Mira, que también ha trabajado con lo cronológico y lo identitario, desde una mirada centrada en los fenómenos socioculturales que han conformado la experiencia subjetiva de varones hoy adultos mayores del otro lado del continente. Ambas posiciones, desde la sociología y los estudios culturales, se adhieren a dar cuenta de la memoria y los procesos de subjetivación implicados en las historias de vida de sujetos de una época bajo las condiciones contextuales de Aguascalientes.

Mi abuela, por ejemplo, la madre de mi madre [...] yo era su adoración. Ella, inclusive llegaba a decirles a los demás “ustedes no son mis nietos” y más a un hermano mío. Y a mí me sentaba, me encantaban los sábados que nos llevaban de visita, cómo mi abuela, después de su baño de medio día, peinaba sus cabellos con aquel peinetón de carey, y todo el cabello que le quedaba suelto lo hacía un novillo y lo guardaba en los dentales de las puertas, de la puerta que era de madera y hacía huecos y ahí guardaba esas pequeñas telarañas, y me gustaba ver cómo iba relleno porque nunca se cortó el cabello, era un cabello largo, hermoso y me decía “mi durazno... tú eres mi durazno”, me decía. Tenía un patio hermosísimo y en el centro de aquel patio había un árbol de granado, un árbol que no daba granadas, sino que daba flores, las flores son en un tono como rosa subido con venas, y me decía mi abuelita “pero si parece que te tallaron con las flores” y me quería sobre todas las cosas, y mi mamá también me protegía (Mara, 74 años).

La subjetividad de esta narrativa es brillante en contenido, rica en memorias y con un alegórico discurso, eco de nostálgicas y significativas vivencias. Recordar los tiempos compartidos con los abuelos resulta edificante para los sujetos a medida que se crece y la melancolía es recurrente. Los detalles gra-

bados, los ambientes recreados, añoradas palabras y profundos sentires, hacen patente que Mara fue un infante querido en la infancia, como la de casi todos sus congéneres.

Vi *El hombre de la mancha*, con Nati Mistral y luego con Rosa de Castilla, que por cierto era de La Chona, e hizo para mi mejor papel que la Mistral. También vi *La tempestad* de William Shakespeare. Yo sustituí el cine por el teatro, definitivamente. Me encantaba el cine, iba mucho, mucho. Era muy barato y había muchas películas, pasaban tres películas por el boleto, hasta cuatro llegaron a pasar. Recuerdo que cuando eran de *rock and roll*, una vez que todos estaban así de plano bailando, en el cine, pasaron cuatro películas. Era la locura, yo iba al cine con un amigo y nos gustaba jugar a adivinar películas. Luego vino el ir al teatro, y recuerdo mucho la obra *Cosas de mamá y papá*, que luego hicieron la película, pero nada que ver con la obra. Entonces, cambié el cine por el teatro, y el teatro musical, porque es especial, tiene mucho más, la música, y todo el montaje, los números. Yo compraba todos los discos de los musicales que iba a ver (Jafet, 77 años).

Una de las experiencias que compartí con Jafet durante las visitas a su casa fue el sinnúmero de pláticas que sostuvimos en torno a su gran afición, el teatro musical. Para ambientar, Jafet ponía el disco de alguna de las obras, y al tiempo que me describía la trama con lujo de detalle, intercalaba tararear las canciones que escuchábamos sobre el musical respectivo. Ha sido un privilegio verlo emocionarse y recordar con precisión aquellas historias, repartos y ambientes de los montajes que disfrutó durante su vida. Conocer de viva voz y valorar los referentes socioculturales que constituyeron la vida de Jafet, al igual que del resto de los participantes, ha resultado clave para desentrañar el rescate de su memoria y subjetividad.

Complemento refiriendo a Ortner cuando afirma que, “así como se debe reconocer que los subalternos poseen una política auténtica y no solo reactiva, se debe entender que poseen una cultura auténtica y no solo reactiva” (Ortner, 2016: 82), lo cual indica que las subjetividades homosexuales situadas se validan a sí mismas en su tránsito, devenir y trascendencia.

La realidad de la vejez homosexual demanda estudiar en forma situada fenómenos cuya complejidad aumenta en la medida que su ubicación adolece de elementos referenciales –Aguascalientes capital frente a la realidad capita-

lina y nacional– ya que requieren de un acercamiento más fino que permita desentrañar el plano de la subjetivación y se escinda dentro de lo cultural que ha dado forma a la vida de los sujetos, mientras que historiar abona para centrar las historias de vida dentro de acontecimientos y transformaciones que constituyen a los sujetos hasta el día de hoy.

por ejemplo, yo no quería asistir los lunes al famoso saludo a la bandera porque te hacían ir vestido de gala, de blanco, y si no recibía yo tres o cuatro patadas por detrás, de estar formado, mientras que pasaba, si no recibía menos, el pantalón siempre lo llevaba super manchado y me daba mucha pena en mi casa que me vieran así y no quería, entonces tenía que brincarme la barda, tenía después que aguantarme los alambres de púas con tal de que no me... porque era imposible estar en eso... entonces, yo salí de la escuela con ese castigo tan espantoso [...] y qué bueno que no tenía yo tanto raciocinio de pensar las cosas porque si no me hubiera dado mucho coraje, no sé qué hubiera hecho. Lo dejabas pasar, no sé, te pasaban las cosas, y las dejabas pasar, era algo así, pero no con resentimiento, no te despertaba coraje, te despertaba vergüenza que me vieran en ese estado en mi casa (Mara, 74 años).

Los recuerdos de la niñez son en ocasiones difíciles y tristes de traer al presente. El acoso, la violencia y el rechazo, proclives de recibir en sujetos como Mara, que no respondían a las expectativas del orden genérico establecido en Aguascalientes, se hacían presentes de forma rutinaria. Llama la atención que Mará, desde la subjetividad que ahora le presenta la reflexión en perspectiva, se congracie por haber tomado aquello sin la seriedad y gravedad que ahora asimila. Los niños no suelen medir ni concientizar las implicaciones de un comportamiento dañino, por lo que se termina por normalizarlo, de ahí que Mara no dimensionara aquellas injurias recibidas, pero sí el condicionamiento y el deber-ser familiar.

Al respecto de investigaciones avocadas a recuperar la memoria, experiencia y subjetividad de la disidencia sexual, Alberto Mira es preciso al señalar los vacíos imperantes cuando los objetos de estudio predominantes han sido de corte cosmopolita y citadino, dejando en el margen a poblaciones regionales, rurales y comunidades.

Hay que insistir en que hablamos de entornos urbanos y quizá solo los relativos a unas pocas ciudades, así que no disponemos de muchos testimonios sobre cómo pudo transcurrir la vida del homosexual rural durante la era de la homofobia absoluta. Sospecho que ocultando todo lo posible y aspirando a escapar de la ciudad (Mira, 2021: 74).

Sobre lo primero, deseo discurrir antes del abordaje específico sobre Aguascalientes. El ocultamiento de la diferencia, de la diversidad ante la vergüenza y la culpa por no ser un varón heterosexual, es un fenómeno de la historia de la homosexualidad que considero debe estudiarse con mayor detalle y profundidad, con la mansedumbre necesaria para desentrañar en forma acuciosa, las causas, circunstancias y efectos que la homofobia, en sus distintas manifestaciones, ha implantado como huella indeleble y, muchas de las veces insuperable, en la vida de sujetos de regiones olvidadas (coincidentalmente, mientras afinaba la versión final del presente texto, me encontré con un título recién publicado de Javier Sáez, *Armario y biopoder*, que aborda en forma por demás integral el tópico).

Un ejemplo a manera de introducción se refiere al proceso de invitación a los participantes en esta investigación. Me pareció pertinente recurrir a un primer contacto que fungiera como bola de nieve para la posterior gestión. Mi abordaje requería enfatizar en la profundización sobre los procesos de subjetivación gay en los informantes, no en cuanto a un determinado número de colaboradores; de tres a máximo cinco sería suficiente para dar cuenta de mis objetivos. Convocar y convencer a los integrantes, resultó más difícil de lo esperado (he referido la pérdida de mi primer informante al margen de esta dinámica). Dos más fueron gestionados bajo intermediación del primer contacto y, en un inicio, mostraron disposición para colaborar; sin embargo, al concretar fechas ambos se retractaron, negándose a participar sin dar razón. Mi primer contacto, apenado, aludió como razón que eran un tanto “especiales”. Era, sin embargo, parte de lo que buscaba obtener de la investigación: hacer que los sujetos hablaran, que decidieran hacerlo a pesar y por encima de cualquier impedimento, fuera por experiencia, historia personal o contexto. Finalmente, el conocimiento de un segundo contacto, obtenido en el vapor gay de Aguascalientes, me permitió incorporar a los tres participantes restantes, para plasmar las vidas que desfilan a través de estas páginas.

Aguascalientes en contexto

En Aguascalientes podríamos partir de situar tres periodos desde una óptica integradora y desde una visión macro, que para efectos de interés y de seccionar cronológicamente resultan útiles para ubicar en temporalidad.

En primer lugar, el periodo comprendido entre 1950 a 1970, donde el Estado se yergue en torno a un crecimiento boyante sustraído por lógicas de poder tradicional decimonónico (hacendados, ejidatarios y empresas familiares, además de la industria ferrocarrilera), así como socialmente concentrado en desigualdades de clase y apuntalado en mantener estructuras de poder en función de la hegemonía política e incidencia social de la Iglesia católica local. Son tiempos caracterizados por la producción esencialmente en dos rubros, el cultivo de la uva y el derivado vino, y los textiles, sobresaliendo los deshilados, que se logran posicionar a nivel nacional. En este periodo nacen, crecen y se desenvuelven en su infancia y pubertad los sujetos, hoy adultos mayores, protagonistas de este texto.

Había mucho respeto, a todos, a los mayores, en sí, a la gente, a todo mundo, había mucho respeto. Mis padres nunca me dieron cariño físico de niño, no se usaba eso, a uno le daban educación, cuidado. Yo me sentía querido de otra forma, no porque fueran cariñosos, sino porque te das cuenta, ves en otras cosas el amor, el cariño, el cuidado [...] en ese entonces, con los vecinos podías entrar y salir, se convivía mucho, y con mucho respeto, ahora eso ya no existe (Jafet, 77 años).

Se describe aquí la dinámica familiar y social que vivía el participante en su entorno inmediato. Justifica la carencia de no haber experimentado demostraciones afectivas de sus progenitores por los rígidos, estrictos e inexpresivos patrones formativos prevalecientes en la agreste provincia, en el machista bajío. Remarca, por otro lado, y con orgullo, el predominio de formas de urbanidad y cortesía en lo cotidiano, lo cual extraña. El sujeto vivió tiempos donde la autoridad, la disciplina y el decoro eran los valores de un sistema que moldeaba y dirigía a las familias aguascalentenses.

Me remontaré a mi niñez, en los años cincuenta, cuando inesperadamente, sin haberlo yo querido, sin haberlo yo escogido, sino que de manera espontánea,

pues era yo el centro de atención de algunos niños que me perseguían a mí, curiosamente, que me dicen “ay, a ti, ¿por qué te gustan los hombres?” Pues yo le contesté “a ti, ¿por qué te gustan las mujeres?”. Entonces, es una cosa, al menos en mi caso, no fue de quiero de fresa o chocolate, sino que se fue haciendo, digamos, que podría decirse innato (Mara, 74 años).

En el Aguascalientes de mediados del siglo pasado, los infantes que representaban una diferencia manifiesta entre sus pares, eran condenados al ostracismo, la vejación e infortunio producto de ese rechazo. Mara recuerda ser consciente, desde muy pequeño, de esa distinción, de ese punto de inflexión que el sujeto pre gay interioriza, a veces a manera de epifanía, y que le permite precozmente elucidar de qué va su ser y su vida futura, no sin encarar las inevitables consecuencias.

En segundo lugar, el periodo de 1980–2000, abocado a la transición del Estado de productor a maquilador, transformando su carácter sectorial de primario a secundario y terciario, como parte del proyecto pilotaje de modernización nacional, que trajo consigo el advenimiento de dos factores de sensible efecto social: la descentralización del INEGI y el arribo de la industria automotriz extranjera. En este periodo viven su juventud, llegan a la adultez y consolidan sus vidas los sujetos de la presente investigación, matizando en los que mantuvieron un éxodo hacia otros destinos, como Ciudad de México, durante esta época.

Le llamaban vamos a “maderear”, que era la “putivuelta”. Maderear era dar la vuelta en coche o a pie, el que no tiene coche pues a pie. Y entonces, los que íbamos en coche, viendo a los de a pie o a las de a pie, según el caso, íbamos viendo porque Madero era de doble sentido [...] y era dar vueltas y vueltas, a pie también, y era ligar, ligar, especialmente los domingos. Era cualquier rato en la noche, cuando salían de los trabajos, siempre después de las ocho. Entre ocho, ocho y media y nueve, era la hora de la vuelta, de maderear. Pero los domingos sí era desde las seis y media, siete de la noche, hasta las diez de la noche, ya a las diez todo mundo se iba retirando. Es la hora en que todo mundo, la gente decente se retiraba. Toda la gente decente, hombres y mujeres a las diez se retiraban a sus casas. Quien andaba en la feria después de las once, ¿qué andaría haciendo? (risas) (Vicente, 71 años q.e.p.d.).

Se recuerda y recrea aquí, describiendo a detalle, una emblemática costumbre de Aguascalientes –y de muchas otras ciudades pequeñas y plazas centrales del interior del país– que representa el muestrario costumbrista para gestionar relaciones, encuentros, y en sí socializar, tanto en poblaciones heterosexuales como homosexuales. La referencia de los horarios sectoriza dichas dinámicas separando lo propio y aceptado socialmente y lo que se deja como espacio para la transgresión. Así, la famosa “putivuelta” –término asignado desde la gaycidad, pero reconocido más allá de ella–, consistía en hacer rondines a deshoras para ligar y agenciar contactos, fuera a pie o en auto, para sostener encuentros sexuales entre varones, dentro del perímetro de la zona del centro que Vicente refiere.

El tercer y último periodo sería de 2000 a la fecha, donde la digitalización, globalización y neoliberalismo delimitan un Estado enquistado en añejas tensiones entre tradición y modernidad, con sus contradictorias consecuencias: referentes globalizados seculares frente al arraigo religioso; incipiente diversidad social ante rezagos aún carentes de anonimato; modelo cosmopolita y multicultural versus estructura social chovinista, xenofóbica y localista, entre otros. Es dentro de este tercer periodo que se ubica el movimiento de la diversidad sexual en Aguascalientes, efecto del suceso mediático de trascendencia internacional sobre la leyenda precautoria del balneario Ojocaliente: “Prohibida la entrada a perros y homosexuales”, así como la homofobia institucional de Estado, misma que persiste representada por el Partido Acción Nacional. Y es en este periodo que llegan a su tercera edad los protagonistas de esta investigación, quienes dan cuenta del proceso que han atestiguado, edificado y que actualmente viven.

Nosotros nos atrevimos, algunos, con las personas que me junté, a abrir espacios. Entre esos espacios que abrimos, fue el famoso balneario Ojocaliente. Lo abrimos y lo hicimos nuestro, era nuestra reunión. Al principio, éramos tres, cuatro, ya después se fue haciendo más y más gente, pero claro que a nosotros nos costó, inclusive que nos detuvieran, estando ya en el vapor, porque el balneario no quería que estuvieras ahí, no quería que entraras, y nos detenían y nos llevaban a la judicial. Y estábamos detenidos en la judicial, sin haber hecho absolutamente nada, más que atrevernos a entrar a un lugar de hombres, a donde van hombres. Y después ya se fue haciendo más común, y pues, los ejidatarios que eran los que estaban de empleados, pues ya tuvieron que

apechugar y dejarnos entrar. Y ya de ahí hacer un pequeño lugar, un pequeño oasis donde tomar y relajar, pero obviamente, el mundo era ese, encontrarte, comer, tomar, bañarte, ver si había algún tipo de aventura ahí fugaz, después terminar en cualquier otro de los bares... (Mara, 74 años).

Mara fue de los pioneros en el proceso de apropiación del famoso y extinto balneario “Ojocaliente”, lugar que durante un tiempo considerable fue reconocido como emblemático para encuentros sexuales entre varones en Aguascalientes; sin embargo, y como afirma, no fue nada fácil acceder al lugar y menos apropiarse de él como nicho cautivo. Finalmente, la doble moral fue el mediador e ideal catalizador para que el recinto mantuviera ese dudoso, camuflajeado y polémico posicionamiento ante la sociedad y las autoridades, es decir, todos supieron siempre qué sucedía ahí, pero nadie lo admitía y lo hablaba, y menos aún llegaba a involucrarse de alguna manera.

Ya en mis tiempos, ya sí en mis tiempos, ya del noventa y cinco para acá, claro que ya nos veíamos todos en fiestas particulares [...] ahí ibas a conocer a todo mundo “hola, ¿qué tal?, soy fulano, y este es mi amigo, hola, qué tal amigo de fulano”. Todos nos conocíamos. Yo llegué a conocer a toda la comunidad de clase media, media baja, media media y media alta... todos. Y hasta la fecha los conozco, de aquí de Aguascalientes, que tienen que ver con Aguascalientes, que, si son de fuera, también, gente de Tampico, gente de León, gente importante [...] yo conozco mucha gente y hasta la fecha me llevo muy bien con todos, todo mundo me habla “¿por qué te has perdido?, te extrañamos mucho”. Es que no salgo, y menos, con la pandemia. No salgo. Cuando yo llegaba a “Casa Danzante” [bar gay], yo saludaba a todo mundo, y todo mundo llegaba “hola, hola, ¿cómo estás?” entonces, así es como se van haciendo los grupos (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

Se ofrece aquí una inductiva crónica acerca de cómo operaban las formas de ligar y allegarse de un grupo o círculo social dentro de la gaycidad del Aguascalientes previo a la digitalización. La personalización y el contacto presencial eran vitales para hacerse de amistades, así como de potenciales parejas, amantes u compañeros sexuales. Aunque el espectro espacial dentro de una ciudad tan pequeña facilitaba que el pregón de Vicente, “todos nos conocíamos”, se cumpliera, eran también los nexos en común y las actividades

compartidas lo que tendía puentes para articular codificadas formas de socialización entre los sujetos; es decir, la coincidencia en fiestas privadas, los pocos bares existentes, la mencionada putivuelta, los vapores, etc.

En complemento, retomo el planteamiento de Sayak Valencia alrededor del análisis contextual de México y algunas zonas de Latinoamérica:

las mujeres junto con todos aquellos sujetos entendidos como subalternos o disidentes de las categorías heteropatriarcales hemos vivido en lo *gore* a través de la Historia. En la violencia extrema tanto física como psicológica –y más recientemente la violencia medial–, pues éstas han sido parte de nuestra cotidianidad, de nuestra educación [...] la radicalidad de la violencia nos sitúa en el filo, en la transmutación de una época que exige que revisemos nuestros conceptos clásicos, que sacudamos las teorías y las actualicemos. Lo encarnizado del capitalismo *gore* no deja más salidas que la creación de nuevos sujetos políticos para el feminismo (Valencia, 2016: 188).

Para adentrarme en estas realidades, recuperando a García, señalaré que:

existe ya una segunda generación de mayores, incluso una tercera, que ha podido, en términos relativos, expresar su homosexualidad en Estados Unidos, mientras que, en Argentina, España o Brasil, es la generación actual de mayores la primera que está viviendo y abriendo las puertas (García, 2018: 140).

Esta generación, que nosotros somos, estamos haciendo muchos cambios. Y el primero más grande de todos es la visibilidad, el que la gente se quite que no somos diablos con cuernos, que no desayunamos niños, que somos personas comunes y silvestres. Y que nosotros nos percibamos así. Yo esto lo he platicado con muchas personas alrededor de eso de que “ay, es que tú eres diferente”, al principio yo decía, “ay, no”, y no, sí soy diferente. No me siento por encima de la gente heterosexual (Rodolfo, 61 años).

Es necesario dar cuenta de las circunstancias coyunturales e históricas que brindan especificidad a la vejez homosexual en México y Aguascalientes. Aún y cuando la alusión de Rodolfo indica una ruptura que sugiere una diferencia, las proporciones en materia de discriminación son maximizadas en poblaciones LGBTIQ+, en la medida que se puede considerar que a mayor

edad existe el riesgo de mayor discriminación, tanto en tiempos pasados como actuales, lo que lleva a plantear la existencia de un ciclo marginal precario de la vejez sexo diversa. El matiz potencializa el establecimiento de condiciones tanto adversas como afirmativas en la vida de los sujetos.

El tema de la vejez gay es un tema relativamente nuevo. Es ahora cuando está llegando a la vejez la primera generación que, si bien en su juventud no pudo salir del armario dadas las circunstancias políticas que se vivían en España, sí lo pudo hacer en su madurez. En países como Estados Unidos, donde la lucha por los derechos de gais, lesbianas y transexuales ya cuenta con cuarenta años de historia, sí existe una generación completa de personas que, después de vivir más de la mitad de su vida como gais, se encuentran llegando ahora a la edad de jubilación (García, 2018: 140).

El contexto local de Aguascalientes y su importancia permiten adentrarse en conocer las condiciones que enmarcaron la vida de los hoy adultos mayores que nacieron cuando el siglo veinte llegaba a su primera mitad. Al respecto, rescato la narrativa de la sociedad de la época y su relación para con la sexualidad, de la voz de Vicente, considerando aún una desdibujada presencia de diversidad sexual:

Pues había nada más un tipo, recuerdo que estaba yo muy chico, había uno que le decían “el papi”, era un homosexual que dirigía una casa de citas, ahí era donde estaba la “pelos de oro”, la “pelos de oro”, bueno, esa es otra historia, fue una mujer muy famosa que tenía muchas casas de cita, en la calle Jesús Terán y en la calle Jesús María, a ambos lados del templo del Sagrado Corazón. Ahí era lo que se llamaba “La Chueca”, y ahí en “La Chueca” estaba “el papi”, “el papi” era muy respetado porque toda la gente negociaba con él alguna contratación de una prostituta o prostituto, igual también tenía hombres. Entonces él era el personaje al que se le concedía más respeto siendo homosexual, porque la gente hablaba del “papi” pero no con burla, sino como un empresario de giros sucios, pues. Pero bien vistos por la sociedad, tolerados por la sociedad, tolerados por la policía, tolerados por todo mundo. Creo que estoy hablando, era yo muy niño, yo nací en el cincuenta y uno, fines de los cincuenta o principios de los sesenta. Ya había oído, yo a esa edad, ya sabía del “papi”. Y sabía también de la “pelos de oro”. Todo mundo los mencionaba (Vicente, 71 años, q. e. p. d.).

Ya en ese entonces, como mencionaba anteriormente, la doble moral de la sociedad se hacía presente; sin embargo, pareciera que en aquellos tiempos prevalecía cierta beligerancia, al menos en lo que respecta al ejercicio de la promiscuidad heterosexual. Complacencia y complicidad coexistían eco de un entorno ambiguo que se mostraba laxo ante la permisión de sus formas de socialización erótica.

Mucha gente iba ahí a desfogar sus energías. No los contrataban, eran casas de citas, entonces como estaban dentro de la ciudad, no tenían ni que salir fuera, ni nada. Un fulano llegó, andaba borracho, andaba en “La Chueca”. Era la zona de tolerancia, por eso llegó borracho, y pues ahí se metió hasta la casa de “La Pelos” y muy con las muchachas; era natural, no era mal visto. Desde luego, los que tenían dinero escogían las mejores, ahí llegaba el que tenía dinero, sin importar el nivel. Era para toda la sociedad, y como era muy pequeña la sociedad en aquel entonces. Aguascalientes era un pueblito, en ese tiempo, habrá sido de ciento y tantos mil, doscientos mil habitantes (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

La organización social de la sexualidad en Aguascalientes tiene una historia, y sus protagonistas, hombres y mujeres que le dieron forma, la caracterizaron y la transformaron; y, aunque invisibilizada a conveniencia del discurso oficial y clerical, finalmente está ahí, se le quiera o no reconocer. Incluso, fue retratada para la posteridad en los murales de Palacio de Gobierno, como se verá más adelante.

Continuando con el contexto, Aguascalientes presenta una distintiva condición en relación al tema estadístico. Según datos del registro demográfico más reciente, el estado ya es considerado una ciudad envejecida en el 2025, cuya población de adultos mayores representa el 12% de la población total, cumpliendo con el indicador que cataloga así a una ciudad una vez que su población adulta mayor rebaza al diez por ciento de la población total. Cuando se efectuó esta investigación, había cerca de cien mil adultos mayores en Aguascalientes, mismos que representaban el 6.7% de la población. En cuanto a la expectativa de vida, Aguascalientes se coloca por encima de la media nacional que indica los setenta y ocho años para mujeres, y setenta y seis para varones, incrementando un año; es decir, las mujeres en Aguascalientes tienen una expectativa de vida de setenta y nueve años, y los varones de setenta y siete: “tan solo en la ciudad de Aguascalientes en el 2005 existían 20.3 adultos

mayores por cada 100 niños, tendencia que para el año 2030 se equipararían en proporción, es decir, que existiría la misma cantidad de adultos mayores que de niños” (Narváez, 2011: 21).

No creo que Aguascalientes sea una ciudad envejecida. Yo más bien creo que Aguascalientes es una ciudad adolescente. Dentro de la historia de México, Aguascalientes es de los estados más jóvenes. Y poblacionalmente y socialmente, es de las que ha tenido el desarrollo más tardío. Aunque se habla mucho de nuestro pasado colonial, aquí no hay mucho pasado colonial. Aquí, en mil seiscientos no había nada. La población es muy joven; además, al tener tanta población flotante, el origen de la ciudad es la migración. Digamos que la gente ya establecida, incluso ahorita en pleno siglo XXI, hay muy poca gente que tenga más de tres generaciones establecidos aquí en Aguascalientes (Rodolfo, 61 años).

Aunque Rodolfo no identifica la variable específicamente estadística y demográfica referida, que prueba Aguascalientes es ya una ciudad envejecida por la edad de un porcentaje significativo de sus habitantes, aporta elementos interesantes que justifican su apreciación y adscripción juvenil adjudicada a la ciudad capital.

En efecto, Aguascalientes es una entidad establecida en forma relativamente reciente, desde una perspectiva histórica, con las condicionantes propias que la migración aludida por Rodolfo trae consigo en cuanto a generación de identidad, fijación de asentamientos, sembrado de raíces y tradición, entre otros. Es bien sabido, aunque no del todo asimilado hacia lo interno, es cada vez mayor el porcentaje de foráneos que vivimos en la capital, oriundos principalmente de Ciudad de México, Jalisco y Zacatecas –en orden decreciente–, además del ascendente advenimiento de población extranjera de origen sudamericano y estadounidense que ha establecido residencia en la ciudad capital.

Devenir de la vejez homosexual en Aguascalientes Exilio. Constante y parteaguas de vida

Monsiváis refiere que, en los años treinta del siglo pasado, el país arremete en franca animadversión contra la homosexualidad; sin embargo, en Ciudad de

México, “el anonimato relativo de la urbe de 800 mil o un millón de habitantes es la primera libertad posible, con una ‘geografía del deseo’ imposible en otras ciudades, de vida fiscalizada por los confesores y los vecinos, “comités de defensa de la moral” (Monsiváis, 2010: 102).

Las generaciones de varones no heterosexuales de las primeras décadas del siglo representan el muestrario de una realidad histórica que, invisibilizada, edificará portentosos cimientos morales dentro de los imaginarios familiares y sociales del México posrevolucionario. Demografía y crecimiento serán contrapuestos al poder socializador de la religión católica, fenómeno intensificado al interior del país. El *sexilio* de la región de origen a la ciudad capital, aún no denominado como tal, iniciará un gradual advenimiento para fungir como salida y eventual redención a “sujetos socialmente anómalos” y por tanto limitados para asumirse y vivirse desde una diversidad, por aquel entonces, impensable.

Quienes pueden (y bastantes pueden) huyen de pueblos y ciudades pequeñas y se van a la Ciudad de México, la utopía perfecta porque promete (y cumple) la bendición del anonimato, el extraviarse en la multitud. En la provincia sólo quedan los aferrados a la costumbre y los quebrantados del ánimo, y sin embargo aún en esos casos, y los ejemplos son múltiples, detrás de las superficies quebradizas [...] suelen darse temples de hierro (Monsiváis, 2010: 103).

La vida en provincia, y propiamente en el bajío mexicano, caracterizada por el epítome machista de folclor ranchero, violento y mujeriego, anula toda posibilidad al sujeto distinto, al varón que no es o parece viril. Por tanto, simular para aparentar, incluyendo matrimonio e hijos, operan como estrategias crueles de adecuación y sometimiento, pero resolutivas que permiten al individuo abyecto sobrevivir en sociedad.

Sí, yo me veía formando a mis hijos y todo. Sí, y así me casé. Me casé con una mujer de dieciséis años, era una mujer que yo consideré que era la mujer más bonita de Aguascalientes [...] y mi idea fue de luego luego tener hijos; la prueba es que a los diez meses de casado nació mi hija [...] yo estaba muy contento con mis hijos, me sentía realizado. Y bueno, los primeros años de mi vida matrimonial fueron felices, los primeros cinco o seis, ya después vinieron los problemas [...] porque ya no tenía lo que ella quería, así fue como trona-

mos y nos divorciamos también, ella siendo muy joven, ha de haber tenido unos treinta y uno, y yo, pues menos de cuarenta (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

Independientemente de que Vicente haya sido bisexual u homosexual –se asumió heterosexual en niñez y juventud, luego, con cierto sigilo, gay en madurez y vejez–, el lapidario peso de la heteronorma y la homofobia en su época terminaron por someterlo a sus dictámenes. Vicente, casado, divorciado y con dos hijos, vivió una parte de su vida fuera de Aguascalientes, dividido entre sus viajes de estudio a España y Ciudad de México; sin embargo, aunque estas experiencias en el exterior marcaron sensiblemente su vida, no impidió a su regreso que sostuviera noviazgos con la finalidad de casarse con una mujer. Según sus palabras, fue hasta después de divorciado que decidió socializar dentro del mundo gay de Aguascalientes y entablar relaciones de pareja con varones, las que mantuvo hasta casi el final de su vida.

En la provincia, ámbito represivo por excelencia, la vida privada sigue regida por el chisme, la sujeción femenina a lo eclesiástico, la identidad entre la exhibición de la fe y la condición respetable, los guetos venéreos o “zonas de tolerancia”, el onanismo como saber de salvación, la contigüidad del escándalo con la muerte social. En provincia, la secularización avanza con lentitud, el sexo es lo inmencionable, y son todavía omnívoros los alcances del Catecismo del Padre Ripalda y el confesionario, y sus accesorios: la Congregación Mariana, los Caballeros de Colón, los colegios de monjas (Monsiváis, 2010: 226).

Aguascalientes, por extraño que parezca, continúa representando un ejemplo de lo referido por Monsiváis. El estado se haya resguardado dentro de una lógica social conservadora cuyas premisas soslayan condiciones que permitan acceder a una modernidad plena. El localismo de la idiosincrasia del centro se ve retroalimentado por una religiosidad que segrega a nativos, pero sobre todo a foráneos, bajo regímenes xenofóbicos, clasistas y misóginos. Los imaginarios se han erigido como resultado de una tradición de resistencia conservadora, sin indicios evidentes, hasta hace muy poco tiempo, de transformación generacional, lo que redundará en un proceso social más complejo, amorfo y sustancialmente más lento que el registrado en otras regiones, principalmente del sureste del país.

El referente familiar de los participantes hace hincapié en las formas de estructuración familiar que, dentro de sus contextos y momentos históricos, prevalecían como manifestaciones intrínsecas del costumbrismo de provincia, que exaltaba el poder del varón bajo la análoga figura del proveedor autoritario y auténtico reproductor. Rodolfo da cuenta de ello al desglosar su núcleo familiar:

Ese modelo de vida que tenían mis papás, haciendo conjeturas y haciendo las cuentas, porque mis medios hermanos son menores que yo, eso fue después de que yo nací, mi papá tenía treinta y seis años, treinta y siete, por ahí, menos, porque mi papá quedó viudo de cuarenta y dos años [...] y encerrado en un pueblo como Pabellón, pues claro que sí, y con mi mamá, yo soy el sexto hijo. Y pues claro que, si alguien va y te hace ojitos pues fácil, no es difícil pensar que, con esa educación machista, con esa situación, pues que se enredara fácilmente [...] y sabían que estaba casado, con quién y que tenía seis hijos. Entonces sabía con quién se enredaba. Ese fue asunto de ellos, porque yo tengo siete medios hermanos, cinco con esta señora y dos más. Que luego han aparecido aquí en mi casa, luego que me vine yo a vivir aquí, llegaba la Feria y yo tenía miedo de que se me fuera a aparecer otro hermano [risas] (Rodolfo, 61 años).

Aún con la reproducción de roles y estereotipos inherentes al machismo, el padre de Rodolfo, aunque fue el varón rural convencional adecuado a los patrones sociales de su tiempo, mostró una personalidad atípica para su agente entorno por su interés y dedicación a las artes, como lo recuerda orgulloso Rodolfo:

Nosotros nunca tuvimos piano en la casa, ya mucho después mi papá se compró un órgano, a mi papá le gustaba mucho el órgano, por las posibilidades ya de tener una orquesta, y los últimos años, un tiempo trabajó en las iglesias como organista, por eso tenemos las grabaciones, y de lo que yo me acuerdo, era muy bueno en música sacra, él estudiaba aquí en la escuela de música sacra, y tenía mucha música en partitura, misa y todo, incluso yo, cuando murió mi papá, yo regalé su música aquí a la escuela de música sacra (Rodolfo, 61 años).

La vivencia de la homosexualidad y posterior gaycidad en Aguascalientes, al igual que en la mayoría de las regiones del país y el continente, se ha caracterizado por la presencia ineludible de la triada consistente en clóset, homofobia y clandestinidad. Pero aquí el matiz estriba en que, a menor distancia social y densidad poblacional, mayor escrutinio y persecución hacia la presencia de la diversidad sexual. Tanto en el municipio capital como en los del interior del estado, con sus interesantes matices, la vigilancia de género opera en alianza con el machismo propio de rancho dirigido a varones que se distancian del ideal de masculinidad hegemónica.

En las rancherías, los pueblos, las ciudades pequeñas o medianas, o incluso de más de un millón de habitantes, un sector considerable de gais y lesbianas no está al tanto de los cambios en materia de política sexual, o lo está de modo vago o temeroso. No asumen la crítica a la homofobia, porque no se atreven o no quieren distanciarse de las nociones condenatorias, se acomodan con los prejuicios y en sus relaciones sexuales los tranquiliza la clandestinidad o la no verbalización de sus actos (Monsiváis, 2010: 142).

puedo decir que el refugio de la mayoría de los homosexuales en ese tiempo eran los baños de los cines... y este... porque... pues no había nada de libertad y todo tenía que ser soterrado... entonces, a donde podías ir era el cine, ya siendo yo un joven, al cine Plaza, o al cine Colonial, porque ya el Alameda había cerrado y ahí, de alguna manera, sí... a lo mejor... en algunos cines pudieras tener un contacto sumamente rapidísimo, así de segundos... una mirada furtiva a la hora de orinar... este... o un flechazo a irte a sentar en las famosas butacas, que después ya no era porque como había inspectores, no lo podías hacer (Mara, 74 años).

En Aguascalientes, la triada mencionada tomaba lugar material en los cines como únicos espacios factibles que, bajo arriesgada y provocadora apropiación, veían duplicar su función de entretenimiento al bifurcar vertientes y públicos: películas para segmentos populares, y espacio de fugaz encuentro sexual para homosexuales. Eran cines de tamiz marginal que en ocasiones proyectaban pornografía. En ellos, como alude Mara, podían en forma intermitente, por prohibición, gestionar las pocas y quizá únicas oportunidades que tenían los sujetos para sostener efímeros encuentros sexuales. La tradición

del cine visto como receptáculo de escape a las pasiones extendía sus alcances a las abyecciones, transformándose en telón de fondo para el desfogue sexual.

Entre 1940 y 1975 la migración no fue relevante demográficamente en Aguascalientes. Los números señalan que desde 1940 el estado tuvo un saldo negativo, ya que la cantidad de personas que llegaban de otras partes del país era mucho menor a la de habitantes que abandonaban la entidad [...] en las principales ciudades del país (Monterrey, Guadalajara y la Ciudad de México), en las zonas agrícolas del norte y en Estados Unidos (Gómez Serrano, 2010: 267).

El éxodo, sin embargo, no respondía exclusivamente a las razones arriba mencionadas, ligadas a la exclusión social, sino que también se sumaba la necesidad de algunos sectores por ascender económica y socialmente, o bien, lo que prevalecía en poblaciones de escasos recursos: la falta de oportunidades y las adversas condiciones laborales que les presentaba el estado. “Esta tendencia se revirtió en el lustro 1975–1980 gracias al impulso industrial, el crecimiento de la economía y la creación de empleos, que incluso atrajo a un número cada vez mayor de personas provenientes de otros estados de la república” (Gómez Serrano–Delgado, 2010: 267).

Aguascalientes está hecho de migrantes. Bueno, ya ahorita yo creo que ya hay muchos más de tercera generación nacidos en Aguascalientes. Por ejemplo, yo no soy de tercera generación, mis papás, mi mamá venía de Jalisco, y mi papá de Zacatecas, nosotros somos de primera generación de nacidos aquí en el estado. Mi hija es de segunda generación, aunque por parte de su familia biológica es primera generación, su familia biológica viene de Guerrero, y ella es la única que nació aquí (Rodolfo, 61 años).

El escándalo presente

Dentro de los sucesos históricos relevantes registrados en la ciudad capital, sobresalen aquellos emblemáticos y anecdóticos, por lo que su significado e interpretación aportan elementos para desentrañar los referentes e imaginarios que han vivido los protagonistas de esta investigación. Me referiré a los mura-

les del Palacio de Gobierno. En “Los murales del palacio en debate. Ciudad de Aguascalientes 1962”, el cronista Salvador Camacho Sandoval refiere que

las críticas y contenido del mural del Palacio de Gobierno del estado expresan la confrontación de ideas y concepciones sobre la Iglesia católica, el gobierno, las clases sociales y la prensa, entre otras cosas. La citada obra pictórica se convirtió, de pronto, en el crisol donde se mezclaron distintas formas de pensar el presente, reconsiderar el pasado y proyectar el futuro de los habitantes de la ciudad de Aguascalientes y del estado (Camacho, 2005: 212).

El polémico suceso fue que el gobernador de entonces, Ortega Douglas, contrató a Oswaldo Barra, amigo de Diego Rivera, un pintor muralista chileno para que plasmara la historia del estado en los murales del Palacio de Gobierno. Dicha obra, de carácter revisionista, retrató a grupos de poder (Iglesia, política, prensa), de manera análoga a figuras de frívolo talante de la ciudad –prostitutas, varones afeminados, entre otros–, lo que suscitó la indignación de los aludidos, exigiendo su remoción. La disputa se verificó mediáticamente a través de notas, editoriales y artículos de ambos bandos, tanto de quienes defendían la libertad de expresión de la obra y su contribución, como de quienes la consideraban ofensiva por representar un insulto al catolicismo local. Al final, la obra sobrevivió a las críticas y el descrédito, convirtiéndose en un referente que manifiesta las complejas contradicciones que definen social y culturalmente a Aguascalientes.

Vicente ofrece la lectura que adjudicó parte del común de la sociedad agascalentense al controversial suceso, y quedó como parte de un imaginario social que gradualmente se ha ido perdiendo.

Incluso, “la Pelos de Oro” está immortalizada en los murales de Palacio de Gobierno, ahí está pintada, está cubriéndose de papeles, de periódicos, dando a entender que la prensa se vendía; entonces ponen a la prostituta mayor de Aguascalientes, “la Pelos de Oro”, tapándose con los periódicos. Oswaldo Barra Cunningham los pintó como en los sesenta, los primeros, ya los posteriores los pintó como en el noventa, en la época de Barberena, como unos treinta años después vino Oswaldo, ya persona anciana, casi para morir, era chileno (Vicente, 71 años q.e.p.d.).

La Feria. Válvula de escape, catarsis y doble moral

Cuando se describe la Feria Nacional de San Marcos de Aguascalientes es necesario remitirse a los factores de permisión, emancipación y libertad acotados por el contexto de la cultura particular de la ciudad. Para explicar la interpretación que se ejerce alrededor del efecto social y que sobre la sexualidad se cierne dentro de dicha celebración y su ambivalente moral hacia lo diverso, me remitiré al texto de Héctor Domínguez Ruvalcaba, donde alude al efecto de la celebración del carnaval como noción festiva de carácter universal; para el caso, concretamente de Brasil:

durante las festividades del carnaval, a estos hombres se les permitía travestirse abiertamente y vagar por las calles sin que la policía los acosara. Fuera del carnaval, desarrollaron estrategias para evitar la persecución mientras salían de ligue por los espacios públicos. La tolerancia durante el carnaval permitía que los gais organizaran su mascarada para que la viera el público, pero el resto del año tenían que huir de la persecución. Si bien esta relación de cooptación podría describirse como una dinámica fluctuante de tolerancia y exclusión, terminó por llevar a la creación de una vibrante cultura queer que nutre uno de los símbolos emblemáticos de la identidad nacional: el carnaval (Domínguez, 2019: 93).

Así, este marco de celebración que aglutina y extiende una serie de libertades que convencionalmente se hayan restringidas, abona para la irrupción y visibilidad de una diversidad previamente existente, pero denegada. El carnaval, en sí mismo, y casi dentro de cualquier contexto, con base en una acotada y estratégica temporalidad, se torna en un espacio idóneo para catarsis social, desfogue y excesos que responden como válvulas de escape a condiciones de vida por lo general marginales, oprimidas y reprimidas.

Vicente recuerda cómo era la Feria Nacional de San Marcos durante su juventud

... siempre se decía, nació en enero, es hijo de la Feria. Y en Aguascalientes siempre hubo mucha madre soltera. Siempre tuvo fama, desde que yo era joven, que era la ciudad que más madres solteras tenía de la república, o una de las que más, igual que los suicidios [...] yo que vivía en plena Feria, donde

fuera eran ¡cantinas!, había cantinas afuera de mi casa, las cantinas estaban regadas por donde quiera, las fondas por donde quiera, no era la misma organización, la feria fue adquiriendo organización poco a poco... (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

El caso adquiere un cariz emblemático dadas las condiciones alrededor del conservadurismo y la religiosidad en Aguascalientes. La doble moral se evidencia mayormente en tiempos de Feria; su presencia se torna gregaria. Durante el periodo que dura la Feria Nacional de San Marcos, la sociedad se transforma y con ella, los principios y normas que la rigen y brindan sentido. Así, lo consuetudinariamente prohibido y censurado en forma unánime, se revela y cristaliza en una singular puesta en escena. Casi todas y todos, nativos y foráneos, se suman a la vorágine de la supuesta “fiesta de la libertad”, opuesta a lo que se vive en lo cotidiano, a el escrutinio, vigilancia y juicio social sobre la vida del otro. No existe semejante libertad como tal, sino escape momentáneo, no hay emancipación sino atisbos de transgresión, tan efímeros como inconsistentes. El reto, el desafío a las estructuras, no llega nunca a concretarse, menos aún por la población heterosexual.

A su vez, dentro de la feria, sobresalieron los vulnerados, más no siempre por arrojo, sino por resolutiva expresión de género, los consagrados al odio que, sin poder huir, sacrificaron deseo y futuro. Sin más remedio que sucumbir o revelarse, representaron atisbos de incipiente resistencia y futura reivindicación. Vergüenza y culpa, vueltos estigma, fueron resignificados bajo un temprano orgullo, sin pertenencia aún, pues se encaminaron primordialmente a la supervivencia desde el plano individual. Su representación más emblemática la constituyeron los personajes de la Feria Nacional de San Marcos, los meseros del restaurante Doña Petra.

obviamente había clases, y yo veía por ejemplo a los famosos “jotitos” que venían su comida fuera de, en esa calle pequeñita del jardín de San Marcos, se llama, está en Manuel M. Ponce, a lo que es el Club de Leones en... de ahí para allá se ponían los puestos de comida en aquellos años. Bueno, pues están reflejados (murales) hasta en Palacio de Gobierno, ¿verdad? Con sus camisas, con aquellos cuellos tan amplios y pues muy maquillados y todo, y con chinos, se hacían chinos y todo. Y yo después de que se acababa la Feria y todo eso,

inclusive durante la Feria, veía que, si los veían en la calle eran objeto de burla (Mara, 74 años).

Renato Leduc daba su lectura a la experiencia de la Feria de San Marcos en los años setenta:

la cereza del helado de la feria son los puestos de pollo de los maricones. A la salida de los gallos, de la partida, de los tablados, no hay feriante ni familia local que no pase a saborear el plato de pollo [...] y a bromear sanamente con los afeminados que los atienden: son hacendosos, serviciales, amables y discretos [...] en ellos se duplica todo el repertorio del cine nacional: hay La Pinal, la Tongolele, la María Félix, Toña la Negra, etc. [...] pero era admirable la amplitud de criterio de la sociedad (Monsiváis, 2010: 219).

Vicente, en su juventud, al igual que los otros colaboradores, vivió los tiempos que presentaban esas lógicas sociales dentro de la feria; a mi cuestionamiento de cómo lo veía él y cómo lo leía la sociedad, narra:

a mí me causaban, cierta, ¿qué será?, risa, pero sin burlarme muy a fondo, porque como te decía yo siempre traté de respetar, porque sí, se comportaban como mujeres, y eso yo no lo había visto. Entonces se ponían las manos en la cintura y “qué va a querer, y que no sé qué” y ya coqueteaba con el cliente. Todo eso era parte del *bussiness*, de estar coqueteándole, sonreírle “y, aquí están sus chiles calientitos”, todo en doble sentido, –su chile calientito–. No sé, cosas así [...] era como un show, y la gente lo tomaba así, como una diversión. Ahora, ya está todo tan abierto, que ya no saben ni quién es homosexual, ni quien no, ya no sé si se toma en cuenta [...] yo creo ya no existe. Es el que duró más años, ha de haber durado unos cuarenta años, pues a mí ya me tocó Doña Petra desde que ya estaba más o menos jovenazo (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

En las épocas que Leduc describe y Vicente recrea, la diversidad sexual visible era representada por varones homosexuales de distintas edades; desde muy jóvenes a adultos mayores, cuyo nexos en común, además de su orientación sexual, era la feminidad y afectación de su expresión de género. A estos varones se les catalogaba como una “atracción” de la feria que generaba morbo. Se sabían objeto de burla y escarnio disfrazado de tolerante complacencia,

pero ese era su rol, y bajo su marginal condición se sumaban cómplices al montaje. Finalmente, y en balance, formaron parte de una visibilidad incipiente y amordazada, pero palpable. Ya no figuran en el escenario de la Feria; su agente empleador, el restaurante Doña Petra, sucumbió gradualmente a las tendencias, adecuándose a los formatos comerciales que el mercado y la posmodernidad impusieron.

A los “jotos de Doña Petra” (como se les estila decir), no todos eran esos señores mayores que vemos ahora, yo me supongo que llegaron jovencitos, jóvenes de dieciocho, veinte años, que te corrieron de tu casa, que te escapabas de un entorno muy violento. Pues esta era una manera de andar en la vida, y pues como andaban de feria en feria, pues también es una manera de salir de tu ciudad, en León, en Guadalajara, para mí no me es difícil imaginar que, a través de estos empleos, muy raquíuticos, pero era la salida de, la posibilidad de salir a otros (Rodolfo, 61 años).

Y aunque las formas referidas por Leduc han cambiado drásticamente en la medida que la celebración se ha modernizado en concepto e infraestructura, la presencia de la diversidad sexual, básicamente de poblaciones femeninas trans, ha crecido exponencialmente en la medida que se visibiliza entre feriantes e interactúa bajo la lógica de la exaltación de los ánimos, deseos y consumos, tanto de alcohol y drogas como de cuerpos. Ello no impide que continúen siendo objeto de persecución para paliar el atribuido desenfreno, represión que se justifica por su condición “anómala”, e indeseable, aun bajo dicho contexto.

Recupero a Vicente, cuyo testimonio recrea con detalle y desde sus vivencias, esta característica dinámica ferial:

La gente se daba rienda suelta, pero, más que nada, el vino, el vino, el vino y también la sexualidad, la sexualidad y ahí se daba de todo, a mí, yo ya sabía, había siempre lugares de homosexuales que vendían comida, había un famoso puesto de Doña Petra, y no nomas ese, había, había muchos más, le decían vulgarmente “vamos con los jotos”, eran como unos cuatro, cinco puestos, donde estaban todos pintados con lunares, y en el pelo como un cairelito, así, como un ganchillo de pelo así. Como las españolas, y entonces inmediatamente los veías y mostraban su, su, su preferencia por los hombres al menearse,

al caminar, y todo, así como muy afeminados, en una palabra. Era la palabra, afeminados, y todos los que trabajaban ahí tenían que ser afeminados porque si no parecían afeminados, no los contrataban, aunque fueran gais. Entonces, mucha gente iba ahí a chacotearlos, y así más que nada a burlarse de ellos, algunos, ya tomadillos, como vendían mucha cerveza ahí en el puesto “y a poco no te casarías conmigo” y echándoles, ahí, como dicen, echándole el piano. Entonces, de todo eso siempre ha habido, y también, hasta en los pasillitos de la feria, se vio, se rumoró, se platicó muchas veces, de que ahí había sexo entre hombres y mujeres. Que, al punto del vino, ya no tenían más que hacer eso, porque estaban ahí muy prendidos, muy encendidos... (Vicente, 71 años, q.e.p.d.)

El 15 de mayo de 1974 se publica en un periódico nacional que “en la feria de Aguascalientes, además de encontrar juegos, cantinas y mujeres de la vida galante, lo que más abunda son afeminados, que andan deambulando y atienden vestidos de mujeres los negocios de comida, dando un aspecto muy desagradable a la festividad” (Cobián, 2013: 96).

La idiosincrasia del centro

Antes de la década de 1980 (aproximadamente), fuera de la ciudad de México, de su medio intelectual y artístico y de su vida nocturna, impera el “espíritu provinciano” que combina el fundamentalismo católico y el analfabetismo científico, y protege la mezcla con la exaltación de los prejuicios. En las regiones, a los gais les guardan los rechazos sociales, los encarcelamientos por “faltas a la moral”, el desprecio infinito, o la aceptación que deshumaniza (Monsiváis, 2010: 152).

Monsiváis pregunta y se contesta, no sin sarcasmo, y a fin de evidenciar el paradójico estadio que eclipsa la vivencia de la diversidad sexual en el interior del país:

¿Qué se sabía hasta hace muy poco del sexo entre hombres en la provincia de la provincia, las regiones consideradas feudos del machismo sin fisuras? Casi nada, episodios brumosos, relatos que solían calificarse de jactancias (“En este

pueblo todos entienden, pero nadie lo acepta”), sospechas estadísticas (“No hay modo de inhibir la naturaleza humana, así que esta región también tiene su guardadito”), y la apreciación festiva: “Si aquí vienen de rancheros, con botas y sombrero, es que allá no los dejan andar de chinas poblanas” (Mon-siváis, 2010: 151).

Afirma el sonoreense Danny Santos (2018) en su crónica personal acerca de las vicisitudes que ha vivido como originario del interior del país:

En la república mexicana, hay muchas personas que piensan que la lucha contra la homofobia está ganada, pero la mayoría que hace esos comentarios vive en Ciudad de México, olvidando que la comunidad LGBTQ+ se extiende por todo el país y ningún estado está exento de homosexualidad; lamentablemente, tampoco de homofobia.

Dentro de lo que Santos denomina la teoría del rancho, esgrime que el arraigado machismo, cuidar las apariencias y exaltar la masculinidad son componentes que caracterizan a muchos de los homosexuales de su región; sin embargo, para él, salir de su comunidad para conocer Ciudad de México, significó un parteaguas que representó una experiencia paradigmática.

Igualmente, y así como otros dos de los colaboradores, Rodolfo salió de Aguascalientes, concretamente del municipio de Pabellón, para estudiar en el entonces Distrito Federal, para una vez graduado como bailarín de ballet, y ya con experiencia en su ámbito, regresar a Aguascalientes, municipio capital, donde su comportamiento de adulto inició una ruptura hacia sus propios paradigmas alrededor del género, la masculinidad y la sexualidad. Tocante a los imperativos de la masculinidad refiero el siguiente testimonio que me parece emblemático de la subjetividad implicada alrededor de las formas de situarse ante circunstancias que pudieran representar un desafío:

... y pues ya, vino este muchacho y pues venía con su esposa, y ya me lo vinieron a encaminar a la puerta, tocaron y me lo dejaron ahí casi como recargado en la puerta, y ya que vine a buscar a mi papá, y mi papá ya había muerto como diez años antes, y ya pues pásale, y como que no se animaba a decirme qué onda hasta que la esposa dijo que ya habían venido, pero no atrevían a tocar, que ya era la tercera vez que venían, a mí eso me impresionó mucho.

Ellos viven en San Antonio, si hiciste un viaje tan largo con este objetivo y no te animas y te regresas, como yo siempre he sido muy *online*, la vida es así, y agárrala como viene. Y ya pues sí, pásale, yo soy fulanito de tal y he venido a buscar porque me han contado que aquí vivía mi papá, y como que le daba miedo decir “mi papá”. Y le dije, pues sí, sí es tu papá, o sea, a final de cuentas, tan tu papá como el mío, y ya empezamos a comentar, a platicar y ya llegó un momento en que me dijo, “oye, ¿y no tienes una foto de mi padre?”, y pues ya le enseñé las fotos que tengo de él, y tenía una donde estaba él solo y una donde estaba con mi mamá..., pero las veía con una necesidad de reconocerse, y sí se parece mucho a mi papá, y bueno, él no tenía ni una imagen ni nada, lo único que tenía era un nombre. Mi papá era pianista, y se me quedaba viendo a las manos, y me dice “¿tus manos son como las de mi papá?”, pues sí más o menos, un poco más musculadas porque tocaba el piano, “¿te las puedo tocar?”, nunca nadie me ha tocado las manos como él, así como con esa necesidad de absorber todo a través de las manos, “quiero sentir un poco de calor, una conexión” y no me soltaba la mano, “qué mello” [risa]. Y me acordé que tenía yo un casete de mi papá en una misa cantando y entonces le dije “mira, estamos de suerte”. Saqué el casete y le dije “mira, este es mi papá cantando, si quieres te lo regalo”, le dije “yo tuve a mi papá toda la vida, yo no tengo esa situación que tú tienes, y a lo mejor para ti... es importante”, por supuesto que me dijo que sí, tesoro más tesoro. Y también le dije, escoge la foto que quieras, yo te la regalo y salió con casete, con foto, tengo por ahí sus datos; yo nunca lo busqué, le dije, “yo aquí vivo, cuando gustes venir”, tendríamos que hacer de nuevo esa conexión. Pero ya, yo siempre insisto en que esas son como conexiones nuevas, de adulto a adulto, o sea, si tú quieres establecer esta comunicación, yo no tengo el menor empacho, y con lo dicho, yo no te voy a andar buscando. O sea, tú ya sabes dónde estoy, estoy en la mejor opción, pero yo estoy ahorita ocupado en otras cosas [...] y en un rato la esposa se quedó platicando conmigo y me dijo que no sabía cómo agradecerme, que no sabía lo que significaba para él, que tenía mucho miedo que lo fuera a rechazar, pues en esta cultura que tenemos es lo normal. Es, una de las cincuenta mil veces que sí he sentido que tengo comportamientos extraordinarios (Rodolfo, 61 años).

Esta vivencia de Rodolfo me parece vasta en elementos para articular distintas asunciones que sobre el género se intercambian entre dos varones unidos de forma tan peculiar. Hablamos de dos hermanastros, sujetos que

nunca se habían visto ni tendrían por qué hacerlo, pero que una coyuntura, un mismo padre, pone en común, al tiempo que coloca en vilo la vulnerabilidad emocional y afectiva propia del reconocimiento paterno; de la forma de constituirse varón, reconocerse como tal y presentarse ante un igual con quien se comparte tanto y a la vez nada, con quien se pretende ejercer un contacto ausente en sustitución. Rodolfo responde con empatía y asertividad ante las circunstancias, no se siente importunado ni amenazado, sino que, por el contrario, asume el compromiso de congraciarse con su hermanastro, desafiando y revirtiendo cánones que la masculinidad hegemónica dictaría ante una situación semejante, guardando finalmente las reservas del caso.

Prohibido mencionar la palabra VIH-sida

Con la llegada de la epidemia del VIH-sida, Monsiváis subrayaba que,

en las regiones, el problema se agudiza por la adecuación perfecta entre prejuicios, desinformación médica y carencias hospitalarias y de personal especializado. Y se expande la infección entre las mujeres de los trabajadores migratorios. El machismo nunca es precavido [...] Hay respuestas, insuficientes pero generosas. Persisten los grupos de activistas antisida en la Ciudad de México y los grupos crecen en Oaxaca, Aguascalientes, Monterrey, Guadalajara, Querétaro, Tijuana, Puebla (Monsiváis, 2010: 166).

Cuando estaba yo en mi plenitud, nos llegó la terrible pandemia, ¿usted se imagina? Yo con mi juventud, una juventud avasalladora, y ya te veían como “¡ay, me vas a contagiar!”, fue una cosa espantosa y lo veíamos de lejos. “Ay, no, es allá, en los Estados Unidos”, que Rock Hudson y así. Si allá no lo aceptaban, si allá costó trabajo, y fue de lucha social [...], pues ¡imagínese en este pueblo!, de este país, tan cerca de los Estados Unidos, que nos llegaba de oídas. Pero, ah, que se empiezan a morir, zas, y el primero que se murió fue un famoso bailarín de *ballet* de Aguascalientes, “ay, ¿cómo?” y que se murió de esto y que esto, ya sabes, que se murió “del numerito”, “ya le dio el numerito”. Entonce fue peor, porque si algo, así, poquito habíamos avanzado, ¡claro que después ya no nos dejaron ni entrar! Porque estábamos maldecidos, éramos la “plaga rosa” (Mara, 74 años).

El colaborador comparte las primeras impresiones del vih-sida en Aguascalientes, primero como noticia ambivalente y sensacionalista, luego como una realidad verificada y padecida por sus pares. Mara reflexiona en perspectiva lo que implicó en términos de suspender el avance, y la incipiente tolerancia que apenas se gestionaba, al rememorar los sobrenombres que el imaginario –desde dentro como jerga y desde exterior para discriminar–, se articulaban para denominar a la pandemia y a sus víctimas.

Era muy *underground*, la mayoría de la gente, por ejemplo, en el caso de este alumno mío, la familia no quería que se supiera. Ya me acordé, dijeron que había muerto de meningitis, y a lo mejor sí, pero derivado de las complicaciones, no se morían de VIH, se morían de un paro respiratorio, todas estas cosas. Y bueno, a como se vivía en ese entonces aquí en Aguascalientes, pues sí era un soberano desprestigio social. Y por lo mismo, supongo, hubo un gran contagio. Después alguien me comentaba, cuando yo llegué aquí, en el noventa y seis, me comentaban de casos, sobre todo en familias de campesinos, en los municipios [...] y que hubo muchos contagios en mujeres casadas (Rodolfo, 61 años).

En Aguascalientes, la mera palabra sida durante toda la década de los ochenta significó un tabú oficializado desde la política gubernamental, es decir, en el sexenio de Otto Granados Roldán; de ahí se erigía en tema evadido, cuando no incómodo e incorrecto para la sociedad aguascalentense. Los primeros casos documentados en Aguascalientes no salieron a la luz por ignorancia, estigma o por protección a las víctimas y a sus familiares, y si lo hicieron, fue tiempo después de que murieran.

Esos juegos igual funcionaban con los hijos gays. “Vive con un compañero de clase”, “son amigos desde la universidad y comparten gastos”, porque, qué va a hacer él solo con un departamento en México, y pues sí... lo puedes entender, tanto literalmente como metafóricamente, y todo mundo entendía las dos cosas. Y con la pandemia pasó también, la gente no se murió de sida, bronconeumonía, el sarcoma de Kaposi, fue un paro respiratorio, le dio un paro cardíaco (Rodolfo, 61 años).

Se visibiliza aquí el prejuicio evasivo que el imaginario social de Aguascalientes reproducía en torno a lo gay dentro de las familias, incrementado en tiempos de la pandemia del VIH-sida y aún hoy mediante un discurso que encubre la realidad y la no aceptación a través de simulaciones sobreentendidas al disfrazar la enfermedad.

Como en un sinnúmero de poblaciones del país, en Aguascalientes se atendió tarde la pandemia; las organizaciones de la sociedad civil procuraron actuar con una responsabilidad y compromiso que no fueron suficientes ante la reticencia, falta de conocimiento y escasez de recursos a distintos niveles. El imaginario social se dirimía contradictoriamente entre indiferencia, morbo, discriminación y una inexistente política pública de salud.

“Que fulanito se fue a Londres y que regresó con una infección del cáncer rosa”, es que para muchas personas lo que es el VIH es lo que viven ahora. Mi pareja perdió la mitad de sus amigos por VIH. Y aún dentro de la gente de la comunidad sigue siendo un tabú. Y esta manera de decir las cosas, pues qué bueno que existen esas posibilidades. Es un asunto de salud. Y se maneja en el plano del chisme para dañar a alguien diciendo que lo tiene. Que los de la ruleta, porque cogen a pelo, pues allá cada quien si tienen prácticas de riesgo... (Rodolfo, 61 años).

Este fue el referente oficial que posteriormente fue socializado y recibieron los varones homosexuales, hoy adultos mayores, durante su juventud a mediados de los años ochenta. Por tanto, hablar de la existencia de prácticas de cuidado, programas de prevención y una sensibilización alrededor del tema resultó, además de ambicioso, ingenuo de considerar. Quizá fue el pánico que predominaba en la comunidad desde el exterior, diluido al socializarse con pares igualmente anatematizados de la realidad, lo que finalmente permeó y logró desdeñar los infructuosos intentos del naciente activismo por frenar o paliar los efectos locales de la pandemia.

Cuando visité a Jafet, uno de los participantes, luego de tres semanas de haber sido operado en simultáneo de la próstata y de una hernia en un hospital privado, de súbito, dentro de la plática, me confiesa que le han diagnosticado cáncer; lo hace espontáneo y sin espasmos o dramatismo. Reacciono con sorpresa y no sé cómo expresarle mi pesar, pero se adelanta y me dice con sorprendente naturalidad: “¿qué puedo hacer?, ¿llorar?, yo no lloro, no sé llorar, nunca he llo-

rado, ¿para qué?, si ya me voy, como está el mundo, mejor. No me interesa”. Le digo entonces que es una persona muy fuerte y me responde: “siempre he sido así, con las enfermedades, con todo, no le tengo miedo al dolor, a la muerte”.

Jafet sigue platicando como si nada le pasara. Me comenta complacido que ha estado recibiendo visitas constantemente, tanto para visitarle y ver cómo está de sus operaciones como para apoyarle con las compras, pendientes y lo que pueda necesitar; bromea al respecto: “voy a seguir enfermo, para que así sigan viniendo a verme, sólo así” [risas]. (Jafet, 77 años)

Vivimos en un mundo en que aumenta el número de viejos que siguen necesitando un espacio para vivir, un ingreso para subsistir, así como atención médica y apoyos sociales amén de un entorno afectivo del que con frecuencia se ven privados, al tiempo que los espacios y las posibilidades de relacionarse de viejo se reducen [...] en las políticas nacionales, por lo general, la vejez homosexual no es tomada en cuenta (Lizarraga, 2011).

Asimismo, Castillejo alude a “males” inherentes a la tercera edad que se manifiestan recurrentes en el varón al efectuar un cruce con la sexualidad, al tiempo que alerta sobre la incidencia de las ITS en adultos mayores:

Algunas enfermedades, discapacidades, medicamentos y cirugías pueden afectar la capacidad de tener y disfrutar de las relaciones sexuales [...] la prostatectomía es la cirugía que extirpa toda o parte de la próstata de un hombre a consecuencia de un cáncer o una próstata agrandada. Puede causar incontinencia urinaria o disfunción eréctil. Si es necesario realizar esta operación se deberá consultar con el urólogo sobre sus posibles efectos antes de la cirugía. La edad no protege de las enfermedades de transmisión sexual [...] las personas mayores que son sexualmente activas pueden estar en riesgo de contraer enfermedades como sífilis, gonorrea, infección por clamidia, herpes genital, hepatitis B, verrugas genitales y tricomoniasis (Castillejo, 2019).

“La dimensión de la sexualidad se haya invisibilizada y no se contempla ni atiende dentro del ámbito de la enfermería y de los cuidados. Los centros de salud y los asilos se hayan desprovistos de un conocimiento, abordaje y estudio al respecto”, afirma el Mtro. Ramiro Altamira (2023), profesor e investigador del Departamento de Enfermería de la Universidad Autónoma de Aguasca-

lientes, de ahí que se pueda considerar a estas áreas como uno más de los espacios heteronormativos y excluyentes dentro de la asexualización intrínsecamente tributada a pacientes adultos mayores en Aguascalientes. “Asumir, reconocer que frente a ti tienes a un cuerpo, no solo quizá doliente sino sintiente, contemplando también el plano sensorial, sensual y erótico, rompe radicalmente y resignifica en su totalidad la función, propósito y ámbito de la atención y el cuidado de los sujetos”, sostiene Altamira ante el desinterés, pero también ante el prejuicio que suele rodear a todo aquello que aluda directa o indirectamente a la sexualidad humana con respecto a los adultos mayores desde la perspectiva positivista y tradicional de las ciencias de la salud.

Altamira se muestra comprometido a desafiar los patrones que guarda su gremio al incentivar desde la academia y dentro de la práctica docente en campo, tanto a alumnas y alumnos como a colegas, a romper con estos paradigmas mediante la difusión y sensibilización en el conocimiento sobre temas de género, sexualidad y derechos sexuales, es decir, al promover una ciudadanía sexual desde el sector de la salud.

Yo siempre he pensado que, si me va muy bien, me quedan veinte años, me refiero a que, si me va muy bien, que esté sano, que sea autosuficiente, todas esas cosas. No me molesta la idea de morirme. En mi familia tengo los dos extremos, mi mamá murió muy joven, murió de 39 años. Durante algún tiempo hallé como esa especie de fantasma, como una meta probable, sobrepasar la edad de mi mamá [...] mi papá murió de sesenta y cinco, pero murió en un accidente. Lo atropellaron, un autobús; mi mamá murió de enfermedad, la operaron de la vesícula y tuvo complicaciones posoperatorias (Rodolfo, 61 años).

Uno de los cuestionamientos más comunes que manifiestan los adultos mayores es “¿cuánto tiempo me queda?”, sensible pregunta que, nada deseable para cualquiera, enfrenta al sujeto a aceptar que se acerca el ocaso. En el caso de Rodolfo, la ineludible confrontación le hace remontar necesariamente a sus antecesores, quienes a veces por genética y convencionalizada herencia, delimitan en cierto modo prorratar los posibles alcances. Rodolfo, sin embargo, se presenta optimista asumiendo dicha realidad con serenidad.

Estatus, clase y elitismo

Aguascalientes como muchas ciudades de la provincia del país, se caracteriza por tener su propio repertorio de familias, que se traducen en apellidos, sea por abolengo, sea por permanencia. Existe un reconocimiento hacia las familias del lugar en contraste con nuevos grupos poblacionales. En la historia de la ciudad han existido varias olas de inmigración importantes [...] la incorporación de nuevos habitantes, principalmente del Distrito Federal y extranjeros, debido a las nuevas empresas, transformó la naturaleza de la población hacia una heterogénea e incluso multicultural (Padilla, 2007:71).

Padilla refiere que la vida tradicional del barrio en Aguascalientes está extinguida, pese a que ciertas zonas conservan distingos de arraigo tradicional, o que bien se han yuxtapuesto con nuevas y diversas formas en el vivir, sobresaliendo los espacios denominados residenciales. Caracteriza a esta nueva dinámica la preponderancia del automóvil como vía de conexión exterior, apareado con la imperiosa necesidad de transporte público en las zonas menos favorecidas, representando una de las más agudas problemáticas sociales de la ciudad. En cuanto a consumo cultural, Padilla afirma que este, de hallarse anteriormente centrado en los cuatro barrios tradicionales, se ha desplazado a los centros comerciales y conjuntos cinematográficos, recintos ahora de emergencia apropiados tanto por sectores juveniles marginales como pudientes.

La tradición se traduce principalmente en los estilos de vida provincianos, desconfiados ante lo cosmopolita, en el núcleo familiar tradicional, en los valores y la educación religiosa, la defensa de las empresas e intereses económicos del lugar, y de los grupos políticos con fuerte arraigo local. Estas voces culpan a la modernidad de los males de este tiempo (Padilla, 2007: 72).

Lo anterior ha tenido sensibles y trascendentes consecuencias en lo social al dejar a la ciudad desprovista de los recursos simbólicos, intelectuales y culturales necesarios para insertarse y responder a las necesidades de las lógicas posmodernas bajo asunción plural e incluyente. Esto resulta patente cuando se observan registros que evidencian las contradicciones anteriormente señaladas. Al prolífico crecimiento del circuito de bares y antros ubicados en el norte de la ciudad y en una zona del centro histórico, dirigidos ambos a segmentos pudientes, se agregan evidentes procesos de exclusión social que anatemizan a los sectores precarizados del oriente de la ciudad. Esta redistribución de la

vida social, acotada y sectorizada, ha delimitado territorialmente los haceres, alcances y límites de una sociedad cada vez más segregacionista.

Sí, sí me salté algunas, sí me las salté porque yo con mi inflexibilidad y con mi rectitud en la vida dejé de hacer muchas cosas que la juventud de mi época, que gente de mi edad hacía, que yo no hacía, por no dar mi brazo a torcer de que yo era el hombre recto, pulcro, intachable, el perfecto [...] era entonces muy cuidada la imagen por la gente de la sociedad, porque si decían que eras borracho o que eras mujeriego, que todo eso, pues como que perdías mucho ante posibles pretendientas o tu credibilidad ante la sociedad (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

El colaborador representa los efectos de los atavismos señalados, dejando estos un aura de frustración e insatisfacción en quienes los padecieron. Vicente acepta haber reprimido su comportamiento durante su juventud y, en consecuencia, haberse privado de vivencias propias de su generación. Una de las desventuras que ha traído consigo la cultura de las apariencias y la simulación en Aguascalientes es que los sujetos se muestren impedidos para ejercer su agencia, al “actuar” en función y para otros, ajustando su vida y personalidad al “qué dirán” y, por tanto, viéndose obligados a llevar vidas desprovistas de autenticidad. Pese a esto, Vicente, tarde en su vida, superó relativamente los rezagos de esta autorepresión que le impidió vivir conforme a su edad y su tiempo, volcándose sobre sí a partir de su madurez. Quedan, sin embargo, dos preguntas al aire: ¿quién regresa ese tiempo perdido?, ¿cómo resarcir los daños ocasionados por ello?

En el caso de Aguascalientes, se llegó a dar un fenómeno social atípico y por tanto de interés para esta investigación: desde hace casi dos décadas, existe un *spa* de perfil gay en la periferia de la capital del estado que funge como lugar de encuentro sexual para varones. Lo peculiar del recinto es que, durante un periodo de tiempo –entre el año 2014 y el 2019, previo a la pandemia–, parte de su clientela frecuente la componían adultos mayores, quienes acudían preferentemente entre semana, pasando espacios de tiempo prolongados en dicho recinto. Y aunque su estancia era calificada por ellos como placentera y satisfactoria, en general eran excluidos en lo que a la participación de encuentros sexuales se refiere, resultado de la discriminación por edad que

suele operar en el resto de la clientela, compuesta en su mayoría por jóvenes maduros.

Profundizando, de 2016 a 2019, efectué una investigación donde mi objeto de estudio fue el lugar mencionado, el homoerotismo y homosocialidad ahí verificados entre sus clientes. De entre los hallazgos obtenidos, respecto a los usuarios de tercera edad, me llevó a cuestionar el carácter afirmativo atribuido a estos espacios.

Concluí que

aunque el actuar de los adultos mayores dentro del espacio se halle desprovisto de condiciones favorables en materia de interacción y sociabilidad, su sola presencia y visibilidad logran desafiar y desmontar buena parte de los arquetipos sexistas que pareciera fungen como patrones únicos dentro del *spa* [...] su afluencia [...] responde a distintas finalidades no necesariamente ligadas a satisfacer un deseo sexual en forma explícita [...] su adscripción como clientes se fundamenta en cubrir necesidades de integración y pertenencia a un núcleo social –población gay y HSH–, del cual, por coyuntura y generación adolecieron en su época (Bobadilla, 2021: 135).

Lo anterior lleva a plantear que este segmento manifiesta una necesidad de recuperación de experiencias de homosocialidad afirmativas –no necesariamente incluyentes en acceso a prácticas sexuales–, que los sujetos no tuvieron posibilidad de vivir en su juventud y madurez, y que ahora en la vejez han podido acceder, proporcionándoles un desahogo restitutivo. Sin embargo, y especulando, su repentino abandono hacia el *spa* se deba a la pandemia covid-19 y sus efectos, tanto en materia de defunciones como del incremento de autocuidados.

Hace ya tiempo, cuando murió mi esposo [2020], ya cuando el luto pasó y todo eso, fui una vez al vapor San Marcos, y pues ya, salió alguien y no sé cómo se llama ni voy a saber nunca, pero gracias a ese fulano, yo me volví a sentir deseable, y se lo voy a agradecer eternamente. No sé cómo se llama porque estaba de paso, me dijo que iba a Mazatlán. “Ahorita nos vemos”, ya cuando volteé ya no estaba. Pero fue esa sensación de saberte deseado de nuevo, después de todo lo que había yo vivido emocionalmente que había muerto Gary y todo. Siempre me voy a acordar de él. Me dio una inyección de esperanza,

y a lo mejor ni se dio cuenta. Para él fue un fajesín, para mí fue ese punto de importancia (Rodolfo, 61 años).

Se pone aquí el acento en la importancia que pueden llegar a tener en ocasiones esos encuentros sexuales cuasi anónimos que se viven como varón gay. Aún y cuando sus condiciones particulares –viudez– y el prejuicio ante su edad pudieran parecer equívoco e inapropiado allegarse de esas vivencias en la actualidad, Rodolfo rompe los estereotipados moldes y no solo sale victorioso de su aventura, sino que, además, resurge en él la llama de la fortaleza y la esperanza en el vivir. Es el sentido social productivo del sexo, que cuando se comparte y disfruta en circunstancias consensuadas y dúctiles aflora la riqueza erótica de las emociones.

Escenarios y desafíos

De acuerdo a información recopilada en 2016, “Aguascalientes era el único estado con una calificación menor que la media en cuanto a la aceptación de derechos de los demás, aunque, simultáneamente ocupaba el primer lugar en el Índice de Paz Positiva en México” (Palacios, 2017). Ello se traduce en los significativos niveles de intolerancia social que se esgrimen en lo cotidiano hacia la alteridad, al tiempo que, endémicamente, las percepciones tienden a enaltecer el discurso de paz social, manifestándose nuevamente el fenómeno de la doble moral articulada en lo social.

Las variables consideradas se refieren a la tolerancia de grupos étnicos y diversos sectores como grupos religiosos o socioeconómicos, así como de la igualdad de género y los derechos de los trabajadores [...] El indicador más claro de porqué sale a la baja es porque no se ha hecho la reforma que obligatoriamente tendría que haber realizado el Congreso del Estado en materia de matrimonios igualitarios, protección a la mujer, a los niños y adolescentes y a las parejas en temas de concubinatos o uniones libres que también tienen que acceder a sus derechos (Palacios, 2017).

Aquí se matiza el contexto de Aguascalientes alrededor de los temas ríspidos que se debaten en torno a derechos humanos:

aunque tenemos un número importante de población juvenil también tenemos un número importante de población adulta que son los que se fueron formando en anteriores criterios sociales donde no se aceptaba la “desigualdad natural” y también puntos que han influido como cuestiones religiosas (Palcios, 2017).

El conflicto generacional de los referentes en torno a la inclusión deviene del rezago cognitivo que motiva el predominio religioso, una estrategia que permite su continuidad y, por otro lado, la consecuente renuencia al cambio que la idiosincrasia del centro demanda para mantenerse vigente y otorgar sentido a sus haceres y pensares. Surge entonces un cuestionamiento, ¿qué tanto las generaciones aludidas en esta investigación son disidentes, resistentes o cómplices de los atavismos que han cercenado los intentos de cambio e impedido la transformación social de Aguascalientes?

Rodolfo, exiliado a Ciudad de México para estudiar desde la adolescencia, regresó a Aguascalientes siendo ya un profesionista con amplia experiencia laboral, se enfrentó a diversas disyuntivas a las que tuvo que responder:

Yo, inconscientemente, yo regresé a buscar a mi familia. Yo era de las metrópolis y yo ¿qué ando haciendo aquí en el “rancho”? [risas] [...]Y luego ya me da cuenta que tampoco quería estar tan cerca de ellos [risas]. Sí, porque simplemente, ya que los conocí, pues qué bueno que son mi familia, pero como ¿qué mi aspiración sea vivir como ellos? Yo ya estaba muy “contaminado” [risas], ya estaba contaminado de civilización y de democracia, y de esta vida alterna... la familia de mi mamá es muy tradicionalista (Rodolfo, 61).

Los sujetos que tuvieron oportunidad de viajar y residir fuera de sus lugares de origen, cuando regresan a ellos, si es que lo hacen, no son los mismos; han experimentado las bondades de la vida en la ciudad, del anonimato, de la diversidad en todas sus formas; de la apertura, aceptación y libertad. Rodolfo, uno de ellos, al regresar transformado, se muestra incompatible con las formas prevalecientes de su antiguo entorno, anacrónicas en muchos aspectos, familiares incluidos, de ahí su predecible demarcación. Esta constante, en todo migrante de Aguascalientes, ha traído consigo que quienes regresan vayan gradualmente incorporando formas de pensamiento, así como prácticas

sociales distintas a las locales en sus núcleos sociales cercanos, es decir, comportamientos y costumbres más plurales, heterogéneas y democráticas.

Referentes e imaginarios

Se suele hacer alocución de que hay muchos México, por lo que aplica en extensivo a las regiones del interior del país; Aguascalientes es una de ellas. Hay y han habido diversos Aguascalientes, pero poco o nada se sabe de ellos; son aquellos que representan lo que social y políticamente no se considera propicio de documentar, permaneciendo ocultos e invisibilizados. Son los que interesa conocer a través de las voces de sus protagonistas, de quienes los vivieron y se atreven, quizá por vez primera, a hablar para manifestarse, para ser escuchados y leídos.

Yo jamás he negado mi edad ni nada, pero luego la gente no acaba de creerte la edad, por la manera en que abor das los temas, por las opiniones que damos, como que parece de mucha avanzada; entonces, pareciera que eso te quita edad. Y la gente vieja de aquí de la ciudad [Aguascalientes] como que la vida los ha ido obligando a ver que el mundo es de otra manera. Sí siento que les cuesta mucho trabajo, como a la generación esta, la de mis papás, y probablemente la de mis primos mayores, que ahorita tienen alrededor de setenta y cinco, ochenta años, la edad de mis hermanos mayores, como les digo, que les rompieron los sueños (Rodolfo, 61 años).

Los cambios y transformaciones, así como sus implicaciones, no son bien vistos por las posturas y discursos conservadores y tradicionales. Permea un rechazo innato a la modernidad de parte de quienes ven en ella una amenaza al *statu quo*, una agresión a su sistema de creencias y estilo de vida. Rodolfo, a su edad, y en su calidad de varón gay preparado, abierto y de avanzada, se haya, metafóricamente hablando, viviendo entre el fuego cruzado de la negación y las resistencias de sus círculos de socialización, situación común en Aguascalientes para quienes mantienen “otras” maneras de pensar –proaborto, feminismo, LGBTIQ+, defensa animal, arte y cultura, ecologismo; en paralelo, antireligión, antiviolencia, antimachismo, anticonsumismo, etc.–.

El maestro en Gestión de la Salud, José de Jesús Mendoza Martínez, del Departamento de Nutrición de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, manifiesta que en Aguascalientes no existen propiamente datos o referentes específicos alrededor de estudios sobre adultos mayores en relación a la sexualidad; lo observa asimismo en relación a otras variables de su condición, caso del diseño urbano de ciudad amigable acorde a sus necesidades específicas.

Mendoza señala que aún y cuando el Gobierno del Estado cuenta con la existencia de un organismo especializado desde noviembre del año 2022, Instituto Aguascalentense de las Personas Adultas Mayores, y un Programa de Atención Integral al Adulto Mayor que cubre distintos rubros (salud, psicológico, nutricional, jurídico, físico, movilidad, productivo y de esparcimiento), no se encuentran suficientemente articulados en cuanto a cobertura para abastecer a los ciento cincuenta mil adultos mayores registrados en Aguascalientes, a pesar de la alianza efectuada con ayuntamientos y universidades para su implementación.

Precisa Mendoza que es importante considerar que la vejez forma parte del ciclo de la vida, considerando las implicaciones que conlleva la observancia y atención del envejecimiento como proceso que toma lugar en forma diferenciada en cada sujeto a partir de los hábitos y el estilo de vida que haya practicado en su existencia. Remarca que dentro del proceso de envejecimiento permea el símil “cobro de factura” ante lo procurado y atendido en el plano positivo, y lo desmedido y descuidado en la vertiente negativa.

Alrededor también ha habido mucha gente metida en las adicciones y que se han muerto de las adicciones. Mi papá y varios de mis hermanos son alcohólicos, una de las razones que atropellaron a mi papá es que andaba borracho. Yo no tomo, nunca he fumado, no sé a qué sabe un cigarro, y mucho menos una droga de nada, pero no por mojigato, sino no acabo de entender de que sólo así puedas disfrutar más, o no he tenido la necesidad de pertenecer al grado de que tenga que entrarle a las adicciones, también emocionalmente, no he tenido la necesidad de, no encuentro la palabra, de aguantar cosas para que me quieran (Rodolfo, 61 años).

Este “cobro de factura” al que alude Mendoza, ha formado parte de la familia nuclear de Rodolfo, quien consciente de sus dañinos efectos, ha resuelto desde joven vivir al margen de toda acción o costumbre que ponga en riesgo

su salud en forma deliberada. Llegar a la vejez con la sanidad que ha logrado Rodolfo es resultado en buena parte de ese autocuidado y de la disciplina que le procuró su profesión de bailarín de *ballet*. La cultura del cuidado no se haya escindida dentro de la idiosincrasia del mexicano, cuyas costumbres orientadas a los abusos tanto alimenticios como de alcohol y tabaco merman sensiblemente la calidad de vida una vez llegada la tercera edad.

Una constante en Aguascalientes, al igual que en otras regiones del país, los adultos mayores se hayan dentro de una percepción social estereotipada que encuentra nulos reductos que vislumbren una transformación en el corto plazo, según apunta Mendoza. La idea de adulto mayor como persona y a la vez estado –envejecimiento– vulnerado a partir de patrones asociados a la dependencia económica, física y emocional, está arraigada en el imaginario familiar y social. Estos patrones, aunados a la soledad, viudez y aislamiento consecuentes y asumidos como permanentes, se entrecruzan dando lugar a la constitución de un sujeto precarizado cuya exclusión deviene en atavismos en sus vidas, reproduciendo y perpetrando un estadio que pareciera inmutable e irreductible.

Como en muchas cosas, es un doble rasero el que socialmente se presume que a la familia la cuidamos, y el que las relaciones familiares no son lo sanas que todo mundo dice. Ha de haber como dos México al mismo tiempo: uno que los malditos anunnakis o algún ser extraterrestre viene y hace las maldades, porque todo lo que acontece socialmente en el país, no nada más aquí en Aguascalientes, en el país en general. Si todos somos unos mexicanos maravillosos, guadalupanos, buena onda, colaboradores... a la hora de los trancazos. Sí ha de haber familias donde se cuida y se protege, pero también hay una de esos juegos muy perversos (Rodolfo, 61 años).

Para Rodolfo, la doble moral natural de su entorno, permite se articulen conductas disímiles a nivel social y familiar. Adjudica a esa paradójica dicotomía el lastimoso estatus que padecen muchos adultos mayores en sus familias, e ironiza los males reproducidos al interior de esas lógicas familiares de Aguascalientes y del país, con el epíteto clásico que atribuye “todo lo malo a lo que viene de fuera”.

El tiempo social del contexto se ubica en Aguascalientes, capital, ciudad media de corte urbano, con un perfil económico afianzado en el sector indus-

trial y de servicios. Una ciudad de carácter conservador, tradicional y fuerte arraigo religioso. Aguascalientes experimenta una etapa de transición en su desarrollo social dadas las vertiginosas condiciones de su crecimiento económico. Lo tradicional y lo moderno confluyen en formas contradictorias y complementarias, al tiempo que los cambios se suceden en forma sigilosa en aras de superar los rezagos acumulados. Estos factores repercuten en una estructura edificada con dificultad para incorporar pluralidad y diversidad de ideas, así como formas de ser y vivir en sociedad, encontrándose los imaginarios en un periodo de transición tensionada. La creciente ola de suicidios en el estado, carente de un perfil y patrón característico, es probablemente una manifestación consecuente de este convulso escenario, además de las muestras de LGBTQ+ fobia social e institucional.

El tiempo histórico de los discursos vive una paradoja que se refleja en el pensar y el actuar de la sociedad. El discurso oficial ha buscado mostrarse, en ocasiones, moderno, con tintes progresistas a modo, pero es esencialmente conservador, tradicional, neoliberal y tecnócrata, retroalimentado por el discurso empresarial. En paralelo, el discurso moral, que no ético, representado por la jerarquía católica, se ha dirigido en contrasentido a reproducir el pasado vía un conservadurismo radical de cariz segregacionista y antiderechos. La paradoja radica en que los tres discursos –gobierno, empresa e Iglesia–, se articulan generando una negociación ambivalente hacia la sociedad, como trinomio de poder que dirige los imaginarios sociales a conveniencia y en respuesta a coyunturas en turno.

En lo tocante a referentes socioculturales que han nutrido a sujetos y sociedad en las últimas décadas, la Universidad Autónoma de Aguascalientes, alma mater, representación educativa y académica que provee sentido al ámbito del conocimiento del Estado, es un ejemplo del tránsito de su posición y política institucional en favor de la diversidad sexual.

Mi memoria y testimonio se remontan treinta años atrás, al iniciar la década del noventa y recién llegado a Aguascalientes, cuando la visibilidad de una otredad era prácticamente inexistente dentro del campus, salvo excepciones de alumnos varones que llegaban a manifestarse en su expresión de género, casi siempre señalados por una evidente homofobia. En el plano académico, el tema era igualmente inexistente salvo por trabajos de tesis aisladas realizadas en la carrera de Psicología bajo tamiz patologizado. Fue hasta iniciados los dos mil que el tema fue académicamente abordado desde otros ámbitos y

miradas –sociología e historia– con aportes constructivos y desprejuiciados. En el año 2010 surgieron los primeros grupos formales de diversidad sexual integrados por estudiantes de diversas carreras y semestres que se avocaron a visibilizar y combatir la homofobia que se vivía en la institución mediante la realización de eventos de corte académico, informativo y de sensibilización, logrando abrir el espacio que hasta hoy día mantiene la Universidad.



CAPÍTULO III

Procesos de subjetivación en varones adultos mayores homosexuales de Aguascalientes. Contra el olvido

El arte de la vejez es arreglárselas para acabar como los grandes ríos, serena, sabiamente, en un estuario que se dilata y donde las aguas dulces empiezan a sentir la sal, y las saladas un poco de dulzura. Y cuando te das cuenta, ya no eres río sino océano.

José Luis Sampedro

En este capítulo visibilizo una población históricamente marginada y excluida, tanto dentro de la sociedad en general como del conglomerado LGBTIQ+. A continuación, doy voz a varones adultos mayores no heterosexuales mediante el acercamiento y análisis a la subjetividad a partir de sus narrativas biográficas.

El objetivo central es recuperar, mediante un rescate vivencial, la memoria histórica individual que antecede y brinda cimientos a un paso significativo, más aún no suficiente, que en materia de derechos humanos, pluralidad e

inclusión ha estado verificándose en el país, y que permite dimensionar los alcances, límites y retos de una lucha que pretende reivindicar y emancipar minorías oprimidas por su expresión de género y orientación sexual.

Los objetivos particulares se centraron en conocer y explicar las distintas formas de vida que tienen lugar y colocan en situación de igualdad, ventaja o incluso privilegio, así como, en contraste, de doble y triple discriminación y por ende vulnerabilidad –por clase, edad, género, identidad y orientación sexual–, a cinco adultos mayores de la ciudad capital de Aguascalientes. Lo que conllevó a conocer distintas narrativas y realidades cotidianas por las que han pasado dentro de sus trayectorias de vida, así como identificar las problemáticas de violencia enfrentadas por su condición no normativa.

Los elementos a desentrañar en campo derivaron de aristas que, a lo largo de la exposición contextual y teórica, me proporcionaron rutas a indagar mediante cartografías e historias de vida de los participantes. Los insumos para la formulación de un cuestionario semiestructurado estuvieron compuestos por casi un centenar de ítems a partir de cerca de una decena de variables que operaron para instrumentar el método biográfico.

Método biográfico: desentrañar lo vivido, compartir lo sentido

La técnica empleada para conocer la historia de vida fue a partir de entrevistas a profundidad, partiendo de concebir que “al existir distintas maneras de contar una vida, también existían diversas formas o estrategias para abordarlas y, por tanto, para usarlas” (De Garay, 1997: 17), lo cual ha sido abordado en cada caso específico, describiendo la estrategia seguida según las circunstancias específicas de cada sujeto, sobresaliendo los casos de Jafet, por adecuación, y de Vicente, por interrupción.

Para desarrollar el método biográfico consideré, en la línea de De Garay, que “el que cuenta su vida, la presenta como una historia o acción ordenada con principio, desarrollo y fin [...] un relato centrado en el yo social y enfocado en su relación con el pasado [...] habla de sí mismo en relación y dentro de su contexto” (De Garay, 1997: 19), lo que aportó riqueza sustancial al trabajo, en la medida que cada sujeto imprimió un sello personal a su particular narrativa en función de la descripción de su contexto, su ambiente y de los

actores involucrados, así como de sus interacciones, resaltando los elementos que consideraron relevantes.

Es importante tomar en cuenta que, al trabajar bajo un enfoque fundamentalmente antropológico, el pasado determina la narración de la historia en el presente, lo que no impide la manifestación de un proceso dialogal donde la narrativa del sujeto, a manera de testimonio, representa una actividad conformadora de significados que se presentan coherentes, continuos y comprensibles (De Garay, 1997: 23).

En palabras de Graciela de Garay:

las estructuras narrativas ordenan los episodios en torno al evento más representativo o significativo; los episodios restantes ejercen en el relato diferentes funciones: unos proporcionan el abstracto o tema de la historia, otros ofrecen las orientaciones, otros ilustran el conflicto, otros ofrecen la solución, otros la evaluación, y otros marcan una coda, o fase terminal, con la que se cierra el relato (De Garay, 1997: 23).

Esto puede resaltarse en los casos concretos de quienes priorizaron sus respectivas narrativas en función de su conflicto existencial, caso de Ian; y de sus vivencias más dramáticas, en el caso de Mara.

A efecto de interés particular, destaco la valoración al reparar en que

dentro de la estructura temporal, habrá que advertir los cambios, las continuidades y las rupturas como caminos de interpretación fundamentales [...] al hablar de la adaptación o ajuste de las personas al cambio, se hace referencia a las “estrategias de vida” que le permitieron no solo vivir a un nuevo destino o condición, sino también hacer innovaciones dentro de su contexto e incluso transmitir y crear nuevos valores (De Garay, 1997: 24).

Verificado a lo largo de la exposición al reparar en los logros, las metas y los caminos intermedios que cada sujeto fue tomando a lo largo sus vidas, sobresaliendo el caso de Rodolfo.

Pretendí obtener en resultado, al recrear la historia de vida de los participantes “devolverle al individuo su lugar en la historia” (De Garay, 1997: 26), asignarles el espacio temporal que les corresponde por derecho en la realidad social y el universo simbólico de Aguascalientes, y que se les ha negado

por discriminación resarcido en lo posible la deuda histórica que el país, Aguascalientes y la sociedad mantienen para con ellos, independientemente la posición que guarden respecto de esa discriminación.

La importancia radica en que el método recoge descripciones de sucesos, hechos o situaciones que integran el marco de la acción social, de manera que lo que el “yo” del sujeto incluye u omite, refleja sus posicionamientos respecto a la situación experimentada o que recuerda experimentó (Gallegos, 2010), de ahí que en ocasiones los testimonios, como se ha podido apreciar, guardaron ejes sincrónicos en relación a los tiempos del sujeto, es decir, se referían a cómo percibió el acontecimiento en el pasado, y posteriormente incrustaba su percepción de ese mismo acontecimiento desde una lectura actualizada, caso verificado particularmente en Mara.

Para Sherry B. Ortner, quizá la verdad más profunda de la vida social sea la engañosa contradicción de que la historia hace a las personas, pero las personas también hacen la historia (Ortner, 2016:13). Ortner elaboró una teoría de la práctica feminista, las minorías y subalternos, donde abordó temas como la resistencia directa, con énfasis en cómo la dominación se ha encontrado permanentemente atravesada por contradicciones, ambigüedades y lagunas, concluyendo que la reproducción social no llega en su totalidad, sino que al estar sujeta a presión e inestabilidad por situaciones de poder desiguales, se torna vulnerable e imperfecta (Ortner, 2016: 19).

De ahí que el interés de Ortner radicara en observar las distintas formas en que las prácticas afectan el curso de la historia. Para ella, la historia no trata solamente del pasado ni siempre estudia los cambios únicamente. Puede abordar también la duración de los procesos, así como los patrones que persisten durante largos periodos de tiempo. Ortner considera que los temas históricos han sido principalmente interrogantes acerca de la reproducción o la transformación de relaciones de poder y desigualdad (Ortner, 2016: 24-25).

Antes de iniciar con el recorrido detallado por las subjetividades de los sujetos, quiero retomar a Alberto Mira cuando se refiere al legado del escritor Christopher Isherwood:

Isherwood presenta un paisaje ideal para una aproximación. Hay una reflexión sobre el pasado como pasado, una vuelta a diarios y ficciones. Y los hechos están ahí. Hubo una cultura homosexual que va mucho más allá de lo que los documentos oficiales permiten adivinar, hubo conciencia de un “nosotros”

mucho antes de que existiera un movimiento. Y este “nosotros” podía tener un ribete político, pero básicamente consistía en afinidades eróticas. Había heterosexuales que convivían con homosexuales, homosexuales que se casaban. Pensar en el hecho de que el concepto de “sexualidad” o incluso “orientación” quedan cortos para hablar de esta gente y de estas relaciones (Mira, 2024).

A continuación, reflexiono mediante los testimonios de los participantes y la descripción etnográfica, el conjunto de subjetividades capturadas, desde el inicio del contacto y a través de las entrevistas sostenidas, comprendiendo los ambientes, saberes, sentires y emociones registrados, así como la inclusión de una mayor cantidad de testimonios.

Los testimonios incluidos hasta ahora en el texto han fungido como vehículos para el análisis de los procesos de subjetivación, donde mi posición como investigador y sujeto homosexual adulto mayor, incluida mi percepción y subjetividad, se han mantenido al margen en los capítulos, quedando fuera de las narrativas. Es en los relatos siguientes que me hago presente en interacción con los participantes, lo que trae consigo una mirada acuciosa de su personalidad, así como de la experiencia compartida. A continuación, el encuentro con ellos desde mi particular visión.

Vicente. Lienzo donde se trazaron pinceladas de vida

A manera de homenaje y como reconocimiento, incluyo la referencia al primer colaborador en la dedicatoria, ya que quedaron inconclusas las entrevistas y, por tanto, su historia de vida, debido a que falleció en el transcurso de las mismas.

Mi primera entrevista con quien llamaré Vicente, a fin de proteger su identidad, se concertó vía Messenger cuando le comuniqué mi intención de invitarlo a formar parte de la investigación, para posteriormente, de aceptar, detallarle los pormenores y su papel como informante. Fijamos una cita para efectuar la entrevista de semblanza en una reunión que resultó fructífera y que marcó el inicio de un prometedor *rapport*. Vicente me era conocido por amistades en común desde hacía bastantes años, pero no habíamos entablado más allá del saludo, coincidiendo en alguna reunión social.

Proseguimos con las entrevistas en un par de cafés, sumando un total de cinco, de más de dos horas de duración, mismas que fueron grabadas en audio. A medida que los encuentros se suscitaron, la convivencia e intercambio adquirieron relevancia y la confianza creció; se generó un vínculo. Lo atribuyo a la identificación que sus testimonios generaban, lo que dio pauta a retroalimentar con profundidad en aquello de nuestra vida que teníamos en común y por tanto compartíamos. Aunque Vicente me llevaba once años, los referentes, sucesos, y vivencias, muchos de ellos desde el entorno familiar, nos eran iguales y en algunos casos, podría decirse, eran idénticos. La química era evidente y la conversación fluía con espontaneidad, holgura y naturalidad, como dictan los cánones del *rapport* ideal.

De súbito, casi para finalizar aquel año, las entrevistas se vieron interrumpidas por una intervención quirúrgica postergada que Vicente tuvo. La aplicación del cuestionario se encontraba a poco más de la mitad. Quedamos de reiniciar en cuanto la recuperación lo permitiera, pero el momento nunca llegó. Vicente fue intervenido con éxito, mas los exámenes preoperatorios indicaban la presencia de cáncer en etapa terminal. Mi informante falleció repentinamente y con tranquilidad, en su hogar, rodeado de los suyos, a finales del año 2022.

Los efectos en la investigación, previstos desde la planeación, me llevaron a bosquejar una sustitución bajo el considerando de incluirlo a manera de dedicatoria y reconocimiento hasta donde pudimos cubri; sin embargo, ¿y qué de los efectos en mi subjetividad, en mi experiencia y mi persona, como investigador y más allá? ¿Qué para conmigo y por cómo pudiera yo sentirme?

Percibo que desde la academia no se nos prepara para estas situaciones; dudo que el plano metodológico lo contemple y el estatus aún hegemónico de la brecha positivista continúa demarcando que antepongamos distancia en nuestra implicación como investigadores. Mentiría si no reconozco que me afectó y mucho. Me sacudió, me dolió, me bajó sensiblemente los ánimos para continuar trabajando. No pude retomar las grabaciones para escuchar y vaciar las entrevistas por semanas, no podía escuchar su voz; necesitaba tiempo para procesarlo. Me taladraba pensar que un ser humano que dejaba de existir, había prácticamente dejado sus últimos pensamientos, ideas, sentimientos y subjetividad en mis manos, en mi mente, en mi grabadora. Yo era una de las últimas personas con las que convivió y compartió momentos relevantes de

su vida. Puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que Vicente no tenía idea de que eran sus últimos días; no sabía que iba a morir muy pronto.

Es fuerte vivenciar nuestra condición de mortales cuando lo enfrentamos desde una entelequia. Trascendencia es la palabra que muchos colegas me han citado al referirles el suceso. Con esta investigación, como he insistido, me planteé darles voz a sujetos adultos mayores homosexuales invisibilizados. Hoy, uno de ellos, el primero que entrevisté, ha partido; y como señalaba en mis avances, estaba consciente de que pasaría con esa generación, por lo que antes de que sucediera pretendía rescatar esas voces, esas vidas. La voz de Vicente es ahora un legado que asumo y me comprometo de diversas maneras para con la generación de conocimiento sobre una realidad y unos sujetos; pero también, con lo que nos ha sido vedado en nombre de la ciencia; una comprensión y empatía para con nuestra condición más profundamente humana; nuestra carente, precaria y vulnerable vida.

Vicente era un hombre de setenta y un años cuando lo entrevisté; se caracterizaba por su buen porte, fuerte personalidad y amable trato. Era un conversador sobresaliente, poseía facilidad de palabra y vasta cultura, lo que desde un principio asumí como una significativa ventaja. Su intelecto le permitía entablar una atractiva mezcla de anécdotas y reflexiones que hacían de cada entrevista una fecunda incursión en sus procesos de subjetivación.

Desde el inicio destacó su manejo en redes sociales. Su muro de Facebook era, además de seguido y retroalimentado por un significativo número de contactos, empleado por él como vehículo de reflexión mediante frases motivacionales que escribía, tendientes a generar una atmósfera constructiva y edificante entre sus seguidores. El estilo e imagen de Vicente eran formales, mas no sobrios; era elegante sin exaltaciones, lo cual contrastaba con las muñecas de sus manos ataviadas con varias pulseras. Vicente era un intelectual, un sujeto inmerso en el arte y la cultura desde la cuna. Podría decirse, también, que representaba el estereotipo del varón hidrocalido acaudalado, de mediados del siglo pasado. En Vicente se transparentaban los valores, arraigos y tradiciones del Aguascalientes del pasado, pero también los prejuicios, temores y represiones de una sociedad que al tiempo que parecía ir abriéndose a la influencia de referentes externos, se resistía a emanciparse, al menos explícitamente; esto, aderezado con un atisbo de inquietud permanente por ir más allá en todo, por descubrir y descubrirse ante lo desconocido, lo extraño y ajeno a lo propio.

Yo quería ser un triunfador siempre. Nunca quise ser una persona que quedara en el anonimato, que quedara como rezagado en la vida. Yo siempre quise figurar, ser alguien importante, realizarme, eso era muy importante, mi realización. Y de realización, sí sabía lo que quería, quería ser ya fuera un profesional, un profesional muy exitoso, o bien, ya cuando posteriormente cambié mi idea de la profesión, quise ser un artista exitoso [...] yo nunca me he equivocado en nada, siempre he estado en el momento exacto de todo lo que yo he querido ser, hacer en mi vida (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

A lo largo de las entrevistas, Vicente dio cuenta de lo difícil que resultaba para él y sus contemporáneos salirse de los cánones sociales que dictaba la época, al grado que no cabía en las mentes de aquellos jóvenes plantearse otras formas de vida distintas a las que su realidad inmediata les presentaba. La salvaguarda religiosa hacía labor de cancerbero de mentes y cuerpos; empero, en el caso de Vicente, la agencia imperó a pesar del yugo religioso –al cual no manifestó percibirse sometido– con lo que logró allegarse de otras vivencias y referentes al irse a estudiar al entonces Distrito Federal y posteriormente a Europa; sin embargo, ello no menguó en su autopercepción o su sexualidad, por aquel entonces decididamente heterosexual, aunque sí le mostró un amplio espectro por descubrir.

Todo lo aprendimos de mi abuelo. También nos marcaron fuertemente los abuelos, a todos, mi abuela era una mujer más obsesiva, mi abuelo era un hombre más liberal. Mi abuela era muy religiosa, muy moralina, pues yo me identificaba más con mi abuelo por la forma de ser, porque yo desde niño no fui tan religioso ni tan..., pero mi abuela sí era, siempre trataba de imponernos la religión porque de familia de religiosas y de padres, gente muy piadosa. Llegó el momento en que yo terminé mis estudios aquí en Aguascalientes... (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

En su juventud tardía, Vicente contrajo matrimonio con una mujer joven cisgénero, con quien procreó una mujer y un varón; la relación no fructificó por diferencias de edad y, a los pocos años, Vicente se divorció, quedando a cargo de sus hijos, con quienes, hasta la fecha de las entrevistas compartió casa y vida. Vicente fue un hombre hogareño y seguidor de modelos familiares tradicionales, frecuentaba a sus muchos hermanos y hermanas, y compartía

la cotidianidad con sus mascotas. Consideraba llevar una vida simple, sencilla y común, aunque gustara de las bondades y placeres que le brindaba su estable condición económica, como la buena comida, los viajes y vestir bien.

Vicente mantuvo desde joven un círculo social amplio y heterogéneo que le proveyó una agenda de frecuentes salidas a reuniones, festejos y eventos de diversa índole. Se consideraba sociable y lo atribuía a la sinceridad, afabilidad y respeto de la gente que conoció. Sus relaciones públicas fueron amplias y se insertaron en diversos sectores y niveles, preferentemente jerárquicos y privilegiados. En balance, la vida de Vicente puede considerarse venturosa por haberse realizado profesionalmente, ejercer lo que siempre le apasionó, haber construido un patrimonio y lograr, en la tercera edad, estabilidad y seguridad en diversos planos.

Al momento de preguntarle por qué estudió Derecho fuera de Aguascalientes, Vicente respondió lo siguiente:

[...] porque era la carrera más fácil de estudiar. No había muchas carreras, si hubiera habido Diseño, pero no había en ese entonces. Lo que había era Arquitectura, era lo que más se acercaba a lo mío, pero las matemáticas nunca me gustaron, me gustaba el dibujo, la progresión de líneas, todo eso lo sabía hacer muy bien. Y dije, pues Derecho es lo más fácil, no eran tantas las carreras que se podían estudiar. ¿Doctor?, nunca me llamó la medicina. Al cabo un licenciado puede trabajar en lo que quiera (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

Una entrevista en particular en un café de ecléctico estilo fungió como detonador etnográfico para sustraer parte significativa de la subjetividad de Vicente al remitirse a una serie de fotografías que se encontraban en una de las paredes del lugar. Eran las imágenes de cada una de las reinas de la Feria Nacional de San Marcos, distribuidas cronológicamente en fotografías en forma de óvalo, muchas de ellas en blanco y negro. De inmediato, Vicente revisó, visiblemente emocionado y presuroso, las de su época, para localizar y enseñarme las que “habían sido sus novias”. Las señalaba con el dedo tocando la fotografía, al tiempo que me decía el nombre completo de la chica, la referencia familiar e incluso la dirección de la chica en cuestión. Aparecía frente a mí la descripción detallada de cerca de una docena de chicas que Vicente había conocido bien. De algunas me indicó su estatus de madres de familia, de fallecidas o del parentesco que las ligaba a parientes y políticos.

La mayoría de mis novias fueron la reina de la Normal, que la reina de la Feria de San Marcos, que la embajadora de no sé qué. Siempre busqué bellezas, bellezas, bellezas. Claro, unas porque ya habían sido algo en la vida, y otras, porque estaban bonitas y después parece que yo les daba el empujón para que fueran reina, para que fueran esto y para que fueran lo otro, después de haber andado conmigo. Entonces, siempre busqué la belleza para mí, como que tenía mi prototipo de mujer, más que guapa, bonita. Y que fuera, desde luego, bien presentada, como me gustaba que fuera la gente, sí, siempre fue la imagen de una mujer (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

Al reparar en las vivencias de Vicente, surge reflexionar sobre la organización social de Aguascalientes. La pertenencia a grupos de poder, el abolengo del apellido, la adhesión familiar a las tradiciones, así como el nivel socioeconómico, fungen como variables que se retroalimentan para constituir valores y significados locales que brindan sentido a esta estructura. Vicente forma parte de esta lógica, corrobora su papel en esta configuración cuyo registro histórico, además de dar cuenta de su época, muestra los niveles de interacción alrededor de marcadores de género y raza, pero, básicamente, de clase, religión y prestigio en Aguascalientes.

Aquí, las representaciones sociales son emblemáticas de una idealización aspiracional que pretende entablar coherencia entre la tradición colonialista y posrevolucionaria y las formas posmodernas de resignificar la estructuración social. El título nobiliario que denomina “reina” a una joven conjunta el legado de la estirpe del ideario social como protagonista. Los varones que se han allegado de estas mujeres se perciben encumbrados, acreedores de triunfo y victoria social; por lo que obtienen no solo estatus y proyección, sino la “posesión legítima” de una mujer privilegiada por la vía del consenso social. Sexismo y cosificación, evidentes, se difuminan y justifican desde esta lógica bajo la aureola de la festividad.

La sujeción opera cuando educación, cultura y contexto establecen marcos de referencia a partir de la socialización que, encausando comportamientos, ideas y costumbres, estructuran la subjetivación de los sujetos. Vicente ilustra el papel que jugó el entorno de su ciudad, nutriendo los principios que lo formarían, proveyéndole otras fuentes y vivencias –contacto con el mundo del arte–, que derivaron en salir de Aguascalientes para prepararse

en contextos heterogéneos. Estas confluencias fungen como indicios de lo que pudo haber sido su vida antes y después.

Lo anterior me remite a la pregunta que hace Simeon Wade a Michel Foucault sobre si existió algún suceso específico en su vida que determinara la dirección de su trabajo, Foucault respondió que cuando se matriculó en la École Normale, el director lo inquirió sobre su atípica personalidad; al responderle que era homosexual, el sujeto se horrorizó sentenciándole que ese comportamiento no era normal.

Acto seguido, me confinó; por mi propio bien, según sus propias palabras. Me dijo que debía ser reformado, que me confinarían, examinarían y tratarían una serie de autoridades (médicos, profesores, psicólogos, psiquiatras, etc.). En aquel instante comprendí de repente cómo funciona el sistema. Percibí el impulso fundamental de nuestra sociedad: la normalización (Wade, 2024: 82).

Vicente no refirió haber vivido experiencias homoeróticas durante su adolescencia y juventud temprana, tampoco durante el tiempo que residió en Distrito Federal o durante sus estancias en Europa, concretamente España, donde estudió un posgrado y una especialidad; sin embargo, Vicente recuerda haber sido abordado en alguna ocasión por un hombre, pero confiesa en aquel entonces no reparaba en ello como una atracción. En ese entonces, pareciera que el tema y el deseo homoerótico le eran desconocidos, inhóspitos e incluso ajenos a su realidad y experiencia.

En la vida de Vicente coexistió una dualidad que no calificó contradictoria, sino que la situó compuesta por variantes que consideró, sin autoexcluirse, nunca se lograron fundir. Una primera, de carácter público y ejercida mediante círculos sociales elitistas y dentro de la cual desarrolló su vida familiar y profesional; la otra, privada, íntima, quizá un tanto clandestina, y sólo compartida con un núcleo selecto de amistades, gais jóvenes, maduros y de tercera edad; algunos casados en matrimonios heterosexuales, otros con pareja del mismo sexo y otros más solteros como él.

Vicente era un hombre conocido dentro del “ambiente” gay de Aguascalientes; sin embargo, no se identificaba abiertamente como homosexual ni lo daba a conocer en su otro círculo, el personal e íntimo, pues lo juzgaba inapropiado por considerarlo una cuestión de “respeto” hacia sus familiares.

Somos una familia grande, muy grande, pero somos muy unidos, somos como una familia muégano, nos queremos mucho, nos visitamos mucho, nos respetamos mucho, tan es así que yo nunca he hablado de mi preferencia sexual por respeto, para que me sigan respetando, porque siento que así no los afecto a ellos, por si algo les pudiera llegar a molestar (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

El tema de la visibilidad en Vicente resultaba complejo y particularmente importante de abordar y analizar dadas las confluencias y contradicciones vinculadas al clóset identitario. Desafortunadamente, la información obtenida en las entrevistas fue insuficiente para ejercer un acercamiento analítico como hubiese deseado y que permitiera desentrañar a profundidad dicha variable.

Jafet. Genio creativo de trascendencia

Como se corrobora a continuación, el segundo participante, cuyo seudónimo es Jafet para proteger su identidad, no permitió contestar el cuestionario ni ser grabado en audio. Para el acopio del material tuve que revirar y afinar la estrategia de escucharlo con suma concentración –evitando al máximo tomar notas para que no se sintiera intimidado–, de manera que, luego de cada sesión, llegaba a vaciar cuanto recordaba de primera instancia, lo cual, aunque requirió de esfuerzo extra, resultó suficiente y completo. A continuación, expongo las múltiples sesiones con Jafet, a través de las cuales desentrañé sus procesos de subjetivación. Cabe mencionar que luego de concluidas las visitas para la investigación, estas continuaron con fines de socialización, ya que construí un vínculo amistoso con él.

Quedamos de vernos en su casa para presentarme y explicarle sobre la investigación y su papel en ella si aceptaba colaborar; su contacto me lo brindó un amigo en común con quien iniciaba lazos recientemente. Llegué a la cita a las 7:30 pm y toqué, como se me indicó, en el timbre junto a la caja negra, no el otro, puesto que en la casa contigua vive su hermana. La razón de citarme en su casa obedecía precisamente a que cuida de su hermana enferma y tiene que estar al pendiente de forma permanente.

Al penetrar en el mundo de cada nuevo informante se repara en la posibilidad etnográfica de desentrañar ambientes, atmósferas y esos mundos posibles y reales. La casa está ubicada en el centro de la ciudad, es antigua,

grande, bien conservada y arreglada; su olor, un olor fresco, afrutado y agradable me dispone favorablemente conforme me adentro y camino al lado de mi colaborador, percibo que él emana también este reconfortante olor, ¿su loción?, ¿un aromatizante?, no sabría, pero la sensación es relajante, acogedora y, diría, etérea.

Pasamos a una amplia sala, donde hay un nacimiento muy grande que ocupa varias paredes alrededor del espacio; es verdaderamente enorme, tiene subniveles y cientos de figuras; quedo sorprendido por su detalle, estilismo y belleza; al manifestarlo, me indica sentirse apenado por a estas alturas del año no haberlo quitado –estamos en marzo–, pero lo justifica expresando que no ha coincidido con quienes pueden ayudar a quitarlo. Sigo de pie contemplándolo, reparando en la meticulosidad que conlleva montar semejante despliegue. Se lo hago saber y me insta a seguir observando, camina un par de pasos, se sienta en un sillón y se inclina a su derecha para prender, uno por uno, varios interruptores que conforme van encendiendo iluminan de colores cada una de las diferentes secciones, lo que convierte la escena en un verdadero espectáculo.

Entre el subyugante olor y lo que tengo ante mis ojos, al tiempo que me describe su génesis, me siento embelesado. Estoy cautivado y lo expreso. Él lo agradece, se muestra congratulado pero acostumbrado a que se halague su obra. Le pregunto si es arquitecto y me arguye con una irónica sonrisa que no, pero que debió serlo; me señala entonces el techo, de donde penden varios candelabros, todos ellos de gran tamaño y sumamente elaborados, me indica haberlos hecho él mismo también. Su creatividad es basta y se lo hago saber, a lo que manifiesta enfático no poder dejar de estar activo, hacer cosas, moverse, crear. Jafet es atento, de trato amable y cordial, pero a la vez, serio y reservado. Mira a los ojos cuando platica y es pausado, pero firme al hablar. Su comportamiento es relajado, tranquilo y suave, denota no tener prisa y sí sosiego.

Luego de exponerle mis objetivos y los motivos que me llevaron a escoger el tema, con los cuales simpatiza, inicia a describirme sus precepciones personales respecto de la vejez, su vida y su pensar. Me señala, sin embargo, al igual que Vicente, que no considera su vida particularmente interesante para ser objeto de una investigación. Le argullo lo contrario y seguimos conversando sobre diversos tópicos que van surgiendo de manera espontánea; dejando que sea él quien conduzca esta plática introductoria.

Jafet es franco y determinante, desaprueba la grabación de las pláticas y tampoco está dispuesto a contestar pregunta por pregunta el cuestionario que le mostré, pues le pareció irrelevante manejar así las entrevistas. Jafet me indica que él se pondrá a platicar de lo que vaya saliendo y que si quiero tomar notas lo haga, o que mejor para él, al llegar a casa vacíe lo que me acuerde.

Regresando a la conversación, Jafet vivió mucho tiempo en Ciudad de México; conoció y vivió de cerca las tragedias y sinsabores que trajo consigo la pandemia del VIH-sida y tuvo tres parejas importantes durante su vida, con las cuales vivió varios años con cada una. Por otro lado, me comenta orgulloso que considera nunca haber estado en el clóset, pues ha vivido su vida sin ocultar quién es, haciendo lo que ha querido con la fortuna de haber sido aceptado y querido por mucha gente, su familia y sus amigos, de quienes me indica ser el único que queda, pues ya todos han muerto.

Mi primera impresión, luego de esta plática introductoria, es que estoy frente a un hombre seguro, estable y satisfecho, un hombre que ha vivido intensamente su vida y que en su vejez procura continuar viviéndola bajo esa lógica en cuanto a plenitud.

A continuación, describo los hechos, contenidos y testimonios de mis visitas con Jafet, conforme se fueron dando durante un periodo aproximado de tres meses: es recurrente en Jafet emplear la palabra *normal*; alude a que siempre hizo y ha hecho cosas normales, se ha juntado y socializado con gente normal. Socializó preferentemente con mujeres y con heterosexuales, haciendo lo que hacen ellos. En cuanto a ser gay, afirma no hacer nunca cosas como “vestirse”, ir a lugares de encuentro –donde menciona la “putivuelta” y los baños de Ojocaliente– o algo que connote afeminamiento, y afirma tajante que nunca hizo nada semejante, lo cual, conforme avancen las entrevistas, será reformulado. “Yo nunca fui a esos lugares, nunca hice eso”, refiriéndose a tener sexo casual o andar buscándolo. Señala respetar a quien lo hace, pero él no es así, no va con él. “No sé por qué, no se dio, no me atraía, la gente con la que me llevaba no lo hacía, entonces tampoco yo. Quizá si me hubiera juntado con gente reventada, lo hubiera sido, pero no se dio” (Jafet, 77 años).

De las tres parejas que menciona en su vida, dos fueron en México; con el primero vivieron juntos tres años, después se dejaron, no recuerda bien las circunstancias. La segunda también fue cuando vivía en Ciudad de México y duró ocho años. Y la tercera, que es con la que duró veinte años, fue en Aguascalientes.

Empecé a hacer mis cosas, de decoración y arreglos porque me lo pidió una vez una amiga que dejó sus aretes que se le rompieron aquí en mi casa, entonces un día que los vi, los tomé y los arreglé y a partir de ahí surgió la inquietud. Seguí haciendo cosas, y compraba yo los materiales o me los traía la gente que me pedía le hiciera sus cosas. Hice coronas, sombreros, penachos, de todo. Un colega me dice hasta la fecha, “maestro” y para acá y para allá con el maestro” [risas]. La gente me respeta mucho, siempre la gente me ha respetado mucho, de ahí incluso el que desde siempre me decían don, me choca que me digan don, pero bueno” [risas]. No soy decorador ni estudié nada de eso, ni pintura, ni nada, no soy nada [risas]. Me gustaba me pidieran cosas difíciles, pues forzaba mi imaginación para hacer algo mejor de lo que me pedían originalmente. A veces me traían una imagen, una foto y me decían “mira, quiero algo más o menos así”, y yo les decía “no, mejor te voy a hacer esto, algo mejor que eso”, y les gustaba, lo que me hacía sentir bien (Jafet, 77 años).

“Mi hermana me regañaba más que mi mamá y mi papá”. Al mencionarlo se queda erguido, muy serio, se nota que le impone. Su hermana, mayor que él, es una figura de autoridad a quien tiene que cuidar. “No puedo hacer nada, no puedo hacer gran cosa, porque en cualquier momento me puede hablar, que porque ya se siente mal. Y pues tengo que estar al pendiente. Es lo malo de mi vida. Ahora ya no tengo tiempo para mí”, manifiesta con tristeza y un dejo de malestar.

A la par que narra esto con aire quejoso y triste, Josef despliega en su teléfono, con orgullo, una serie de fotos de varios jóvenes veinteañeros y treintones, de quienes me dice son sus amigos. Comenta que con ellos platica y llega a salir de pronto con alguno de compras, solamente. Es reservado al hablarme del tipo de relación que guarda con ellos, aunque resalta que es consciente de la significativa diferencia de edad, y en lo peculiar y extraño que resulta tener relaciones así, pero lo justifica aludiendo a que él desde siempre, ha mantenido amistad con varones mucho menores en edad.

Poco a poco, Jafet se va relajando en las entrevistas, se muestra más abierto y extrovertido al hablar, percibo más confianza. Incluso, al término de una entrevista y luego de recibir mis disculpas por pasarme en el tiempo acordado para cada sesión, me dice que es porque estábamos platicando muy a gusto y se disculpa por no ofrecerme nada de tomar, un té o algo. Y lo reitera al despedirnos, agregando “ojalá tuviera más tiempo por la tarde”.

Hablamos de su pasión, de su mayor distracción y entretenimiento, de lo que lo llena y lo hace suspirar: el teatro, principalmente el teatro musical. Y aunque Jafet niega asociarse al cliché gay de la veneración a las divas y los musicales, enaltece este arte como su mayor referente cultural. Me cita obras teatrales como *Mame*, con un súper reparto y nombra todos y cada uno de las actrices y actores que estelarizaron la primera puesta en escena de dicha obra en el Teatro de los Insurgentes, en el entonces Distrito Federal; le comparto la referencia al haber asistido también a esa temporada cuando era niño.

En ese entonces eran grandes personalidades y yo los conocía, veía cómo le hacía, pero me metía a los camerinos y les saludaba y platicaba con ellos. Conocí a Chela Castro, la esposa de Raúl Astor, a Verónica Castro, a Julio Alemán, que cuando entré estaba todo sofocado, porque pues se cansan. Uno los ve en el escenario e imponen, pero ya abajo, sin el maquillaje, sin las luces, sin el escenario todo espectacular, son como cualquiera, e incluso luego hasta decepcionan [risas] (Jafet, 77 años).

Tararea algunas de las canciones que recuerda y sonrío. “Yo iba al Teatro Blanquita y el *open* era maravilloso, con todas esas modelos arregladas con sus trajes y sus plumas, porque eran modelos, aparte estaban las bailarinas”, mientras lo narra, posa levantando las manos y el cuello y gesticula imitando la seducción y fastuosidad de las mujeres que refiere. Enfático, señala con el dedo que el cine costaba uno cincuenta el boleto y setenta y cinco centavos los domingos.

En Aguascalientes iba al Cine Rex, que le decían del piojito, junto con el Alameda, que eran cines para gente sin muchos recursos. Luego estaban el Encanto y el Colonial que eran mejores. Y el Plaza también. Pero luego desapareció, lo quitaron y pusieron no sé qué cosa. Luego supe que, más adelante, como veinte años después, por la glorieta del Quijote había un cine que pasaban porno, y decían que ahí se ponía la cosa muy fuerte, pero yo nunca fui, nada más me contaban.

Nombra el bar “El círculo” para ejemplificar lugares a donde iba la gente gay de esa época, pero que, confiesa, él no asistía.

Sobre su trabajo con aretes y joyas, Jafet me afirma que al ponerlo en el libro todo mundo se va a dar cuenta que es él al que me refiero en el texto, pero le arguyo que luego veremos cómo lo manejaremos para no comprometer su anonimato; luego recapacita, sonríe y afirma que finalmente quien lo vaya a leer pertenece a la comunidad, por lo que no le importa que se sepa. Comenta que en un inicio le dijeron que su trabajo era para travestis y artistas. Y efectivamente, le compraron artistas famosas: “Pepe Origel una vez me compró para regalarle a Silvia Pinal. Andrea Palma era mi amiga, nos veíamos y platicábamos. Con ella salió una vez eso de ‘la calidad del tordo, piernas flacas y culo gordo’ [risas]”.

Yo ya la veía muy grande a Andrea, y aun así actuaba todavía y en el escenario lucía muy bien, a diferencia de cómo se veía en persona. Y es que el teatro estiliza la figura, pasa igual con los sacerdotes, uno los ve en la misa y se ven grandes, y ya fuera del altar, se ven hasta más bajo que uno [risas]. El teatro por eso es la maravilla del siglo. Por aquella época estaban las cantinas, pero eran cantinas disfrazadas.

“Yo hago a mi modo y a mi moda. Yo siempre fui yo”, afirma contundente cuando se remite a su trabajo como artista y a su orientación sexual. Afirma no hacerlo para verlo. Considera que no tiene relación que su trabajo se haya ligado con el medio del espectáculo a su gran amor por el teatro, como miembro del público.

Jafet se torna nostálgico cuando le pregunto sobre su formación, su educación de niño y adolescente. Me dice que eran tiempos en que los padres educaban con férreos valores morales y enfatiza el término del respeto. Afirma que la religión, y propiamente Dios, es quien proporciona ese respeto, esos valores. “Se siembra una semilla”, afirma, “y se saca una persona, ahora ¿qué se siembra?, nada, entonces no sale nada, es lo triste”. Se siente acabado con el mundo, “si no hay Dios, fe y el convivir, el tiempo, ¿qué caso tiene la vida?”.

Los posicionamientos que Jafet enarbola están atravesados por una confrontación cronológica que separa y tensiona los tiempos, encumbrando los vividos como afortunados, benignos e incluso idealizados, en contraste con los actuales, de los cuales se expresa con reserva al esgrimir un veredicto un tanto negativo. Luego, el lapidario pregón “todo tiempo pasado fue mejor”

cobra vigencia en la subjetividad de Jafet, pero, sobre todo, prestancia en su narrativa.

Su alocución enaltece momentos precisos, una época y las vivencias acaecidas en ella. En paralelo, Jafet cuestiona y sanciona el presente, lo actual y aquello que supera ese pasado que coyunturalmente atestiguó. Llama la atención, empero, que aun y cuando Jafet se ubica sosegado y en plenitud en cuanto a su tiempo, rompe con muchos de los cánones dictados por la sociedad de aquel entonces, destacando aquellos que concernían a las incipientes disidencias sexuales y de género. Jafet se demarca de las homosexualidades pertenecientes a su tiempo, propiamente de las que eran vividas en lo público; de igual manera se deslinda de lugares y sitios tanto de socialización como de encuentro; de conversaciones, clichés y ligues que tenían lugar discrecionalmente o en lo clandestino; en suma, de la “jotería” y los atisbos de la entonces incipiente gaycidad mexicana.

Jafet me había comunicado que tenía que someterse a una intervención quirúrgica, por lo que tendríamos que suspender temporalmente nuestras entrevistas. Me señaló se pondría en contacto conmigo para reanudar cuando estuviera dispuesto. No pude evitar el recuerdo de mi primer participante y la similitud de las circunstancias, cuyo caso tuviera tan penoso desenlace.

Acudo a visitar a Jafet por insistencia mía, luego de dejar pasar intencionalmente dos, tres semanas de su operación. Luego de preguntarle por su recuperación por mensajes de WhatsApp, le pido que me señale cuándo puedo visitarle, aclarando que no para entrevista, sino para saludarlo, Jafet me responde de inmediato que si puedo ese mismo día. Acudo a su casa y me recibe con visible gusto, nos sentamos y comienza a describirme detalladamente el proceso que ha vivido con su enfermedad, desde las citas médicas, los estudios, la operación misma, y la actual convalecencia. Escucho atento y dejo se explaye. Jafet fue operado en simultáneo de la próstata y de una hernia en un hospital privado.

Fue una plática amable, pese a lo doloroso del subtexto. Jafet me dice que extraña la presencia de visitas, amigos y la parte física del contacto con alguien; le gustaría ser abrazado, ser tocado, que es lo triste de estar solo, que a nadie ve, que todos sus amigos están muertos, se ha quedado solo. Pasado un buen rato, su hermana le marca por teléfono, necesita algo, apenado me disculpo para despedirme, Jafet me insta a quedarme un poco más alargando

la plática, lo hago por unos minutos más y me retiro. Al despedirme, le doy un abrazo, quedando contactarme en cuanto regrese de viaje por vacaciones.

Vuelvo a visitar a Jafet. La confianza y el vínculo se hacen evidentes desde el saludo, que ya es un abrazo. Lo veo bien, con favorable semblante, me recibe con gusto y percibo nuevamente ese olor fresco, afrutado y agradable que emana de su persona. Me comenta, mientras me invita a pasar a su sala, que acaba de irse uno de los jóvenes que lo frecuenta, aclarándome que no es gay, a diferencia del otro chico que lo visita con frecuencia. Le digo que me agrada que tenga tantas visitas, las cuales ha estado recibiendo desde su operación. Básicamente, yo ya uno de ellos. El otro, me afirma orgulloso, lo visita a diario y está al pendiente de lo que pueda necesitar.

Surge en la conversación que la ventaja que siempre tuvo en su vida fue ser su propio jefe, trabajaba en lo que le gustaba y lo hacía como quería sin tener contratiempos al respecto. Señala que sólo una vez una señora le corrigió un arreglo que le hizo, de ahí en fuera, todos sus clientes siempre quedaron complacidos, superando incluso sus expectativas.

Jafet señala enfático que actualmente muchas cosas actuales de la vida cotidiana le parecen negativas y difíciles, como sacar inquilinos incumplidos y latosos de propiedades en renta. Al decirlo, noto que Jafet se siente fastidiado de cómo funcionan las cosas en el mundo actual y cómo lo desgasta lidiar con ello a su edad. Se nota cansancio, falta ya de paciencia y hartazgo que la edad sitúa en lugar apropiado respecto a lo que debe y no debe ser.

Otro tema que surge de nueva cuenta es la soledad. Jafet me comparte que es una persona que no le gusta estar solo, de ahí su queja ante la situación que vive. Nunca viaja solo, no le gusta, no puede, no lo concibe, siempre lo hace acompañado. “A mí me gustaría tener un amigo con el cual poder salir, hacer cosas, distraerme, ver cosas, hacer cosas. Pero pues no hay con quien. No puedo salir por lo de mi hermana”, recordando su compromiso.

Le noto algo inquieto, tiene que subirle de cenar a su hermana, conmino a retirarme, pues me parece imprudente, hemos estado platicando más de una hora. Quedo en regresar la próxima semana.

Al llegar a su casa, previo acuerdo y confirmación por WhatsApp, Jafet me recibe con teléfono en mano, está platicando con un amigo y bromea con él, mientras me da el paso para entrar por la cocina. Luego de terminar su llamada, me indica que nos quedemos porque tiene que vaciar mole en unos envases, lo ayudo a buscarlos y me pregunta cómo estoy. Jafet se ve bien, luce

jovial, fuerte y alegre, pareciera que no tiene el mal que lo aqueja. Sube con agilidad la pequeña escalerilla que permite revisar los entrepaños de la despensa, donde están los utensilios que busca. Inicia la plática y sale a colación que alguna vez, durante mi etapa universitaria, tuve novia, y me voltea a ver sorprendido, me pregunta bromeando “¿trans?”. Le comento que era mayor que yo y asegura nunca tuvo una relación así con una mujer. Me dice enfático que considera que los gais que han tenido novias y, sobre todo, más grandes que ellos, es porque están buscando una mujer que los cuide y proteja. Reímos y sale el tema del cigarro, afirmándole que lo dejé de golpe hace muchos años; señala que hizo lo mismo, dice hizo mucho deporte de joven y no bebió nunca más de dos copas, “solo una vez me emborraché por accidente, y vomité, qué horror, entonces dije, jamás quiero volver a tomar”.

Jafet se abrió significativamente conmigo, resultado del *raport* generado por el trato. Mientras sirve el mole me dice que en su familia se padeció la muerte de un hermano, siendo joven, de 33 años, lo cual marcó a su padre, quien nunca lo pudo superar. En aquellas fechas Jafet vivía en México con su pareja y era feliz con su negocio, que vendía a grandes almacenes de prestigio como Liverpool, París-Londres, El Palacio de Hierro. Desafortunadamente, su madre tuvo un accidente en un camión, y Jafet regresó para apoyar a su familia.

de lo único que me arrepiento en mi vida, es en no haber podido terminar la carrera de psicología en la universidad; pasé como por tres universidades y no me ubicaba, hasta que en la UNAM empecé a estudiar psicología, pero no terminé. Me hubiera gustado porque quería ver a la gente, atenderla, no sé qué hubiera sido de mí si me hubiera dedicado a ello, a veces parece la vida ya está predicha.

Cuando vivió en México, por ahí de los diecisiete años, junto con su hermana, Jafet salía mucho al teatro con un amigo en particular, empezaron a estudiar teatro en el IMSS e incluso le dieron un primer papel, pero luego lo dejaría. También platica que cuando venía a Aguascalientes salía con un chico que le gustaba mucho, lo rondó hasta dar con su casa porque no tenía teléfono y estuvo viéndolo aun y cuando tenía su pareja en México, de lo cual bromea. Jafet me comparte, ya sentados en su sala, de un viaje que hizo a EE.UU., donde conoció Boston porque iba a estudiar inglés, pero terminó en Nueva York

y en Chicago visitando y quedándose con amigos, siendo ciudades que le gustaron mucho, y donde conoció todo lo que pudo en los quince días que estuvo por allá. Me dice que extrañaba a su pareja de aquél entonces, por eso regresó. “Cuando estaba en el edificio Empire State, se me hizo un nudo en la garganta, pensando en mi pareja, porque quería que estuviera ahí conmigo, compartiendo eso”.

En una peculiar visita a Jafet, intenté, como me dice siempre, estacionarme en la entrada de su casa, pero había una camioneta algo destartalada. Luego de abrirme, me dice que están un par de amigos, que uno ya se fue, pero queda el hermano. Entro y veo a un sujeto recogiendo las piezas del juego Rummy, le saludo y responde parco sin dejar de seguir acomodando. Jafet nos dice que va con su hermana y que no tarda, lleva un plato con papaya picada.

Jafet nos alcanza casi de inmediato, quita el noticiero y pone música; se sienta en el amplio sillón frente a mí y empieza a parodiar lo que escuchamos, me pregunta si lo identifico, le digo que es un musical de época, pero no ubico cuál. *Violinista en el tejado*, me contesta, lo conozco y lo vi de niño. Así inicia la plática sobre musicales y teatro, la pasión de Jafet.

De súbito, nombrar ciertos actores y actrices, nos lleva al clásico de culto *El vampiro*, y su secuela, *El ataúd del vampiro*, protagonizadas por Germán Robles. Comento que las confundo y que sé tengo alguna de las dos en DVD, pero no recuerdo cuál. Entonces, Jafet, haciendo gala de su vasta memoria, cuenta la trama de cada una, pero refiriendo con total detalle las escenas y hasta los diálogos. Sorprendido, le expreso a Jafet mi admiración por semejante erudición; se muestra orgulloso, sonríe, me dice las ha visto decenas de veces y continúa. Los tres sonreímos y nos adentramos absortos en la trama rescatada, complementando a veces a Jafet. Me detengo un momento, reparo y reflexiono para mis adentros el cuadro que representamos, etnográficamente hablando, pues es singularmente atractivo: tres varones sentados en una sala tipo Luis XV, decorada con detalle y elegancia, conversando minuciosamente sobre la época de oro del cine mexicano, con fondo auditivo de un musical de época. Es un ejercicio de remembranza, de revivir experiencias, recuerdos, momentos y, en sí, de la vida.

Jafet se muestra cómodo y relajado, sobrevienen los temas, música de las grandes bandas de jazz, películas mexicanas cómicas antiguas, actrices y su transición a la vejez, etcétera. Pasado un rato, le comento a Jafet que me voy, se para de inmediato y me dice que no, que espere, que vayamos arriba y asiento;

para entonces sólo estamos los dos, su amigo se ha retirado. Le sigo e inicia lo que sin dudas es un pequeño viaje al mundo de la intimidad de Jafet, que se ha decidido compartir conmigo por vez primera. Son cuatro pisos con descansos plagados de cuadros, adornos y antigüedades, son espacios bien pensados y decorados, que semejan un museo, como le comento a Jafet. Me dice con prestancia que sus amistades le han sugerido que debería cobrar por entrar y recorrerla. Llegamos entonces hasta su recámara, en el penúltimo piso y es un cuarto muy amplio con secciones decoradas de distintos temas: artesanías del mundo, crucifijos de todos tipos, tamaños y materiales, fotografías enmarcadas, recuerdos de viajes y adornos antiguos. Jafet se disculpa por no tener la cama tendida. Subimos entonces al último piso, adaptado como taller y estudio. Un piso más y estamos en la azotea, está oscuro y fresco, es la terraza. De golpe, mi vista se concentra en el espectáculo que significa ver la ciudad desde arriba, desde alturas donde se aprecia en toda su magnitud. Jafet me señala “mira, de aquí se ven todas las iglesias importantes de Aguascalientes” y las apunta con su dedo, girando y nombrando cada una, sumando alrededor de nueve, casi todas iluminadas con esmero. Es un momento apacible, agradable. Bajamos y me despido de Jafet con el acostumbrado abrazo. Ha sido una velada especial, cercana y diferente.

Esta visita con Jafet me permite reflexionar acerca de la importancia que guardan los espacios para los varones homosexuales, de su proceso de apropiación, de la sistemática acumulación que se hace de objetos durante distintas etapas de la vida y del significado e historia atribuido; es la representación simbólica de una porción de la cultura gay subjetivada y capturada mediante el despliegue de una iconografía sustentada en el recuerdo vuelto arquetipo y archivo. No pude evitar recordar mi propia casa que amistades han calificado de parecer bazar.

En otra visita, y luego de la consabida introducción abordando trivialidades, Jafet habla de artistas, de teatro, cine y en sí de la farándula, mientras, como de costumbre, pone música para fondear nuestra conversación. Pero ahora la referencia directa son los productos que les vendía a las estrellas y celebridades que conoció a lo largo de su vida. Desfilan entonces los nombres, nuevamente de Verónica Castro –mostrándome en su dispositivo fotos portando los productos– Andrea Palma, Maricruz Olivier, entre otras estrellas. Jafet aclara a quiénes les pedía autógrafo o una fotografía, y a quiénes única-

mente les llegó a vender. Me enfatiza que no siempre coincidían ambas cosas, aunque hubo excepciones.

Yo nunca las busqué, ellas lo hacían, o salía por otras circunstancias, por amistades en común, yo lo que hacía era que siempre que iba al teatro me pasaba después a los camerinos, y ahí las veía, y nunca nadie me detuvo o me dijo algo, nunca, yo siempre hice lo que quise para conocer a quien yo quería [risas] (Jafet, 77 años).

Después agrega:

yo en esa época le vendía a Liverpool, a Palacio de Hierro, a Sears, a Wollworth y otras tiendas; tenía vendedoras, una señora que trabajaba conmigo tenía veintiocho vendedoras. Tenía yo veinte empleados solo en fabricación. Yo nunca supe vender, fui muy mal vendedor, no sabía vender, daba muy barato, mis amigos, e incluso mis competidores me decían, –es que das muy barato, regalas tus productos–, no sé, así fui y ni modo [risa] (Jafet, 77 años).

Cuando le pregunto a Jafet de dónde desarrolló su gusto y original forma de diseñar, me dice que no sabe, así le nace, pero recuerda que, cuando empezó, le dijeron “es que lo que tú haces es para travestis o para artistas, porque es grande, vistoso y espectacular”. En efecto los collares que vendía, y le compraban las artistas, eran a veces muy largos, muy grandes, al igual que los aretes por encargo.

Jafet atestiguó parte del génesis del movimiento homosexual a principios de los años sesenta en Ciudad de México, mientras residió ahí. Rememora la celebración de fiestas con amigos “de ambiente” que conoció, algunos de ellos se travestían, particularmente cita una fiesta que lo invitaron en Acapulco y en donde se celebró el primer concurso de Miss Gay, organizado por sus amigos. Le impresionó lo organizado, fastuoso y espectacular que resultó; me describe las prendas de las concursantes, se emociona parodiando su altivez y detalla su maquillaje, sus pelucas y la pasarela. Repara en específico en Xóchitl, quien me dice era una travesti famosa en ese entonces, que era algo especial, de respeto y déspota en su trato.

Aún y cuando en las primeras entrevistas Jafet manifestó que desconocía y que nunca se había vinculado con el “ambiente” gay, después, muy probable-

mente producto del *rapport* que hemos logrado, la confianza provoca que se abra y me comparta estas experiencias. Entre la plática, Jafet me dice que a él nunca le gustaron los varones afeminados, ni como prospectos para andar ni como amigos; hace gestos al mencionarlo y evidencia homofobia internalizada al tiempo que, contrariamente, se muestra grácil al imitar a las divas que tanto admiró mientras conversamos. Jafet habla en particular de un amigo que se puso implantes y vivió su vida como mujer hasta que murió; de él se refiere a veces en femenino y otras en masculino, pero siempre con respeto y afecto. De los amigos que Jafet recuerda de estas fiestas comenta que todos han muerto.

Jafet, cuando se refiere al sexo femenino, manifiesta una mezcla entre fascinación, admiración e incluso veneración, especialmente hacia las artistas, a celebridades que conoció y de quienes se hizo amigo; por otro lado, también muestra cierto recelo, indiferencia y quizá resistencia hacia las mujeres cercanas de su vida, mujeres convencionales en general. Al parecer, a Jafet le conflictúa suponer que la mujer está obligada a ser destacada, una beldad, una musa o semidiosa para serle importante.

Jafet, poniéndose reflexivo, comenta que él siempre está cambiando durante cada etapa de su vida. Se muestra orgulloso, pues a eso atribuye que no le cueste tanto trabajo adaptarse a los cambios que ha experimentado el mundo que vive. Le cuestiono a qué lo atribuye y responde que “a la lectura, a leer. Yo he leído mucho. Cuando atravesaba momentos de depresión fuertes, por ejemplo, cuando perdí a una de mis parejas, me refugié en la lectura, en libros de autoayuda, de desarrollo personal, leí mucho, de todo. Y eso me cambió”.

Se muestra meditabundo, y a la vez contento:

yo era muy tímido, muy introvertido, yo iba a una reunión de niño, y no hablaba con nadie, no quería ni que me vieran, era inseguro, cuando empecé a leer me dio seguridad saber, aprender, y así fue como empecé a descubrirme y a abrirme, y cambié por completo. Yo creo que la gente debe ser así, y no estarse quejando, no tienes por qué seguir siendo de una manera y quejarte, no hay pretexto. Yo tengo cáncer y lo acepto, y lo digo así sin más. Luego me dicen, es que eres tan positivo, y pues sí, soy una persona positiva (Jafet, 77 años).

Luego de no vernos dos semanas seguidas por estar yo enfermo, la plática deriva en que había yo ido un día antes al vapor y me había ido bien, pues había hecho trío con dos sujetos que me resultaron atractivos, siendo los dos

menores que yo, aunque no tan jóvenes. Eso despuntó en hablar sobre los gustos en cuanto a hombres y alrededor de la edad de los compañeros sexuales; Jafet, tomando confianza, comenzó a describirme a los “amiguitos” jóvenes que tenía. Pero ahora, a diferencia de las ocasiones iniciales en que salían a relucir esas relaciones, que entonces eran sólo calificadas de amistosas, Jafet no repara en detenerse en dos chicos en concreto, de los cuales me enseña fotos, aludiendo a que con ellos mantuvo encuentros sexuales durante años. Con uno, cerca de diez años, y con el otro, hasta hace poco. Del primero refiere lo conoció cuando éste era ya mayor de edad porque se lo presentó un amigo, e incluso me dice, “si quieres te lo presento, te paso el contacto” y sonrío sugerente.

Se trata de un joven de estrato humilde que le ayudaba ocasionalmente en quehaceres domésticos y en la puesta del nacimiento en épocas navideñas. Le daba cien pesos cada vez que iba y el chico nunca le pidió nada extra ni le decía nada sobre qué hacer y qué no hacer, dejando entrever la docilidad y adecuación del joven a sus condiciones, tanto en lo concerniente a lo doméstico como en la intimidad. Para entonces, ha abierto en su teléfono la serie de fotos de él, de acercamiento a la cara, pero también desnudo.

Del otro chico, duró menos tiempo viéndolo y son de los dos que narra como “supuestos amantes”, sin aceptar dicho rol cuando se lo sugiero. “Eran amigos, así nada más”, me contradice. Y hace énfasis que eso ya se acabó para él, dice sonriendo, “eran de *wash and wear*”, de lavar y usar, y lo repite para demarcar la diferencia no solo de edades sino de clase y aspectos derivados. Indica sobre este último

ya ha de andar en sus cuarenta, y pues claro, ya no lo buscan, ya no tiene demanda, porque este sí se dedica a eso, el otro no, el otro era muy buen muchacho, éste cobra, él luego me busca, y yo ya no lo veo, me pedía luego dinero, poco, cincuenta pesos, pero yo ya no le seguí. Eso sí, nunca me “chichifeó”, ni él ni nadie, yo no me dejo, no estoy tonto, me doy cuenta de todo [risas] (Jafet, 77 años).

Las visitas con Jafet prosiguieron una vez cubiertos los temas de la investigación, le presenté a mi expareja y a su actual pareja, haciendo desde el inicio grandes migas. En varias ocasiones nos hemos reunido los cuatro para jugar Rummy, juego que Jafet nos enseñó para luego cenar y platicar amenamente. La relación con él ha crecido y es de los regalos que nos deja la investigación,

crear vínculos significativos con nuestros informantes más allá del carácter científico. Jafet es ahora alguien importante para mí, alguien de quien aprendo con cada encuentro, con cada plática, alguien que ha dejado una huella trascendente en mi vida.

A continuación, y para cerrar lo concerniente a Jafet, expongo un texto a manera de reflexión personal que escribió en una libreta artesanal y que le motivó a explayarse, desentrañando su subjetividad y estado actual de vida.

Quisiera tener un motivo para escribir, una historia para sentirme feliz y sentir que sirve de algo para mí. Sacar todo lo que me molesta e inquieta. Llenarme de paz y alegría en mi soledad. Pensar que estoy pleno de amor y de amistad y sobre todo lleno de Dios, de su misericordia, que es por lo que estoy viviendo, su grande amor. Sin mi Dios no podría soportar vivir a todo lo contrario a mi pasado que fue maravilloso y lleno de fiesta. Eso fue mi vida, lo dijo Marcelino: “Jafet, tú casa es una fiesta”.

Pero hoy es otra clase de fiesta, más tranquila y más llena de paz. Cómo cambia la vida, cada momento nos muestra otra cara y otras personas. Qué increíble es la vida, cuántas sorpresas nos da. Unas buenas y otras no tan bienvenidas, pero todo es bueno cuando se espera el día como Dios nos lo manda. Estar siempre abiertos a la felicidad. Cuando menos lo espera uno lo mejor nos llega. Hay que tener esa actitud y ser muy positivo. Todo pasa, lo bueno y lo malo no dura para siempre. Por eso hay que aprovechar, pues todo se va muy rápido y uno se va igual. No hay que esperar sin hacer nada, hay que luchar por ser feliz. Vivir cada momento y apreciar mucho ese momento.

Lo mejor son los recuerdos que nos llenan el corazón, esos que no olvidamos. Y cuando vienen a nuestra mente volvemos a vivir. Eso es lo más increíble y maravilloso de nuestra mente. Podemos viajar de un tiempo a otro, pero sin olvidar que tenemos que vivir nuestro presente. Recordar es maravilloso, pero sin aferrarnos a un pasado solo para no olvidar a las personas que nos dieron su tiempo y mucha felicidad. Además, para corregir lo que no nos gustó o lo que deseamos y no lo hicimos. Todo es bueno, pero dejar fluir la vida. Abrir el corazón a todo nos da la oportunidad de grandes sorpresas, nuevos y grandes amigos. Qué increíble, a mis 78 años, lleguen a mi vida grandes amigos. Carlos, Baudelio, Juan, Ignacio, Gibran, Víctor. Hay que agradecer y ser feliz por

todo lo bueno que nos da la vida. Hoy lo puedo decir, soy feliz, vencí el miedo a la soledad, me siento pleno, lleno de paz y alegría. Con mucho optimismo vuelvo a renacer y gozar todo lo que se me presenta.

Gracias a Dios, a la vida, a los amigos a tener recuerdos de haber tenido una vida llena de amor y estoy satisfecho. Diría yo ese es mi éxito, amar la vida que se me dio, mi trabajo, mi familia y mis amigos, y mis grandes amores. Gracias por tener y darme más de lo que merezco. Gracias mi Dios.

Jafet es, en suma, un hombre fuera de serie: inteligente, alegre, creativo, vivaz y positivo, entre muchas otras virtudes. Un hombre que, como dijera al inicio, ha vivido intensamente una vida cuya trayectoria merece ser reconocida y valorada; un ejemplo de integridad y autenticidad para la gaycidad mexicana.

Rodolfo. Un “viejo” atípico y modernizado

La circunstancia en la que conocí a quien con fin de proteger su identidad he designado bajo el seudónimo de Rodolfo fue algo curiosa; sucedió en el *spa* gay al que acostumbro ir. En cierta visita, y en la sala de video, lo encontré sentado y comenzamos a platicar cerca de media hora. Se abrió de inmediato conmigo y me compartió desde ese primer contacto sus posturas ante el sexo casual, los ligues y los jóvenes; luego, pasamos a las situaciones personales de cada quien y posteriormente nos separamos para cada quien seguir su estancia en el vapor. Luego de un buen rato, nos volvimos a encontrar en la sala de vapor ligero, seguimos platicando y quedamos de vernos saliendo en recepción. Ya ahí me ofrecí a darle aventón a su casa. En el camino seguimos platicando y quedamos de seguir en contacto; para entonces ya le había platicado sobre la investigación.

Tiempo después nos vimos para cenar y conversando sugirió que podría contactarme con potenciales informantes, luego de comentarle de mi fallido intento con los contactos del dueño del *spa*. Tiempo después me compartió los datos de un primer contacto, luego de otro, y así hasta un tercero. Complacido y agradecido, pensé que él podría sumarse también, pero lo descarté por asumir que él me lo habría sugerido de estar dispuesto. Platiqué de esta situación

y del perfil general de Rodolfo con mi tutor y mentor, Mauricio List, y éste me urgíó a invitarlo de inmediato, aceptando Rodolfo en buena lid.

Las entrevistas con Rodolfo se efectuaron siempre en su casa, por la noche y dentro de un ambiente de quietud e intimidad. Rodolfo vive en el centro, al igual que el resto de los informantes, con su hija adoptiva, su nieta y su gato. Las sesiones siempre fueron largas y se caracterizaron por la disponibilidad de Rodolfo para abordar cada pregunta del cuestionario con vasta profundidad y reflexividad. Como un plus digno de agradecimiento especial, Rodolfo tuvo a bien asumirse desde un inicio como un esmerado anfitrión al recibirme siempre con algún refrigerio a manera de cena, que él mismo preparaba –posee amplias dotes gastronómicas–, bebida y postre, lo cual hizo de cada entrevista una velada particularmente agradable. Siempre nos excedimos en las dos horas supuestamente pactadas para cada sesión y el avance de las preguntas se veía frecuentemente interrumpido por comentarios y giros hacia otros linderos temáticos igualmente interesantes.

Rodolfo llama la atención por su facilidad de expresión, su rico vocabulario, además de su amplio bagaje cultural. Se nota la base del buen comunicador por su experiencia en los medios tradicionales de comunicación, y su discurso claro y preciso por su trayectoria docente. En suma, Rodolfo es un artista, un intelectual, un hombre de bien que ha llegado a la cúspide de su vida de manera honrosa y realizada. Su historia de vida da cuenta de ello y su proceso de subjetivación le sitúa como alguien que ha pugnado por ser congruente, comprometido y justo, como se ha podido apreciar a través de anteriores testimonios, y se terminará por confirmar por los que sigan.

Mara. Diosa de la noche y el desamor

Luego de infructuosos intentos por agendar un primer encuentro, por fin pude concretar una cita con un tercer colaborador. Mutuas actividades en horarios incompatibles lo habían impedido. Su referencia me la dio el segundo informante, fungiendo como contacto. Llegada la fecha, el día que dio inicio la Feria Nacional de San Marcos en su edición 2023, conocí a quien llamaré “Mara”, seudónimo escogido por él mismo, según me señaló, en honor a una diosa hindú, Mara, la diosa de la noche.

Mara vive también en el centro de la ciudad, como la mayoría de los pobladores adultos mayores de la capital de Aguascalientes. Su casa denota buen nivel socioeconómico, es grande, cuidada y arreglada con buen gusto, a la usanza de las casas de los años setenta. Al entrar, me pasa amablemente a su sala, donde me encuentro con arreglos florales y una decoración antigua combinada con arte sacro, en su mayoría compuesto por ángeles que penden de varias paredes; las cortinas a la antigua usanza y similar la sala, donde me acompaña e incluso me acomoda los cojines para que esté cómodo.

Mara es afable en su trato, de fácil comunicación y de inmediato, a pesar de acabar de conocernos, se siente confianza, empatía y agrado. Sin dar tregua a que inicie preguntando o sugiriendo el comienzo de la entrevista –luego de agradecerle que aceptara participar y abrirme las puertas de su hogar–, Mara inicia remontándose a su infancia; dada su disposición, no le interrumpo y dejo que se explaye bajo propia iniciativa. Me sorprende y cautiva que Mara posee una evidente facilidad de palabra, es dúctil, preciso y diestro con el lenguaje. Conforme avanza su relato, confirmo que Mara es un excelente conversador, su léxico es rico, profuso y alegórico. A veces, pareciera que recita poesía por los términos rebuscados, las inflexiones de voz y la comunicación no verbal que articula. Cautiva escuchar al hombre y mi atención, a estas alturas absorta, a la par que mi afirmativa comunicación no verbal, parecen inspirarle a proseguir con mayor detalle. He de decir que quizá en solo tres ocasiones le interrumpí para instarle a profundizar en lo que narraba durante las más de dos horas que duró esta primera sesión que quedó grabada en audio con su permiso.

Mientras escucho a Mara, reparo en dos cuestiones: en la necesidad que manifiestan algunos adultos mayores por ser escuchados, por compartir y verter sus experiencias y saberes, su singular testimonio de vida, pero, sobre todo, sus sentires, su subjetividad plasmada en la forma como se han constituido en sujetos políticos sexodiversos, inicialmente homosexuales y posteriormente gays. Y segundo, que la coyuntura que vivimos en Aguascalientes ha suscitado una ruptura, una transición para con los sentidos y significados que implican la asunción de la disidencia sexual bajo la mirada de la experiencia subjetiva de estos sujetos en sus respectivos contextos.

La experiencia homosexual hidrocálida y su entrecruce con el devenir histórico de la sexualidad han representado una transformación tan invisibilizada como abrupta y perniciosa, donde las subjetividades han sido sometidas a un despliegue de contrastantes circunstancias en que los sujetos se encontra-

ron obligados a negociar consigo mismos y con su contexto para enfrentar y sobrevivir a su diferencia.

En suma, Mara brindó una crónica histórica de significativa riqueza. Además de ser un excelente conversador que recreó la historia de su vida en paralelo a la historia social de la sexualidad en Aguascalientes desde la disidencia, lo hizo, al mismo tiempo, con la complejidad que significa ir y regresar temporalmente, de ir hacia dentro y hacia afuera, inter y subjetivamente desde su narrativa; sus testimonios, como se ha visto y se seguirá apreciando, hablan por sí solos.

Ian. Masculinidad a prueba

Me permito aclarar que, de este quinto y último informante, quien será mencionado en varias ocasiones a lo largo del texto, se obtuvieron únicamente dos entrevistas a profundidad durante un periodo vacacional, pues nuestros respectivos horarios laborales y su disposición personal hicieron imposible continuar. Aunque no pude concretar una historia de vida, lo incluyo porque lo compartido merece considerarse parte de la reflexión al representar un ejemplo en torno a variables de género y clase, en específico sobre la masculinidad hegemónica y sector popular, que entrecruzan a un número significativo de varones en Aguascalientes, complementando la heterogeneidad pretendida en cuanto a representatividad.

Ian fue el último colaborador que mi contacto clave me facilitó para completar el trabajo de campo; me pasó la dirección de su trabajo; lo había puesto en antecedentes acerca de la investigación y había aceptado participar. Visité a Ian varias semanas después, pero encontré cerrado el local comercial donde trabaja tiempo completo seis días a la semana. Al otro día volví y le conocí. Me presenté y con tono cortante me indicó presuroso que no podía en ese momento, que estaba ocupado; luego, en voz baja, y acercándose, me dijo con tono justificante que estaba el dueño y no podía en ese momento. Le aclaro que mi intención era sólo presentarme y fijar un día para iniciar. Con amabilidad, pero cierta reticencia me indica que el próximo jueves podría ir. Así quedamos y regresé a hacer dos entrevistas durante dos jueves seguidos.

Ian estaba parado en la entrada del local, tranquilo y serio como es su semblante. Tiene sesenta y ocho años, es seco, parco y contundente en su for-

ma de expresarse, al tiempo que, educado y servicial, sobre todo con las y los clientes que atiende. Es un sujeto espigado, de baja estatura, visiblemente fuerte, bien plantado, con una experiencia de vida que ha forjado a base de trabajo y desventuras. Se considera un sujeto duro porque la vida así lo ha hecho. Su padre era militar y lo golpeaba constantemente; al respecto, enfatiza en la violencia que padeció su familia con su padre y afirma que cuando éste murió, no lo sintió ni le dio tristeza, tampoco lloró. De su madre resalta su sequedad, pero a la vez preocupación.

Ian tuvo una infancia y adolescencia solitarias; confiesa que nunca recibió cariño, afecto o caricias de su familia, solo golpes de su padre y una educación estricta. En su familia, consistente en seis hermanos, cinco varones, él el segundo, y una mujer, nunca se habló de sexo. Aprendió sobre el tema de pequeño con amigos de la escuela, “porque así se acostumbraba en esa época”, afirma. “Eran los amigos quienes lo iniciaban a uno en eso”. Ian es divorciado, tiene dos hijos y dos nietos de su hija. Estudió en un colegio particular, casi terminó la carrera de enfermería y cuando vivió una época en Estados Unidos, realizó estudios de paramédico, trabajó para varias empresas tanto allá como a su regreso a Aguascalientes.

Ian se casó a los 30 años, su matrimonio duró ocho años. Afirma que se casó enamorado y quería mucho a su esposa, pero considera que ella se vio rebasada por un problema legal que tuvo y le llevó a pasar tres años en la cárcel. Al salir, le pidió el divorcio. Ian se muestra orgulloso de que sus hijos mantengan contacto con él, mayormente su hijo, con quien afirma llevar buena relación.

Al iniciar la primera plática, lo primero que Ian mencionó fue aludir a su primera experiencia sexual con un hombre, cuando tenía ocho años, con un chico de dieciséis. Después, comenta, vendrían otros amigos y parientes, con quienes jugaba al tiempo que sostenía relaciones sexuales, especificando si había penetración, si no, o si era sólo sexo oral.

Otro aspecto que resalta de Ian es que cuando se refiere a amigos, compañeros y parejas sexuales, lo hace describiéndolos como gays, demarcándose del término, como si él no se asumiera como tal. Pareciera que no se considera homosexual al referirse con tono ajeno y un tanto despectivo, a su vez que enorgullecerse de ello. Ian dice distinguir muy bien a los varones amanerados o feminizados, pues es buen observador, por lo que suele categorizar a los sujetos en función de ello. Ian se muestra astuto de carácter y con homofobia interio-

rizada. Remarca, sin embargo, que su rol sexual es inter, aunque más bien activo, bromeando al respecto de que es precavido cuando se da cuenta que el miembro de su compañero sexual es grande, para que no le duela y evitar ser lastimado. Ian reproduce los roles y estereotipos tradicionales de la cultura de género, cuando de masculinidad se trata. Es un hombre viril, de carácter fuerte, brusco, incluso algo agresivo en su expresión de género. Se ufana en afirmar que identifica de inmediato a un gay por cómo gesticula y mueve las manos, por el modo de caminar y la ropa que porta. Ian es meticuloso al respecto y deja entrever que mantiene un repertorio tipificado sobre varones en cuanto a la sexualidad. Éste se rige por normativas y mandatos emanados de la matriz heterosexual y el orden genérico, de ahí que Ian asocie la feminidad con la suavidad, pasividad en lo sexual, afectos y sentimientos; en opuesto con lo masculino, rigidez, activo en lo sexual y sin compromiso e involucramiento afectivo.

En cuanto al ejercicio de su sexualidad, Ian se manifiesta asiduo a los vapores desde hace muchos años, jactándose conocer aquel iniciático y tradicional “Ojocaliente”, luego “Las Américas”, “El Mar”, “San Marcos”, y ya recientemente, el “Aqua Steam”, señalando que acude regularmente a los anteriores y sólo en un par de ocasiones a este último, que, curiosamente, es el único abiertamente gay en Aguascalientes, además de “Vagón 609”. Ian gusta de mantener encuentros sexuales heterogéneos y esporádicos con compañeros eventuales y no fijos como parejas sexuales. Recalca que cuando un varón con quien ha sostenido un encuentro sexual busca un contacto más frecuente, algo serio o un vínculo afectivo, corta de tajo distanciándose del sujeto. Ian se muestra renuente a involucrarse afectiva o emocionalmente con un varón. Le pregunto si alguna vez se ha enamorado de un hombre, y responde enfático que no, que nunca. Acto seguido, justifica que, estando una vez dolido, decidió cerrar definitivamente esa posibilidad.

Noté durante la segunda visita, que Ian se asomaba con frecuencia e insistencia al local comercial contiguo de su trabajo. Luego de iniciada la conversación, Ian me comenta con espontaneidad que el empleado de al lado es un amigo de bastante tiempo; luego de un rato y tras contestar algunas preguntas, Ian vuelve a hablarme de este amigo vecino y me confiesa que, además, ha mantenido esporádicos encuentros sexuales con él, pero que también ha tenido conflictos que han interrumpido en diversas ocasiones su amistad y por ende los encuentros. Noto que al hablar del sujeto lo hace con displicen-

cia, distancia y cierto resquemor, pero a pesar de ello, lo saca a la plática con frecuencia para narrarme anécdotas vividas con él, al tiempo que continúa asomándose al lado.

Deduzco Ian está involucrado emocionalmente con él; sin embargo, su masculinidad no le permite reconocerlo, pues, desde su sistema de creencias de corte machista, le harían sentirse sensible y frágil, por tanto, vulnerable, al tiempo que lo mostrarían como un individuo que se deja llevar por sus afectos y emociones, lo cual iría contra de sí mismo como hombre viril. Ian, como muchos otros varones, gusta de tener relaciones sexuales con otros hombres sin implicar asunción alguna a nivel identitario, involucrarse en lo afectivo y mucho menos en lo romántico. Ian reproduce el esquema heteronormativo y la homofobia internalizada, sin arriesgar ni poner en vilo los mandatos de la masculinidad hegemónica, adecuándose conforme a sus deseos e intereses personales.

Quisiera cerrar el capítulo alegóricamente por el principio, remitiéndome al inicio de la gestión del trabajo de campo: ya referí sobre las dificultades que representó conseguir colaboradores y de cómo mi primer intento resultó infructuoso, pues los sujetos declinaron luego de inicialmente haber aceptado. En la siguiente crónica autoetnográfica relato el único encuentro que sostuve con ellos. Como se observará, había material sustancial, narrativas que habrían representado a adultos mayores de estratos socioeconómicos distintos a los pudientes obtenidos –medios y medios bajos–, lo cual brindaría heterogeneidad a las historias de vida, complementando con mayor eficiencia dicha muestra. A continuación, el texto original de dicha reunión tal como se formuló antes de integrar la lista final de participantes.

Crónica auto etnográfica. Reunión de cumpleaños

15-04-2022

9:05 pm

“Una cosa lleva a la otra”, se arguye para justificar conexiones que no tienen explicación distinta a la casualidad, el destino o aquello que rebaza la lógica. El dueño del *spa* donde efectué mi anterior investigación, luego de regalarle el libro que resultó de dicha investigación, me invitó a una reunión con quienes llamó su grupo de amigos con los que suele reunirse semanalmente.

La intención era presentármelos y que los conociera para contemplar la posibilidad de integrarme al grupo y con ello ensanchar mi círculo social gay con personas acordes a mi edad, ya que le había comentado estaba trabajando en prospectos para mi nueva investigación. Acepté agradecido, pero reconozco que algo renuente, pues conforme pasa la edad, uno se torna escéptico y celoso de su intimidad, reduciendo el espectro de socialización –tema que sale a colación dentro del presente texto–; sin embargo, antepuse mi sentir por hacerme partícipe de un grupo de adultos mayores potenciales sujetos para la investigación.

La cita era un viernes por la noche, precisamente el día que iniciaba la Feria Nacional de San Marcos, edición 2022, luego de dos años de interrumpida por la pandemia. Desconocía la zona de la cita, pero al menos, el rumbo no era cercano al perímetro ferial. Luego de varias vueltas alrededor di con la dirección.

El recibimiento fue cálido, amable y un detonador de confianza desde el inicio. Al momento de las presentaciones, identifiqué de inmediato a uno de los asistentes. Sobrevino la inevitable pregunta y afirmé presuroso “Yo a ti te conozco, no recuerdo de dónde, pero te conozco”, el individuo contestó enfático “fuiste mi maestro de Publicidad en la Universidad... hace como veinte años”, el hecho suscitó que el resto se congraciara, provocando que el ambiente se relajara aún más.

En total éramos siete varones: el dueño de la casa, de setenta años recién cumplidos –y su apacible perrita, que nos acompañó durante la velada–; una

pareja casada de cerca de cuarenta años, uno de ellos oriundo de Coahuila y el otro de Jalisco; otro más de Jalisco, el festejado que cumplía treinta y nueve años al otro día; mi amigo, dueño del *spa*, de 52 años y yo. Mi exalumno tiene 65 años y es nativo de Aguascalientes, al igual que el dueño de la casa y el dueño del *spa* –nuestra diferencia de edades, pese haber sido su maestro, obedece a que cursó su licenciatura cuando rondaba los cuarenta años–.

Luego de los intercambios iniciales, se retomó la plática previa mi llegada. Todos se desenvolvían con naturalidad y constantemente sobrevenían alegorías para bromear unos de otros en buena lid, empleando el característico argot del “joteo”, hablarse en femenino y hacer chistes alusivos al sexo bajo el cotilleo complementario. Noté que no hay barreras en torno a las edades, pero destaca una mansedumbre de parte de los mayores a los más jóvenes, además de que a los primeros se les bromea con mayor énfasis, atribuido el *lei motiv* a la edad.

Durante la velada, nos encontramos sentados alrededor de una mesa, en el pórtico de una modesta casa antigua, de tamaño regular, donde sobresalen cuartos distribuidos a lo largo del patio central. Bebimos vino tinto con coca cola –nunca lo había tomado así–, y luego de botanear un rato con totopos y guacamole, el dueño de la casa sirvió la cena consistente en espagueti y pollo guisado en salsa de tomate en honor al festejado; algunos cambiamos el vino por agua de Jamaica. A llegar la media noche, y bajo el ritual de rigor, se cantaron las mañanitas y se apagó la vela del pastel que había traído mi amigo, mismo que se acompañó de una gelatina preparada por el dueño de la casa.

El festejado se distinguía por ir vestido a la usanza vaquera, con sombrero, tejana, *jeans* y botas; portaba barba y bigote, era bromista y coqueto; y en sus intervenciones hacía gala de agilidad mental. El dueño de la casa es un hombre sencillo, modesto, de bajo perfil, aunque firme y seguro en sus opiniones. Él cocinó junto con el esposo de la pareja, lo que lo hizo acreedor a las típicas bromas que aluden a ser un “buen partido” como pareja, “a pesar de su edad”.

Mi exalumno fue seminarista en su juventud temprana y refiere a eso durante la plática, con alusión al conocimiento que ello trajo consigo, al tiempo que aparecen de parte de los demás dejes de sarcasmo ante la clandestinidad homosexual que estereotipadamente se adhiere a la institución eclesiástica. Sale a relucir el arraigo religioso del que todos son partícipes, recuerdos de niñez y pubertad, donde su pertenencia a agrupaciones religiosas, haber sido monaguillos y otros vínculos, los ha marcado. La mayoría se asume católico,

aunque no todos practicantes. Reparo en que el tema de la religión suele ser recurrente en las reuniones, no solo para traer recuerdos, sino también para reflexionar y discutir tópicos alrededor de la institución que son abordados bajo cuestionamiento crítico e imparcial.

Recupero aquí a Ortner cuando refiere que “la noción del condicionamiento cultural a través de la idea de que la cultura construye las subjetividades de los individuos, no tanto porque estos sean integrantes de un grupo en particular, sino porque forman parte de un régimen de poder histórico específico” (Ortner, 2016: 30), como ocurre en general con el papel de la religión en la vida de estos y de casi todos los sujetos de estas cohortes generacionales de Aguascalientes.

Otro de los temas abordados, probablemente para sondear al “nuevo”, es decir, a mí, fue nuestra relación con el clóset y las relaciones de pareja. Al tiempo que cada quien me refería su estatus, cuestionaron el mío. Tanto mi amigo, como mi exalumno, el festejado y el dueño de la casa, no tienen pareja. Se hacen alusiones a los últimos “intentos” de cada uno y se mofan de sus respectivas situaciones. Destaca que a mi exalumno se le inquiere con frecuencia acerca de un varón con el cual aparentemente vive en calidad de *roomie*, pero con quien hay un vínculo, no formal, pues al parecer el sujeto se asume como heterosexual. De mi amigo, surge la anécdota de su reciente viaje a Cuba, donde acudió a conocer a un joven con quien mantenía una relación en línea, una experiencia poco afortunada, pues terminó dicha relación a su regreso.

Enseguida surge la pregunta de si mi familia “sabe sobre mí”, comento la anécdota del *outing* con mi padre –referida aquí posteriormente– y que ambos fallecieron hace bastantes años. Los casados dicen que sus familias lo saben y lo aceptan; el festejado señala que su padre lo sabe, pero no lo acepta; los otros hablan del silencio que permea en sus hogares cuando del tema se trata, mostrando el sigilo que aún prevalece en sus núcleos familiares; dos de ellos comentan, contradiciendo lo generalmente mostrado en función al machismo imperante, que en sus casos particulares sus madres han sido quienes han mostrado mayor resistencia en comparación a sus padres.

Luego de un rato, tocaron a la puerta y era la hija de mi amigo que llegaba para alcanzarlo, es una joven actriz, atractiva y desenvuelta, que vive en Ciudad de México. Ya casi al final, cuando me despedía, el festejado me comenta que tiene un hijo de dieciséis años, lo que muestra que lo tuvo muy joven; reparé en que al decírmelo mostró un dejo de resignación.

Mi impresión de esta reunión ha sido adentrarme en conocer cómo un grupo de varones homosexuales y gais socializan intergeneracionalmente. Las inflexiones que suelen manifestarse dentro de sus dinámicas, los muestran asumidos en cuanto a su sexualidad, mas no necesariamente en el plano de la identidad y la adscripción que podría prescribir en un plano político. Dos de ellos tienen hijos, lo que al parecer no impide que lleven sus vidas bajo sus propios términos.

Son amistades, en el caso del dueño de la casa con mi exalumno, que datan de la infancia. Los recuerdos y experiencias compartidas, así como las situaciones enfrentadas a lo largo de la vida, les sitúan como sujetos que han conformado algo semejante a una cofradía, una especie de fraternidad. Me lo confirmó el que dentro de la buya que dota de sentido al grupo, reina de fondo un profundo respeto. Aunque los criterios no siempre coincidan cuando se abordan temas serios, la camaradería termina por imponerse, haciendo de los encuentros momentos de catarsis y regocijo para todos. Recuerdo que mi amigo me comentó, cuando pormenorizó la reunión, que había veces que terminaban con dolor de estómago o llorando de tanto reírse, pero también me hizo saber que había ocasiones en que el llanto era genuino y hacía también su aparición.



CAPÍTULO IV

Caracterización de la vejez homosexual: visibles y presentes

*Monsiváis me decía que podía reconocer a un gay a diez metros.
¿Pero, cómo?, le preguntaba. Y él me respondía: –por la mirada–.*

Sabina Bergman

A continuación, esbozo elementos contextuales y conceptuales que sitúan y caracterizan la vejez. Reflexiono el marco del tema y el desarrollo de ejes de problematización de varones adultos mayores homosexuales dentro de la realidad mexicana.

Edadismo. El estigma etario

La noción de edadismo invita a entablar diálogo con diversas fuentes y autores respecto a sus particulares visiones sobre el fenómeno y sus efectos.

La cultura discriminante hacia la vejez se encuentra representada por el edadismo –estigma de la edad– y el abandono integral del sujeto. Esto plantea trazar una línea de tiempo donde se muestren los cambios y la evolución del segmento y su inserción, o no, dentro de las lógicas sociales. Resulta necesario reparar en el género como elemento intensificador discriminante, lo cual conduce a diferenciar por identidades las necesidades y perfiles de los sujetos; por ejemplo, observar la calidad de vida de las mujeres trans mayores, el registro estadístico establece el promedio de vida de una mujer trans en Latinoamérica alrededor de los cuarenta años, infortunio que impide dar cuanta de la condición que ante la vejez enfrenta dicho sector.

El edadismo es la discriminación hacia las personas mayores, se les separa, diferencia, distingue o se trata con inferioridad a causa de su edad. Se presenta debido a los estereotipos o actitudes prejuiciosas hacia una persona mayor. Tiene como consecuencias la exclusión, la baja autoestima, mala salud y el maltrato. En contraparte, se trabaja en reconstruir la imagen de las personas mayores, promoviendo alejarse de estereotipos y conductas que refuercen el envejecimiento como estado negativo.

Lizárraga fue en su momento contundente al afirmar que

el edadismo, que es una actitud que toma a la edad como punto de partida para juzgar y sobrevalorar o devaluar a las personas, implica un distanciamiento social, moral, afectivo y legal entre los sectores poblacionales por razones de edad, es un mal nacional y occidental, que en el mundillo –aún no comunidad–, homosexual se exagera (Lizárraga, 2019).

Freixas define edadismo como

estereotipos sistemáticos y discriminatorios contra las personas por el simple hecho de ser viejas. Se refleja en el desdén y desagrado, e incluso, de forma sutil, evitando el contacto. Los estereotipos más frecuentes incluyen ideas como enfermedad, impotencia, disminución de las capacidades mentales, fealdad, enfermedad mental, inutilidad, aislamiento, pobreza y depresión.

Además, los términos para definir a las mujeres mayores tienen una connotación más negativa que para los hombres... (Freixas, 1997: 34).

y en el plano sexual, pues las veces que hemos llegado con gente joven, pues hasta se asustan, pues por su edad y su condición de jóvenes no saben manejar su cuerpo, y pues demasiada pólvora para tu guerrita [risas], o sea, matan a un sancudo a cañonazos. Y varios me han dicho –ah, pus yo soy joven–, y siempre va a haber uno más joven que tú. Cuando dicen es que la fuerza de la juventud, a mí no me interesa, yo así, manejándolo en mis terrenos, yo prefiero un libro bien escrito a un cuaderno en blanco (Rodolfo, 61 años).

Se enarbola aquí un posicionamiento en torno al binomio juventud-sexualidad exponiendo sus aparentes contradicciones. Con precisión metafórica se alude que el deseo, la energía y el ímpetu juvenil no necesariamente son los mejores aliados para la idónea consecución de una exitosa relación sexual. Ante la aparente superioridad de los jóvenes en este rubro, Rodolfo se defiende y la subestima al enaltecer y situar por encima a la experiencia, y al revertir prejuicios, lo cual, sin solucionar disputa alguna, logra al menos revirar la tensión latente al respecto.

Según Germaine Greer, predomina la presencia de visiones antagónicas sobre la trayectoria vital del hombre.

Así, las distintas edades del hombre podrían secuenciarse –y de hecho se secuenciaban– de maneras muy diferentes, y según analogías diversas: la Trinidad, las estaciones del año, las edades del mundo, los días de la semana, los meses del año o los signos del Zodiaco. La división más simple se basaba en tres etapas: niño, adulto y anciano; imberbe, barbudo y de largas barbas (Greer, 2003: 16).

Agrego autores desde vertientes complementarias que desglosan y describen otros referentes:

Jenofonte describe la plaza pública como un espacio dividido en cuatro secciones: una para niños, otra para jóvenes, la tercera para adultos y la última para los hombres que ya son demasiado mayores para el servicio militar. También Valentine de Boulogne adopta esta división cuatripartita: niño, joven, hombre

y anciano, que hace corresponder respectivamente a la primavera, el verano, el otoño y el invierno (Greer, 2003).

Respecto a una supuesta calificación moral de la conducta en torno a las edades, Greer, afirma

... mientras el chico es chico, aquellos actos que deshonrarían a una cabeza de familia se perciben en él como aceptables e incluso normales [...] un joven puede adoptar el rol pasivo en el sexo tanto con hombres como con mujeres aunque luego, tras el preceptivo ritual de paso, esta práctica se verá relegada al pasado, pues el adulto deberá dosificar su simiente para cumplir con la solemne función reproductiva del sexo (Greer, 2003).

Las distintas tradiciones esbozan lo que para el ámbito normativo deben ser los roles a cubrir y cumplir de parte de los sujetos, en función del género y de las etapas y edades de los mismos. La norma marca los espacios, los límites y los alcances según lo esperado en cada quien. Y los desplazamientos, de haberlos, se hayan condicionados entre circunstancias no siempre igualitarias y equitativas.

Retomo nuevamente a Lizárraga, quien atribuye la desventurada y estigmatizante condición a factores de corte económico:

Hoy por hoy, probablemente más que nunca, y cuando tantas causas sociales [...] pretenden consolidar una fuerza social renovadora, el edadismo se fortalece y fractura al mundo en un mosaico de lamentables desencuentros y confrontaciones, ya que implica desdibujar y estereotipar tanto a los jóvenes como a los adultos y prácticamente desaparecer a los viejos, por más que se alientan tibios programas de apoyos, fundamentalmente económicos. Y todo ello en virtud de valorar y discriminar a los individuos en función de su edad y sus posibilidades de acción y producción en el terreno económico, que parece ser el único que se ha de considerar [...] viejo igual a residuo inútil de un pasado que supone más inversión que posible beneficio: feo, débil y despreciable, estorbo (Lizarraga, 2012: 226).

Y remata focalizando la problemática del conglomerado sexo diverso:

Al interior del colectivo LGBTQ+, como en el resto de la dinámica social, la fractura generacional se incrementó aceleradamente, por lo que cada vez más se tendió a excluir a los individuos de más edad: los gais viejos, por ejemplo, parecieran ser una especie en extinción, algo que no existe o que por lo menos es preferible no ver (Lizarraga, 2012: 226).

Por su parte, el *Diccionario de los símbolos*, aludiendo a la ancianidad:

las representaciones de personas de edad avanzada pueden estar evocando varias ideas. En primer lugar, su edad constituye una muestra de resistencia al paso del tiempo, una participación profunda de los principios de la vida e incluso de lo eterno; recordemos que hasta hace poco llegar a la senectud era una excepción poco común en la sociedad. Pero esto tiene un lado negativo bien conocido: la cercanía de la muerte, cuya alegoría puede tomar el cuerpo de un anciano.

En otras ocasiones las representaciones de la tercera edad ofrecen un curioso juego que las lleva a relacionarse con el otro extremo vital, el tiempo de la infancia. Pero, sobre todo, la experiencia del anciano le hace depositario del bagaje cultural de los pueblos y de sus conocimientos ancestrales, a los que personifica. Es, por tanto, un símbolo de sabiduría y, gracias a ella, de justicia y dignidad. No se debe olvidar que, en muchas sociedades, los ancianos, como representantes de las tradiciones del común, ocuparon las instancias encargadas de administrar la justicia entre los ciudadanos (Serrano y Pascual, 2004: 17).

Lo anterior recuerda que los extremos se tocan y que las distancias terminan siendo relativas, para el caso particular entre el inicio y el final de la vida. Según el tiempo, contexto y cultura, la temporalidad de la vida humana ha sido valorada de distintas maneras, lo que motiva a reflexionar acerca de su carácter dinámico, discontinuo y heterogéneo. Exaltar, así como despreciar, conducen a desacralizar un orden existencial prescrito inevitable y por tanto intrínseco de la condición humana.

Para Lizárraga, resulta evidente que

en sociedades como la nuestra se privilegia la juventud productiva y consumista, no se entiende a la niñez (que se piensa asexualizada) y se desprecia y aparta a la vejez (que se piensa improductiva y sin expectativas ni necesidades sexuales), es imperativo reconocer que, en función de la edad, los hombres y las mujeres homosexuales, a lo largo de la vida, son seres sumamente vulnerables (Lizárraga, Malta, 2003).

Y al aterrizarlo a la realidad concreta del sujeto homosexual, argumenta:

en el ambiente homosexual también se reproduce esta visión de vivir que privilegia a la juventud sobre la vejez y, en consecuencia, los hombres y las mujeres homosexuales ancianos se ven excluidos de los propios espacios gays. Esta exclusión suele darse porque directamente se les impide el acceso a los lugares (que en ocasiones fijan como límites de edad de los 18 a los 35 años), o bien porque los mismos ancianos se apartan, dadas las dinámicas sociales que en ellos se dan y que no cumplen ni con sus expectativas ni con sus necesidades (Lizarraga, 2011).

Yo creo que después de que murió mi mamá, aprendí a estar solo conmigo, [...] disfruto mucho a mi hija y ahora disfruto mucho a mi nieta, pero a mí me gusta estar solo conmigo, hacer las cosas que tengo que hacer, nada de que si se va, ¿qué va a pasar? Yo tengo todavía en qué entretenerme. Las mismas cosas, leer, ver las series o Netflix, lo que tú quieras (Rodolfo, 61 años).

Se dice que no es lo mismo estar solo a ser solitario. Rodolfo reconoce saber estar solo por la circunstancia de vida que le hizo perder a su madre a temprana edad. Esto apalancó su fortaleza para enfrentar los desafíos a lo largo de su vida, como una escuela de formación en la autonomía, lo cual ahora, como adulto mayor, no le resulta ajeno ni molesto.

Suscribo una síntesis de lo que Mar Abad reflexiona sobre la vejez y su contraparte, la juventud, dentro de la narrativa de un encuentro y desencuentro de caracteres:

Es la infantilización de Occidente [...] es la era del culto a la juventud, la veneración de la inmadurez, la exaltación de lo aninado [...] la cultura que valoraba la experiencia y la sabiduría de los adultos languidece y, sobre su agonía, se alza

una cultura que desprecia a los que entran en la madurez [...] es llamativo que antes los jóvenes intentaban parecerse a los adultos y ahora los adultos intentan parecerse a los jóvenes [...] en la sociedad, las características de los jóvenes empiezan a dominar sobre las de los adultos [...] la impulsividad empieza a dominar sobre la reflexión (Abad, 2018).

Lo anterior tiene verificación específica dentro del conglomerado gay occidental, principalmente en los países más privilegiados, dejando en plano aspiracional a los menos favorecidos como el nuestro, donde ha logrado penetrar esta cultura del culto a la juventud y al cuerpo, dejando al margen y en exclusión a quienes no cubren las cuotas respectivas de adherencia.

Narváez da cuenta, a su vez, de la aparición de etapas intermedias de tránsito:

el mito de que de la infancia se pasaba a la juventud en forma inmediata se vio sobrepasado al reconocer la existencia del proceso intermedio de la adolescencia; igualmente, sucedió con el supuesto que sostenía que el adulto transitaba a la vejez de forma inmediata, al introducir el término “gerontolescencia”, referido al paso a la vejez (Narváez, 2019: 21).

El debate sobre las etapas intermedias que anteceden a las grandes etapas de vida no resulta nuevo. Es interesante explorar en las vertientes que dan origen a estos planteamientos, cuando la idea es dar cuenta de los elementos que componen dichas etapas para profundizar en los comportamientos, actitudes y subjetividades implicadas.

el marco hegemónico dominante de construcción del deseo erótico en las subculturas gais es especialmente edista y que relega a los homosexuales mayores a la periferia erótica. Eso significa que los homosexuales mayores tienen serias dificultades para participar en el mercado sexual gay y que, algunos de ellos, pueden verse obligados a acudir al sexo mercenario para satisfacer necesidades sexuales, emocionales y afectivas (Pocahy en Guasch y Lizardo, 2017).

Más no por ello se debe reproducir el estereotipo del homosexual mayor que, hallándose solo, se convalida melancólico a través de remembranzas de juventud y sus dádivas perdidas, ya que sostiene que, en lo general, las formas de vivir la vejez, no varían sustancialmente entre homo u heterosexuales; los

varones homosexuales en la vejez, en muchos de los casos, continúan divirtiéndose, viajando, haciendo vida social y llevando una vida sexual activa, de contar, claro, con la salud y los recursos que ello conlleva.

Pero lo que siempre yo les digo, yo no cojo con cuerpos, yo me relaciono con personas, y ahí cambia el asunto completamente. Y a lo mejor es un asunto de “te conocí dos horas y no nos vamos a volver a ver nunca”. Pero a mí sí me interesa, que cuando un día te acuerdes, dentro de veinte años, y digas “ay, un día me eché un acostón con un buey de dos horas, me trató muy bien, me sentí muy bien, fue muy pleno, fueron dos horas que la pasé a toda madre” (Rodolfo, 61 años).

Lo que he denominado sociabilidad homoerótica da cuenta de elementos extrasexuales que rodean los encuentros de esta índole entre varones, cuando traspasan la pulsión sexual y van más allá, logrando germinar condiciones emocionales, afectivas y sensoriales que atraviesan la subjetividad e implican un vínculo que marca por significado, deja huella por intensidad y puede incluso trascender. Se deja entrever aquí que Rodolfo no solo lo ha experimentado, sino que lo busca cada vez que tiene un encuentro sexual, interiorizándolo como forma personal de compartirse con el otro.

Lo anterior nos remite a los planteamientos de carácter cronológico, ya revisados, que Ernesto Meccia ha efectuado alrededor de los procesos de transformación sociosexual que han experimentado las poblaciones de varones no heterosexuales, al transitar de periodos temporales reconocidos como “homosexuales” a otros identificados propiamente como “gais”, con las consabidas distinciones en términos de percepción, conquista y apropiación.

Para Guasch y Lizardo,

eso significa, por un lado, que los gays ancianos de hoy en día (a diferencia de las generaciones precedentes) tienen recursos y conocimientos suficientes como para organizar positivamente sus vidas lejos del estereotipo mencionado; pero, por otro lado, también significa que fueron socializados en la producción gay del deseo homosexual centrada en el culto al cuerpo y a la juventud. En estos momentos, en nuestra sociedad, la edad actúa como una cadena de transmisión del poder que circula en doble dirección: por un lado, nuestra sociedad está llena de adultescents que celebran las supuestas bondades de la juventud,

otorgándole un alto valor añadido en términos de simbolismo social, pero, por otro lado, son los mayores quienes concentran los recursos económicos (con el poder que ello supone) mientras que los jóvenes componen el precariado (Guasch, 2017: 135).

Los que te quieren chichifear. “¿no te gustaría ser mi *sugar daddy*?, “necesito ver qué tan *sugar boy* eres [risas], porque tú eres el que está vendiendo para yo decidir si compro”. Se sacan mucho de onda y que se las voltees. A veces, bueno, en general soy muy directo “mira, nalgas aquí sobran, pitos también, este es el mercado de esto. Antes de tu perfil, hay cincuenta, y después de tu perfil hay otros cincuenta, igual junto al mío”. Y es cuando les digo, “esto es un asunto de personas”. Me he encontrado chavitos que son muy amables y todo, pero les faltan años... incluso en la piel, les hace falta que los toquen, aunque se hayan revolcado con medio mundo, les faltan años de que su experiencia física madure en ellos (Rodolfo, 61 años).

Nuevamente se rescata la valoración de la experiencia para asuntos de sexualidad con jóvenes. El famoso rol del *sugar daddy*, dentro de la estereotipadamente asimétrica relación, es interpelado estratégicamente por Rodolfo para subvertir dicho estatus y dotar de agencia al sujeto cuando se haya en estas circunstancias. Por otro lado, la apreciación que hace de la condición juvenil, algo displicente, muestra que, en aras de equilibrar y ejercer contrapesos, los sujetos pueden tomar actitudes de discriminación a la inversa de lo convencionalmente operado.

Aunado a lo anterior, la posición y valoración social que guardan los varones homosexuales cuando se cruza el factor etario con el deseo sexual y su comercialización, propicia que se tornen ineludibles las referencias que los sitúan remarcando las distancias que el poder antepone como elemento de sujeción, llegando incluso a patologizar o criminalizar las conductas. Así, los imaginarios reproducen la asimétrica condición del varón mayor cliente de servicios sexuales del joven; sea imputando ventaja, sometimiento y abuso de parte del primero o lo contrario, siendo el joven un delincuente, adicto y quien se aprovecha del varón mayor. En ambos casos cruza la mirada prejuiciosa al trabajo sexual masculino, al considerar que, “durante la mayor parte del siglo xx la preocupación social respecto al trabajo sexual entre varones se centra en la idea de que la mayor parte de esta actividad incluye personas

mayores, predadores homosexuales que se alimentan de jóvenes varones heterosexuales” (Guasch, 2017: 135).

Al respecto, Hervé Latapie reporta, resultado de su investigación efectuada en Francia sobre trabajo sexual entre varones,

[que] la edad me parece una de las principales características de los clientes: se llega a la prostitución con la edad, porque se continúa deseando a los jóvenes, porque ligar se convierte en algo muy difícil, pero también porque se ha adquirido un poder de compra que permite compensar el hándicap de la edad (Latapie en Guasch y Lizardo, 2017: 15).

Buena parte de la clientela del comercio sexual entre varones en muchas latitudes, y México y Aguascalientes no son excepción, responde a condiciones de rechazo, discriminación y exclusión que comienzan a vivir los sujetos en la medida que su edad avanza, y gradualmente van disminuyendo oportunidades para gestionar actividades de homosocialidad, al tiempo que mermando aptitudes para entablar encuentros homoeróticos.

De esta manera, algunos adultos mayores, para mantener activa su vida sexual, ven como única opción contratar servicios sexuales, ya sea mediante aplicaciones digitales diseñadas para tal fin o recurriendo a lugares y zonas de encuentro donde existe dicha oferta; siendo recurrente el recurso de la calle misma. Ambas alternativas implican riesgos y exponen al interesado a cierta vulnerabilidad que puede terminar en un asalto o en el peor de los casos, en un crimen de odio que cobre la vida. En razón de ello y dadas las actuales condiciones que el país guarda en materia de seguridad, los recursos empleados para obtener servicios sexuales de pago son catalogados como peligrosos, a menos que existan salvoconductos (referencias, recomendaciones, contactos) que filtren el riesgo sobre la contratación del trabajador sexual.

Yo creo que hay muchos hombres mayores en las aplicaciones, pero están camuflados o se ponen con menos edad o no ponen la foto. Sí entiendo que muchos jóvenes son muy crueles y eso, pero tú decides qué cosa te ofende y qué no. Si un chavito de dieciocho, veinte me dice que estoy viejito, tiene razón [risas], soy más grande que su papá o también será que a mí no me interesan los de esas edades. Todavía son en esa respuesta muy emocional, muy visceral, y así responden para todo (Rodolfo, 61 años).

El participante se antepone a los cánones que sitúan a los adultos mayores en posición de desventaja cuando buscan relacionarse con jóvenes, no solo al no mostrar interés, sino demeritar cuando pretendan sojuzgarlo en función de su edad. A diferencia de otros varones mayores, el sujeto no sucumbe al atractivo que despierta la imperiosa juventud, ni al escurridizo reto y tentación que implica ligar por vía de una aplicación.

Como cierre de este apartado, se ha apreciado que la edad es más un símbolo esquivo que adquiere innumerables connotaciones –la mayor de las veces no tan asertivas a quien la acumula– que una fría y contundente cifra que delimita los cuerpos, por lo que resulta susceptible en ser resignificada en sus implicaciones para con la realidad y contexto propio de los sujetos. La edad es abstracta y dúctil como noción dinámica, no es un patrón determinista que inste a los individuos a someterse a designios.

Interseccionalidad. Poder, privilegio y opresión

Contemplo la interseccionalidad dentro de cualquier fenómeno social como un elemento imprescindible. Recurrir a ésta implica integrar los distintos ejes de desigualdad que nos atraviesan, visibilizándolos, pero, sobre todo, permitiendo acercarnos analíticamente a los temas con amplitud, imparcialidad y centralidad.

Esta incorporación obedece a precisar matices necesarios al momento de problematizar las caracterizaciones que guardan los sujetos y, en sí, el conjunto generacional trabajado. Y aunque las dimensiones existentes pueden ser indistintamente aplicables, es la clase la que contemplo vital para con la exposición del contexto particular a abordar en Aguascalientes.

Dentro de los contextos trabajados, resulta primordial considerar el cruce interseccional que sitúa a intermediarios y participantes, ya sea bajo condición de privilegio u opresión en función de clase, raza y género, entre otras dimensiones. Enfrentan realidades no solo distintas, sino opuestas, adultos mayores homosexuales feminizados, racializados, de condición humilde y sin preparación, que quizá vivieron forzosamente fuera del clóset; que adultos mayores homosexuales que construyeron un patrimonio con base en una preparación, estatus e imagen, masculinos y blancos, por ejemplo, y habiendo incluso permanecido en el clóset, viviendo quizá una “doble vida”. Estos últimos, aun y

cuando la edad llegara a mancillar los efectos y ventajas de su condición, no dejarán de ubicarse en un plano menos oneroso que los primeros, quienes representan una mayoría invisibilizada por lo mismo.

Por tanto, se está o no en condición de privilegio u opresión por coyuntura, destino o decisión, según cada biografía contextualizada. Como ejemplo, se podría citar que las adherencias a los hoy en día seguidos y repudiados “ismos” no son por tendencia o reacción. No se teme o rechaza por instinto. No se toman decisiones sin medir cada uno de estos planos. A este tránsito le denominamos devenir. Es complejo e ineludible. Es una prueba y un pasaporte. Se está, a veces, cambiando más de lo que uno se imagina. La cuestión sería interrogarse qué tan preparado y dispuesto se está o no para ello. Recupero a Mauricio List en su investigación sobre relaciones intergeneracionales, donde destaca que al discurrir sobre las prácticas sexuales

junto con esta visión hay también una valoración moral con un fuerte carácter de clase media urbana, con las connotaciones que ello tiene. Por ello me parece que, en esta, como en muchas otras circunstancias semejantes, se parte de una visión particular sin considerar las especificidades de otros sectores social y económicamente diferenciados (List, 2010: 208).

Lo anterior recuerda a Guasch y Lizardo cuando aluden a la retrospectiva histórica sobre la prostitución homosexual masculina en Europa:

hasta la Primera Guerra Mundial, es común que los jóvenes de clase baja y los soldados acepten sexo oral (pasivo) y anal (activo) con caballeros. Esta clase de relaciones intergeneracionales tienen un componente estructural que se repite a lo largo del tiempo (en las figuras del maestro y el aprendiz, y del tutor y el estudiante... (Guasch y Lizardo, 2017: 46).

Es cuando la interseccionalidad delimita alcances y límites de las condiciones existenciales, cuando de dar cuenta a significado se trata.

Como siempre sucede, son las clases altas las que dejan visible recuerdo histórico de sus acciones, y es difícil que los homosexuales pobres de esa época sean capaces de crear relatos conscientes y auto referenciados sobre unas vidas

de las que, según los parámetros morales de la época, tienen que avergonzarse (Guasch y Lizardo, 2017: 52).

Afirman Guasch y Lizardo al remitirse a los varones, la homosexualidad y la prostitución en tiempos de la España franquista.

Por eso son los cuentos de hadas, digo, en los estudios que se hacen del espectáculo, se critica mucho el asunto de las cenicientas y de la telenovela, sí agotaron de cierta manera el tema, pero sigue funcionando, y nos lo encontramos dentro de la comunidad. El encanto de, odio la palabra, pero la tengo que decir, la pones muy entrecomillada [risas], me molesta mucho, pero el encanto de los “chacales”. ¿Y quiénes pueden comprar? en ese, todo lo horrible de la palabra comprar, pues la gente con posibilidades económicas. Sí, y muchos de los crímenes de odio tienen ese componente. Y te encuentras que, dentro de ese “chacalerío”, te encuentras al policía con el empresario, o el albañil con el arquitecto, esos dos extremos, que sigue siendo la cenicienta encontrando al príncipe (Rodolfo, 61 años).

Se pone aquí el dedo en la llaga y Rodolfo se posiciona contra uno de los estereotipos discriminantes por factor clase, el del denominado “chacal”. Aludiendo a su origen histórico literario, recalca su desafortunada vigencia y plasma su juicio crítico para descubrir que en muchas ocasiones el resentimiento social que enmarcan estas relaciones puede llegar a desembocar en el crimen. El personaje que se torna seductor en función de la hipérbole tributada a su sexualidad por la marginal y supuesta condición inferior, le confiere una vulnerabilidad que coloca a su interlocutor en posición de poder frente él. A esto se agrega que el atractivo se complementa por el factor racializado imputado a su color de piel y fenotipo producto del trabajo rudo. Finalmente, Rodolfo encuadra a estos personajes dentro de la fábula idealizada e ingenua de la fantasía romántica que circunda la vida real, en este caso desde la imaginiería gay.

Para Mauricio List, lo gay se ha identificado en México como categoría e identidad, pero también como etiqueta, porque aglutina a quienes se han reconocido, encontrado y visibilizado bajo el término al implicarles un estilo de vida concreto bajo un contexto similar. A su vez, List considera que el término fue apropiado por un sector de la población en respuesta a sustituir y resigni-

ficar las anteriores formas de designar la homosexualidad, desde el insulto, la injuria y el escarnio: maricón, joto y loca, y más adelante, puto, esencialmente.

Si bien es cierto que la adscripción se acuñó desde una perspectiva vinculada con la clase, tornándose de facto el patrimonio de la clase media y media alta mexicana y con ello privilegiando un específico estilo de vida y una concreta agenda política, no por ello dejó de representar un carácter político que derivaría a futuro y aún hoy se observa en la creación de un marco legal y en la percepción social sobre la diversidad sexual de su época y la de hoy.

Al respecto, List señala que “toda acción colectiva que mantenga distinciones es términos de clase, etnia, edad, tiene muy pocas oportunidades de aglutinar en torno suyo el interés y la acción de un sector amplio luchando por el reconocimiento de los derechos sexuales” (en Falconi, 2018, 120).

... se va sectorizando en todos los aspectos. De la pandemia del VIH, se sabe muy poco de las clases sociales bajas, que yo supongo que ha de haber habido muchos decesos y que no supimos que murieron de VIH, porque ni siquiera estuvieron diagnosticados (Rodolfo, 61 años).

El participante tiene conciencia de las desigualdades y consecuentes opresiones interseccionales de las personas que fueron y continúan siendo víctimas que, adoleciendo de recursos cognitivos y materiales, sucumbieron a la pandemia del VIH sida sin haberlo sabido ni dejado registro. Las enfermedades, y en este caso, las pandemias, tienen clase, y ello maximiza su alcance e impacto dentro de las poblaciones más vulnerables.

Para Diego Falconi, sin embargo, toda etiqueta que sea empleada para nombrar las identidades sexuales disidentes en el mundo occidental es incompleta y posee un sesgo ideológico. Vista en retrospectiva, la identidad gay ha sido objeto claro en un intento por amalgamar reivindicación política, triunfo del capital (DÉmilio) y aspiración universal (Boswell) .

Según Falconi,

para pensar la historia del significativo “gay” en América Latina no basta la narrativa pre/post-Stonewall que va repartiendo orgullo para tod@s [...] Tampoco es suficiente que para formar este relato se analicen las apropiaciones nacionales de lo gay, como ejercicios de uso simbólico, cuestión que se viene realizando desde algunos años en varios sectores de la academia. Me parece,

por el contrario, que la parte que más atención se debe tener hoy en día, al analizar y construir la historia gay (y acaso la historia no gay) es aquella relacionada con los procesos internacionales que, encubriendo la colonialidad, han formado y van delineando los itinerarios sexuales de la región (Falconi, 2018: 213).

Es innegable que estas reflexiones apuestan por el rescate de entender de manera cercana nuestros contextos y realidades particulares, otras formas de vivir la sexualidad y, por tanto, otras formas de subjetivación. Para ello, Falconi apela al no acomodamiento multicultural al que se ha recurrido, sino a una pluriculturalidad articulada donde se puedan plantear formas distintas de pensamiento y acción en respuesta a la modernidad, para lo cual sugiere un *desaprendizaje gay* que se manifieste y vaya más allá de la academia, que se inscriba y parta de los mismos cuerpos para cuestionar y subvertir, como dijera el activista guatemalteco Fernando Us, “el acto de resistencia cultural más elemental que he mantenido, mi idioma” (Us, 2018: 243). Para Us, lo gay no es del todo una identidad, pues no considera que se encuentre politizada, lo cual fundamenta al afirmar que lejos de cuestionar, como debiera, se limita a reproducir un modelo excluyente y por tanto violento. “El mundo gay o de la llamada diversidad sexual no está libre de lastimar a los diferentes; por el contrario, es una maldición igual ser viejo, ser demasiado pluma, ser gordo, ser pasiva o tener un pene pequeño, es una maldición” (Us, 2018: 242).

A este respecto, considero que la apropiación por parte de la clase media alta y alta que se hizo en un inicio del movimiento y emergencia homosexual y gay en México, se dio a partir de una serie de prerrogativas asociadas al estatus de privilegio por parte de nichos de homosexuales pertenecientes a grupos de poder en varias esferas de la vida nacional de la época.

Empecé a conocer gente, un núcleo de personas, y obviamente había otro núcleo de personas de otro estrato social, de un estrato mayor que nosotros en lo económico y obviamente ellos tenían sus fiestas, tenían reuniones, y nosotros las reuniones que teníamos, pero eran reuniones de rompe y rasga, y reuniones interrumpidas por la policía, interrumpidas por redadas [risas], por andar escapando en la azotea con pelucas y zapatos, o escondidos en las casas de los vecinos que nos dejaban brincar porque hacíamos ahí el relajo de la noche, y esperar en esa borrachera, en esa francachela, en esa trasnochada, tener la

posibilidad, la cercanía de aunque fuera unos momentos, y ya fue (Mara, 74 años).

Dentro de la situación de discriminación que vivían los sujetos que intentaban socializar una sexualidad no normativa en el Aguascalientes de antaño, existían escenarios diferenciados en función de la clase. Lo que para sujetos económicamente pudientes podía quedar impune, libre de persecución y censura, para quienes no gozaban de ese estatus representaba, según recuerda Mara, una amenaza que amedrentaba los espacios y momentos de encuentro, haciendo de ello una persecución.

hay una intersección de clase que debemos tener en cuenta [...] recordando que la sigla LGBTQ+ no incluye a todas las prácticas sexuales diversas. Más allá del glamour mercadotécnico, existe un campo de expresiones sexuales y transgresiones de género fuera de la política y la cultura gay (Domínguez, 2019: 143).

El desarrollo del acrónimo LGBTQ+ en México ha sido objeto tanto de halagos a su presunto potencial aglutinador en materia de inclusión como de agudas críticas principalmente del activismo pionero, impugnando una maleabilidad carente de relieve para posicionar la realidad sexodiversa del país. Si bien no todas las disidencias sexogenéricas y corporales, así como un conjunto de prácticas, se adscriben identitariamente, sí demandan una reivindicación y reconocimiento que permita generar estrategias para contrarrestar políticamente los estigmas, siendo indispensable para la consecución de una ciudadanía sexual.

El uso del término gay denota a un homosexual que pertenece a la clase media, tiene educación, viaja y vive en la ciudad. Vivir como gay, entonces, contrasta con vivir como joto, vestida, chichifo mayate (por ejemplo), todos ellos pertenecientes a una cultura de la opresión en la que los hombres afeminados son los objetivos más frecuentes de la violencia homofóbica por parte de otros hombres marginados [...] este distanciamiento de las víctimas de la homofobia es evidencia de que ser gay ha adquirido connotaciones de apatía y prejuicio de clase que son contrarias a sus preocupaciones activistas originales (Domínguez, 2019: 143-144).

Una vez trazada la franja de poder que divide social, económica y políticamente a los individuos, resulta complejo reestablecer los mecanismos que fincaron las bases de la causa y los derechos en pugna. Lo que se fue edificando como noción de lo gay en la capital del país, luego gradualmente extensivo a los estados, ha tenido en realidad poco que ver con los principios que detentaron el origen del movimiento –eliminar razias policiales a poblaciones trans y a sujetos feminizados y marginados, principalmente–.

Domínguez señala que “en la ciudad de México, las colonias de clase media y zonas turísticas son áreas seguras para expresar afecto homosexual, pero las zonas populares no son en absoluto tolerantes” (Domínguez, 2019: 159).

Nosotros vivíamos en la colonia Condesa, en la Ciudad de México que, aunque el medio social no te protege de nada, pero sí ayuda, o sea, no es lo mismo una persona que viva en una colonia de bajo nivel socioeconómico donde se dan estas cosas. A pesar de ser aparentemente el débil, te vuelves muy violento también porque pues tienes que sobrevivir. Y acá, era, digamos más tranquilo, que yo pude dedicarme a mi escuela –de ballet– (Rodolfo, 61 años).

Se reconoce aquí haber contado con cierta condición de privilegio cuando se fue a estudiar *ballet* a Ciudad de México, entonces Distrito Federal, por haber vivido en una zona socioeconómica favorable y segura; sin embargo, aún y cuando afirma no haber experimentado manifestaciones cercanas de homofobia durante esta larga estancia formativa, Rodolfo identifica por conocimiento que las circunstancias adversas comunes a los gais en materia de discriminación tienden a fortalecerlos y hacerles incluso agresivos como mecanismo de defensa y estrategia de supervivencia.

Esto me recuerda cuando del 2010 al 2012 realicé una investigación sobre visibilidad gay en Aguascalientes, capital, focalizada en jóvenes varones universitarios. En ella, algunos resultados, análogos a lo referido arriba por Domínguez, enfatizaban las significativas diferencias que en materia de acceso a visibilidad manifestaban vivir los jóvenes en aquella época. Se aludía, igualmente, al centro y concretamente al perímetro de la plaza principal, como los espacios mayormente afirmativos y favorecidos para visibilizar expresiones de afecto entre varones, según los estudiantes. En contraste, señalaban con énfasis por el peligro implicado, zonas marginales de la ciudad, concretamente los

fraccionamientos tipificados como violentos y de alta delincuencia, como Las Huertas, La Barranca, El Morelos, Pilar Blanco, etc.

La pandemia del sida reestructuró el movimiento LGBTI + con un nuevo discurso de derechos, en lugar de la agenda de liberación de los años setenta. Este movimiento es desde entonces una fuerza política que ha logrado varias demandas en varios países de la región. Existe un contraste entre la cultura gay, entendida como la cultura homosexual cosmopolita de clase media, y las sexualidades opresivas y homofóbicas tradicionales, lo cual revela implicaciones económicas y políticas, e intersecciones entre sexo, raza y clase (Domínguez, 2019: 214, 215).

Consensuar una agenda sexo política para todas las poblaciones, ha sido uno de los mayores retos que históricamente se han enfrentado, sin trazar aún un sendero suficiente y coherente para enarbolar una propuesta consistente. Intereses de individuales y de grupo en función del poder obtenido por vía política o empresarial han cercenado los intentos incluyentes que parten de las bases, es decir, de las necesidades de las personas más desfavorecidas y excluidas, léase poblaciones trans, indígenas, del interior del país y económicamente marginadas.

de alguna manera, las diferencias de clase marcaban la situación de los homosexuales en México. Para algunos, principalmente de clase media y altas, lo mejor era adaptarse a las circunstancias y aprovechar una escasa oferta de sitios de socialidad, algunos de los cuales tenían restricciones en función de la apariencia de su clientela. Allí se reproducían abiertamente diversas formas de exclusión por motivos de género, etnia, clase o edad, con la complacencia de gran parte de la concurrencia. Para parte de esa clase media y los sectores populares la prioridad era la sobrevivencia, evitar las detenciones arbitrarias, eludir las extorsiones y encontrar espacios de socialidad en los cuales poder convivir con los pares sin miedo a las autoridades o a los ataques de crímenes de odio (Peralta, 2019: 137).

La persecución social en México, en función de la interseccionalidad, se dirige al sujeto débil, marginal y abyecto. De ahí que poblaciones sexodiversas de las clases menos favorecidas continúan siendo objeto de escarnio social y

consuetudinario abuso policial. Las condiciones de sociabilidad han estado definidas en función de accesos estratificados, permisos sobornados y filtros segregacionistas. Lo que para algunos significó el incipiente origen de un núcleo cuasi comunitario en función de la identidad sexual para otros representó un estadio sistemático de opresión a enfrentar.

Entonces, yo veía a esas personas que trabajaban en esos puestos, con su ropa, y obviamente en estado de ebriedad, en el día; y ahí por esa famosa calle Libertad, por ahí vivían muchos; a uno lo perseguían la turba de chiquillos, mozalbetes, dándole de piedracillos, de corcholatazos, de naranjazos... no sé, todo. Y era así con su botella. Y obviamente yo no quería, y no tenía yo raciocinio, sino después de muchos años, de decir “ay, mira, hay clases, ¿verdad?”, ¿cómo al Papi, va así y lo respetan, lo quieren tanto, tiene gentes de tanto poder, y a este pobre, ve cómo lo tratan, le decían La Magnolia, era muy famoso en el puesto de doña Petra (Mara, 74 años).

Se mapea el contraste que se vivía en ese Aguascalientes festivo por su feria, con todo y sus “invertidos” personajes protagonistas de la variedad, la burla y el chiste en lo público, pero que fuera de ese contexto eran sistemáticamente violentados por la sociedad local. El contraste mayor lo constituía el negocio de la prostitución semiclandestina protegida, que hacía visible su poder y privilegio. Indudablemente y como sigue siendo hoy en día, se viven distintos Aguascalientes, unos más acordes a lo políticamente correcto siendo por tanto abiertos y expuestos; y otros que permanecen ocultos e invisibilizados dado su subversivo perfil.

las subculturas urbanas homosexuales no se consolidaron hasta mediados del siglo xx: que las huellas literarias de su existencia comiencen a multiplicarse a partir de la década de 1960 confirmaría que recién en ese momento, se afirmó, así fuera precariamente, una identidad homosexual [...] la gestación de un universo propio, con su red de espacios de encuentro y códigos de sociabilidad no se habría producido hasta esa fecha. La idea de ser un tipo particular de persona, y pertenecer, por lo tanto, a un grupo diferenciado dentro de la sociedad señaló un cambio crucial... (Peralta, 2019: 240).

Reconocerse en los otros, pares e iguales por compartir un tipo de deseo y una subsecuente erótica, y a partir de ello propugnar interacciones afirmativas que se tornarán un estilo de vida, fue pronto documentado como parte de una experiencia simbólica sigilosamente reafirmada en la realidad cotidiana.

Osorno apunta que Juan Jacobo Hernández, en una entrevista para activistas de Estados Unidos, afirmaba a finales de los años setenta,

la vida nocturna en la ciudad de México estaba dividida por clases sociales. La calle es para los que tienen poco dinero; los cines y los baños de vapor, para las clases medias, y los bares, para los más afortunados [...] las clases altas no se notaban y eran políticamente inertes porque estaban más interesadas en Acapulco o Nueva York. Las clases medias y bajas eran más visibles y las que más padecían la persecución policiaca (Osorno, 2014: 45).

Los espacios han sido delimitados para su acceso y apropiación en función y respuesta a prerrogativas que los sujetos poseen o negocian a manera de patrimonio o bajo la forma de un capital social. Se edifica así, segmentada y fragmentada, la vida y organización social de la homosexualidad en México, con sus atribuciones y conquistas, sus contradicciones y tribulaciones. “Ulrich Beck (1986) sostiene que el riesgo persigue a los pobres y a los marginados. Los homosexuales de las clases medias y de las clases acomodadas que pueden demostrar un trabajo y unos ingresos honestos no son condenados (Huard, 2014: 186).

Si bien la cárcel, la desdicha y la opresión son presa un tanto exclusiva del llamado lumpen, se aglutina e inclusive exacerba cuando los sujetos transgreden otros ordenes normativos, como el sexual, pues son los que detentan la moral que legitima las zonas ocultas de quienes ejercen poder. La historia injusta y visible registra solo a los que fungirán como ejemplo didáctico del escarnio, muchos solo han sido diferentes, pero, sobre todo, mayores, pobres e indefensos.

Por tanto, las clases marginales de homosexuales y gais fueron desde un inicio anatematizadas y excluidas de cualquier forma de intervención para la gestación de un movimiento; sin embargo, su rol y repercusión logró manifestarse, aunque por linderos subalternos y por tanto no aceptados desde la formalidad y el reconocimiento. Nacen así, bajo una emergencia cultural disidente, alternativa y marginal, las figuras del chichifo, el mayate y chacal,

formas consideradas pseudoidentitarias, en las que se incorporaron sujetos de clase desde la opresión y desigualdad, además de las antecesoras identidades trans en sus diversas manifestaciones.

Y es dentro de estas relaciones donde se reproducen tecnologías de género excluyentes bajo el poder jerárquico que el mercado sexual informal impone con la gestión de la homosocialidad y el homoerotismo dentro del sector gay clasemediero, a costa y en detrimento de los menos favorecidos.

... era “o abre la boca o empínate” y ya después tú sabrás, o te hacen ya la idea, es que ese momento qué rico, qué placentero. Realmente lo que eras era una escupidera de estos cabrones para satisfacer su deseo. Y ese era realmente el tenor en ese tiempo, porque realmente muy poca gente podía darse el lujo de tener amantes heterosexuales; entre ellos, la gente de poder, la gente de dinero. Ellos sí tenían sus viejos, que les llamaban. Chicos guapísimos que les costaban un dineral, por supuesto, ¿verdad? Les costaban dinero. A lo mejor pues, si te iba bien, a lo mejor alguno de los amigos de ellos, te haría el favor (Mara, 74 años).

Este testimonio de Mara, en especial, me parece emblemático e importante por los asuntos que toca y por la situación que da cuenta prevalecía en aquellas épocas en Aguascalientes: reconocer las formas indignantes, crueles y utilitarias que padecían los sujetos para ejercer una sexualidad no normativa, siendo muchos de los casos cercanos a una violación. Por otra parte, y en consecuencia de lo anterior, el que los sujetos tuvieran asumido e irremediamente aceptado un rol cosificado como objetos sexuales de “repulsivo uso”, eficiente para los interesados. Otro aspecto es el género, al cruzar y delimitar la lógica de estas relaciones ubicando en intrínseco al sujeto homosexual como símil de mujer al determinarle el rol sexual pasivo sin vislumbrar posibilidad alguna, lo que inducía al sujeto a percibirse como tal y a contemplar como únicos y posibles “compañeros” sexuales a varones masculinos heterosexuales.

Ya he referido cómo se ha cuestionado la legitimidad del acrónimo como forma eficiente de garantizar estratégicamente la inclusión de las diversas identidades en lo social y político, anteponiendo un carácter hegemónico a la adherencia, al privilegiar unas por sobre otras ante su laxa plasticidad conceptual. La adscripción del sujeto político sexodiverso ha sido homologada a la necesidad por responder a un distintivo estilo de vivir la diferencia que ha significado más un cerco de separación que un puente para la integración.

Sobresalen los motivos por los que se discrimina desde lo interno a los sujetos abyectos. El desconocimiento, así como la carencia de una sensibilidad subyacente a la memoria histórica del conglomerado, son elementos que impiden exista una empatía hacia los pares, que se suman a los prejuicios de raza y clase consecuentemente adheridos, generando procesos de exclusión a distintos niveles, viéndose estos retroalimentados.

El mundo gay es una competencia feroz, feroz. No triunfas si no la tienes grande, no triunfas si no estás delgado, guapo, sin que no se te note lo maricón, no triunfas si no eres alguien muy atractivo, se te va haciendo a un lado, hacia un lado, hacia un lado [...] no sé, es una competencia terrible, desleal. Tienes muy pocos amigos, la verdad. Amigos, lo que son amigos de verdad, pero que mientras que estás joven, no creo que en esos años pudieras tener amistad que dijeras tú que valga la pena. Un amigo que de verdad pudiera ser. Todo era con alguna ventaja. Y no dejabas de ser más que fulanito. Siempre serás el mejor, serás el de mayor éxito y el otro no vale para ti una nada (Mará, 74 años).

Desde su experiencia, Mara traza la descripción de un escenario nada benigno dentro de las dinámicas de socialización homosexual que vivió en su juventud. Se manifiestan procesos de exclusión consuetudinarios que dañan a sujetos que, como él, no responden a los patrones hegemónicos. Se impone un tipo ideal y un estilo de vida desde el consumismo, que cosifica los cuerpos y degrada a las personas como precio para integrarse. Es la homonorma impuesta décadas atrás para encajar y sobrevivir dentro de un sistema que dificulta la creación de vínculos y lazos afectivos, amistosos y comunitarios.

Salinas describe la dinámica contradictoria y azarosa de la vida del sujeto gay a lo largo del tiempo, con sus constantes y avatares:

La vida gay es hasta ahora la búsqueda de un intercambio sexual muy intenso que conlleva a la consumación de un placer inmediato basado en modelos de belleza impuestos por la moda, que alienta la creación de modelos de estética fuera del alcance del mercado cotidiano, y establece el ideal de juventud como requisito para estar dentro del juego del intercambio (Salinas, 2008: 167).

La adecuación que hace Salinas, más que lo heteronormativo, lo socialmente consensuado, responde un modelo idiosincrático mexicano que impera y va más allá de la identidad sexual. Son en los grupos histórica y sistemáticamente vulnerados donde operan estas lógicas en forma identificable y tienden a instaurarse con mayor celeridad que en el resto de la sociedad dadas las condiciones de desigualdad en las que viven y se desarrollan. Centrar la vida gay en el gueto, en lo clandestino, nocturno y sórdido, aplicó como único reducto durante una iniciática época, puesto que era la única posibilidad factible; empero, en la actualidad, aunque continúa permeando dicho modelo, principalmente en regiones subdesarrolladas, son otras las condiciones contextuales que amplían el espectro y las alternativas de vida gay –digitalización, por ejemplo–, tornándola parcialmente heterogénea, sobre todo en las urbes del país y dentro de sectores pudientes.

Por otro lado, me parece importante hacer alusión a la amistad como elemento de homosocialidad que suele ser tan cuestionado como segregado de la vida de los sujetos gays. Al respecto, la feminista bell hooks refiere su aportación aludiendo que “la amistad te ofrece una forma de experimentar la alegría de compartir en una relación en la que aprendes a procesar los problemas y a tratar las diferencias y conflictos, manteniendo siempre una conexión íntima con el otro”, atributo que no todos los participantes manifestaron encontrar dentro del ámbito gay (hooks, 2022: 155).

Cierro el apartado apuntando hacia la complejidad que la interseccionalidad trae consigo cuando se analiza la realidad bajo su nítido lente. Los colaboradores hablan desde su experiencia, siendo subjetivados, pero también atravesados por el factor de la clase y, por tanto, de un contexto y un espacio, así como de la intermediación social que delimita los discursos. Desde el lugar de enunciación se matizan vivencias, develan interseccionalidades y perfilan sentidos y significados de lo vertido.

Como se ha podido apreciar, Rodolfo, Vicente y Jafet pertenecen a un núcleo privilegiado, en contraparte a Mara e Ian; aún y cuando las variables de ese privilegio varíen entre ellos; Mara, de nivel socioeconómico medio alto, pero que su expresión de género propició que fuera discriminado, mientras que Rodolfo, con una expresión similar, y aun y cuando no perteneciera a un sector alto, se insertó desde joven en la gran ciudad y en un ámbito profesional afirmativo, blindándose parcialmente contra la homofobia.

Machismo, misoginia y homofobia. Prejuicio, exclusión e injuria

Introduzco este apartado con una reflexión que compartí alguna vez en mi red social ante las noticias sobre los ascendentes crímenes de odio perpetrados en el país: el odio global tiene hoy un objetivo y se haya centralizado. El odio posmoderno se vuelca sobre transgresores, abyectos y emancipados. El odio se expresa, como dijera Byrne Fone, en nuestro último prejuicio aceptable: la homofobia. El odio tiene cara fascista, neonazi, conservadora y tradicional; tiene rostro religioso, de Iglesia, de sacerdote, pastor o ministro. El odio sigue matando. El odio, ese clamor que encierra miedo, ignorancia, impotencia y rencor hacia lo que tanto se teme y no se entiende.

El término homofobia, acuñado por el psicólogo George Weinberg, apareció por vez primera a fines de la década de los 70 del siglo pasado. Una fobia se refiere a un miedo patológico, desbordado e irracional, así como a una respuesta sin control por parte de las personas para evitar al objeto de la fobia, por lo que no es del todo correcto llamarla así.

El heterosexismo es la base de la que penden todas las normatividades y el sexismo se manifiesta mediante el machismo, forma de sexismo caracterizada por la prevalencia del varón; la misoginia, la aversión a las mujeres, y la homofobia, la aversión a la homosexualidad o a las personas homosexuales.

Por ejemplo, los hombres de mi edad, yo creo que muchos todavía tienen homofobia internalizada. La manera en que hablan de otros hombres homosexuales, el referirse como “las vestidas” o simplemente el usar el término de pasivo como insulto, como si este mundo estuviera habitado de qué manera si te gustan los hombres si eres un hombre homosexual. O incluso cuando se autonombren de vestida, de pasivo, siempre es de manera peyorativa [...] el ser, pasivo, porque culturalmente lo tenemos asociado a la parte femenina y ser femenino en este mundo es valer menos. Y pues es nuestra lucha hasta este día, ¿no? Por eso está la lucha feminista tan fuerte y tan... y yo digo que con toda la razón (Rodolfo, 61 años).

Se expone el papel e influencia cultural que tiene el género dentro de la realidad social mexicana y el conglomerado de la diversidad sexual, al ejercer el participante su crítica a los mandatos de la masculinidad hegemónica, los preceptos patriarcales de la misoginia y los prejuicios de la homofobia interna-

lizada. Sus efectos, de talante opresor y excluyente, le parecen rebasados en la actualidad, al hacer la retrospectiva que refiere sobre sus contemporáneos. En este sentido, Rodolfo se demarca de ellos mostrándose aliado de movimientos progresistas y de avanzada como el feminismo.

La homofobia opera en nuestro sistema de creencias a nivel personal; en apodos y chistes a nivel interpersonal; en leyes y discursos religiosos discriminantes a nivel institucional y en normas sociales implícitas a nivel cultural. Los LGBTIQ+ prejuicios es el término que Salinas recomienda emplear en lugar de homofobia, debido a que considera que los prejuicios son socialmente reforzados y se distinguen de los trastornos mentales por sus fundamentos ideológicos, morales y éticos (Salinas, 2010).

Didier Eribon ha complejizado la homofobia al problematizar sus características conceptuales, de entre la que destaca la noción de la injuria y sus efectos en la constitución del varón gay.

... tiene también la forma de un poder constituyente. Pues la personalidad, la identidad personal, lo más íntimo de la conciencia está moldeado por la misma existencia de esta jerarquía, por el lugar que se ocupa en ella y, por lo tanto, por la mirada del otro, el “dominante”, y la facultad que tiene de infravalorarme al insultarme, haciéndome saber que puede insultarme, que soy una persona insultable, e insultable hasta el infinito. La injuria, real o potencial, la existencia de la injuria en el horizonte de mi vida, define mi relación con el mundo y con los demás. Es la que instituye la dominación y la que constituye las subjetividades sometidas (Eribon, 2000: 55-56).

Los informantes de esta investigación padecieron homofobia, siendo o no conscientes de ella, de forma explícita o implícita, en una, varias o todas sus manifestaciones, como elemento ineludible dentro de sus entornos. De los cinco, sobresale Mara, quien aludió enfáticamente el sinnúmero de violencias simbólicas, verbales y físicas que experimentó desde la infancia, siendo recrudecidas durante la adolescencia y pubertad, para continuar en posteriores etapas de su vida, con los efectos que en él tenían estos actos, como bien lo deja entrever.

Entonces, fíjate, cambiarme de un entorno donde yo era un niño “deseado” a un niño perseguido y un niño repudiado por gente de muy baja educación.

Entonces ya no era el niño querido ni el niño al que quisieran violar, sino era el niño al que querían ¡apedrear! Y al que querían patear. Y entonces, yo me hacía la pregunta. Ay, no sé qué..., estoy aquí, no, qué bueno que nunca intenté quitarme la vida, pero yo creo que, si en algún momento me hubiera quitado la vida, hubiera sido en esa transición de adolescencia a pubertad y luego ya la juventud. Porque con aquellos enormes deseos de [pausa] no sé, inundarte en sexo, conocer, tener relaciones y, por otro lado, ser objeto de burlas. Es terrible, recordarme yo mis años de juventud en la secundaria (Mara, 74 años).

La pubertad de Mara fue particularmente adversa. La mezcla de repudio y violencia recibidos en el homofóbico contexto educativo del Aguascalientes de su época, frente a la lujuria y deseo naturales a su edad, le proveyeron un marco existencial complejo, pleno en contradicciones, intensidad y miedo; sin embargo, actualmente, el sujeto se muestra sorprendido de haber sobrevivido a esas experiencias sin haber caído presa de una angustia que le llevara a atentar contra su vida. La fortaleza edificada desde la niñez, una resiliencia innata y el instinto de conservación fueron, en definitiva, como en el caso de muchos homosexuales de la época, más potentes que las injurias padecidas.

No se puede hablar de la homosexualidad si no se habla de la homofobia, ya que no se puede decir nada de la realidad –individual, social, cultural, jurídica– de la homosexualidad si no se toma en cuenta el sistema homófobo que es constitutivo de esta realidad (Eribon: 2000: 58).

Lo dicho por Eribon establece que la homofobia es constitutiva del sujeto homosexual, dado que incluso le precede, de manera que aun simbólicamente le perseguirá de por vida. De igual forma, la injuria, como uno de sus componentes, latente en sí mismo, deberá ser continuamente desarticulada por vía estratégica, siendo una de las formas de subvertir el insulto.

Según Jeffrey Weeks, a diferencia de la actualidad donde la identidad sexual se ha liberado de la identidad de género,

la cultura homosexual masculina era, en un principio, una especie de negativo de esta realidad. Se caracterizaba a menudo por una inversión de género, un afeminamiento inseguro en el que las personas homosexuales se veían a sí mismas como poseedoras de un alma de mujer en un cuerpo de hombre o como

hombres afeminados. No eran hombres de verdad, porque en ellos había una parte demasiado grande de mujer. Al mismo tiempo, no obstante, se reconocía el carácter contingente de esta asociación (Weeks, 1993: 303).

Tú no podrías mostrar tu sexo, tú no podías tener placer, no era posible, tú le servías al hombre, y esa era tu satisfacción, pero no gozarlo, sino ya después, no sé, darte placer tú mismo, acordándote del momento, pero no en ese momento, cómo te ibas a atrever, eso no era posible, menos en esos encuentros fortuitos o esos encuentros en la noche [...] yo también me dejé sucumbir por el poder y tuve una persona que me buscaba aquí en mi casa, con dinero el señor y que me daba lujos, y el señor sí me llegaba hasta a besar, pero obviamente le servía uno como de mujer, era uno muy femenino, tenía que ser uno muy femenino... no tuve el placer de tener un primer amor así digamos hermosísimo en la vida y de telenovela (Mara, 74 años).

Aquí aparece la noción cultural del amor romántico trasladada a la ficción gay como ideal. El romance de cuento, tan abstracto como ilusorio, provoca que los individuos vuelquen su imaginario en construir ficciones utópicas que fungen como catalizadores para evadir la cruel realidad que viven. Por otro lado, se muestra el género como norma y medida cultural que define los roles sexuales como binarios en las relaciones, aún entre varones. Recuperando a Weeks, éste alude a esa inversión que distorsiona y confunde al sujeto, a pesar de su contingencia; por último, el sujeto muestra la imposibilidad coyuntural de una vivencia franca de la sexualidad y del derecho al placer en los homosexuales de la época, al ser sujetos de explotación sexual y opresión social.

La constitución de un discurso oficial que dictaminaba un deber-ser indisoluble para el varón mexicano, herencia de la Revolución y baluarte del nacionalismo, se volcaría en el epítome de lo que se conformaría y consolidaría como estereotipo del macho mexicano a partir de la exacerbación del varón de campo, del hombre rural, del charro y con él de toda su simbología.

Los varones que no encajaban en el modelo, desde infantes y sobre todo dentro de las poblaciones rurales y las pequeñas ciudades, padecían los estragos de la no pertenencia, de la no adhesión al tan ansiado y privilegiado clan que detentaba la exacerbada masculinidad promovida. No adecuarse, no

integrarse, significaba más que un desafío, representaba quedar expuesto a lo indecible.

no teníamos la libertad, ni el albedrío, ni mucho menos el criterio en ese momento para saber si era bueno o era malo. Intuíamos que debía ser malo, porque obviamente no lo comentabas. Y, por ejemplo, si jugábamos a juegos, pues los más grandes siempre querían estar detrás de mí, en los juegos que se agarran para aventar o que se sientan en la barda y yo siempre atrás de los más grandes y ellos y yo, una criatura, y pues no le podías dar lectura, pero a final de cuentas, te dejabas llevar, hasta el momento en que yo, todavía siendo un niño pequeño, los amigos de mis hermanos mayores, en el cine, en la matiné, se acercaban, y ya eran mayores, obviamente porque estaban totalmente ya con su vello púbico y me agarraban la mano a que yo les agarrara el pene y a mí se me hacía., ay, una cosa, curiosísima [risas], escarbar entre aquel mundanal de vello y darles el pene por ellos, porque ellos lo hacían, porque yo creo se notaba, se notaba que yo ya, pues que yo era un, era más bien una niña, no un niño (Mara, 74 años).

El colaborador representa lo descrito en párrafos anteriores, capturado en la vida y experiencia de un niño de la provincia mexicana de los años cincuenta. La ignorancia sobre la sexualidad y sobre el propio cuerpo, la precoz intuición y el miedo a lo desconocido conjuntados con la curiosidad nata del infante ávido por conocerse descubriendo a los otros, se articularon en una subjetividad cuya expresión de género hicieron objeto de abuso de adolescentes. La iniciación sexual de muchos infantes de aquellos tiempos, sobre todo de los que guardaban una expresión de género feminizada, iniciaba en forma intempestiva y forzada. Mara, al día de hoy, reconstruye estos episodios resignificando el hecho de fondo –abuso sexual– que el tiempo y la experiencia le hicieron concebirlo como un hecho fortuito que, al normalizado, pudiera ser visto parte del crecimiento.

a pesar de que en el siglo xx surgieron nuevas representaciones del sujeto homosexual, algunas de las cuales retomaron características “hipermasculinas” (corpulencia, abundante pilosidad, cuerpo atlético, entre otras) la representación del homosexual como transgresor de la masculinidad siguió vigente. A ello hay que añadir el hecho de que el sujeto homosexual en contextos rurales

no suele adquirir esas otras representaciones, sino que mantiene la del sujeto “afeminado”, es decir, se mantiene un orden binario de género en el que masculinidad y heterosexualidad son consideradas equivalentes (List en Guerra, 2019:167).

A mí me tocó de recién llegado [a Aguascalientes], recién habían restaurado la Catedral [...] te hablo de por ahí del noventa y seis [...] y yo entré a verla, y estaban en misa, y yo soy muy ateo, pero soy muy respetuoso de esos asuntos, estaban en misa, me salí, en lo que yo iba saliendo de Catedral, por la puerta que está de lado, que da al Teatro Morelos, vi un señor muy guapo, así con tipo de ranchero y así ganadero, con una esposa guapísima y unos niños preciosos, y yo lo vi y dije qué lindo gatito, y me salí, ¿no? [risa], mal ahí yo cruzado la puerta de Catedral, cuando me alcanzó, y no pues “¿qué qué haces”, y yo “pues andaba viendo, pero están en misa y me salí”, y me dice “¿y qué onda, jalas o no?”, y yo “¿qué onda?” [risa] y como lo vi la familia le dije, “pues sí, pero estás con la familia y pues...”, “si me das media hora, voy a dejar a mi esposa a mi casa y regreso”, y yo con mi morbo científico [risas] me esperé la media..., esperé cuarenta minutos, porque dentro de la ciencia puedes esperar hasta una hora. A los cuarenta minutos regresó. Un hombre con todos los cánones de la heterosexualidad, masculino, guapetón, ranchero, con su familia, fue y dejó a la esposa con los hijos y regresó (Rodolfo, 61 años).

La experiencia aquí referida no resulta extraña en un entorno como el de Aguascalientes al visibilizar los deslizamientos de la masculinidad hegemónica cuando se ejerce la sexualidad en contextos situados. Núñez Noriega desplegó el sentido productivo de los vínculos de intimidad entre varones, dejando al margen cómo se asumen identitariamente los sujetos. Así, su aportación ha sido que el hecho de que exista el sexo entre varones no necesariamente implica tengan que asumir una identidad sexual determinada como homosexual o gay, o que involucre tal orientación, así como tampoco condicionar un rol sexual preciso, como se confirma en la anécdota. En regiones donde la masculinidad se haya exacerbada y la cultura de género impone formas beligerantes, suelen manifestarse este tipo de dinámicas, como comprobé cuando efectué una investigación al interior del estado de Aguascalientes, en el municipio de Calvillo, donde estas prácticas no resultaban ajenas en dicho contexto.

En entrevista con Pavel Gaona en el 2018, el activista pionero Juan Jacobo Hernández recuerda la atmósfera de la época previa al surgimiento del Movimiento de Liberación Homosexual, a finales de los años setenta:

la homofobia y las agresiones eran vistas como la cosa más normal. Había una falta casi total de espacios dignos y vivíamos en la indefensión. Ojo: estábamos indefensos, ¡pero no mancos! No teníamos la defensa legal o cívica, pero teníamos la entereza de nuestras propias fuerzas. Fue así como después de varios años de trabajo interno salimos en el año 78 a marchar junto con los estudiantes (Gaona, 2025).

Explorar las masculinidades y homosexualidades en Ciudad de México a comienzos de los años ochenta contempla el ascenso del neoconservadurismo a nivel global y la pandemia de vih-sida. En aquel entonces, según List,

se establecieron ciertos modelos normativos de la masculinidad homosexual, que igualmente operaron a manera de definición de una homocultura, pero también como una forma de negar la existencia de ciertas marcas femeninas que pudieran irrumpir en la escena gay [...] por un lado, estaban surgiendo diversas subculturas gais que reivindicaban sus propias expresiones de género y que, al mismo tiempo, existía la pretensión de algunos de eliminar las representaciones del gay afeminado al considerarlo un modelo que resultaba homofóbico (List en Peralta, 2019: 126).

En el asunto de las representaciones gais de los años ochenta y noventa, que era más hacia el lado maricón de comedia y de burla, yo no las veía porque me eran muy desagradables estéticamente. Yo muchas cosas ni las entendía qué sucedía, ahora ya te puedo explicar qué pasaba, pero en ese momento, estéticamente me era muy desagradable. Entonces, ya no las veía. Sí me gusta [refiriéndose a lo unisex, lo andrógino y explorar su lado femenino], pero es más por un asunto de gusto, más que de lucha. Y en general sí he estado en parte, por una parte, más masculina, aunque soy muy amigo de las mujeres, la gran mayoría de mi mundo actualmente es femenino (Rodolfo, 61 años).

El participante reflexiona sobre cómo el género se ha verificado dentro de su vida, por un lado al aceptar tener opiniones sesgadas en el pasado y no del

todo informadas o conscientes al respecto –lo cual vino después–, y a partir de ello, tomar conciencia de su masculinidad sin dejar de reconocer la importancia de una vertiente femenina y de su actual cercanía con el sexo opuesto. El mundo femenino asociado a lo gay guarda significativas concomitancias a partir de un histórico estatus vulnerable compartido desde el feminismo y de una visibilidad siempre puesta en entredicho, lo que ha desencadenado en fructíferas alianzas, pese a la desafortunada corriente radical transexcluyente, en mediático ascenso en años recientes.

Intervengo subjetivamente a continuación con una anécdota de mi niñez en relación a la masculinidad. Recuerdo un episodio que visto en perspectiva me resulta avasallador por la violencia simbólica implicada. Es un ejemplo de los rituales perversos de la masculinidad hegemónica. Tenía aproximadamente diez, o máximo doce, años y vivía en mi lugar de origen, el entonces Distrito Federal, cuando mi madre me llevaba a la peluquería –en ese entonces no existían estéticas–. Sería 1972, y quizá hasta el 75, que esta práctica conformó el repertorio de mi arreglo personal. “A casquete corto”, señalaba firme mi madre al peluquero. Me dejaba y se iba en su auto a efectuar las compras del día para regresar por mí más tarde. Lo que mi madre nunca supo era lo que sucedía luego del silencio que imperaba cuando ella entraba al recinto a dejarme, donde había puros hombres, la mayoría de ellos maduros y adultos mayores. Al irse mi madre, la plática y el barullo regresaban, el peluquero me sentaba en el sillón para proceder al corte y antes de tomar tijeras abría un cajón junto a su tocador de donde sacaba ejemplares de las revistas *Playboy* y *Penthouse*, mismas que me daba. El sujeto lo hacía, intuyo, para según élirme instruyendo en las “cosas de hombres”, aquellas que deben gustarle a uno como varón.

Recuerdo innumerables sesiones, siempre incomodo, ajeno y desde entonces fuera de lugar y sin encajar con esos “señores” que hablaban con groserías y refiriéndose siempre a aventuras donde el alcohol, el sexo y las mujeres eran irremediables protagonistas. Para no sentir que agraviaba al peluquero, hojeaba esas revistas y me detenía cuando aparecían las fotografías a todo color de esas mujeres, completamente desnudas en posiciones vulgares. Aparentaba interés al verlas, pero por dentro sentía una mezcla de repulsión y vergüenza al observar esas imágenes. Recapacito ahora y siento impotencia al reparar en cómo esos sujetos pervertían a menores de edad, pues seguramente no era yo el único. La masculinidad y sus rituales de paso se hacían evidentes

conforme crecíamos los varones de mi generación. Sus arquetipos y mecanismos introyectaban imaginarios acerca del deber ser del varón dentro de una estructura machista, sexista y heteronormativa.

Para concluir el presente apartado, cierro con una interrogante sobre el machismo y la masculinidad cuando se atestiguan situaciones de homosocialidad entre varones de mayor edad: ¿por qué los varones que exaltan su masculinidad, cuando se embriagan, por lo general, terminan llorando o abrazándose entre sí con efusividad, enfatizando el contacto físico?

Procurando brindar posibles respuestas, me parece que cuando las emociones escapan y, en apariencia, se liberan –por la desinhibición que produce el alcohol–, se exacerban debido a su estado de represión, surgiendo una catarsis como desahogo que evidencia el aprisionamiento de “pretender” responder de forma permanente al ideal de masculinidad hegemónico, resultando que el individuo encarne un estado semejante al del niño abandonado y temeroso, ávido de consuelo y protección. Dada la coyuntura del México de los últimos cincuenta años, me parece que es el sentir de muchos varones homofóbicos, y de ahí su conflicto, temor y rechazo a reconocerse como sujetos vulnerables.

Retroalimentado por el colega Jorge Aldana, éste sostiene que la ebriedad da permiso a la olla de presión para “estallar”, mas no impide que vuelvan a acumularse tensiones, miedos y mandatos. “Estaba pedo” precede a “No hay pedo, cabrón” y a la brevedad resurge la presteza para encarnar masculinidad hegemónica so pena de ser castigado, señala Aldana, quien a su vez considera que no hay que perder de vista que las emociones remiten tanto a procesos individuales como sociales, lo que invita a abrir el análisis más allá de un núcleo acción-reacción no situado. Incluso, el alcohol no parece “liberar”, sino engañar, según Aldana. La fuga que genera es un artificio complejo con múltiples significados.

Familia y pareja: ciclo de vida generacional

la memoria es una casa desvencijada que los homosexuales transformamos en un paraíso perdido, como todo paraíso, donde la ficción de antiguas glorias trata de pasar por alto o, mejor, resignificar, el estigma y la violencia recibida.

Alejandro Modarelli

Inicio el apartado con dos reflexiones extraídas de los prólogos a la emblemática novela pre gay, *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* de Paolo Po, que aborda la historia de amor fallido entre dos jóvenes homosexuales de la capital del país durante la década de los años sesenta, tiempo de juventud de los colaboradores:

Jesús Godínez Pazos, señala que

para dos jóvenes que se inician en el mundo gay de los años 60 –y supongo que aplica a nuestra época–, sería difícil no emocionarse con los encuentros fortuitos y que se daban con tanta facilidad en un tiempo donde las enfermedades de transmisión sexual eran un cuento chino. Para los protagonistas de la novela amar implica la entrega absoluta de la voluntad, en una edad en donde la voluntad es la menos controlada. Al no poder controlar la propia voluntad y reconocer la incapacidad para controlar la del otro el único camino que sigue es: la huida. Los personajes huyen unos de otros intentando encontrar en una nueva relación aquello que no hallaron en la anterior (Godínez Pazos en Po, 2019: 27).

Encontrarse relativamente libre para el sexo y altamente cautivo para el amor, en simultáneo, producía que los sujetos se sintieran amordazados para pensar construir una relación amorosa entre iguales. La inmediatez del desfogue venía a traicionar, tarde o temprano, toda tentación por intentar replicar una versión homosexual de la pareja romántica heterosexual.

A su vez, Miguel Ángel Barrón Gavito, cuando presenta la obra de Po acerca de la trágica vivencia amorosa del protagonista, reflexiona sobre la importancia de los afectos en la novela y en la experiencia subjetivada de sus personajes,

plantear si el afecto de amor, no tiene una condición histórica tal como lo plantea Paolo Po en la novela; de ser así, la forma de amar de los diferentes adquiere plena vigencia dentro de las múltiples formas de amar en las sociedades occidentales de la segunda mitad del siglo xx, porque fue un amor que escapó a las configuraciones del deseo normalizador (Po, 2019: 30).

Barrón concluye su presentación destacando el aporte de la novela al afirmar que,

la angustia y la culpa por la que atraviesa el muchacho que soñaba en fantasmas no es más que el rechazo a la estrategia que construyeron los miles de homosexuales mexicanos durante la década de los años sesenta del siglo xx en la Ciudad de México para sobrevivir a un mundo que los avasallaba con un sistema sexo-género sin discusión y sí con su acatamiento absoluto. Pese a todas las restricciones, los homosexuales lograron en secreto, la realización del deseo y el goce homosexual, quizá también el amor (Po, 2019: 32).

La carencia de referentes y modelos afirmativos para construir relaciones de pareja consistentes y benévolas fue asunto vedado para estas generaciones. Su mayor reto consistió en la invención y descubrimiento, vía la experiencia, de una pedagogía erótico-afectiva que pudiera traspasar las estructuras heteronormativas para poder resignificar el amor desde la homosexualidad.

Complemento lo anterior trayendo a colación a un participante, para conocer cómo es que los homosexuales que vivieron su juventud durante la época de la novela citada, asumen hoy día, con base en su experiencia de vida, a sus repercusiones, los temas vinculados a los afectos y al amor:

Yo me siento muy sano emocionalmente, se acaba una relación, me dolerá y todo lo que tú quieras, pero se acabó. Yo siempre he pensado que cuando ya no te quieren, no te quieren, o a lo mejor te quieren, pero ya no quieren estar contigo, pues también, ¿qué vas a hacer? Te digo, esta seguridad que me fue dando el *ballet*, ya traía yo algo de natura [risa], pero esa fuerza que me fue dando el saberme capaz de hacer las cosas, esa fuerza interior, pues me ha ayudado que ahorita, en este momento, yo, físicamente y todo, yo me siento ahorita en mi mejor momento. Digo, me gusta lo que veo en el espejo (Rodolfo, 61 años).

Se pone aquí de manifiesto que Rodolfo se encuentra viviendo el inicio de su vejez a plenitud y con cierto regocijo. La mixtura de salud mental y física lo mantienen fortalecido, lo que atribuye resultado de su experiencia de vida y formación profesional –de *ballet* clásico–. La integridad defendida por encima de cualquier desventura, sobre todo del tipo afectivo y emocional, es una actitud constructiva que los varones adultos mayores homosexuales se hayan conminados a cultivar desde la experiencia narrada.

En cuanto al tópico familia, según refiere el sitio digital *El Clóset LGBT* en una de sus publicaciones (2020), existen patrones conductuales tipificados

que, adheridos a una personalidad específica, los varones homosexuales reproducen como parte de sus formas de socialización en el plano familiar. A continuación, reproduzco algunos fragmentos de un ejemplo, a fin de mostrar la descripción:

Los tíos gais tienen varias cualidades que son muy apreciadas por sus sobrinos. Es el más ‘alcahuete’ de todos los tíos. Consigue los mejores permisos para salir, enseña los mejores pasos de baile, ayuda con las tareas, siempre está de buen humor y da los mejores consejos. Saben de todo, de historia del arte, de moda, de deportes (a veces), de salud, de música (actual y pasada), conocen por su nombre todos los pasteles en cualquier menú de restaurante, nadie aconseja tomar mejor café ni mejores zapatos para ir de fiesta.

El tío gay es –mayoría de veces– guapo y bastante presumible con las amiguitas y las tías solteronas de las mismas. Huelen siempre bonito y son muy apapachadores [...] puede bailar como Michael Jackson o como Vitola con tal de hacer reír a sus sobrinos [...] También puede ser enérgico cuando observa mal crianza y malos modales. Defiende la autoridad paterna y maternal, y hace ver a los sobrinos que están fuera de lugar y que esa no es la manera correcta de actuar con sus padres [...] No adopta ni alquila vientres porque en sus sobrinos (as) sublima todo el amor que lleva por dentro y que le da motivos para sonreír siempre. Los padres están para educar, el tío gay para consentir (El Clóset, 2020).

Considero que este modelo deber-ser es acomodaticio, mezcla la figura del abuelo –por condescendencia, con una figura igualmente discriminadora de la “solterona”, estereotipo igualmente perverso– por el estatus de “forzada” soledad, con el rol de padre ausente o sustituto, pero finalmente machista, y en sí, de corrección política familiar, occidental, burguesa de tradición judeocristiana, resultando una apreciación de carácter capacitista y normativa, además de cosificada y heterosexista.

Se plasman, no intencionalmente, prejuicios evidentes –no son plausibles adopción ni subrogación de vientre materno– y falsas virtudes estereotipadas –dominio del baile, gastronomía, moda y arreglo personal– que delinean un perfil de sujeto que, además de cubrir roles que no le incumben, coartan su agencia al convertirlo en una fusión de niñera, profesor y cuidador. El que

figuras de parentesco como la del tío puedan voluntariamente ejercer ciertas prácticas y dinámicas dentro de sus procesos de socialización intrafamiliar, no significa su estandarización y menos aún su imposición como cualidades fijas e irreductibles so pretexto los benignos efectos consecuentemente integradores involucrados.

Cuando yo regresé aquí, que tenía entre treinta y cinco y cuarenta años, para mis sobrinos, yo era el tío sensacional, el tío con el que podían mal hablar de sus papás y no pasaba nada, el tío al que le podían comentar todas sus dudas de sexualidad, si se querían ir a echar una chela y sus papás no los dejaban. Y primero, que a mí no me asustaba y segundo, que yo sí los cuestionaba, en el aspecto, de “¿cómo para qué te quieres ir a emborrachar?, ¿quieres experimentar esto o es juntarte con la bolita de tus amigos, que quieres entrarle al asunto del alcohol por pertenecer?” Todo este tipo de cosas no me acomodaba en el lugar de los viejitos, y ahora menos (Rodolfo, 61 años).

Rodolfo, como casi todos los varones homosexuales en algún momento, vive la experiencia familiar de asumir la figura del “tío”, que como se apreció líneas arriba se haya enquistada en un estereotipo dócil, normado y servil a la heteronorma. Sin escapar a las lógicas que la condición gay antepone a dicha norma, Rodolfo logra salir del paso, sin alejarse demasiado del esquema restrictivo y disciplinario de la familia heterosexual, asumiendo con seriedad, responsabilidad y apertura el moldeado papel al confrontar e instruir a sus sobrinos en menesteres que conllevan el tránsito de madurez a la vida adulta.

Al fijar al sujeto homosexual y convertirlo en utilitaria expectativa para complacencia de necesidades familiares nucleares no cubiertas, o fallidamente cubiertas, se le convierte en el arquetipo del varón adulto mayor solo y homosexual. Es, dentro de un sector socioeconómico ciertamente privilegiado, la manera “decente” y encomiable de integrarse al núcleo familiar según el marco heteronormativo.

Huida y búsqueda de un porvenir

El concepto de sexilio, para Manolo Guzmán, alude “al proceso de aquellas personas que por su (homo) sexualidad, han tenido la necesidad de dejar sus

naciones de origen” (Guzmán, 1997: 210). Margovejo amplía que el sexilio opera también como el éxodo de un pueblo a otro, de una región a otra o de un barrio a otro en las grandes ciudades. Este exilio se presenta como posibilidad de sobrevivencia para los sujetos, alternativa política o estrategia personal que permite fincar el cambio, acceder a derechos, tomar elecciones, asumir autodeterminación, poseer libertad, ejercer la agencia e incluso una disidencia. Su contraparte se ve representada por la obediencia y la sumisión a la norma, la doble vida, la frustración y la pérdida del sentido de la vida misma (Domínguez, 2015: 203).

La noción implica escenarios de posibilidad y factibilidad en la vida de los sujetos, viendo direccionadas decisiones de vida en función de una condición sexualmente subalterna que impide el libre desarrollo de la personalidad, así como el ejercicio de derechos humanos y ciudadanos.

Era (y sigue siendo) muy común que las personas con orientaciones sexuales diferentes a la heterosexual, migraran a las grandes ciudades. Muchas veces en busca de anonimato para poder vivir acordes con su sexualidad, otras más, corridos de sus casas ante la incomprensión y el rechazo de sus familias de sangre. En estas ciudades, las personas de la diversidad encontraron refugio y generaron nuevos lazos afectivos con personas desconocidas, a quienes en muchos casos, adoptaron como familia... (Macías, 2020).

Las circunstancias que dan origen al sexilio comprenden indistintas manifestaciones de discriminación y exclusión que orillan a los sujetos, a replantear su destino y plan de vida a futuro o, en el peor de los casos, como el aludido, el irse, dado ha sido obligado sin dar tregua al negar tome una decisión desde su agencia como individuo.

Ya que nos vinimos a la Ciudad de México, como al año que llegamos allá, murió mi mamá, estábamos más preocupados por sobrevivir [risa] [...] yo era muy delgado, pero no tengo así un recuerdo específico de que me hayan atacado por ser amanerado, no me acuerdo. Y cuando iba a la mitad de la secundaria, que entré ya a la escuela de *ballet*, ya entré al paraíso [...] finalmente estaba en un medio muy protegido, y donde no era especialmente vulnerable al respecto. Sí oí, historias, sí me llegaban de refilón, de dos compañeros, no

me acuerdo sus nombres, que sí los molestaban, pero no era un medio especialmente violento (Rodolfo, 61 años).

La experiencia que Rodolfo vivió alrededor de distintas formas de discriminación está matizada por su formación y carrera profesional. Al haber elegido el *ballet*, una disciplina afirmativa *per se*, Rodolfo se encontró de alguna manera blindado contra manifestaciones de índole homofóbica, sin que ello eximiera quedar expuesto en lo restante de su cotidianidad. Ubicar su residencia en Ciudad de México fungió igualmente como paliativo para no quedar tan desprotegido; sin embargo, enfrentar a una edad pequeña la pérdida maternal deja una sensible huella que marca la vida del sujeto.

Una de las variables, y quizá la primera que surgió compartida e inevitable en cuanto a los perfiles de los participantes, fue que los cinco salieron de Aguascalientes durante alguna etapa de su vida, para vivir ya sea en otra ciudad o incluso país durante un tiempo considerable o significativo de su trayectoria de vida. Y aunque ninguno de los casos indica en forma explícita el sexilio como móvil de desplazamiento, sí coinciden en que migrar resultó definitivo para el rumbo que tomó su vida. Algunos, incluso, señalan que, respecto a su homosexualidad, salir de Aguascalientes marcó una diferencia radical para con la asunción, vivencia y visibilidad de la misma.

Es pertinente señalar que, independientemente de que los sujetos asumieran que en aquellas épocas el contexto en Aguascalientes era hostil con la existencia y manifestación de la homosexualidad, ello no eximió a que por desarrollo y proyección laboral y personal, en aquella época se impulsara que los varones –sin importar orientación sexual e identidad de género– contemplaran el éxodo a lugares que pudieran representarles dichas oportunidades, siendo Ciudad de México, entonces Distrito Federal, el lugar idóneo y predilecto para ello.

Vicente distingue, precisando las diferencias y las distancias existentes entre el entonces Distrito Federal y el resto del país, enfatizando en las ciudades pequeñas situadas en el centro, en el bajío, como Aguascalientes, cuando se habla de visibilidad, homosociabilidad y libertad para visibilizar y ejercer las sexualidades no normativas:

Es que era muy diferente la apertura que había allá a aquí. Aquí era muy limitado todo. Aquí todos a escondidas, que nadie se diera cuenta, o sea, lo más

oculto posible... todo. Y allá en México, pues como era una ciudad tan grande, ya era de cinco millones de habitantes. Cuando fueron las Olimpiadas era como de cinco o seis millones, la capital [...]. Eran las ciudades más grandes de Latinoamérica, excepto nada más Buenos Aires, era la que le ganaba. Pues yo, todo era más libremente, sí sabía yo de gente que era homosexual allá en México, que tenía sus parejas y todo y lo platicaban normal, pero pus también nosotros allá en México lo veíamos también como normal. Y más cuando íbamos a la Zona Rosa. A mí me tocó la Zona Rosa cuando era su época bonita. Cuando José Luis Cuevas la bautizó como Zona Rosa, no era ni roja ni blanca. Yo llevé mucha amistad con José Luis Cuevas [...] Era una época muy bonita de la Zona Rosa, todos andábamos, estudiantes, pseudointelectuales, como yo, pseudointelectual, siempre quise serlo, pero no lo era, ni lo he sido nunca. Artistas, pintores, escritores, andaba todo mundo mezclado en los cafés. Yo nomás iba a los cafés, no tenía dinero para ir a los centros nocturnos, que había muchos. Estaba lleno en esa época. Allí se presentaba Olga Breskin y otros. En los cafés era muy mezcladito entre lo bohemio y lo gay, ya en los años sesenta y ocho, sesenta y nueve, bastante mezcladito ya era. Mitad gay, mitad hetero. Se convivía bien (Vicente, 71 años, q.d.e.p.).

Vicente rememora sus años mozos de estudiante universitario en la UNAM, cuando residía en Ciudad de México como joven provinciano pudiente. Le tocaron épocas boyantes por el esplendor de la vida nocturna en lugares como la novel Zona Rosa. Fue afortunado y disfrutó, en la medida de sus circunstancias, de esos venturosos tiempos para algunos, como lo hace ver en su descripción. Codearse, de alguna forma, con la crema y nata de la intelectualidad y la bohemia de la época no era poca cosa, a pesar de su explícita modestia. En la capital mexicana posterior a la mitad de la década de los sesenta, poco antes de la matanza de Tlatelolco, se vivía cierta tolerancia a las manifestaciones de pluralidad y diversidad gracias a la naciente liberación sexual y a la irrupción de vanguardias artísticas y su incidencia social. El entonces Distrito Federal era una ciudad ávida para explorar, experimentar y probar lo lúdicamente posible, de lo cual Vicente vivió tibios atisbos, según recuerda, debido en parte a su seria personalidad y estricta formación.

Encuentros, afectos y parejas

En relación al registro de los procesos de emparejamiento que tienen lugar en varones homosexuales, al revisar las crónicas de vida de reconocidos personajes, varones nacidos a partir y entre las décadas de los 40, 50 y 60, realizadas por Guadalupe Loaeza y Antonio Beltrán –el conjunto compila una treintena de reseñas biográficas de personajes mexicanos–, predomina el modelo monogámico de pareja fija y estable, a veces abierta, pero en la mayoría de los casos, duradera y encausada para toda una vida o por lo menos a la mayor cantidad de tiempo posible, verificado en los casos que avalan la construcción de un proyecto de vida compartido.

Aunque estos personajes no representan una tendencia homologada del espectro homosexual de su tiempo, simbolizan lo que el ala activista progresista, así como la intelectualidad, solían articular dentro de los imaginarios e ideales de los varones homosexuales así posicionados, manifestando una constante bajo marcos normativos de género y sexualidad del contexto de la época.

En lo tocante a los colaboradores, esta variable se presenta como otro elemento común, al igual que la migración. Tres informantes mantuvieron durante su vida relaciones de pareja estables y de larga duración, siendo pocas y significativas. Asimismo, el papel que le otorgan en sus vidas a estas relaciones es relevante, ya que representó “cubrir” la esfera erótico-afectiva de sus vidas, lo cual reconocen no era factible de vislumbrar en su época y en el contexto en el que se desarrollaron.

Vicente describe cómo fueron sus relaciones de pareja, caracterizadas por ejercerse bajo condiciones ciertamente adversas, y evoca a quién considerara fue la pareja más importante de su vida, a la que más quiso, aun y cuando aclarar nunca vivió con ninguna de estas parejas.

... no se ha prestado, por el tipo de relaciones que tenía. “Y”, también es divorciado, igual que yo. Tiene sus hijos, ya es abuelo. “Z”, era soltero, él nunca se casó, vivía con las hermanas. No era posible que me fuera yo a vivir a la casa con las hermanas. Entonces nos veíamos más bien en la casita esa que te digo que tengo. He tenido también algunos *freers* que esos más bien no cuentan. Te digo de relaciones que llevan tiempo, que duraban meses o años. La de “Z” y la de “JM” son las más largas. Con “X” fueron diez años, y aguanté mucho, lo

aguanté mucho, porque yo fui el que tuve que ceder mucho. Era una relación fría, era difícil, y porque él esa apertura la aprovechaba demasiado, si me entiendes. Ya es *too much* y por eso terminó. Mi relación con todos ha seguido siendo muy buena. Sigo siendo amigo de todos. A excepción de “Z”, bueno, sigo siendo amigo desde el cielo, porque es un hombre que no lo olvido jamás. Lo menciono con mucho cariño. El más inteligente, un cerebro superior, superdotado. Me gustaba de todo, de físico, de forma de pensar, su educación, su forma de hablar. Era tan educado, tan correcto, se vestía de una manera moderna, pero tranquilo, muy limpio, limpio, limpio de corazón y limpio de cuerpo. Era un hombre muy guapo (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

En el caso de los dos participantes que no manifiestan haber sostenido relaciones duraderas y estables, Mara afirma haberlo deseado profundamente, pero que, por las circunstancias del contexto hostil y homofóbico que vivió, fue prácticamente imposible tenerlas; mientras que Ian se muestra esquivo y con resquemor al hablar sobre el tema, considerándolo algo prescindible, ya que estuvo casado con una mujer cisgénero de quien hubiera deseado seguir de no haberse divorciado, lo que no ha impedido se relacione con varones únicamente para encuentros sexuales.

A su vez, el tipo de parejas que entablaron, los que las tuvieron, se caracterizaron por presentar sensibles diferencias entre sus protagonistas, fuera de edad, siendo uno significativamente mayor que otro, el que alguno fuera extranjero o de un estado distinto a Aguascalientes, o que los niveles socioeconómicos o socioculturales no guardaran concomitancia alguna.

Vicente recuerda su primer pareja, ya maduro y recién divorciado:

Mi primer novio fue un chavito de dieciocho años. Yo, cuarenta, cuarenta y pico, ya estaba yo divorciado. Pues es que una señora me mandó a hacer un cuadro de un ángel, un ángel grande [...] y ya le dije a un amigo mío que tenía agencia de modelos [...] “sí, sí tengo uno, te va a caer muy bien, te va a cobrar barato”, fue por ahí del noventa y cuatro [...] entonces yo vivía en mi casa solo, ya me había separado de mi exmujer, y estaba posando el chamaco [...] y en eso me dice el muchacho, “oye, te veo muy triste, estás muy pensativo, por qué no te concentras en tu trabajo, no has pintado nada, mira, estoy viendo que es lo mismo que tenías ayer, algo que hayas avanzado, ya tengo aquí cuarenta y cinco minutos, no pues concéntrate, ¿qué te pasa?” [...] no sé si decirte que

ando en la depresión, estoy en un momento de tristeza, no te sé decir, algo me está pasando. Y se levanta, estaba posando él desnudo, se tapaba con una piera así, para que no se le viera, pero de todas maneras yo lo veía, si yo me movía tantito, lo veía, y se levanta y yo estaba sentado donde estaba dibujando y así él desnudo como estaba llega y me abraza por la espalda, entonces, ¿qué pasa?, que el muchacho se empieza a erectar y yo también, y me empieza a besar y “ya tranquilo, tranquilo que no sé qué”. Y me empieza a besar por aquí, por allá, por acá, todo de espaldas, ¡y yo ya estaba!, ya como dos, tres meses ¡de nada!, y pues ya, me despertó la fiera, y así fue como se dio la primera relación [...] y así fue como nos hicimos parejilla, como unos dos meses, hasta que un día, “¿sabes qué?, que nuestra relación ya se va a acabar”, “¿cómo?, ¿por qué, no estás a gusto?”, “no, es que toda mi familia y yo nos vamos a Estados Unidos [...] entonces ya me despido, porque en dos, tres días me voy, ya nada más tengo tiempo de hacer maletas” [...] y ahí se acabó todo. Pero fue la iniciación, fue muy notoria mi iniciación, por un chamaco (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

Conocer y otorgar sentido a estas historias, narradas desde la voz de sus protagonistas me remite a Foucault y su texto “De la amistad como forma de vida” al observar el heterogéneo campo de experiencia y origen que guardaban entre sí las parejas aludidas. Eran varones, como Foucault señalaba, que no mostraban en ocasiones signo aparente de compatibilidad, más que la igualdad de género, la atracción o el deseo por el igual, pero que además y al margen de ello, podían construir, a pesar de significativas y recurrentes diferencias de edad, clase, educación y contexto, relaciones y vínculos que promovían formas de involucramiento, convivencia y amistad de trascendencia.

La homosexualidad es una ocasión histórica para hacer surgir nuevas posibilidades afectivas y de relación, y no por las cualidades intrínsecas del homosexual sino por la posición, en cierto modo, “de través” que ocupa y porque las líneas diagonales que puede trazar en el tejido social permiten la aparición de esas posibilidades (Foucault, 2004).

Dentro de la diversidad sexual, la amistad es lazo político, mas su política es de subversión de las formas hegemónicas de lo afectivo y amoroso. Es posibilidad de subjetivación, un satélite de conformación familiar moderna, de ahí

que se le llame elegida. La amistad es, como dice Sofía Guggiari, una forma de ternura como fuerza erótica productora de vida.

Vuelvo con Vicente, quien relata cómo eran los contactos, las relaciones y los ligues entre los varones de su época en Aguascalientes capital; repara en la discrecionalidad y sigilo imperantes, a fin de evitar exponerse a riesgos que vieran amenazada su seguridad, y de ahí hasta tiempos más recientes, en donde aclara que la pluralidad ha diversificado las formas de homosocialidad.

Los referentes eran si se sabía que eran parte del grupo, tenías que saber primero, si no sabías ni para qué te involucrabas, como que a tontas y a locas... poquito, ¿eh?, [...] muy aventado, son casos que, si tú le dices a una persona, oye, ¿tú eres gay? se puede ofender, y otra, sí, sí soy, con toda naturalidad, pero otra se puede hasta enojar, aunque lo sea, si no lo es, pues con mayor razón se ofenden, yo nunca he preguntado. Yo he visto a las personas que se comportan como tal, o se desenvuelven en un ambiente tal, y ya, con eso ya no pregunto, lo que se ve no se pregunta. Y así es como yo he conocido a la gente, entonces así empezó a hacer amistad, y en ocasiones soy yo el que me he aventado, en ocasiones son ellos los que se han aventado, pero no hay nada escrito, no hay un patrón. Entonces, pues simplemente me dejo llevar por el momento, si la persona me agrada, me atrae, me dejo envolver. ¿por qué?, porque es deliberado, lo estoy deseando... ya nada más es decir, sí, sí acepto [risa], o ¿aceptas? (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

Para el caso de las biografías revisadas en los textos aludidos de Loaeza y Beltrán, mientras que unas parejas compartían directa o indirectamente el campo profesional o el activismo, otras eran de ámbitos y clases sociales distintas u opuestas; sumados quienes estaban fuera del clóset y quienes vivieron siempre dentro mientras duró la relación, tanto en lo individual como en pareja. Así, negociar y mantener una relación de lustros y hasta décadas vislumbra cómo el modelo monogámico heredado de la heteronorma que impulsa a mantener un vínculo idealmente hasta la muerte, mantiene vigencia y cobra relevancia, como es muestra de algunos casos, particularmente debido también al contexto del vih-sida.

¿Por qué los personajes, hoy adultos mayores y varios ya fallecidos, muchos de ellos emblemáticos representantes del conglomerado gay mexicano,

han persistido durante su vida por encontrar y mantener una relación de pareja estable y duradera? La respuesta no es simple y motiva a la reflexión.

Dentro de las alocuciones que plasma Braulio Peralta en su texto a manera de crónica *Otros nombres del arcoíris*, se alude con talante algo determinista el efecto temporal que atraviesa y encausa la vida de los sujetos según la cohorte generacional de pertenencia, siendo así que "... era comprensible su actitud. José había nacido en 1945 y Bernardo en 1955. Bernardo sí confesó a sus padres que era homosexual; José, jamás. Bernardo participó en el movimiento gay, desde los setenta. José, no. Los tiempos marcan nuestras vidas" (Peralta, 2017: 21).

Las memorias se hacen presentes, se recapitulan momentos, situaciones, y en sí, la vida de un época que caracterizó y definió nuestro presente:

Deambula la nostalgia de los setenta, sin bares, con fiestas particulares en casas de las amigas impares; idas y venidas por las calles para tomar el pesero y llegar a la cita preferida; reuniones en cafeterías aderezadas con joterías y manos alicaídas; los que juntos emprendieron la aventura de abandonar el hogar y rentar un cuartito de azotea para vivir su amor eterno fuera de todo prejuicio; aventureros a los que jamás les pasó por la cabeza el mal del sida: tiempos que no volverán (Peralta, 2017: 41).

Rubén Mettini hace remembranza de los inicios de la década de los años setenta en su natal Buenos Aires y apela a la matriz cultural que, menciona, lo puso en común con México:

Cuando Reinaldo Arenas, Manuel Puig o Malva hablan de sus relaciones, el amante es siempre un heterosexual. No consiguen imaginar una pareja con otro como ellos. Otro entendido no les despierta deseo. Entre nosotros la mentalidad había cambiado. No solo queríamos mantener relaciones con otros homosexuales, sino que además, soñábamos con amar a esa persona, crear una pareja [...] Nosotros teníamos por primera vez la opción de meternos a la cama con nuestro amante, desearnos, y quizás dormir juntos abrazados" (Mettini en Peralta, 2019: 178).

Dicha memoria es retroalimentada por otro argentino, Alejandro Morelli, quien complementa citando que, por aquellas épocas, "había toda una

pedagogía dentro de las brigadas de moralidad para conocer las técnicas de levante callejero y los intersticios del enredo homosexual” (Modarelli en Peralta, 2019: 187).

Yo pertenezco al mundo, al desarrollo, al universo de que deberías de tener relaciones, pero con heterosexuales... ¡jamás con unos de tus mismos! Yo recuerdo que fue un escándalo cuando un famoso estilista en Aguascalientes tuvo uno de sus primeros amantes, y fue un amante que era conocido. ¡Ay, no!, te llamaban tortillera, y te gritaban y eras el hazme reír de “las demás”. No te lo podían aceptar, una cosa que debería haber sido lo más natural y eso es lo que nos hubieran inculcado [...] tenían que ser chicos, que, al son de las copas, accedieran, o al son del momento, accedieran [...] pues te lo tenías que callar, verdad. Obviamente, estoy hablando de mis primeros años de juventud, de los dieciocho, veinte años. No, no tenías... eras como una especie de bacinica de los señores, verdad, se echaban su escupida y adiós, y uno tan feliz, tan encantado de la vida “ay, ya me lo eché”, qué tontería, pero, en fin, y no podías tener una relación francamente así (Mara, 74 años).

Resulta emblemático que, cuando se remonta a su juventud temprana en Aguascalientes, Mara refiera ahora con asombro que era impensable en ese entonces concebir relaciones homoeróticas o afectivas entre varones homosexuales. Y es porque precisamente hablamos de la época, referida párrafos arriba, en la que las nociones patologizadas acerca de la homosexualidad privaban en los imaginarios sociales, tanto en poblaciones hetero como homosexuales. La matriz heterosexual que determina un continuo inamovible entre sexo-género-deseo y práctica, establecía que, si un varón sentía atracción sexual por otro varón, era porque de alguna manera se asumía y consideraba mujer, además por el rol sexual implicado, necesariamente pasivo dentro de la relación. Es así que el género, demarcando roles y estereotipos normativos y restrictivos imponía una forma de ser hombre y una forma de ser mujer bajo expeditas condiciones culturales, sociales y sexuales, sin dar opción a variación alguna. El sujeto vivió estos tiempos, introyectó estos saberes prejuiciados y ello lo condujo a experimentar una sexualidad culposa, reprimida e insatisfactoria. Eran tiempos donde en México al homosexual se le trataba, de parte de algunos varones supuestamente heterosexuales, como un enfermo,

como un degenerado que, por lo mismo, merecía ser tratado con odio, y cuando mucho, como objeto sexual de segunda mano, para usar y tirar.

Religión. Pecado, culpa y castigo

Inicio el presente aparatado con Vicente, quien da cuenta del marco religioso que guardaba el esquema formativo familiar tradicional del Aguascalientes de la época:

me obligaban a ser más religioso, porque mi abuela era muy religiosa, y porque estuve en puros colegios católicos de particulares, que siempre son de religiosos, de sacerdotes, de monjas, incluso. Entonces, te obligaban que, a confesarte, a rezar, y rezábamos ahí en la clase, a las doce el ave maría y todo lo que se acostumbraba, pero yo nomas lo rezaba como como ver llover y no mojarse (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

Aunque se declaraba católico, Vicente no se asumía practicante y sí crítico para con la institución eclesiástica, básicamente por su radical y maniquea posición ante la sexualidad. Para la generación de jóvenes como Vicente, de origen familiar tradicional y cierto renombre en el Aguascalientes de los cincuenta, era impensable conducirse bajo principios distintos a los preceptos católicos. La formación católica institucionalizada, ineludible por aquel entonces en jóvenes de sectores acomodados, coartaba la agencia al encapsularlos fuera de la realidad bajo el dogma religioso.

Asimismo, el siguiente testimonio de Mara es representativo del acecho que significaba reconocerse diferente bajo el escrutinio y censura persecutores que significaban los preceptos de la Iglesia para con manifestaciones, visibles o no, distintas a la heteronorma.

... y obviamente, al provenir yo de una familia de maestros con una reciedumbre en la religión y todo esto, pues ya cuando vas creciendo, en la espantosa adolescencia y, no se diga la pubertad, pues cómo te persiguen las cuestiones de la Iglesia con las cuestiones de tus preferencias. Yo recuerdo perfectamente que a mí me decían ahí en el sagrario está el niño dios, está ahí atrapado por tus pecados. La Iglesia te la metían con calzador, era terrible, ¡terrible!

el significado del infierno era una cosa espantosa que me persiguió toda mi adolescencia y mi pubertad sin darme posibilidad de explayarme ni de desear ni de conocer, sino que todo era pecado y el infierno era una cosa espantosa y nos decían en aquellas pláticas que era así, una cosa si fin que no se acababa nunca y un tormento de fuego. ¡Jesús!, qué cosa tan terrible ser un niño con preferencias sexuales diferentes, con gustos, si no preferencias sexuales, a esa edad, con un gusto distinto (Mara, 74 años).

Afirma hooks que “la vergüenza por las ofensas sufridas tiene a menudo su origen en la infancia. Y es justamente en la niñez cuando muchas personas aprenden por primera vez que guardar silencio sobre su dolor es una virtud” (hooks, 2022: 247), siendo que muchos introyectarán desde la infancia temprana sentimientos de culpa y dolor que significaban sentirse distinto a los otros niños, pues en esa etapa es imposible entender por qué y en qué consiste esa diferencia, simplemente se siente, se percibe desde adentro que no se es como el resto.

Por otro lado, y al igual que algunos de sus contemporáneos, los menos, Vicente resistió integrarse al conjunto de preceptos y prácticas que implicaba dicha adhesión, pues los referentes socioculturales con los que se formó, lo allegaron de visiones distintas al contexto que le rodeaba y limitaba.

Nunca fui muy religioso. Nunca me importó ser demasiado religioso, porque yo sabía que las personas buenas no necesitaban ser religiosas para ser buenas, y hasta la fecha lo sigo sosteniendo [...] creo en dios, y así como que rezas y todo eso, pues no, la verdad, no. Nomás sí pienso en dios, sí, de vez en cuando sí le digo, ay dios gracias por la vida, pero eso para mí a solas, el decir eso ya para mí, esa palabrita, ya oré (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

Para los estudiosos y académicos, señala Domínguez, existen variados niveles de sexualidad que se hayan ocultos en gran parte de Latinoamérica,

donde salir del clóset es algo que se reserva para un sector privilegiado de gays [...] los latinoamericanos homosexuales, al ser gay [...] generalmente deben de abandonar la Iglesia católica [...] y romper con su familia nuclear, la cual puede entenderse como una extensión de la iglesia en su papel de creadora y ejecutora de los códigos morales (Domínguez, 2019: 147).

Sin embargo, los participantes coinciden en que la ciudad capital del Aguascalientes de la época guardaba un sigilo sistemático, instaurado desde la familia y auspiciado por la Iglesia, con aquellas manifestaciones que pudieran contravenir los mandatos heteronormativos, así como los códigos morales católicos respecto a la sexualidad de cualquier joven varón, imponiendo que fueran reprimidos o ignorados. De ahí que, paradójicamente, según dan cuenta los colaboradores, algunos jóvenes que no cumplían con el canon hegemónico optaran, como refugio y a la vez salvoconducto, por tomar el camino de integrarse formalmente a la misma Iglesia que los condenaba, para desde dentro, sobrevivir a su condición y eventualmente ejercer su sexualidad, aunque fuera dentro de la mayor discrecionalidad o clandestinidad. Desde los años sesenta y setenta, la institución de la Iglesia católica en Aguascalientes, quizá al igual que otras regiones del país igualmente homofóbicas y de gran arraigo religioso, fungió, y probablemente lo siga siendo, como un reducto factible que jóvenes homosexuales encontraron como salida para sobrellevar su condición dentro de un contexto social homofóbico.

De esta manera, desde los claroscuros institucionales, desde la infranqueable condición de privilegio, los sujetos podían sentirse seguros, protegidos y sin amenaza, más allá de la que la simulación y el silencio imponía desde el poder clerical. Cabe mencionar que ninguno de los colaboradores tomó la decisión arriba descrita, pero sí llegaron informalmente a integrarse a las lógicas eclesiásticas que pugnaban por cooptar varones adolescentes, fuera para ser acólitos, acudir al catecismo o pertenecer al coro, en muchas ocasiones impuestas desde la familia, pero que a la vez jugaron un rol importante al proporcionarles sus primeros escarceos con la sexualidad y confrontarlos al respecto dadas las condiciones arriba señaladas.

Yo siendo preparado para mi primera comunión y en mi primera confesión, estando sentado con el sacerdote, en la parte de enfrente, porque los lados eran para mujeres y hombres, y delante los niños, el padre me bajó el cierre, siendo yo un niño de siete, ocho años, y metía sus dedos para jugar, yo todo asustadísimo, y obviamente no decías nada. Estabas en esa situación tan terrible de que sí te gustaba. Y ahora yo digo, ay, pues yo le hubiera agarrado al padre [risas], pues sí, yo sí, pero no, si el padre hizo eso, y mientras los niños querían meter su pitillo atrás, el padre tocándome, qué cosa en mi mente, siendo yo ¡un niño!... (Mara, 74 años).

Aunque Mara, sin dejar de sorprenderse y asumirse víctima infantil del abuso sexual sacerdotal, quizá para mitigar la zozobra vivida, procura hacer camuflaje del daño proferido a su integridad infantil al frivolar una “hipotética” reacción al suceso; sin embargo, la gravedad sobrepasa cualquier intento por dar un sentido menos oneroso. Era un niño y fue ultrajado.

Vicente, al igual que otros varones homosexuales de la época, atestiguó durante su niñez y pubertad el rol intimidante del escrutinio, la vigilancia y frecuente acoso clerical que permeaba en Aguascalientes:

... me fui dando cuenta de la hipocresía de algunas situaciones, de algunas personas que están dentro de la iglesia o, aun de personas que no siendo parte activa de la iglesia son personas falsas... sí, no, es mucha hipocresía... entonces fui yo saliendo, saliendo, saliendo, y más cuando ya tuve mis primeros alumnos sacerdotes, todos eran gais, uy, bonita cosa. ¿Cómo están pregonando que ellos tienen que estar en la pureza? en la pureza más que nada para poder orar y dar la comunión y dar la misa, tienen que estar completamente puros y sin pecar. No sé cuál sea la palabra, pero al menos me doy a entender, ¿no? entonces dije, éstos nomás andan viendo en dónde pecan, bueno, lo que es pecado para ellos. Todavía no lo entendía yo muy bien que era pecar o no pecar, entonces, ¿qué onda? ¿se confiesan unos con otros o qué?, como le harán para poder..., y dije no, esto no se me hace muy derecho (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

Cierro el apartado con una contrastante referencia a lo anterior que representa una realidad que opera dentro de la subjetividad de las poblaciones adultas mayores, incluidas las gais y homosexuales. Me refiero al ejercicio y en sí a las prácticas religiosas por conductos institucionales que prescribe la Iglesia católica, es decir, que con el advenimiento de la edad se tiende a fortalecer la vida espiritual mediante estas prácticas, de las que no son ajenos, por paradójico que pueda parecer, los varones homosexuales, como es el caso de Jafet, quien ha guardado un profundo arraigo religioso a lo largo de su vida –catequista durante muchos años–, vigente en la actualidad; además del contexto que Aguascalientes guarda al respecto.

Al respecto, recupero a Felipe Vázquez Palacios, quien define el concepto de prácticas religiosas, “como un capital simbólico en donde se encuentran experiencias objetivas y subjetivas sustentadas en la fe en Dios, que se han acumulado en creencias, modos y estilos de vida, dando significado y sentido a

la existencia” (Vázquez, 2015: 136). Vázquez considera que, para los adultos mayores, las prácticas religiosas constituyen una posibilidad para gestionar otras alternativas con las cuales lidiar ante las problemáticas inherentes a su condición, así como para brindarles nuevas formas de elucidar y entender el entorno que les rodea.

Las prácticas religiosas viven actualmente una transición en donde, partiendo del catolicismo, se han abierto a otras religiones cuyos preceptos encausan hacia formas de vida alternas, fungiendo como paliativo para las consecuencias de la enfermedad, la soledad y la depresión, incluso la muerte, reforzando la identidad, autoestima e interacción social durante la vejez (Vázquez, 2015: 137-138).

El porno. Placentero y culposo

Incluyo el tema de la pornografía en razón a que la generación a la que pertenecen los participantes creció bajo concepciones peyorativas alrededor del placer y el deseo sexual dentro de la sexualidad enmarcadas en el prejuicio del pecado. Ello conduce a precisar el tránsito conceptual que ha experimentado esta vertiente del deseo cuando se cruza cronológicamente con elementos como el VIH-sida, la mercadotecnia, las industrias culturales y las tecnologías de la información.

la pornografía cumple dos funciones sociales. Por un lado, sirve para moldear el deseo erótico de una sociedad concreta en un tiempo dado, de igual modo en que lo hacen la publicidad, los video-clips musicales o el cine generalista. La pornografía influye en el proceso de construcción social del deseo erótico. Pero, en segundo lugar, la pornografía también refleja las tendencias eróticas de una sociedad dada. Si se toma la pornografía como un indicador adecuado de las transformaciones que ha experimentado el deseo erótico gay en los últimos años, resulta que el semen ha pasado de tener una posición periférica a ser central y relevante (Guasch y Lizardo, 2017: 201).

Esto significa que la pornografía funge como un termómetro social que calibra el eros, permitiendo con ello prospectar cómo afecta y se afecta a sí misma a partir de la verificación y registro de sus distintas trayectorias y

transformaciones vía prácticas. Un ejemplo sería, recuperando nuevamente a Guasch y Lizardo,

durante décadas, el porno gay se utilizó para socializar el uso del preservativo. Pero desde hace quince años, el *bareback* (follar a pelo) se ha vuelto hegemónico en la pornografía gay, con la correlativa influencia en las prácticas sexuales reales. A ello hay que añadir la profilaxis de preexposición (PREP) al VIH, que consiste en el uso de antirretrovirales antes del intercurso sexual para evitar la infección (Guasch y Lizardo, 2017: 201).

Estas y otras prácticas sexuales, además de una serie de recursos eventualmente agregados –sustancias psicotrópicas y afrodisiacas, juguetes sexuales, etc.– se han interiorizado en el imaginario de los sujetos adeptos a estas experiencias, en función de su exposición como contenidos característicos de la pornografía gay.

Mi noción sobre la pornografía es que la gratificación a una necesidad psico y fisiológica se convierte en rito socializado de carácter dual: gregario y a la vez individual e íntimo, que soslaya los impedimentos y prejuicios que acerca de la sexualidad se ciernen sobre los varones: ante la puesta en escena del rito erótico los sujetos evidencian, en paralelo, las contradicciones intrínsecas del acto concupiscente, yuxtaponiendo deseo y placer con prohibición y transgresión.

Considero que el móvil que fundamenta la búsqueda por visualizar el rito erótico responde al deseo por vivir la fantasía ideal –misma que probablemente no se discierne con suficiente claridad–, tornando imposible la consumación del estado ideal de placer por esta vía, convirtiéndose en utopía.

Alegóricamente, sería el caso de los refrescos que, de facto –por su azucarada fórmula– se sabe que jamás quitarán la sed, pero ello no impide que tanto marcas como consumidores –bajo implícito e inconsciente acuerdo– mantengan vivo y legítimo el deseo por el refresco ideal “quita sed”, mismo que como nunca llegará, no logrará saciar, manteniendo vigente la inalcanzable promesa. Me parece que sucede algo similar con la pornografía. La fantasía se queda en eso, en una fantasía perenne que al no ser plenamente satisfecha torna al individuo en asiduo consumidor e incluso en casos extremos, ciertamente en adicto.

Es así que, integrada a los procesos sociales: inestables y discontinuos, pero reversibles, la pornografía descansa, a la vez que se tensa sobre la base

cíclica del tiempo. Es causa-efecto de las mutaciones que la historia de la sexualidad registra, atestiguando las inflexiones que entretejen miedos y deseos con frustraciones y expectativas humanas.

Es importante considerar que, para las generaciones de varones homosexuales mexicanos de mediados del siglo veinte, la pornografía, fuera de contenido homosexual o heterosexual, significó para muchos el vehículo catalizador con el que podían desplegar su deseo erótico, dadas las condiciones que obstaculizaban la socialización entre iguales. Así, lo que ahora se consume mediante ilimitadas páginas de video en internet, tiempo atrás lo fue solo a través de revistas importadas y publicaciones que, si bien no pornográficas, de fisicoculturismo, por ejemplo, mostraban cuerpos masculinos estéticos y semidesnudos.

Alternativamente, algunos sujetos contaban, en función de la clase, con el poder adquisitivo para importar *View Masters* con contenidos pornográficos de Norteamérica y los países bajos. Esto constituyó el “menú visual” que nutrió a muchos varones homosexuales hoy adultos mayores en Ciudad de México y en Aguascalientes. Su tamiz prohibido y moralmente condenado, proveyeron una condición pecaminosa cuya secrecía para quienes lo consumían, no impidió que dejara de fungir como un referente que demarcó no solo su experiencia masturbatoria, sino parte importante de la constitución de su identidad sexual, cultivando el deseo homoerótico.

Recuerdo las primeras veces en que sujetos de mi generación, hoy en la sexta década, lidiábamos con nosotros mismos en conflicto interno para atrevernos a pedir la revista *Macho Tips*, luego *Del Otro Lado* y más adelante *Hermes* en los puestos de revistas de la calle, aun y cuando era la capital del país y había mayor apertura que en provincia. Era un reto, era osado comprar y tener estas revistas, un desafío que vuelto acción marcaba nuestra subjetividad sin darnos cuenta de lo que significaba.

Hoy, como sexagenario y en retrospectiva, percibo que era reconocerse, sumarse al sentirse agregado, adentrarse por vez primera, en muchos casos, a ese “otro” erotismo, a esa otra realidad que empezaba a ser compartida, discutida y reflexionada mediante esas páginas; a tener un registro, un testimonio escrito que hablara y diera voz a lo que sentíamos, buscábamos y necesitábamos. Así, en cada una de estas revistas, en cada fotografía exhibida, en cada narrativa vertida y declaración recuperada, hay testimonios que recogen aquellos días, aquellas memorias, pero, sobre todo, esos tiempos que, en sus

respectivos contextos y particular tránsito, dictaron bases y sentaron raíces de lo que hoy somos y del lugar social que ocupamos y representamos.

Salud: cuidado y autocuidado. Más allá de sobrevivir

Se suele considerar que la vejez se manifiesta orgánica y fisiológicamente cuando inicia un proceso gradual de deterioro físico. Los conocidos “achagues de la edad” generan trayectorias cuya continuidad trae consigo desafíos para la salud, quizá desconocidos hasta ese momento por el sujeto. Este deterioro manifiesto a través del surgimiento de una serie de enfermedades, conlleva una impronta psicológica de peso significativo, cuyo efecto más común puede ser la depresión y un posterior aislamiento impregnado de soledad.

La vejez es más un estado mental al que se llega cuando en cierto sentido se ha perdido la “perspectiva de la vida”. En épocas pasadas, según testimonios de allegados y del personal de cuidado de abuelas y abuelos, los adultos mayores heterosexuales que habían formado una pareja con quien habían llegado a la tercera edad, solían “seguirse” en su deceso, en función quizás de la fuerza de la costumbre y del desamparo ante la ausencia del otro. Quien quedaba solía cuestionarse si tenía algún sentido seguir viviendo cuando se era dependiente, vulnerable y ahora se encontraba sola o solo. En el caso que se me expuso, sus protagonistas literalmente se abandonaron por voluntad propia, dejando de ingerir alimentos para acelerar su deterioro y en consecuencia dar paso a su muerte, lo que en argot se denomina “dejarse morir”. Este autoabandono lo justificaban en razón de no representar una carga para sus hijos; en no dañar la vida y dinámica familiar de los que quedaban, fungiendo como un acto solidario de desprendimiento.

Este tipo de resoluciones pudiera parecer que resultan ajenas a varones adultos mayores homosexuales, ya que por lo general no poseen familiares que vean por ellos cuando llegan a la tercera edad; sin embargo, para ellos y para las y los solteros o viudos heterosexuales, llegado este momento de decisión, optan por refugiarse y vivir con amistades en condiciones similares, permanecer sola o solo hasta que el final arribe de manera natural, o bien –y es aquí donde surge una opción que pudiera escindirse avocada en específico a la realidad sexodiversa–, la resolución emparentada con la eutanasia o suicidio

asistido a partir de métodos artificiales que por agenciamiento el sujeto decide suministrarse, señalado anteriormente.

Podría sorprender la cantidad de personas LGBTIQ+ que manifiestan apoyar esta postura, argumentando que una vez llegados a una edad en que no pudieran valerse por sí mismos y viviendo solos, la alternativa sería privarse de la vida –solución que puede ser leída como suicidio aún y cuando las circunstancias particulares de cada caso demanden matizar dicha atribución–.

Refiero al respecto a Vázquez, quien resalta que

se están dando transformaciones en las estructuras familiares y en los sistemas de valores tradicionales con el consecuente cambio de actitud ante el cuidado y la atención hacia las personas añosas, observándose cómo la familia ya en poco suple las necesidades de apoyo más esenciales, dejando a los sectores envejecidos en una situación de fragilidad, indefensión, vulnerabilidad y exclusión, que insta a los ancianos a buscar nuevas alternativas para autocuidarse y apoyarse en redes sociales... (Vázquez, 2015: 137).

Las redes sociales a las que alude Vázquez son redes de cuidado que precisamente en tiempos recientes han cobrando relevancia, y cada vez más necesaria intervención, sobre todo, dentro de poblaciones pertenecientes a la diversidad sexual, como abordaré adelante.

En adultos mayores, es casi como la adolescencia, entre que tus relaciones sociales empiezan a deteriorarse o te empiezan a segregar o no sé qué, para los que les es muy importante ese tipo de relaciones, la aceptación, sí les pesa y o se murieron sus amigos, o se murió la gente que está a tú alrededor, es muy fácil que le entren a las adicciones (Rodolfo, 61 años).

El tránsito gradual e irremediable que presenta esta etapa ante la descendiente escalada de sociabilidad es el primer indicio que los sujetos experimentan con la pérdida de los primeros amigos. Análogamente al teatro, fungiría como la primera llamada dentro del montaje que representa la obra del final de la vida. La segunda llamada sería el arribo de enfermedades, enmarcando el preámbulo para la tercera y última, a manera de desenlace, el final y a la vez inicio de otro plano existencial; matizando que cada momento

puede y debiera ser vivido con dignidad, respeto e incluso conformidad y satisfacción, revirtiendo la malsana fatalidad comúnmente asociada.

A continuación, me parece pertinente y necesario incluir la crónica a una exposición que considero aporta elementos alrededor del edadismo, la discriminación, la salud y el cuidado dentro del contexto gay urbano capitalino del sector medio a alto, segmento compartido y contexto al que han pertenecido varios de los colaboradores de la investigación:

En el programa “El Taller de los Martes” que semanalmente se presenta en la librería Somos Voces en Ciudad de México, que produce y transmite en sus redes sociales la organización Archivos y Memorias Diversas, A.C., dirigida por el antropólogo Alonso Hernández, se dedicó la sesión del 28 de marzo del 2023 al tema “Envejecer como hombre gay de la generación eternamente joven”, teniendo como invitado al activista y promotor cultural Alfonso Macías, quien desde su experiencia, generación y época, abordó una narrativa que visibilizó elementos de subjetivación gay en varones adultos mayores, y quien meses después falleciera, siendo esta quizá su última aparición y aportación en un medio de comunicación.

Macías aludió, en palabras del antropólogo y activista pionero Xavier Lizárraga, también ya fallecido y presente durante la sesión, a un “fui, un soy y un nosotros”. Macías se refirió a la época de los setentas y ochentas, aludiendo a algunos de los factores culturales que la conformaron, citando ejemplos de películas, música, teatro, poesía y literatura, entre otros; y donde resaltó, hubo pérdidas de súbito por la aparición del VIH-sida, y ganancias en otros sentidos: “una vez que estos hombres sobrevivieron a dicha pandemia, se consideraron, además de sobrevivientes, indestructibles, y lo demostraron emprendiendo retos de índole tanto personal como colectiva, en el ámbito del deporte y la salud, entre otros”, aun y cuando el estilo de vida imperante en aquellos tiempos no era del todo benigno –vida nocturna, antros, bares, humo, alcohol, etc.–. Según Macías, en años recientes, a quienes ya traían enfermedades o comorbilidades, el covid-19 les vino a afectar en forma singular. “Perdimos a muchos, sobre todo a los que eran mayores y ya padecían, por ejemplo, del corazón, entre otras enfermedades crónicas”.

“Estar enfermo, al borde de la muerte, deja reflexiones profundas sobre la razón o no para seguir existiendo” enfatiza Macías. Para él, los *boomers* ya no somos nada, no servimos para nada, nuestra experiencia, nuestro conocimiento, nuestro mensaje, no sirve para nada, porque no tenemos todas las

certificaciones al respecto. Todo lo “*boomer*” queda automáticamente descartado por estar en desuso. Nosotros, como personas, ya no servimos para absolutamente nada. Tenemos una enorme falta de trabajo y oportunidades laborales. Hemos sido desplazados por las nuevas generaciones porque se intuye que no sabemos hacer muchas de las cosas que nosotros mismos inventamos, por ejemplo, la computadora que es de nuestra generación. Hemos sido desplazados por generaciones nuevas y sobrecalificadas. La tecnología nos rebasó porque hubo un bombardeo de mensajes diciendo que como generación no seríamos capaces de controlar aquello que nosotros inventamos.

La alusión de Macías coloca en el centro el tema de la “caducidad humana” resultado del edadismo en tiempos de culto a la juventud, el cuerpo y el consumo que ya he señalado. La generación de Macías se encontró con un desfase que el cambio tecnológico impulsó cuando la madurez de estos hombres quedó confrontada por sus sucedáneos, individuos tecnificados, adecuados y alienados a las corrientes neoliberales que les conformaron. El tener que “justificar” la existencia en términos de vigencia coloca a los sujetos en diatriba con su experiencia subjetiva. El valor humano, desde esta perspectiva, se determina en función a una temporalidad acotada por supuestos excluyentes, así como bajo estigmatización de la edad.

Continúa Macías al remitirse al trato y condición que a los adultos mayores se suele someter,

por otro lado, las autoridades insisten en que no debemos de vivir solos. Yo acabo de sacar mi credencial de viejito, porque ya cumplí sesenta años, cosa que me hace muy feliz porque me hacen descuentos y cosas. Y entonces, ahí te dan una charla bastante absurda, y de las cosas que te dicen es que “ustedes no pueden vivir solos, ¿qué tal que se caen?, ¿cómo van a cocinar?”, y cosas así. Han llegado muchos mensajes de este tipo, entonces, la exigencia es que vivas siempre con un familiar, subrayado familiar, un familiar sin importar su edad, cercanía u lo que sea, mientras se aporte el dato de su CURP para efectos de registro; eso es lo verdaderamente importante, que quede para el sistema. Y algo que es muy obvio es el trato que recibimos las personas que somos adultos mayores, es que se dirigen a nosotros con lástima, con desprecio o con diminutivos.

Resaltó el activista la dependencia en la vivencia humana, el estado de vulnerabilidad que se fija a la condición *per se* de vejez. Aquí, el “atributo” de la vejez es un estado indeseable, débil y desacreditado, se torna estigma. Por tanto, el sujeto que pasa a formar parte, que lo vive, es asumido como un sujeto incapaz, un ser que no puede valerse por sí mismo y que en lo sucesivo requerirá de alguien para subsistir; ser “carga” para la familia, de haberla y contar con ella.

Macías se posicionó al respecto,

¿Cuál es mi propuesta en este caso?, que creo que es muy importante, de auto-protección para conservar la independencia. Esto es muy importante porque es cierto que no somos los de antes, es cierto que no hemos cambiado tanto [...] necesitamos generar algo que yo llamo círculos o grupos de apoyo primario. Esto es un grupo de personas que conocen nuestros pormenores de salud y pueden comunicarse entre ellos. Son también grupos o círculos de contención. La idea es generar un directorio de personas allegadas que idealmente esté compuesto de amistades y de médicos que conozcan el expediente personal de la persona. La idea es que puedan tener contacto, no que se hablen. Que se pueda tener un grupo de unas cinco personas que puedan eventualmente sacar de un apuro. Y, por otro lado, tener grupos de amigos que puedan escucharnos sin juicios y sin opiniones, y viceversa. No se necesita dar una opinión, basta con escuchar y saber cómo está el otro. El escuchar dará la pauta a tomar o no decisiones, hablar con gente. En los hospitales se debe de nombrar una persona que tome decisiones por nosotros. Y aquí es muy importante porque el personal médico, sobre todo cuando ya pintamos canas, los médicos no se van a dirigir a nosotros, se van a dirigir a la persona que nos acompañe. Gente que pueda entender quiénes somos, qué hacemos, cuáles son nuestros gustos, cuáles son nuestras preferencias, gente que en un momento dado pueda tomar la decisión de desconectarnos, estoy hablando de gente que se atreva a tomar la decisión que nosotros hayamos decidido. Nuestras decisiones al respecto tienen que ser respetadas y la gente, nuestra gente lo tiene que saber.

El sensible punto que Macías expuso y advirtió es que para los varones homosexuales adultos mayores resulta factible llegar solos a la vejez y, por tanto, carecer de familia o pareja convencional que pueda ejercer el papel de asistencia y compañía, siendo reconocidos formalmente, cuando se enfrenten

problemas de salud e incluso una situación cercana a la muerte. Compartir y delegar decisiones con una familia alternativa resulta tarea por demás compleja, además de ubicarse limitada ante políticas y reglamentaciones del protocolo médico que no operan en nuestro país, caso de muerte asistida o eutanasia. Lo relevante que Macías propuso es la conformación de grupos y redes de apoyo entre amigos, a fin de abonar para el logro de una vejez y muerte digna, bajo cobijo y solidaridad resultado de una fraternidad entre pares en condición y edad.

Envejecer es otra cosa, envejecer, repito, no es la arruga, no es la cara, es la silla de ruedas, creo que es muy importante poder entenderlo, y poder entender que como generación estamos siendo desplazados, y que tenemos que tener nuestros propios espacios para vivir, para expresarnos. Salir de la ciudad, y comprarse unas hectáreas y formar una bonita comunidad con gente mayor. Podemos trabajar desde casa, ahora que es más fácil, hay muchas oportunidades. Pero tenemos que pensar que nosotros cada vez valemos menos para la sociedad, como individuos y como generación (Macías, 2022).

La posibilidad, frente a la probabilidad, de un futuro saludable, edificante y digno para la vivencia de la vejez, es lo que Macías pretendió interiorizar en quienes integramos estas generaciones. La consigna parte de la autogestión, de asumir la responsabilidad para planear, prever y actuar en consecuencia. Nada fácil para muchos, quizá para la mayoría, en función de las necesidades y recursos, sobre todo económicos, implicados, pero finalmente logra hacer eco de la imperiosa necesidad de ver a futuro por nosotros, desde nosotros y con nosotros, alentando al rescate del principio de comunidad, como fue su deseo.

El fantasma del VIH-sida

Es pertinente recordar que el VIH-sida cambió el escenario y la realidad para el colectivo gay mundial y con él también al mexicano, Osorno hace un análisis de sus efectos inmediatos al recordarlo:

Todo esto llegó en un muy mal momento para la comunidad gay. Había terminado una especie de edad de oro que duró desde 1978, cuando la gente salió

a marchar a las calles, hasta 1982, cuando el llamado Partido Revolucionario de los Trabajadores lanzó por primera vez en la historia a dos candidatos gay [...]. A partir de estos sucesos, toda la visibilidad lograda, los espacios en los medios, las pequeñas victorias en la batalla cultural, todos los esfuerzos de los años anteriores, se desmoronaron por la presión de conflictos internos provocados por rigidez ideológica y por un sectarismo sin fin en el gobierno. Estaban tan ideologizados, que muchos activistas pensaban que el sida era un invento del gobierno de Ronald Reagan. Sólo cambiaron de opinión cuando sus amigos –o ellos mismos– regresaban de laboratorio con las pruebas que marcaban positivo (Osorno, 2014: 135).

Se considera que la generación que actualmente se compone de varones homosexuales de edad mayor a sesenta años, somos sobrevivientes, y en realidad lo somos de la pandemia del VIH-sida, dado nos tocó el inicio y su epítome de muerte. Me refiero a la generación cuya juventud se vivió durante los ochenta.

El hecho de que el adulto mayor sexualmente diverso tenga alguna enfermedad crónica degenerativa que pudiera limitar sus capacidades, o bien, ser portador de VIH o padecer sida y sus posibles complicaciones, los hace mayormente propensos a ser hechos a un lado por la sociedad y por las personas que posiblemente pudieran estar a su cargo en una casa hogar o asilo, que generalmente tampoco cuentan con la cultura suficiente para tratar adecuadamente al adulto mayor LGBTIQ+ sin que existan barreras discriminatorias (Hectórin. Soy Homosensual).

La doctora Patterson de Argentina, expone el doble estigma del sujeto, ser mayor y el VIH, que combinados pueden incluso afectar a la persona al grado de llegar al suicidio. La problemática versa también sobre los prejuicios,

el mito sobre los adultos mayores, que no tienen sexualidad cala hondo en la persona que se infectó, que también tenía las mismas ideas con respecto a los demás. Eso deja al paciente sumido en una gran depresión y dificulta muchas veces la adherencia al tratamiento. He tenido pacientes que se han suicidado porque no han soportado la idea de tener VIH y eran personas adultas mayores (De la Barreda, 2018).

Del otro lado del mundo, en España, la doctora Fátima Brañas recuerda:

el primer diagnóstico de VIH en el país, se produjo hace casi 40 años, pero los fármacos modernos salieron al mercado hace 23. A los que se contagiaron antes de esta fecha se les llamó “supervivientes” [...] en este tipo de pacientes las enfermedades relacionadas con la vejez empiezan a surgir con unos 15 años de antelación, a partir de los 50, por el impacto que el virus ha provocado en el sistema inmunológico del afectado (2019).

Breñas aclara que la lucha contra el VIH tuvo distintas fases:

La primera era simplemente sobrevivir. Después tuvimos que analizar la alta toxicidad de los primeros fármacos y, ahora, nos estamos centrando más en las enfermedades asociadas a la edad en este tipo concreto de pacientes [...] en España, más de la mitad de los usuarios que conviven con VIH tienen más de cincuenta años y alrededor de un 40% tiene más de 65 [...] otra particularidad típica [...] es la denominada “fragilidad”, un concepto utilizado en el ámbito de la geriatría para definir a los pacientes de mayor edad que, pese a no padecer todavía ninguna patología seria, son susceptibles de empeorar rápidamente ante cualquier complicación (Brañas, 2019).

El factor VIH-sida provoca la dupla salud-estigma para los sujetos. La problemática se caracteriza por la carencia de una adecuación médica hacia la enfermedad y a los sujetos que viven con VIH, representando un desafío médico histórico por las condiciones actuales de los pacientes de tercera edad infectados y sus problemáticas particulares, así como el que las poblaciones sexodiversas consideradas de riesgo se tornan cada vez más vulnerables, asumiendo un rol de “conejos de indias” dentro de esta nueva coyuntura demográfica de la enfermedad; lo que provoca aislamiento, depresión y desinformación en los sujetos y en sí, un problema actitudinal acerca de cómo llevar la enfermedad sin evitar el encierro.

Las personas que llegan a los 60 años sabiendo su condición de positivos suelen respetar los tratamientos e incorporarlos en la rutina, aunque algunos se aíslan socialmente. Son la primera generación que fue prueba viviente de las drogas desarrolladas. Porque el VIH envejece. La otra cara de la misma moneda: crece

la transmisión en la vejez y allí suele ganar la depresión y la desinformación (De la Barrera, 2018).

Para Xavier Lizarraga, quien vivió en carne propia las vicisitudes de la pandemia al perder a un sinnúmero de amigos, colegas y compañeros cercanos,

el sida fue, sin duda, un fenómeno polivalente: fracturó familias, relaciones afectivas y sociales, perturbó políticas de Estado y presupuestos, aceleró nuevos protocolos de investigación provocando la cancelación de otros, dio numerosas notas a los medios de comunicación, atrajo voluntarios de la sociedad civil, sirvió de recurso patéticamente humorístico en programas de radio, televisión y centros nocturnos, desvió de sus programas originales el hacer sexopolítico homosexual y reavivó la homofobia (Lizarraga, 2012: 211).

El hecho que la esperanza de vida haya incrementado en los portadores del virus ha generado una disminución en la percepción del riesgo en las poblaciones de varones homosexuales. Y si a ello aunamos que en los enfermos permea desatención por el estigma –se les asume población medicamente descartada que genera diagnóstico nulo por desconocimiento e invisibilidad–, a la par de la disposición y adhesión al tratamiento de parte de los afectados dentro de la conciencia de la responsabilidad del yo enfermo, la problemática aumenta y se diversifica por distintos ejes.

A mediados del 2021, la Organización de las Naciones Unidas puso de manifiesto lo que será una nueva estrategia para enfrentar al VIH-sida en los años venideros. A través de la misma, coloca a la pandemia como una de sus prioridades dado que

a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XXI, uno de los mayores compromisos en materia de salud ha sido el poner fin a la pandemia de VIH y de sida en el planeta para 2030. Por este motivo, se han propuesto varias estrategias de salud pública, se ha establecido un Objetivo de Desarrollo Sostenible específico y se han realizado revisiones constantes a las estadísticas y los resultados obtenidos por los programas nacionales de atención al VIH para corroborar los avances o detectar las insuficiencias (Letra S, 2021).

Es necesario considerar que, recuperando a Guasch y a Lizardo,

hoy en día, el modo en que las generaciones gays contemporáneas se piensan a sí mismas tiene poco que ver con el mito heroico de los homosexuales combatiendo el sida, y de la lucha política por la emancipación del colectivo LGBTQ+. Entre otras razones porque el edismo (la discriminación de los homosexuales mayores) bloquea la tradición y transmisión de la historia oral comunitaria y favorece errores y desaciertos (tanto personales como colectivos) en torno de las prácticas sexuales seguras (Guasch, 2017: 208).

Esta pérdida de memoria histórica alrededor de la mortandad que aquejó al colectivo de los años noventa pareciera que hoy se diluye y termina por minimizar sus efectos. Los varones de aquellos tiempos vivieron sus años álgidos de juventud atemorizados por el proceso que la pandemia suscitaba en lo personal y social, en la medida que eran consecuentes al “padecimiento”. Por tanto, durante aquellos años, ejercer la sexualidad como varón homosexual redundaba en acto temerario que colocaba a los sujetos en posición vulnerable y estigmatizada. En nuestro país, los que sobrevivieron, de menos vieron morir a bastantes amigos, parejas y conocidos. Según memorias de activistas, hubo una época en la que no había día que no se diera aviso del deceso de alguien cercano dentro de la comunidad.

Cuerpo: ¿compañero revertido en “enemigo”?

Sibilia sostiene que actualmente vivimos un momento histórico donde la expansión cuantitativa y cualitativa de la vida se ha visto posibilitada como nunca antes, lo cual, sin embargo, no logra evitar que la población mundial esté envejeciendo.

Los increíbles avances tecnocientíficos de las últimas décadas no dejan de desafiar los límites que tradicionalmente constreñían a los cuerpos humanos, disminuyendo tanto la morbilidad como la mortalidad [...] Una miríada de productos y servicios y para conservar la juventud es lo que ofrecen la mercadología, la tecno-ciencia y los discursos mediáticos. Se subraya, sobre todo, su capacidad de ayudar a las víctimas de esa biopolítica imperfecta a disimular los

inevitables destrozos que tal fiera despiadada –la vejez– aún se empecina en imprimir en el aspecto físico de cada uno (Sibilia, 2017).

Y este discurso, impuesto como verdad absoluta, carece de contrapesos que neutralicen el efecto monopólico de lo que Sibilia denomina el “mito cientificista”; de ahí la contundencia de su efectividad.

Como respuesta a la insurrección del cuerpo, esclarece aún Foucault, encontramos una nueva embestida que no tiene más la forma del control-represión sino la del control-estimulación. Varias décadas después de esos desplazamientos y sus consecuentes reacomodos todavía creemos en ese mito del cuerpo juvenil como un valioso capital. Esa creencia, que vislumbra una concentración triunfal de ese capital corporal en la capacidad de exhibir una imagen joven, delgada y feliz, es de las más robustas –y tiránicas– de nuestra época (Sibilia, 2017).

En *El amor imberbe*, Mauricio List trabajó con jóvenes varones que establecían vínculos erótico-afectivos con varones maduros, con significativas diferencias de edad, siendo en ocasiones de tercera edad. Sus hallazgos resultan inéditos por los estereotipos que desmonta de las concepciones sobre los varones gais maduros y la condición jerárquica de asimetría que pareciera que mantienen en sus relaciones con alguien menor, lo cual List cuestiona al desmentir una aparente condición de vulnerabilidad en los jóvenes.

Sobre el atractivo o no que pueda aún despertar un varón maduro en sujetos de menor edad, List afirma:

...he encontrado dos razones fundamentales que los mueven a buscar a los adultos: uno es el deseo [...] para estos chicos, un sujeto atractivo tiene otras características: cuerpos robustos, velludos, fuertes y con una apariencia inequívoca de la edad. Cabe destacar que existen ciertos imaginarios que suelen identificar ese aspecto corporal con una expresión de masculinidad [...] el otro aspecto tiene que ver con la experiencia, la madurez, el equilibrio y la protección. Relacionarse con un hombre maduro, suponen ellos, les permitirá una mayor estabilidad y confianza [...] muchos chicos con los que platiqué eran oriundos de poblaciones más o menos pequeñas, en donde la percepción

del riesgo a ser descubierto es muy alta, y por tanto los procesos de ligue, encuentro y emparejamiento suelen ser más complejos (List, 2010: 193).

La sexualidad no tiene caducidad, y aunque en ocasiones cuerpo, fisiología y salud pareciera que se confabulan para actuar en contra, los adultos mayores mantienen despierto ese deseo. Para los participantes, en general, no resultaron ajenas estas dinámicas que, atravesadas por la interseccionalidad, por factores de edad y clase, colocan a los sujetos bajo cierto privilegio que facilita entablar relaciones social y demográficamente asimétricas, pero finalmente de conveniencia mutua, y donde en ocasiones la centralidad del sexo define su lógica. El estereotipo varón maduro con joven es reelaborado según las circunstancias que cada sujeto adapta durante su vida.

Si quieres te lo presento, te paso el contacto [risas] [...] cuando venía a ayudarme en algo de la casa, ya que acababa, yo luego le decía “quítate esa ropa sucia y maloliente, báñate, báñate conmigo y me restriegas la espalda”, y él hacía todo lo que yo le pedía. Deberías ver qué bonito cuerpo tenía, sus piernas bonitas, su espalda bonita, todo su cuerpo bonito, bien, todo él bien puesto [...] luego lo dejé de ver, esa cosa que llaman “cristal”. Eso ya no me pareció, se me hizo arriesgado y corté las visitas pretextando otros asuntos; yo ya no puedo, mira, tengo las operaciones, el cáncer [...] yo ya no estoy para esas cosas [risas] (Jafet, 77 años).

El cineasta canadiense Bruce La Bruce realizó en 2014 una película independiente titulada *Gerontofilia*, que versa sobre el vínculo erótico afectivo contraído entre un joven de 18 años y un adulto mayor de color, a instancias del primero, a la par que el joven mantiene una relación con una joven cisgénero contemporánea en edad. La cinta retrata con originalidad y sutileza el insurrecto, pero genuino interés que despierta el anciano en el joven, estableciendo una relación afectiva, enamorándose el chico del individuo mayor y sosteniendo relaciones sexuales con él.

La intención de La Bruce puede interpretarse como una forma cultural de resistencia y subversión para con la visibilidad de relaciones abyectas que están estigmatizadas. Abordar el tema trae consigo reconfigurar los imaginarios simbólicos alrededor de las relaciones humanas, lo cual no deja exento al filme de controversia ante crítica y audiencias. La capitalización del deseo,

afectos y emociones entre seres opuestos en trayectorias de vida, semejan la complejidad de enfrentar parámetros interseccionales que interpelan nuevas posibilidades de relacionarse al abrir reductos inexplorados.

En la película, el joven protagonista es aficionado a dibujar a lápiz, lo que hace con destreza. Una vez que entabla relación con el adulto mayor comenzará a dibujarlo desnudo sin que éste se dé cuenta mientras duerme en su cuarto de hospital, sumando una buena cantidad bocetos y guardándolos con recelo. Su novia los descubrirá y lo confrontará ante su filia, terminando por aceptarla e incluso instando al joven a profundizar en la relación que mantiene con el varón de tercera edad.

Destaco que los dibujos del joven resignifican las concepciones tradicionales sobre el cuerpo viejo –donde se suelen resaltar arrugas, pliegues, flacidez y demás–, pues lo representa de manera que luce plácido, sensual y erotizado. Una nueva lectura al cuerpo del adulto mayor generada mediante la reinterpretación que del deseo homoerótico hace un joven que se excita al ver a este sujeto y al volcar esa imagen sobre papel.

Hace un par de años, me ligó un muchachito, veinteañero, del grupo de aplicación, y ya yo le dije, a mí personalmente no me gusta la gente muy joven, ya muy joven son como de cincuenta [risas], yo ya le había dicho que así, románticamente, no me interesaba, pero que sí podíamos platicar, entonces me invitó un café, y fuimos a una cafetería de aquí del centro [...] él estaba en el plano de ligador, entonces, él me invitó, “a, pus oral”, y cuando vio que yo no iba a picar el anzuelo, le dije “pero es que no eres tú, no me gusta la gente joven, ni cuando tenía tu edad” [...] y sí como que se molestó un poco [...] y empezó a llevar la plática como de “estás muy mayor”, y yo “no me ofende lo que me digas y entiendo que me lo quieras decir ahorita porque no funcionó tu seducción, pero depende de qué lado lo veas, a lo mejor para ti te parezco un hombre muy mayor; y no eres tú, todos los de tú generación, para mí les hace falta plática, les hace falta temas de plática”, medio se molestó, y ya dejamos de..., y terminó bien, y cada quien pa su lado. Tiempo después me volvió a contactar y me dice “estuve pensando en lo que me dijiste... y creo que sí tienes razón, las cosas que a ti te interesan yo no tengo ni idea” (Rodolfo, 61 años).

La experiencia con sujetos de edad menor a la suya ha sido singular según lo compartido; contrario a muchos homosexuales de edad, Rodolfo no

siente atracción por los varones jóvenes. Su argumento alude a priorizar a la persona, la personalidad y básicamente al contenido que podría llegar a tener la relación, contrario de lo común en estos casos, que remite exclusivamente al cuerpo, al atractivo físico y a las dotes sexuales del potencial compañero. Rodolfo muestra incluso cierta animadversión hacia estos chicos al confrontarlos desde su experiencia, a sabiendas saldrá victorioso de la situación, tal como sucedió con la anécdota compartida. La mostrada aquí, es otra cara de la realidad erótica que vive el varón homosexual adulto mayor, que rompe sensiblemente con un estereotipo altamente esparcido. De ahí que resulte interesante reparar en ella y sus implicaciones.

Vejez gay y mercado: ficción, trampa y engaño

Traigo a discusión el controvertido tema del mercado rosa o *pink market*, del cual yo mismo sucumbí a la tentación al efectuar una investigación pionera en Aguascalientes en el año 2004. La trascendencia del mercado rosa radica en que ubicó y permitió encumbrar, por primera vez en la historia del mundo contemporáneo, a la población del conglomerado gay masculino como una suerte de poderosa economía, altamente lucrativa y atractiva de explorar, resultando dentro de este ámbito superior a la heterosexual.

La consecuente reacción favoreció a que el capital se apropiara de la entonces emergente cultura gay en los países occidentales, saturando de estrategias avocadas al consumo y transformando el espíritu comunitario que definió en sus orígenes al movimiento, al menos en Europa y los Estados Unidos, para convertir lo gay en un aspiracional y privilegiado estilo de vida caracterizado por el hedonismo. Los efectos los conocemos y hemos padecido hasta la actualidad su incólume a la vez que excluyente embate.

Aterrizando su enfoque a los adultos mayores homosexuales, es decir, el entrecruce *grey marketing* y *pink market*, la mezcla funge como extensión que direcciona en favor de un segmento alterno, valiéndose de la experiencia acumulada de décadas de fecundo éxito. El engaño-promesa se asume ahora más dirigido y, por tanto, diferenciado, especializado, *ad hoc* cual traje a la medida de las necesidades detectadas entre quienes cuentan con recursos, tiempo y salud para adecuarse al idealizado modelo.

A continuación, expongo las propuestas de dos referencias y posicionamientos mercadotécnicos especializados en nichos de mercado.

En Ciudad de México, la Agencia de Investigación de Mercados De la Riva Group, señala que el denominado *grey market* (mercado gris o de tercera edad) se encuentra un tanto olvidado y desvalorizado, lo que califica incomprendible al tratarse de un segmento que posee atributos de atractivo como el de contar con mayor tiempo libre al convencional, así como poder adquisitivo. Esto anterior surge en consecuencia de considerar las estadísticas que favorecen el aumento significativo de esta población, lo que conlleva a reparar en sus particulares necesidades y hábitos de consumo específicos (Rodríguez, 2018).

Jorge Gómez, director de cuenta de la consultora Kantar Worldpanel, describe a los integrantes del “mercado gris” como “los nuevos *seniors*: personas muy activas, con más tiempo para dedicarse al disfrute personal y al entretenimiento, y con tendencias hacia los productos *premium*, así como a las expectativas de buena salud y calidad de vida” (Rodríguez, 2018).

Las marcas que les hablan son generalmente para ofrecerles pañales para adultos, medicamentos, exámenes de laboratorio... productos más propios de estereotipos [...] las marcas deberían dejar de “esconder en una caja” a los integrantes del *grey market* únicamente porque “ya traspasaron una edad”, y darles el lugar que se merecen, ya que es uno de los segmentos que más gasta, de los que más dedica tiempo a revisar etiquetas, en pensar en qué y cómo van a consumir los productos. Si no se acercan a ellos ya, lo van a tener muy complicado en el mediano o largo plazo. Subirse a tendencias fuera de tiempo no funciona (Rodríguez, 2018).

Resulta evidente que estos mercadólogos se refieren, al situarlo en México, a un acotado segmento poblacional urbano, a adultos mayores de nivel socioeconómico medio alto y alto, a sujetos que son, además de saludables y sanos, individuos que han llegado a la tercera edad con prosperidad en prácticamente todos los frentes.

El mercado se torna, por tanto, explícitamente selectivo y, en consecuencia, excluyente y clasista. Las lógicas del capital se hacen patentes en la medida que los sujetos que no alcanzan a cubrir el perfil deseado, quedan en automático descartados y, por ende, marginados, precarizados y discriminados. El valor mercantilizado del sujeto adulto mayor reside, por tanto, en su poder ad-

quisitivo, su estatus social y posición aspiracional, además de en un favorable estado de salud. Atender las necesidades que no se inscriban en estos parámetros y son consideradas estereotípicas de una condición que lejos de resultar lucrativa se perciben desventajosas, resultan mercantilmente inoperantes.

El mercado contribuye a dinamitar procesos de exclusión social que invisibilizan y oprimen a la mayoría de los sujetos adultos mayores, en la medida que las visiones y estrategias que son ideadas para explorarlos y abordarlos se reducen a un segmento que en términos de representatividad resulta poco relevante, pero que bajo la lógica económica imperante se asume atractivo de acuerdo a su rentabilidad, es decir, las denominadas minorías significativas.

En una reflexión que cuestionaba el trasfondo de los esfuerzos gubernamentales efectuados en Ciudad de México para combatir la homofobia, en concreto mediante el lanzamiento de campañas de comunicación en el año 2017, el reportero Rodrigo Castillo Aguilar increpaba que CONAPRED, responsable de la campaña social, sustentara la pertinencia de la inclusión de las poblaciones LGBTIQ+ con base en los beneficios que genera en la derrama económica.

El periodista aludía a que a pesar de que la campaña era presentada como un vehículo para combatir prejuicios hacia la población LGBTIQ+,

en la práctica se parte de un estereotipo bastante extendido en la actualidad. Para el sistema capitalista de consumo [...] existen en tanto consumen y actúan según los cánones establecidos por dicho sistema [...] el gay que pretenda tener un lugar en este mundo capitalista debe poseer para ser... en la práctica real, el sistema capitalista no se encuentra ni mínimamente preocupado por acabar con la homofobia y violencia contra dicha comunidad... no existe el interés por modificar las estructuras de relación y repartición de la riqueza que abonan a la existencia de una distinción entre quienes tienen el derecho de ser y quienes no. [...] En un clima de desprecio y rechazo a lo no alineado (dentro y fuera de la “comunidad LGBT+I”) el sistema capitalista ofrece una alternativa “de inclusión” en espacios de consumo donde los eternamente excluidos pueden ahora gozar de un lugar para garantizar su existencia. Claro, siempre y cuando consuman” (Castillo, 2017).

Es pertinente recordar, asimismo, que, visto en retrospectiva, este “atracó” a la causa se debió a que:

en gran medida y en forma inconsciente, con el sida también se fortalecieron dos tendencias que dieron un nuevo sentido, más que una nueva dirección, a las vivencias homosexuales entre los hombres gais (no solo en México) [...]: un exagerado culto al cuerpo y un creciente predominio de lo que podemos calificar como efebocracia o poder monopolizante de la juventud (Lizarraga, 2012: 224).

Por otro lado, y dentro del amplio espectro de saber que Michael Foucault aportó al conocimiento, está la vertiente poco conocida de analista económico, que abordó en torno al neoliberalismo en unos de sus cursos en el Colegio de Francia en 1979, y del cual da cuenta Eric Aeschmann: "... con un increíble sentido de anticipación, reveló que el verdadero proyecto de esta corriente no era liberar al pueblo sino imponer una forma de vida guiada por la tiranía del mercado y la disciplina presupuestaria" (Bellver, 2014). Así, Foucault vaticinaba en su visionaria aproximación, las consecuencias biopolíticas de la corriente macroeconómica que ha venido sometiendo al mundo occidental desde el siglo pasado.

Para cerrar el apartado, y referente a otro mercado, en este caso el laboral, Rodolfo responde si, en su época, la mayoría de los homosexuales estaban en el clóset, y quiénes eran los que estaban visibles, a partir de su inserción o no en un mercado laboral afirmativo e incluyente, como lo es el medio del espectáculo:

Yo creo que lo siguen estando ahora [en el clóset]. Los visibles son los que se dedican al espectáculo. Tienes la "concesión", y tienes también la agencia, o sea, el poder, primero porque puedes decir que lo hago por espectáculo, en el teatro todo se vale, parte de, y es un medio donde no es raro que todas esas cosas que tenemos ahorita de Dragas y todo se esté dando dentro del espectáculo. Y la validación se está dando a través de los medios de espectáculo, no se está dando en las escuelas, no se está dando en los trabajos, no se está dando en la ciencia (Rodolfo, 61 años).

Rodolfo está consciente del privilegio y las consabidas bondades que obtuvo durante su vida y aún en la actualidad que se mantiene laboralmente activo gracias a la profesión que escogió –la del *ballet*– que, como los otros medios que menciona, vinculados directamente al mundo del arte y el espectáculo, proporcionan un sano y productivo blindaje a los sujetos sexodiversos

que se insertan en él. La apertura e inclusión expeditas que este mundo ha ofrecido históricamente a la diversidad sexual representa una prerrogativa diferenciadora de relevancia para el conglomerado LGBTIQ+ mundial.

Clóset y vejez gay. Diatribas de un comienzo sin final

Con sus consecuencias en cuanto a soledad y aislamiento, parto de la premisa que, dependiendo de la vivencia que el individuo haya experimentado durante su vida es como llegará a la vejez, como efecto de las etapas anteriores. La invisibilidad, la desigualdad y representación en cuanto a edad e identidad de los sujetos se complejiza en la medida que, al acercarse a desentrañar las historias de vida, se observa que algunos han vivido dobles vidas.

El psicoterapeuta Humberto Payno sostiene que:

la forma de llegar a la vejez es en gran medida la consecuencia de cómo hemos vivido cada una de las etapas de la vida, incluyendo desde la vida intrauterina, neonatal, adolescencia y adulta misma. Es la vida en donde se vive y se confronta desde el vehículo genético del cuerpo que nos da la forma física de “respirar para vivir”, hasta con los aprendizajes, creencias, seguridades adquiridas, estructura ética de la vida, formas y estilos de interactuar con el mundo y consigo mismo (Payno, 2019).

En el caso de las generaciones de los participantes, se llegan a manifestar casos como el referido a continuación:

las historias de descubrimiento homosexual [...] a veces están más vinculadas al ahora o nunca o a la experiencia fallida, a una llamada tardía [...] hablamos de esas personas que no tienen que confesar su homosexualidad ante sus padres, sino ante sus hijos. Que no tienen que dar explicaciones a sus compañeros de clase sino a sus esposas y amigos [...] parece que tienen que justificar al mundo el engaño que vivieron hasta el momento y empezar de cero una nueva vida. La de verdad. Dar una oportunidad tardía a la autenticidad [...] muchos ven cierto patetismo en este “destape” sexual del homosexual tardío “en busca del tiempo perdido” [...] una persona que sale del armario con mediana edad todavía tiene cierta sensación de rejuvenecimiento, por mucho que

esto tenga un efecto algo patético en la mirada del otro o se interprete como que la vida anterior fue arrojada a la basura en la nueva etapa (Anodis, 2021).

Problematizando el clóset en el adulto mayor gay

Introduzco el presente apartado con una definición sobre el clóset que articula Javier Sáez desde el enfoque biopolítico de Foucault, que da cuenta precisa de sus aristas, elementos e implicaciones:

un régimen político que afecta, regula y debilita poblaciones, que colabora a la consolidación de la heterosexualidad obligatoria en un sentido político, y que genera identidades y prácticas en un nivel colectivo: binarismos [...], e identidades y expresiones de género [...] dentro de circuitos de dominación patriarcal y cis-heterosexista, marcados también por la racialización, el colonialismo y las relaciones de clase (Sáez, 2024: 58).

Observo dos disyuntivas del clóset identitario en la vejez homosexual verificadas a manera de reacciones subjetivas atravesadas por la temporalidad, dada la implicación que tiene la etapa de vida alcanzada y la respuesta ante ese estadio que aparece durante el ciclo de vida. Una primera, se manifiesta en aquellos sujetos que vivieron durante la mayor parte de su vida dentro del clóset, individuos que en la mayoría de los casos contrajeron matrimonio con una mujer cisgénero y tuvieron descendencia; es decir, sujetos que vivieron como heterosexuales o que pretendieron mostrar esa condición dentro de sus contextos, como se aludía líneas arriba. La segunda, da cuenta de sujetos que, contrariamente, que vivieron buena parte de su vida fuera del clóset, asumiendo, como señalara Eve Sedwick, que nunca se está completamente dentro o completamente fuera del mismo; sin embargo, estos individuos se visibilizaron en sus contextos como no heterosexuales hasta llegar a la vejez.

En ambos casos, el clóset coloca al sujeto en una situación de conflicto que deriva en una crisis que conlleva tomar una decisión. En el primer caso, decidirse a salir, aunque sea “tarde” –el dispositivo del clóset de Sedwick establece que nunca se sale a tiempo, sino que siempre se sale o demasiado temprano o demasiado tarde– y casi al final de su vida, pero que mediante dicha decisión reivindicará no solo su verdadera condición, sino su vida mis-

ma. Es saldar una deuda existencial contraída consigo y con los otros, sean familia o amistades. En el segundo caso, opera lo opuesto, el sujeto que vivió congruente a su condición durante buena parte de su vida, decide replegarse y demitir ante lo que ha sido, para eventualmente regresar al clóset, invisibilizando su condición.

Dichas problemáticas implican cuestionarse ¿qué elementos contempla cada situación?, ¿por qué el clóset reaparece o continúa aún en una etapa tardía de la vida, en la última? Reviso un par de casos externos a nuestra realidad, ejemplos de otros contextos, para posteriormente ampliar, complementar y contrastar con lo encontrado en los participantes en Aguascalientes.

El primer caso es de un norteamericano de Denver, de nombre Kenneth Fells, ejemplo atractivo por el hecho que el factor detonante para su salida del clóset fue el confinamiento y aislamiento propiciado por la contingencia del COVID-19, se reafirma a la pandemia como elemento coyunturalmente necesario para la investigación social en materia de sexualidad.

Según Keneth, estar aislado le trajo recuerdos de quien consideró el “amor de su vida”, al momento de redactar su autobiografía. Esta anécdota de su relación con “Phillip” ocurrió durante la década de los cincuenta, época por demás adversa para la otredad sexual, por lo que Kenneth decidió dejar su relación para casarse con una mujer con quien tuvo una hija; pasado el tiempo, la pareja se divorció. Kenneth afirma que en aquel contexto

... anunciar que eres gay en los 50, 60 y 70 era algo realmente horrible, por mi miedo nunca decidí salir del armario. Supongo no tuve el coraje de afrontar la realidad en la sociedad de aquellos tiempos, así que decidí continuar con mi vida enterrándolo (The Stonewall, 2020).

Kenneth decide hablar con su hija acerca de Phillip y le confiesa su condición gay; cabe mencionar que su hija es asumida lesbiana. Posteriormente, Kenneth comparte la noticia entre su familia y círculo de amistades, recibiendo mensajes positivos al correo en el que expresa, sentía tener dos personalidades, la del hombre heterosexual y la del hombre gay, admitiendo que tenía miedo a las reacciones que pudiera generar.

He pasado toda mi vida escondido en el armario, en el fondo del armario. Al abrir la puerta sentí un gran miedo de lo que dirían los demás. Me preocupaba

mucho porque necesitaba personas a mi alrededor y no podía soportar la idea de perderlas solo por ser quien realmente era (The Stonewall, 2020).

Keneth no solo salió del clóset, sino que consecuentemente abrazó también cierto activismo en eventos de recaudación LGBTIQ+ y sitios virtuales de convivencia gay, además de cambiar su perfil en redes sociales apareciendo ahora como Larry en una fotografía con una capucha arcoíris.

El caso de Kenneth no solo muestra el carácter paradójico del clóset como dispositivo homofóbico; sino que abre la reflexión para contemplar que las circunstancias de vida caracterizadas por condiciones inéditas y extraordinarias, caso de la pandemia, producen sujetos y subjetividades reconstituyentes y alternas que operan como mecanismos de supervivencia que salvaguardan la última etapa de vida de algunos sujetos.

Contestando al primer cuestionamiento sobre los elementos implicados en la dinámica del clóset, para el primer caso, sobresale el contexto social y entorno inmediato de los sujetos, dada la condición de vulnerabilidad presente en la nueva etapa de vida. Por tanto, compañía y cuidado se añaden como marco idealmente necesario para vivir, proporcionado por familia, biológica o alternativa, redes de apoyo y círculo social de pertenencia. Contemplar viabilidad, disposición y estabilidad dentro de este tipo de relaciones proporciona seguridad y confianza a circunstancias que sobrevendrán en la vida del individuo. Por otro lado, el hecho que la hija de Kenneth pertenezca al colectivo de la diversidad sexual sin duda facilitó y abonó sensiblemente para que se sintiera respaldado, comprendido y en empatía para con su decisión y posterior situación. La aceptación y consecuente integración que adherirse a una comunidad implica, el conglomerado LGBTIQ+, bajo el cobijo de la aprobación y el respaldo familiar, permiten conformar un renovado, benigno y productivo entorno de vida.

Otro elemento que fortalece el proceso de salida del clóset de un adulto mayor en la actualidad está representado por un contexto global donde, a pesar de las circunstancias adversas que todavía imperan en muchos países, y que el conjunto de leyes que favorecen la inclusión no necesariamente bajan a la vida cotidiana ni transforman sociedades, es en definitiva un escenario significativamente distinto y benigno en comparación al que les tocó vivir en su juventud.

En cuanto al segundo cuestionamiento, el porqué la presencia del clóset aún en esta etapa de la vida, su paradoja como dispositivo invita a recordar la condición atemporal del clóset, en la medida que nunca se termina de salir a lo largo de la vida; por tanto, es de esperarse el sujeto sea interpelado hasta en la última etapa de vida. Implica adecuarse subjetivamente a un contexto distinto del vivido durante juventud y madurez; obligando a situarse, sea reajustándose para bien, de ser afirmativo el cambio, o negociando y resistiendo si el “nuevo entorno” resulta adverso.

El segundo caso alude a España, y también a los efectos de la pandemia, pero en este caso, Antonio ha perdido a su pareja por el coronavirus en un hospital de Madrid. Se ha quedado solo, su familia nunca aceptó su relación, por lo que enfrenta un futuro marcado por la soledad y la incertidumbre. No cesa en atribuirse la culpa por haber contagiado a su pareja.

Con setenta y muchos, Antonio se ha quedado absolutamente solo. Su familia nunca comprendió que hace 30 años se fuera con el hombre de su vida, y sus amigos pertenecen a una generación que, a pesar de los avances en diversidad y reconocimientos sociales, todavía vive acomplexada: son mayores, son LGBTQ+, no son ricos ni famosos, ni tienen fuerzas para seguir en la calle reivindicándose... (Jiménez, 2020).

El caso de Antonio es el del varón homosexual que vivió su vida conforme a su condición, desafiando a la heteronorma y a las vicisitudes que en su época traía consigo. Ahora, enfrenta la posibilidad de regresar al clóset en la medida que se vea obligado a ingresar en una residencia, como se denomina a los asilos en España. Pero Antonio ha recibido el cobijo de Federico Armenteros de la “Fundación 26 de diciembre”, misma que ha establecido una red de apoyo y asistencia a estos mayores LGBTQ+ de Madrid mediante una casa, la primera en Europa, que albergará a adultos mayores dentro de una política focalizada, especializada e incluyente para con la diversidad.

Armenteros refiere que ahora con la pandemia

muchos de ellos han recordado el confinamiento social que tanto han soportado durante tantos años e incluso han vuelto a revivir los miedos de la pandemia del VIH [...] empezamos a ver que nuestros mayores no van a los

servicios sociales, que se han quedado en el proceso de víctimas, que están muy mal y están solos... (Jiménez, 2020).

En España, a partir de los 50 años, la visibilidad de los integrantes del colectivo LGBTIQ+ disminuye exponencialmente, reduciéndose incluso hasta casi la mitad al sobrepasar la cincuentena. De esta manera, a mayor edad de las personas LGBTIQ+ existe mayor propensión a lidiar con “nuevos clósets”, así como con discriminación producto del asilamiento y la carencia de instancias sociosanitarias avocadas a sus necesidades; el denominado ciclo precario del varón gay que ya veíamos. El caso de Antonio refleja la diatriba que implica decidir ingresar a una residencia pública: enfrentar la heteronorma de la que escapó en su momento para someterse nuevamente a ella, pero con la carga del yugo de los años.

En cuanto a los colaboradores, su relación con el clóset sea estratégica o circunstancial, según la conciben y denominen, presenta aspectos distintivos que, antes de abordar cada caso particular, motivan a reparar en general por su efecto e interpretación: un elemento que comparten en forma relevante tres de los cinco sujetos es que no vislumbraron durante su vida, aún ahora, que el clóset fuera o tuviera un efecto significativo en sus vidas, es decir, no le atribuyen el acostumbrado rol en cuanto al aprisionamiento que significó vivir ocultándose. Para ellos, lo afirman en forma más o menos contundente, según cada uno, no estuvieron nunca en un clóset, o no del todo. Al respecto se muestran orgullosos por no sucumbir a su paradójica dinámica ni a su lógica excluyente.

Rodolfo, hijo de una numerosa familia –nueve hermanos– atribuye a ello el haber pasado hasta cierto punto desapercibido ante los suyos durante las etapas iniciales de su vida. Se aprecia la importancia quizá a veces determinante que el entorno familiar nuclear puede llegar a presentar a los individuos según cada condición. Si Rodolfo hubiera tenido solo un par de hermanos o hubiera sido hijo único, probablemente su relación con el closet habría sido significativamente distinta.

Pues mira, yo considero que nunca he estado en ningún clóset [...] ahora veo que sí, en eso sí he sido muy privilegiado en ese asunto, pero privilegiado y no, simplemente estaba en un ambiente que creo que, el hecho de tener tantos hermanos de alguna manera te hace, también te da cierta protección [...] sí

había esta cuestión de que éramos muchos y yo creo que yo me diluía entre ellos. Incluso en las escuelas, yo iba llegando cuando el mayor ya iba en sexto de primaria. Ahora tan llevados a los psicólogos, cuando yo había llegado a cualquier lugar, ya había pasado el más guapo, el más feo, el más listo, el más tonto, el más revoltoso, el más serio, o sea, cualquier cosa que yo hiciera, ya no llamaba la atención, era uno más, y creo eso en cierta medida fue mí, más mi capa de invisibilidad (Rodolfo, 61 años).

En el siguiente testimonio, el participante muestra ambigüedad en su relación con el clóset; sin embargo, considera que esta negociación fue de alguna manera benigna y no le impidió vivir como quiso. A pesar de ello, presenta una circunstancia que bien puede atribuirse al efecto de esa contradicción posicional ante el clóset: Vicente, como señalaba líneas atrás, nunca vivió con ninguna de sus parejas, nunca experimentó lo que significa compartir vida con otro varón.

A mí me ubican y toda la gente me respeta, como yo soy de respetar, a mí me respetan. y todo mundo sabe que yo soy, pero no andan de “ay, Vicente anda de así”, ni les interesa. Así me he dado a conocer en Aguascalientes. La gente me conoce, sí sabe mucho de mí, pero nada más entre el ambiente. Fuera del ambiente, la sociedad, en el mundo hetero, me tratan como si fuera hetero. Señoras, señores, todo mundo, como si nada, nunca me mencionan el mundo gay ni yo lo menciono, ¿para qué? son dos mundos que yo manejo muy bien, he sabido manejar muy bien, uno y otro, y en los dos soy muy feliz (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

La separación de ámbitos y espacios que hace Vicente termina por dividir su vida, y con ello, su accionar e interactuar ante sus intereses y necesidades; por tanto, estableció límites como sujeto pre gay. Esta ambigua posición le permitió asegurar una condición de agenciamiento benévola para con su congruencia al poder deambular entre los dos mundos, y procurar sacar beneficio ante dicha circunstancia, aún y a pesar de los consabidos inconvenientes y privaciones.

... y te voy a decir una cosa, el mundo hetero también me ha dado muchas satisfacciones igual que el mundo gay, porque yo tengo mis hijos gracias a que

yo fui hetero, y es una cosa a mi favor que no tienen muchos. En el mundo gay no tienen hijos, si quisieran algo más tangible, más dónde derramar su cariño, que no sean solo parejas que a veces son ocasionales o duraderas, qué sé yo. Yo tengo algo que es verdadero, que es mío, mío, eso me pone en un plano diferente, de tranquilidad, de seguridad, de seriedad. No sé, me da mucho (Vicente, 71 años, q.e.p.d.).

A continuación, Jafet hace su alocución al closet sin mencionar la palabra, aduce que él nunca lo ha andado pregonando -su orientación-, pero tampoco lo ha ocultado, y afirma que toda la gente que lo conoce siempre lo ha tratado con respeto; nadie ha hecho alusión a eso, salvo cuando terminó con una de sus parejas, una amiga le dijo que lo veía muy deprimido y que tuviera otro novio. El tropo silenciador y opresor, “se sabe, se asume, pero no se habla” de parte de las y los involucrados se presenta a manera de sigilo en la vida personal y pública de Jafet como personaje conocido dentro de la sociedad hidrocálida y como varón homosexual que vivió en pareja casi toda su vida, siendo buena parte de ella fuera de Aguascalientes, aún y cuando su relación más larga, veinte años viviendo juntos, fue en Aguascalientes.

Cuando supe de mi [orientación] no sabía qué pensar, pues decía, así soy yo, pero esto no es correcto ¿qué hago?, yo sé que no está bien. Me di cuenta porque pues en la escuela ves a los otros niños, y ves que te empiezan a atraer, ves que te gusta un niño. Eso fue desde púber, entonces le dije a mi padre que quería ver al psicólogo, y mi hermana, que era más inteligente, siempre las mujeres son más capaces, le dijo a mi padre que sí, que me llevara, que tenía que verlo, ella insistía en que me llevara. Me llevó entonces y yo le dije al psicólogo. Y me dijo “mira, eso no se te va a quitar nunca, tienes que aceptarlo y aceptarte, estate tranquilo. Haz ejercicio para que te veas varonil, muéstrate masculino y vive tu vida. Mantente bien y ya”. Luego hizo pasar a mi papá y le contó, y pues mi padre le contó a mi madre y ella no le creyó. Y nunca, nunca me rechazaron o me hicieron algo por eso. Yo siempre me sentí aceptado. En la casa, en familia no se hablaba de sexualidad, no se tocaban esos temas. Y así viví siempre, yo nunca tuve que darle explicaciones a nadie, lo más que me decían luego unas primas era que tuviera novia, y yo no les hacía caso. Una vez una amiga me dijo que anduviera con una niña, pero yo siempre dije que no, ¿cómo?, ¿yo?, ¿para qué?, ¡ay, no!, ¡nunca tuve novia ni nada de eso! [risas] (Jafet, 77 años).

En el siguiente testimonial, Mara hace alusión al patrón familiar que vivieron los jóvenes homosexuales de su época al recordar el miedo, contención y autorepresión que tenían forzosamente que vivir cuando afloraba esa imperiosa necesidad por salir, liberarse y responder conforme a sus deseos. Las familias en el Aguascalientes de aquel entonces –y por desgracia todavía ahora–, reprimían y hostigaban a sus hijos para mantener incólume el orden heteronormativo que mancillaba comportamientos heterodoxos, un contrato social que coartaba el libre desarrollo de la personalidad de los sujetos y una moral religiosa decimonónica que satanizaba la sexualidad, así como a los cuerpos y deseos de sujetos sexodiversos.

Perdí muy joven a mi padre, estuve bajo la tutela de mi abuelo [risa], un viejo militar retirado, carrancista, profesor. Entonces, quedamos mi hermano más chico y yo bajo su tutela. Y entonces eso acendrabá aún más mi miedo a que me vieran los tíos, los hermanos de mi mamá, también maestros, entonces, pues era una cosa así realmente terrible [...] y tu propia familia, en este caso, mis abuelos, mis tíos, con el miedo, con todo eso, entonces fue hasta que ya más grande, que empecé yo a trabajar, que tuve yo oportunidad de tener encuentros, pero realmente así, siempre, en una forma fortuita y rápida (Mará, 74 años).

Rodolfo responde a cómo en su tiempo la mayoría de los homosexuales estaban en el clóset y quiénes eran los que estaban visibles y abiertos:

Para la gente que salía del clóset en ese entonces sí era muy violento. De mis compañeros de, que conocí en la escuela, la mayoría fue muy violento, les fue muy mal. Que luego está también eso de romantizar de “ya después mi mamá me pidió perdón”. Pues el asunto no es que te pida perdón, es que no te haya violentado. El asunto no es que ya tu papá en su lecho de muerte, pues ya te echaste cuarenta años de dolor [...] los jóvenes de ahora tienen más valor, porque tienen más conocimiento para decir pues yo voy a seguir mi vida y no sé qué, pero no deja de ser una ruptura dolorosa (Rodolfo, 61 años).

El que Rodolfo no lo haya vivido personalmente, por el filtro que representó su entorno inmediato, no implica que desconociera los sinsabores y zozobras que representaba para los jóvenes homosexuales de su época en-

frentarse al clóset identitario. La violencia familiar era una constante que laceraba la vida de quienes se atrevían a desafiar la heteronorma en aras de vivir conforme a su orientación. Rodolfo lamenta sus dañinos efectos, siendo normalizados según su apreciación, en algunos de los casos que conoció. La comparación inevitable a los tiempos actuales insta a reconocer que las condiciones, aunque han cambiado significativamente para bien, no eximen que el proceso continúe representando una monserga para quien lo enfrenta.

El clóset personal. Mi vivencia de *outing*

Quienes vivimos actualmente la tercera edad y recordamos lo que podría denominarse “nuestro primer enfrentamiento con el clóset”, probablemente, además de desconocer el término y su compleja y contradictoria acepción identitaria, mostramos tal resquemor, angustia, pero sobre todo, ignorancia sobre el asunto, que optamos por encubrir “aquello” que desconocíamos sobre lo que pensábamos, sentíamos y deseábamos, y que nos hacía sentir tan ajenos e inferiores a todos, pero al mismo tiempo especiales y originales; que precisamente por lo último, nos direccionaba a posicionarnos bajo estándares socioculturales distintos a los del resto de nuestros congéneres, como refiere Alberto Mira.

Desde temprana edad, pubertad y adolescencia, nos demarcamos y decantamos por buscar un tipo de experiencia estética particular de la cual apropiarnos para proyectar esa “diferencia” que asumíamos tener, aunque no supiéramos nombrarla, explicarla ni entenderla. Alberto Mira lo explica así,

el joven homosexual en un armario forzoso podía poner en juego modos de lectura e identificaciones que le permitieran dar rienda suelta a cierta idea de sí mismo que no podía expresarse en el mundo real. Estas fantasías se han manifestado de maneras diferentes cuando los homosexuales hablan de su vida temprana. Para algunos tomaron forma con la lectura. Para otros con la música (Mira, 2021: 83).

Y fue la música, en mi caso, el catalizador que permitió mantenerme en un cierto tipo de clóset, sin estarlo del todo para conmigo, o al menos, volcando las “inquietudes” más profundas que experimentaba, a través del fanatismo

vertido sobre alguien por quien sentía una “extraña fascinación”, un tal David Bowie, y por un grupo llamado Queen, en su etapa *glam*. Asirte de algo o alguien en particular, en este caso significaba, además de esquivar la soledad, el aislamiento y sus lastimosos efectos, proyectarse en otro, sentirse uno con ese otro y, finalmente, tener a “alguien al lado” con quien, simbólicamente, caminar por la vida, confiar, sentirse seguro, comprendido y acompañado durante esa difícil edad. Ya no más solo, único y temeroso.

David Bowie cambió mi vida, como la de muchos gays en el mundo. Gracias a su concepto e imagen, entendí que no era “malo” sentir lo que sentía ni desear lo que deseaba. Seguirlo y profesarle admiración me otorgaba un “derecho legítimo” por cultura, la cultura pop en este caso, para ser diferente y especial sin necesariamente ser discriminado o incluso agredido; sobre todo, sin comprometer, para entonces asumida en automático, la heterosexualidad obligatoria –de ahí el clóset no consciente al que aludía–. Y aunque aquello dejaba entrever dejos de que en esos “gustos” había “algo” que no encajaba en los cánones que un adolescente mexicano clasemediero de familia católica y tradicional debería vislumbrar dentro de sus horizontes referenciales, de alguna manera, el jugar futbol, ser brusco, venerar a Tarzán, al Planeta de los Simios y a Farrah Fawcett –todo sincero y auténtico–, lograban montar un “camuflaje” a esas sospechosas aristas que caracterizaban mi personalidad de adolescente.

El momento del enfrentamiento tácito con el clóset llegaría, sin embargo, como a muchos de nosotros en esa época, finalizada la preparatoria e iniciada la universidad, a principios de los años ochenta, cuando el VIH-sida había hecho su aparición y nos cercaba a los jóvenes al mantenernos temerosos, sin saber a ciencia cierta de qué y por qué.

Mi mantenido hasta entonces celibato por inocuos preceptos religiosos, se reforzaba ahora por el riesgo de exponer mi salud; sin embargo, esto no evitaría retomar las correrías sexuales iniciadas en la niñez con el “primo de travesuras”, pero ahora celebradas con un compañero de la universidad del cual me había enamorado y, una vez terminada la carrera, con otro joven mayor que yo, con quien protagonicé lo que significó mi desenclosetamiento forzado o *outing*.

Con este sobresaliente profesionista había establecido la rutina de ir a un parque a trotar por las noches, casi a diario. Pasaba por mí en su auto y me dejaba en casa al terminar nuestra rutina. Eventualmente, iniciaron tocamientos dentro del auto que pronto se convertirían en costumbre e irían aumentando

en intensidad. A veces, mi amigo pasaba a casa a cenar y en una de esas ocasiones, repentinamente, mi padre bajó, empujó la puerta oscilante que daba a la cocina y nos sorprendió en plena acción; mi amigo, hincado frente a mí, se disponía a hacerme sexo oral. Mi compañero sexual reaccionó con decoro al indicarme que hablaría con mi padre, luego de que le conminara asustado que se fuera inmediatamente. Tras la furtiva escena, mi padre se había dado la vuelta *ipso facto* para subir y regresar a la sala de tv. No preciso decir la angustia que me consumió durante el resto de la noche y los días posteriores. La combinación del sigilo, temor e invisibilidad harían su aparición: silencio absoluto de todos, evasión a enfrentar lo sucedido; no hablar, ni sobre el tema ni sobre nada conmigo. Lo que no se nombra, no existe; de lo que no se conoce ni se sabe, es mejor evadirlo e intentar olvidarlo para enterrarlo. Así, aislado y temeroso, esperaba a diario la súbita y violenta reacción que por fortuna nunca llegó. Mi padre decidió sufrir en solitario el duelo que le significó “perder de esa manera” a su único hijo varón. Recuerdo que, durante la semana posterior, llegaba del trabajo a encerrarse en su cuarto a llorar hasta quedarse dormido. Jamás había escuchado llorar a mi padre. Lo escuchaba desde mi cuarto, lo que incrementaba mi ansiedad e impotencia. Con el tiempo, el hecho se “olvidó” y gradualmente volvió la “normalidad” al hogar. Mis padres murieron a los pocos años, casi al mismo tiempo, y nunca se habló de aquello; y con mi hermana, hasta mis cercanos cuarenta años y ya viviendo en Aguascalientes, me abrí con ella. En aquella época, el clóset fue contundente y lapidario con muchos de nosotros.

Otro de los factores por el que se postergó mi aceptación y asunción como varón homosexual fue por la coyuntura sociocultural que definió mi época: al tiempo que el VIH-sida irrumpía, paralelamente, la emancipada y consumista cultura gay neoliberal se había venido posicionando en el mundo occidental e incipientemente en nuestro país. Sus preceptos, sin embargo, me eran ajenos y desagradables –la música disco, bailar, venerar íconos gais femeninos–, así como sus dejos de frivolidad –cuidar la imagen personal–, me eran fatuos y repudiables; en suma, no me identificaba, y sigo sin hacerlo, con prácticamente ninguno de los arquetipos culturales y símbolos iconográficos de la cultura gay, a excepción de los musicales. Yo, un rockero, fan del *heavy metal*, deportista, de modos parcos, no concebía que, aunque me encantaran los hombres y me atrajeran particularmente los rockeros andróginos o feminizados, pudiera ser homosexual con una personalidad y gustos tan opuestos

al estereotipo. El no encajar me hizo negarlo, el no identificarme me aisló, y de paso me descontextualizó de mi realidad.

Vejez homosexual en desafío. Reivindicación de un estado, de derecho, de ser

Karina Arias problematiza la vejez, concluyendo que

se propone como primera instancia trabajar hacia la contribución de un cambio en la forma de mirar, de nombrar, de intervenir, de convivir, de construir la vejez y el envejecimiento, de tal modo que se considere como un fenómeno social caracterizado por su dinamismo, diversidad y complejidad [...] resignificando la vejez e influyendo la proyección de un nuevo imaginario social en las autoimágenes de las personas mayores donde las desigualdades pasen a ser diferencias (Arias, 2007: 167).

Aunque Arias alude implícitamente a personas mayores heterosexuales, el planteamiento resulta extensivo a poblaciones sexodiversas al referir aseveraciones en resarcimiento de la vejez en general: “las personas mayores tienen un importante rol en relación con la transmisión de la cultura y las tradiciones” (Arias, 2007: 166), lo que, escindido en la aportación de los adultos mayores homosexuales, adquiere sentido y relevancia particular al representar un rescate histórico de una subcultura, de una memoria situada mayormente dentro los márgenes y la periferia de la vida social. Un caso concreto sería el rescate de buena parte de la industria hollywoodense en EE.UU.; de la teatral, cinematográfica y literaria en México y así un sinnúmero de recuperaciones a ser develados que aún quedan pendientes.

... y también hay esa fantasía del tiempo pasado fue mejor. Yo soy un ferviente creyente que no, en lo único que creo, es que esta época es mejor que las anteriores, en todos los aspectos con todo y nuestras crisis de ahorita. En el caso de la comunidad podemos hablar, tenemos cara y nombre, podemos decidir muchísimas cosas, tenemos acceso a salud, en particular con nuestras necesidades y a salud pública, antes, ¿cuántas personas antes de los años sesenta de la comunidad se murieron de... porque sí?, ¿cuántos se murieron sin nombre?,

¿a cuántos los mataron?, ahora, con todo y lo trágico que es, se sabe, ese asunto yo creo que es una cosa de coparticipación y yo insisto en que es un asunto de educación en todos los aspectos. Mucho de educación emocional (Rodolfo, 61 años).

La reflexión recupera y contrasta los tiempos pasados y actuales bajo una lupa que pondera el tránsito de los logros y conquistas del ayer hasta el hoy, de frente a la incertidumbre, los pendientes y retos presentes y por venir. Aceptar, desde su generación, que la actualidad es benévolamente más favorable, además de mostrarse actualizado en diversos ámbitos, convalida que los adultos mayores no tienen necesariamente que aferrarse a exaltar su época y condiciones, aun y cuando no hayan sido objetivamente positivas, con base en una subjetividad que romantizaría por aspectos vivenciales y emotivos. Rodolfo sostiene que en la educación estriba la diferencia y es así que se logran los cambios, tanto en el plano individual como en el colectivo.

Es imprescindible gestionar e impulsar las posibilidades de resignificación de la vejez; de su recuperación para revertir lo negativo a partir del autoreconocimiento de sus protagonistas. Las alternativas que surgen a partir de esta intervención tienen nombre y ejemplos como el caso del centro cultural en CDMX de la activista trans Samantha Flores, lugar pionero en América Latina, así como en Madrid la residencia de Armenteros dirigida a adultos mayores LGBTIQ+.

Coadyuvar a que los individuos experimenten situaciones positivas, inéditas en sus vidas, a manera de vivencias resarcidas, y como celebración de y en vida, permite cambiar de paradigma al nombrarse, redescubrirse y ser de otra manera. Implica una ruptura, una disrupción que confronta subjetividades y abona a una autonomía al menos emocional y afectiva que evite la revictimización y promueva nuevas formas de socialización, tanto entre parejas como entre individuos. Significa darle la vuelta a la tuerca de la realidad discursiva alrededor del tema, para que proceda un trabajo de reivindicación y restitución.

Una de las cosas que yo puedo estar tranquilo, es que he entendido que el mundo cambió. Yo no podría seguirme comportando, como me comporté a los veintidós, veintitrés años ahorita. Ni yo soy el mismo, han pasado cuarenta años de todo esto. Tanto yo he crecido emocionalmente, físicamente,

culturalmente, todo, y la tecnología ha cambiado [...] tengo las cartas que me mandaba Gary [esposo] desde Los Ángeles. Ahorita, tres minutos y se me hace tarde que no contesten [risas], cuando yo esperaba quince días. Por eso te digo, yo sigo creyendo que este es el mejor tiempo, porque me ha permitido tener parámetro, y sí creo que esto es mejor (Rodolfo, 61 años).

Rodolfo ejemplifica de acuerdo a los efectos en su vida cotidiana, de las importantes bondades que ha traído consigo el momento histórico que vive, tanto a partir de la revolución tecnológica como desde otro tipo de avances. El cambio es el motor para el crecimiento en todos los sentidos, desde su optimista óptica. Se asume como un adulto mayor posmoderno, actualizado y vigente que se adapta con beneplácito a los tiempos que corren.

... las imágenes prototípicas más vigentes del hombre gay actual [...] no dan cuenta del proceso de envejecimiento natural que hace parte del ciclo vital humano ni reconocen las vivencias y necesidades de los hombres gays mayores [...] llegar a los cuarenta años implica [...] evaluar el proyecto de vida personal y empezar a pensar en el proceso natural de envejecimiento [...] muchos se cuestionan sobre lo que vendrá para ellos en la medida que se hacen mayores y temen a la soledad en esta etapa de la vida [...] estas situaciones no resuelven este dilema que abarca no sólo el ámbito de la pareja, sino también las preguntas existenciales sobre el sentido de la vida, las necesidades de un tejido social que acompañe esta transición y nuevos referentes que presenten una vejez diversa y satisfactoria (Anodis, 2020).

La experiencia personal de Jafet, diecisiete años mayor que Rodolfo, siendo el participante de mayor edad, le ubican en otra circunstancia, en una realidad diferente y difícil de enfrentar. El paso del tiempo, como veíamos, no pasa en vano e ineludiblemente cobra factura, se argumenta para justificar sus efectos en las cosas y en los individuos. Jafet no distingue orientaciones cuando de enfrentar la soledad se trata.

En la vejez te quedas solo, no importa si eres gay o heterosexual, te quedas solo, te vas quedando solo, es triste, pierdes a los amigos, como yo, que ya se murieron todos, sólo quedo yo [risas]. En la vejez dejas de hacer cosas, y cuando dejas de hacer cosas, beber, fumar, salir de noche, desvelarte, la gente te va

dejando, tus propios amigos, te dejan de buscar, ya no te hablan. Te quedas solo (Jafet, 77 años).

Durante las visitas a casa de Jafet, me hacía énfasis en la importancia que le daba sentirse acompañado, a no padecer esa soledad que según me mostraba le dificulta la existencia. El caso de Jafet es común y probablemente nos tocará igualmente experimentarlo tarde o temprano. Al inicio del texto hacía alusión al ocaso de la existencia, al final de la vida. Su antecedente, está aquí, en las primeras pérdidas, en las de los cercanos, los contemporáneos, sean familiares o amigos. Son los visos de que se acerca el final y hay que estar preparados y tomarlo positivamente, con dignidad, mesura y sabiduría, como lo ha demostrado Jafet.

En lo anterior radica la importancia del rescate que revalore y aporte los cimientos necesarios para que, llegado el momento, los sujetos tengan al alcance el marco referencial y vivencial suficiente en función de sus nuevas necesidades y que les permita afrontar con empatía y certitud los complejos procesos de adecuación a su nueva realidad.

Los hombres gais perciben el envejecimiento desde una edad más temprana y de forma más negativa que las personas heterosexuales o que las mujeres lesbianas [...] sienten que por su edad ya no tienen un lugar legítimo para habitar el mundo ni las posibilidades de interactuar con otros desde el reconocimiento de las experiencias vividas a lo largo de sus vidas (Anodis, 2020).

Para Eribon,

asumir la homosexualidad es siempre una elección, una decisión. Y esta decisión compromete toda la existencia de un individuo: su relación con la familia, con los amigos, con el medio profesional [...] es comprensible, por lo tanto, la razón por la cual reviste siempre un carácter de proclamación (el “orgullo”): se trata del derecho de reivindicar el derecho a ser lo que se es (Eribon, 2000: 27).

Las dos citas anteriores conminan a reflexionar que los varones adultos mayores homosexuales mantienen un doble reto y compromiso a partir de su historia y avatares: por un lado, romper con los restrictivos y discriminantes atavismos que se les han impuesto desde la homonorma; por otro, reivindicar

al tiempo que legitimar su condición de adultos mayores sexodiversos sobrevivientes a la pandemia del VIH-sida, con las prerrogativas que ello implica en materia de reconocimiento, derechos y dignificación.

Un movimiento que trata de movilizar a un grupo minoritario expuesto al ostracismo se constituye siempre a partir de la proclamación por parte de los individuos infravalorados de que están orgullosos de ser lo que son. Es lo que se puede llamar una inversión del –estigma– para retomar la expresión del sociólogo Erving Goffman, es decir, la valoración de lo que hasta ese momento ha sido despreciado, estigmatizado (Eribon, 2000: 28-29).

De igual manera, y como Eribon asienta, dicho compromiso se cierra con un círculo virtuoso de visibilidad al mantenerse los sujetos incólumes a la presión heteronormativa que se cierne sobre sus vidas, aún en plena adultez mayor.

El escritor español Mateo Sancho Cardiel pone de relieve establecer una escucha tanto de los que siguen como de los que precedieron:

tender puentes entre generaciones que durante años estuvieron aisladas, por el silencio o por la arrogancia. Compartir con las distintas edades de nuestro colectivo [...] nuestra madurez como comunidad depende, como parece lógico pero no lo ha sido tanto, de su buen envejecer. Y nuestra vitalidad tendrá mucho que ver con qué dotemos de referentes a nuestra juventud (Sancho, 2019).

Los jóvenes de ahora son casi como mis nietos. En cuestión generacional, los papás de estos niños, que tendrán unos cuarenta, cuarenta y cacho, son como la primera generación desculturizada, como ya les valió madres el acceso a la cultura. El que lo importante era tener un trabajo técnico, es producto de esa generación, como dicen ahora, de apta en competencias, entonces el resultado de esta gente educada en competencias, es que no tienen cultura general. Entonces, sus hijos, están descubriendo que habemos personas que tenemos cultura general (Rodolfo, 61 años).

Un elemento habitual dentro de las subjetividades adultas mayores es hacer referencias axiológicas comparativas a nivel intergeneracional, dado que

la edad, el tiempo y la experiencia les ha permitido transitar e interactuar con cada una de ellas. Rodolfo alude a la transición que ha venido atestiguando hasta hoy al calificar a la denominada generación X como la responsable del desinterés por cultivar un bagaje cultural en ellos y sus hijos, resultado de prioridades e imposiciones laborales. Que Rodolfo, por ser maestro, trate cotidianamente con poblaciones jóvenes, le brinda bases empíricas para sustentar sus aseveraciones.

Al hablar de los españoles homosexuales que han llegado a la tercera edad, Sancho apunta:

... claro que había referentes, pero no para sentar la cabeza sino para llevarla bien alta. Por cómo encontraron la manera de vivir sin necesidad de la aprobación ajena, por cómo lucharon por nuestros derechos y por cómo siguen, aún hoy, defendiendo que ni el sexo, ni mucho menos la orientación sexual, se jubilan. Supervivientes de tanto y reconocidos por tan pocos, héroes discretos (Sancho, 2019).

Encuentro semejanzas entre los varones a los que alude Sancho, y los participantes de Aguascalientes. A pesar de pertenecer a contextos distintos –la dictadura franquista, por ejemplo–, no dejan de compartir haber crecido en circunstancias donde la discriminación a la homosexualidad eran la única realidad. Por sobrevivencia, procuraron hacer vivible esa condición bajo situaciones adversas.

De acuerdo a Laura Berlant y Michael Warner, la intimidad ha estado privatizada a favor del sexo legitimado culturalmente [...] la vida privada es la que ha sustentado la acumulación de derechos y logros. Sin embargo, a los colectivos LGBTIQ+ les cuesta comprender el papel determinante que tiene lo privado en la configuración de factores vinculados a la seguridad, salud y sustentabilidad de las expresiones amorosas y sexuales propias. Es evidente, pero se obvia: el espacio común constituye una extensión del espacio privado (Arellano, 2017).

Lo anterior se asocia con la variable que históricamente había arrinconado a la homosexualidad a la alcoba, es decir, al espacio privado e íntimo de los sujetos, dejando al margen y prohibiendo su visibilidad. Es a partir de la conquista de derechos que se le otorga un papel fundamental a ésta, siendo ar-

tífice para su consecución; sin embargo, parte esencial de esos derechos, de esa lucha, radica en el acceso al espacio privado en cuanto a toma de decisiones, acceso a prerrogativas y garantías en materia de políticas públicas; lo que en el argot activista se captura en el pregón: “Iglesia y Estado fuera de mi cama”.

Remito a un texto del 19 de septiembre del 2024 en el diario electrónico español *El Confidencial*. El contenido enarbola un manifiesto donde en primera instancia se alude a una “nueva” autodenominación para describirse y situarse como adulto mayor, acuñado por el doctor Manuel Posso Zumárraga, para esbozar luego una serie de premisas para caracterizarse de manera reivindicativa y emancipada al subvertir estereotipos –varios aquí abordados– que han condicionado en forma sistemática la experiencia subjetiva de la tercera edad. Reproduzco textualmente algunos párrafos del contenido previo a mi análisis:

La sexalescencia, cuando la actitud es no envejecer... ¡es seguir creciendo!

Está circulando en las redes un nuevo término, “la sexalescencia”, para identificar a un grupo de adultos de 60 o más años. Describe hombres y mujeres que manejan las nuevas tecnologías, modernos, que visten a la moda, progresistas, trabajadores, activos en el ejercicio, el deporte, el baile, la música, aportan sus conocimientos a los demás, con ganas de disfrutar la vida, aprender, colaborar con la sociedad, viajar, conocer gente nueva, y ser dueños de su destino, renunciando a la ubicación como personas de la tercera edad, simplemente porque no se han dado cuenta que están en ella.

Es una generación que ha echado fuera del idioma la palabra “sexagenario”, porque sencillamente no tienen entre sus planes actuales la posibilidad de envejecer. Se trata de una verdadera novedad demográfica parecida a la aparición, en su momento, de la “adolescencia”, que también fue una franja social nueva que surgió a mediados del siglo xx.

Este nuevo grupo humano que hoy ronda los sesenta o setenta, ha llevado una vida razonablemente satisfactoria. Son hombres y mujeres independientes que trabajan desde hace mucho tiempo y han logrado cambiar el significado tétrico que tanta literatura le dio durante décadas al concepto del trabajo. Lejos de las tristes oficinas, muchos de ellos buscaron y encontraron hace mucho la actividad que más le gustaba y se ganan la vida con eso...

Mi impresión de esta denominada “sexalescencia”, asumida como nueva franja social, es dual. Por un lado considero que es deseable que se pretenda dignificar la condición de vejez dejando atrás las prejuiciosas y negativas concepciones que a lo largo del texto hemos revisado; pero, por otro lado, en la parte objetable, al aparearla con la adolescencia –de entrada irreal e innecesario– considero que se cae en una concepción ilusoria que evade en forma poco empática –el factor salud y la condición socioeconómica, por ejemplo– la aceptación de la vejez como tal, como etapa y condición del ser humano, con sus especificidades e interseccionalidades. Subyace una negación de aceptar la vejez, al no considerarse parte del núcleo de los sujetos pertenecientes a ella.

Es muy diferente que los actuales viejos, en forma por demás loable y aquí hemos pugnado por ello –los participantes son ejemplo–, pretendamos vivir de forma lo más activa, dinámica, actualizada y realizada posible, en la medida de nuestras posibilidades y contextos, a que ello se asuma como una medida que, además de imprescindible, se verifique en todo aquel que pase los sesenta años. Ojalá así fuera, sería encomiable que todos los sujetos que llegan a esa edad pudieran acceder a todo lo que se menciona y contaran con los recursos físicos, económicos, políticos, culturales y sociales necesarios para sumarse a dicho conglomerado. Pero, lamentablemente no es así, nuestra realidad no es así, es ingenuo considerarlo y conlleva un desconocimiento significativo de las distintas y complejas realidades que rodean a los individuos de nuestros contextos. En suma, considero que esa “sexalescencia” aplica para un grupo de elite perteneciente a sectores, regiones y países cuyas condiciones de privilegio les hacen conformar, por proceso demográfico, una ascendente población que ha logrado llegar a esta etapa en condición boyante –caso de algunos sectores de España, origen del texto–. Rescato, empero, el ímpetu que aludía al inicio por superar y sustituir los atavismos y prejuicios malsanos asociados a la vejez por actitudes y significados favorables y constructivos para todos los que lleguen a ella.

Luego del comentario, deseo completar, en contraste, con otro texto publicado igualmente en redes sociales por el médico y activista mexicano Alex Miguel, quien esboza una coloquial protesta a discursos y posturas como la arriba expuesta, bajo el título de “Viejo”.

No saben cuánto me caga toda esa gerontofobia “cool” y buena ondita de “el corazón no envejece, la juventud es una actitud, para tal cosa no hay edad” y similares. Es un negacionismo atroz. Por todos lados. Los viejos somos viejos.

Punto. Y la historia personal y actitud ante la vida es la marca del valor social de uno. No un atributo tan arbitrario como la edad.

Hay viejos necios y retrógradas, reaccionarios (como uno que merodea el Zócalo) y hay viejos contestatarios, lúcidos y maestros de la lucha en todos los frentes; y hay viejos anodinos. Y todos somos viejos, así, con un fuerte sonido y sabor castizo, viejos. El sistema capitalista entroniza la juventud como un valor y no es gratuito. Los jóvenes son sinónimo de productivismo y explotación, los valores máximos detrás del mito joven. Mujeres, niños, viejos y discapacitados forman grupos socialmente vulnerables porque no producen (hasta recientemente las mujeres entraron al molino de gente). Así es que ALV con el viejismo. Soy viejo, desmadroso, inconforme, buen médico, dormilón, sicalíptico y viejo otra vez. Punto.

Como se puede apreciar, Alex Miguel arremete contra concepciones que, a su parecer, con talante ingenuo hacia lo reivindicativo, terminan por sacralizar con superficialidad la condición intrínseca de la vejez, reduciéndola a un estadio romantizado e idealizado, criterio que comparto. Coloqué intencionalmente su reclamo, inmediato al texto sobre la “sexalescencia”, porque me parece que ambas posturas protagonizan un polarizado debate en torno a cómo pensarse actualmente desde la vejez, y más concretamente, siendo homosexual.

A manera de cierre a la discusión y sin pretender resolverla –sería tema para una investigación específica–, recupero a Xavier Lizárraga cuando respondió a la pregunta de Patricia Kelly, “los años, ¿cómo los vas viviendo?”, en el programa *Aprender a envejecer*, un año antes de morir, el domingo 29 de mayo del año 2022, ya que considero su posición situó con objetividad y sensatez ese “cómo pensarse adulto mayor siendo homosexual” brindando pistas a explorar:

La vejez me parece tan importante, necesaria y disfrutable, como cualquier otra edad. Y tan decir, “hasta luego”, como en cualquier otra edad. Creo que hay que disfrutar todas las edades. No solamente estamos, hacemos, seguimos haciendo, tenemos una experiencia que no tienen los nuevos. Yo no estoy clamando por una sociedad gerontocrática, pero tampoco quiero una efebo-

crática. Todas las edades tenemos que tener voz y voto, actividad e intercambio (Kelly, 2022).

Como cierre al capítulo, incluyo un último testimonial de Rodolfo que opera para ofrecer una perspectiva pragmática y resolutive, escindida en lo práctico de la vida y la vejez como antesala de la partida. Jorge se muestra esquivo hacia ese último tránsito, pero lo hace con prestancia y a la vez con una ironía e indiferencia que bien vale rescatar cuando al final del día –y de la vida en este caso– no se quiere ni conviene tomar las cosas demasiado en serio.

Desde que murió Gary [espos], el día que me muera, me voy a morir, y también otra cosa que no me ha preocupado nunca, ese asunto de la trascendencia, si se acuerdan de mí después de que yo me muera, a mí qué me importa [risas], yo no tengo pendiente de que, “ay, ¿cómo me van a recordar?”, pues como les dé su gana. Si van a guardar mis cosas o no. Si a mi hija y a mi nieta les es importante por algo, pues qué bueno, y si no, también qué bueno [risas] (Rodolfo, 61 años).

CAPÍTULO V

Referentes socioculturales de varones adultos mayores homosexuales. Situando en perspectiva

*No se debe jamás comenzar por un escándalo, eso se deja para
dar algún interés a la vejez.*

Oscar Wilde

Una historia por construir

Cuando se analiza un fenómeno, la mirada debiera reparar en la evolución del hecho mismo, en el devenir de su circunstancia a través del tiempo, concebido en diacronía. Si se establece como objeto de estudio a varones adultos mayores homosexuales se sitúa el contexto que tiene la realidad nacional y su especificidad como nexos. Me parece importante delimitar las condiciones que bajo un sincrónico abordaje ha experimentado la capital del país, receptáculo centralizado de la evolución social nacional y lugar donde la mayoría de los participantes, así como el que suscribe, vivimos durante un tiempo relevante de nuestras vidas.

Revisando más allá de lo comúnmente conocido, el nacimiento y desarrollo de lo que se ha denominado movimiento LGBTIQ+ en México, inicialmente Movimiento de Liberación Homosexual y posteriormente de la diversidad sexual, obliga remitirse al acervo que constituyen los aportes que múltiples personajes, activistas, académicos, intelectuales, artistas, periodistas, entre otros, han ilustrado alrededor del tema.

Dentro de estos materiales, se plasma por lo general un carácter histórico que se suma al ámbito biográfico, etnográfico y periodístico, amén de crónicas y reseñas popularmente conocidas. Así, a un abordaje en ocasiones crítico y revisionista se adhieren posicionamientos y exaltaciones desde las subjetividades de sus autores. La construcción histórica y social sexodiversa en México representa un reto, un desafío que ha generado importantes muestras de germinación. Hay trabajo de archivo valioso, pero no se haya compilado, hasta donde tengo referencia, en una documentación oficial, con lo esquivo que el término pueda representar en cuanto a formalización. Están los trabajos plausibles y bien intencionados de diversas instancias; las fuentes suman a lo conocido y difundido nuevos o inéditos referentes. Se ha efectuado trabajo exhaustivo y riguroso que recupera de manera sistemática y expreso lo realizado para tales fines. Se impulsan investigaciones que acrecientan el bagaje necesario para consolidar la ambiciosa empresa. En suma, se están realizando más trabajos de investigación sobre la historia de la disidencia sexual en México que serán publicados en los próximos años.

Cuando se realiza búsqueda documental que permita dar cuenta de una genealogía de la diversidad sexual en México, esta se ciñe a la historia del Movimiento de Liberación Homosexual, lo cual aporta un importante antecedente de la construcción de la identidad colectiva y de cómo se conformaron los elementos que dieron paso a su emergencia y emancipación, pero, me parece que queda algo desdibujado lo correspondiente a las vivencias individuales, a las subjetividades producto de la experiencia personal a lo largo de esas décadas, más allá de los textos de ficción y los biográficos.

Los testimonios registrados, de carácter vivencial, escindidos en narrativas y capturados en remembranzas, se ligan a la expresión literaria bajo la forma de novela, cuento o poesía, así como algunos ensayos o crónicas –biografías de Los Contemporáneos, por ejemplo–. Pero, en el plano académico y dentro de un proyecto de investigación interdisciplinario, no he vislumbrado material que ilustre el contexto sociocultural regional que vivieron los adultos mayores de quie-

nes aquí se ha procurado trazar su historia de vida en un plano más íntimo y situado. Esto conduce a demandar material que permita dar cuenta de estos procesos de subjetivación homosexual, así como de los respectivos a plano cultural, que se han integrado como referentes constitutivos de las poblaciones y comunidades de varones al interior del país. Referencias que, como el texto *México se escribe con J*, aludan a las múltiples manifestaciones que dentro del campo del arte y la cultura han nutrido a la cultura gay mexicana, y las que ésta ha producido a lo largo del tiempo. En suma, hay material de relevante valía, como el texto citado, pero se requiere de material específico referido al interior del país.

El texto de Mauricio Cobián, por ejemplo, alude a la inexistencia histórica de registro y dato preciso acerca de lo gay en México. Compara con otras latitudes y épocas, donde acompañado al florecimiento general, se ha referido de manera incluyente a lo aportado, lo efectuado por integrantes de la diversidad sexual, atribuyendo el sesgo a la homofobia institucionalizada, la consecuente clandestinidad y una identidad social masacrada en el país con el fin prescrito de evitar alguna identificación desde los imaginarios con lo que represente diversidad. En su recuento, Cobián precisa que “apenas la historia nos ubica en estos últimos cuarenta años” (Cobián, 2013: 15), por lo que el trabajo de contextualizar hechos y construir historia representa un vasto y complejo desafío que ha estado trabajando en los últimos años, en concreto, en la ciudad de Guadalajara.

De igual manera, retomo a Braulio Peralta, al referirse a los efectos de la pandemia del VIH-sida en nuestro país, así como de otros avatares experimentados por el colectivo:

México no es diferente a otros países del mundo: mismas causas en iguales períodos del siglo xx por la reivindicación de los derechos humanos. Y, sin embargo, Estados Unidos, Francia, Inglaterra o Australia han honrado a sus rebeldes: con filmes, documentales, libros de investigación, homenajes. Aquí, aun cuando los movimientos LGBTIQ+ son tan pioneros como cualquier otra capital mundial, apenas empieza a perfilarse que la gente que menciono merezca honores al resto de los universales. ¿Hasta cuándo? (Peralta, 2019).

Encontrar razones para entender este rezago infiere mirar atrás en nuestra historia, ya que según cita Trueba Lara:

... en nuestro país, el erotismo nació marcado por la Vieja España, por el catolicismo que solo veía una violación al primero de los mandamientos [...] el fin de la procreación era el único admisible. Así, durante una buena parte del larguísimo siglo XIX lo erótico estuvo marcado por el pecado y lo contra natura [...] en cierta medida, es posible pensar que nuestra primera apertura al erotismo es uno de los resultados de la lucha por la laicidad y que su victoria sólo comenzaría a consolidarse cuando el siglo XX ya estaba bastante avanzado (Trueba, 2013:16).

El especialista en literatura LGBTIQ+, Ernesto Reséndiz Oikión, exalta la relevancia de la memoria histórica de las diversidades, capturada en sus observaciones al pasado:

los libros de temática gay tienen la poderosa capacidad de descubrir y reflejar a sus interlocutores; de decirle a los lectores que no están solos en el mundo, que no son los únicos “raritos”. Y es así que refiere a las representaciones culturales de la diversidad sexual, como el cine, teatro, literatura, series de televisión, etc., “que tienen la capacidad entrañable y emotiva de decirles a los sujetos, sean adolescentes o jóvenes, que están bien en su forma de amar y desear, y que, si encausan esa forma de ser de manera creativa a la hora de tomar sus decisiones, podrán llevar una vida feliz y plena compartiendo con las personas que decidan” (Consejo Estatal para la Prevención de la Discriminación en el Estado de Puebla, 2020).

Para Reséndiz, los libros le brindaron una identidad, lo cual considera fundamental. Refiere que, a finales de los setenta,

hay una manera de los hombres gais de relacionarse y de ligarse donde el deseo está vinculado con la ciudad, con la experiencia de vivir la ciudad y también con el cuerpo, incluso sin la intermediación de las palabras... la manera de despertar el deseo era con el intenso sentido de la mirada, porque, además, tampoco estaba tan normalizada, apenas iba a empezar la liberación.

José Joaquín Blanco, en su emblemático ensayo intitulado *Ojos que da pánico soñar*, alude a esta mirada haciendo un vínculo inmediato al deseo de esa mirada, esos ojos que da pánico soñar son las miradas que se centran en la

glorieta de Insurgentes. Ese ensayo fue para Reséndiz premonitorio y lúcido en anticipar lo que vendría décadas después:

los hombres homosexuales mexicanos de clase media, en el futuro, iban a poder mostrar su amor y su deseo, no porque la sociedad respetara su dignidad como personas, sino por el hecho que el dinero, el dinero rosa, pagaría su ingreso a bares, gimnasios, cafeterías y a espacios que le dan a la identidad gay contemporánea una práctica de consumo permanente para poder ser identificado como hombre gay.

La aportación que hoy puede brindar ver al pasado, para Reséndiz, se remite a que puede haber una asunción personal de decir:

no estoy solo, no soy el único, pertenezco a una tradición de héroes y heroínas, de personas geniales con las que me puedo sentir muy feliz de ser parte de ese grupo, sí minoritario, pero estupendo y genial... Oscar Wild, Federico García Lorca, Walt Withman, Virginia Wolf, Harvey Milk, etc. Preguntarse sobre el pasado nos permite una suerte de reconciliación con las generaciones anteriores y agradecimiento de decir gracias por la lucha, que se la jugaron, porque en esos momentos el autoritarismo mexicano mataba jóvenes; y ellos pusieron el cuerpo e incluso rompieron, tuvieron costos personales que asumieron. Mirar el pasado y conocerlo nos da muchas respuestas hacia nuestro presente, puesto la historia LGBTIQ+ en el país ha sido invisibilizada históricamente, ha sido silenciada.

Hoy, por ejemplo, digo, “¡ay, no qué envidia verlos de la mano y hasta besarse! y digo, ¡ay, qué a gusto!”, pero no saben que nosotros, me refiero a esta generación de los cincuenta, sesenta, setenta años, hicimos este ambiente. En aquel tiempo, no existía más que “El Círculo”, que era un bar que estaba en la calle Hornedo, que abría ya hasta horas de la madrugada, y ahí era refugio de taxistas como lo era “El Shagún”, que estaba aquí en la General Barragán, cuando antes de Primer Anillo estaba ese restaurant bar, que se ponían a jugar en la madrugada y llegaban por cerveza, a conseguir vino, pues obviamente bajo la mano; y ahí ya en la borrachera pues conseguías amigos, amigos que lo que querían era que les sirvieras, amigos, ni amigos, sino personas que “súbete

al carro”, te subían al carro y después te aventaban, te botaban donde estuvieran, ¡ay no, era una cosa terrible! (Mará, 74 años).

En el Aguascalientes de los años setenta, los homosexuales como Mara no contaban con un espacio donde manifestarse, con un lugar donde pudieran socializar y compartir, así como gestionar encuentros sexuales. Las únicas opciones, que Mara refiere, eran tugurios sórdidos que fungían como refugio de trasnochados, y que, dadas las circunstancias de invisibilidad y ocultamiento nocturno, se prestaban para sostener encuentros fugaces con sujetos heterosexuales en condiciones deprimentes y peligrosas. Este era el hábitat natural del homosexual de mediados del siglo pasado en las ciudades pequeñas del país, donde la clandestinidad, el riesgo y la humillación eran los elementos que integraban el denigrante contexto del intento siempre fracasado por una real sociabilidad y afortunado intercambio. Mara no deja de reconocer, sin embargo, la satisfacción que le brinda constatar que su rebeldía, arrojo y sacrificio en aquellas lastimeras épocas no resultaron en vano, ya que actualmente, en Aguascalientes, como lo hace ver, cada vez más, las y los jóvenes sexodiversos pueden visibilizarse casi sin temor a ser amedrentados, no al menos desde una ley prescrita que les protege.

Para Reséndiz, la historia de la diversidad sexual en México es la suma de voluntades y acciones personales de reivindicación de la diferencia y de la dignidad de los individuos, que políticamente surge en 1978 en el espacio público, aunque en años anteriores, a inicios y mediados de la década de los setenta, estaban las reuniones de los primeros activistas en sus casas. Reivindicar la memoria de la diversidad sexual permite reivindicar una sociedad mexicana respetuosa de la diferencia y de la dignidad de cada quien por el solo hecho de ser persona.

Por otro lado, Apunta Peralta,

el título de un documental del francés Sébastien Lifshitz estrenado hace algunos años, *Les Invisibles* (2012), que desvelaba los testimonios de gays y lesbianas ancianos/as, apuntaba –de forma ambigua– tanto al pasado como al presente: esos hombres y mujeres “raros/as” fueron invisibles en su momento (porque la sociedad prefería no verlos y/o porque debían ocultarse) pero también son invisibles ahora, porque sus historias parecen no contar. Cometeríamos un error, sin embargo, al suponer que esas vidas no tienen nada para decirnos,

que son “cosa del pasado. Las ciudades, los discursos y las prácticas que los/as disidentes de antaño (re) crearon, muchas veces en abierto desafío a la norma, son parte crucial de nuestras propias identidades, o incluso de nuestro derecho a reclamarnos ajenos a cualquier tipo de identidad (Peralta, 2019:16).

Lo interesante, y retomando alrededor del vacío testimonial acerca de la subjetividad de los individuos de aquellas épocas, sería que existieran referencias de fuentes primarias, sea bajo forma epistolar u otros testigos, que dieran cuenta del pensar y sentir de esos sujetos ante sus circunstancias. De tener acceso historiográfico para desentrañar los elementos a partir de los que se constituían disidentes del orden social imperante en aquel momento.

Lo investigado sobre Aguascalientes, expuesto en capítulos anteriores y resultado de lo compartido por los participantes, pretende aportar a esa necesidad testimonial documentada que visibilice esas épocas, esos tiempos, con sus protagonistas y sus respectivas historias. En un apartado posterior, dentro del presente capítulo, recupero y analizo las vivencias de varios varones adultos mayores plasmadas originalmente en un texto publicado en México. La idea ha sido tomarlas como referencia complementaria para profundizar desde otras fuentes, con las subjetividades desentrañadas de los participantes de Aguascalientes.

Registros y atisbos de una identidad colectiva

“Con el afán de contribuir a la visibilidad y documentación de nuestra historia, Local.mx ha hecho un recorrido por las cantinas, bares y antros de ‘ambiente’ en la Ciudad de México de 1960 al año 2000”, a partir de este recuento, Héctor Bialostozky (2020) describe que durante la década de los sesenta el entonces presidente Ernesto Uruchurtu lanzó una campaña moral represiva que derivó en la clausura de diversos espacios de ocio y entretenimiento nocturno, principalmente los asiduos por población no heterosexual, hecho que no impidió que surgieran lugares como “El Safari”, considerado el primer lugar de esparcimiento nocturno abiertamente homosexual de la ciudad, y que, paradójicamente, perteneciera al jefe de la Policía Judicial del D.F. Fernando Romero.

Roberto González Villareal ejerce en su libro *Foucault no fue a los baños Ecuador* una crítica al movimiento de liberación homosexual sucedido en los años setenta en México, mismo que señalaba varios problemas, uno de ellos era la patologización de los deseos homosexuales y la persecución de los deseos homosexuales; esto generaba individuos particulares, lo cual resultaba interesante, puesto que se podían mantener relaciones homoeróticas, siempre y cuando no implicara ser o asumirse gay u homosexual, lo cual se conoce por las estadísticas, pero los sujetos no se identificaban y si lo hacían había problema. Por tanto, lo que dio origen al movimiento fue la generación de esa subjetividad doblemente subyugada, resultado en despatologizar y descriminalizar, después capturada bajo la consigna “Ni enfermos, ni criminales, simplemente homosexuales”, promulgada en la segunda marcha de orgullo homosexual celebrada en el país.

Para inicios de los setenta, Bialostozky (2020) señala que la situación dio un giro cuya transformación rompería con el ocultamiento, la clandestinidad y la represión prevalecientes. Al naciente Movimiento de Liberación Homosexual mexicano, se sumaba y en parte éste derivaba, del feminismo, la liberación sexual, la corriente contracultural, los movimientos estudiantiles y raciales, las Olimpiadas, los sucesos de Stonewall, etc. En consecuencia, abrieron diversos lugares denominados todavía con el arquetipo en clave “de ambiente”, que permitieron socializar y reforzar una floreciente identidad gay.

Estertores al interior del país

Lizárraga señala que

al principio, el activismo y la militancia lésbico-homosexual sólo se dio en el Distrito Federal, sólo tenues rumores llegaban a otras ciudades de México [...] en los estados, la presión ejercida por una moralina religiosa intransigente y el conservadurismo hacía (e incluso hoy hace) que la visibilización se postergara, a veces durante tiempo indefinido; y cuando se da, aún tiende a ser tímida, insegura e intermitente... aunque poco a poco se ha conseguido generar una cierta conciencia colectiva, y el espíritu de conquistar espacios y la palabra comienzan a diseminarse... (Lizárraga, 2012: 208-209).

En Aguascalientes, la primera marcha de orgullo LGBTIQ+ se llevó a cabo en el año 2000, luego del famoso incidente mediático del balneario Ojo-caliente. A partir de ahí, se han realizado 25 marchas, las primeras con una intermitente asistencia de 50 a 500 personas; empero, en los últimos años, desde el 2018, el aforo ha ido paulatinamente acrecentándose hasta llegar a varios miles. Cada año se suman más asistentes, principalmente muy jóvenes y en fechas recientes, familias. Desafortunadamente, es el único evento público de carácter masivo de visibilidad LGBTIQ+ en Aguascalientes; mientras que otro tipo de eventos como foros, conferencias, ciclos, presentaciones, exposiciones y festivales, mantienen una presencia marginal y poco trascendente.

Osorno recupera que:

los setenta también son recordados por los levantamientos [...] si el detenido llevaba dinero, daba una “mordida”; pero si no, le exigían una fianza de un mes de salario mínimo (cinco mil pesos de aquellos tiempos), o echar de cabeza a algún otro amigo, y si nada de esto sucedía, entonces lo encerraban por varios días. También la policía solía extorsionar a los homosexuales por medio de redadas en los bares[...] luego de una de estas batidas, la policía convocaba a los fotógrafos de prensa amarilla para tomar placas de los detenidos en poses denigrantes, como en los tiempos de Guadalupe Posada... (Osorno, 2014: 35-36).

... yo puedo decir que, para mí, mis inicios en el sexo fue algo terrible, fue algo verdaderamente nada agradable, porque lo tenías que hacer así corriendo, con el peligro de que te encontraran, que te detuvieran. Y luego había inspectores de Municipio, y pues si les gustabas tenías que ceder a los caprichos de los señores, y hacerles lo que quisieran ellos, entonces era una cosa muy tremenda, pero, ¡no tenías otra! ¡¿a dónde ibas a encontrarte?!, no había la libertad, no tenía un entorno de decir, voy a ir con tal amigo, o me voy a relacionar con tal amigo, pues no, no había nada de eso, era una persona completamente solitaria, muy reservada, y obviamente, pues estaba yo joven... (Mara, 74 años).

Mara vivió en carne propia los efectos cruentos de la homofobia institucional, de la intolerancia social y de las violencias policiacas volcadas consuetudinariamente sobre los homosexuales en el Aguascalientes de sus tiempos juveniles. El testimonio refleja la impotencia, dolor y desesperanza que padecía el sujeto como pago por buscar sostener un encuentro sexual con

algún varón. Además, y como si no fuera suficiente, los sujetos eran propensos a ser violados por algunas autoridades que, para evitar les “levantaran”, eran sexualmente extorsionados.

El telón de fondo de este contexto, según refiere Domínguez:

Es revelador que la mayoría de las crónicas que describen la vida y las luchas homosexuales en Latinoamérica estén relacionadas con clubes nocturnos, fiestas privadas y baños públicos, así como con la violenta intrusión de la policía para reprimir y arrestar a los disidentes sexuales [...] el blanco principal del activismo LGBTQ+ en Latinoamérica ha sido la lucha contra la homofobia, más que salir del clóset e institucionalizar los privilegios LGBTQ+ [...] parece que los países con más crímenes de odio son aquellos que han sido más prominentes en su activismo LGBTQ+ (Brasil, México y Estados Unidos) (Domínguez, 2019: 154-155-157).

Eribon diserta acerca de la paradoja que tensa de manera permanente al movimiento y en sí a la homosexualidad:

... esta contradicción entre, por un lado, la idea de que los homosexuales deben pedir a la sociedad que los reconozca y, por otro, la idea de que son más bien –marginales– y –subversivos–. Los movimientos gais se han constituido con estas dos tendencias a la vez. Me parece que hoy, la paradoja es la siguiente: son los que más desean integrarse en la sociedad los más desestabilizadores del orden establecido (Eribon, 2000: 35).

Lo anterior lleva a cuestionar, situado en nuestro contexto, si son las intenciones, en este caso de la facción integracionista, o las lecturas que se hagan de parte de la sociedad y las instituciones, las que definen la interpretación y el significado de sus acciones. El deseo de integrarse asimilándose a las formas, medios y fines convencionalmente establecidos demarca la perspectiva de esta posición, independientemente de que sea leída con rechazo. Resulta entendible que las estructuras se cimbren en cuanto se presumen invadidas por aquellos a los que sistemáticamente han excluido. La interpretación de Eribon sirve y aplica para el sistema, obedece a sus lógicas, no a las de un movimiento que pugna por reivindicar las diferencias y la disidencia o subversión pretendida del estado de cosas para con su realidad.

En la actualidad, activistas y académicos, desde diversas posiciones, procuran descifrar hacia dónde dirigir la causa, estudio y realidad LGBTIQ+. Javier Sáez, desde España, cuestiona al actual modelo de orgullo calificándolo de excluyente y pensado para gays en posiciones de privilegio socioeconómico. En una entrevista en el año 2018, Sáez señalaba que se requiere de una reflexión profunda sobre los procesos de exclusión de las políticas actuales en España, conminando a abrir los alcances legales a una ley integral de trato igualitario extensiva a todo colectivo y grupo social en condición de vulnerabilidad, es decir, en ensanchar la agenda LGBTIQ+ integrándola a otros movimientos y a interseccionalidad (Castaño, 2018). Lo anterior aplica en consonancia con el pensar del pionero activista mexicano, Juan Jacobo Hernández, quien ha pugnado insistentemente por rescatar en México el activismo LGBTIQ+ desde el trabajo de base, directamente con la gente, en la calle y con poblaciones en comunidades marginales y pueblos originarios, de entre los que se encuentran los adultos mayores.

En México, el surgimiento del núcleo activista, proveniente de la academia, pero también de la calle, permitió confrontar realidades a veces infranqueables. Los primeros indicios de movimiento gay en México estuvieron escindidos dentro de lógicas y dinámicas esencialmente europeas y norteamericanas, en cuanto a objetivos, discursos, prácticas y tono. Se generó un patrón como modelo aspiracional a seguir, en cuanto a las formas de vivir la homosexualidad bajo un estándar retroalimentado a partir del cultivo de la cultura del ocio y el entretenimiento nocturno, pero, además, bajo el cobijo formativo de la influencia de la corriente de la psicología anticlínica y postfreudiana, que a su vez fue importada por algunos de los activismos iniciáticos.

Hablar de homosexualidad y su visibilidad en México remite al multifacético escritor y cronista Salvador Novo, personaje nacional por antonomasia y baluarte primigenio en hacer pública su orientación sexual, además de su ubicuidad para sacudir la heteronorma de mediados del siglo pasado, sin desintegrarse del sistema. Domínguez describe su rol y trascendencia:

su insolencia hacia una sociedad de secretos y apariencias era un gesto político para romper las barreras del pudor. No pretendían organizar un movimiento de liberación ni prescribir una determinada práctica cultural: su objetivo era lanzar una expresión rebelde articulada como una disrupción artística [...] su salida del clóset fue un proyecto estético provisto por la tradición de la ruptura

de la modernidad. Su disidencia era, a fin de cuentas, una confirmación de la ideología moderna (Domínguez, 2019: 118).

En resultado, los protagonistas del movimiento, además de los activistas de distintas esferas y posiciones, fueron un grupo de empresarios de bares y *discoteques*, algunos extranjeros, en donde, desde distintas trincheras, trazarían las mixturas que constituyeron el movimiento, adhiriendo las problemáticas inherentes a la falta de consensos por la parte activista, las legales, políticas y financieras, de parte de empresarios.

En el prólogo a *Los jotos. Cronología y diccionario*, de Jaime Cobián, Ricardo Salazar expone que el texto aludido desmitifica una dicotomía alrededor de cómo se ha desarrollado lo homosexual en México, al señalar que suele haber una versión un tanto benigna que recupera el hallazgo de que en ciertos momentos concretos se llegó a vivir con cierta normalidad, en contraparte a otra cuyos momentos históricos enmarcados en la Conquista, Independencia y Revolución, dan cuenta de lo contrario, significando la cuna de la discriminación nacional.

De igual manera, el prólogo de Salazar enfatiza en la inmovilidad y estancamiento de una serie de condiciones en torno de la homosexualidad, a partir del bagaje archivo-informativo rescatado por Cobián, el cual a su vez da cuenta, como señalara Monsiváis, que la diversidad sexual, se acepte o no, ha formado parte integral de la historia de México (Cobián, 2013: 8- 10).

Desde mi percepción, han sido en esencia cuatro momentos en la desagregación de dicho proceso: invisibilidad, reivindicación, retroceso y asimilación. En ellos, sin renunciar a particularidades, ha habido sensibles muestras de una paradójica relación entre lo deseado y lo luchado con lo alcanzado, es decir, a las enconadas posiciones del activismo mexicano –integracionismo versus separatismo–, y una homofobia institucionalizada desde el Estado y los poderes fácticos, se han agregado las disputas comandadas por una capitalización política –voto rosa– y económica –mercado rosa–.

A su vez, la población mexicana de la diversidad sexual, en todas sus variantes, expectativas y contradicciones, y la sociedad en general, han enfrentado una relación compleja cuya disyuntiva no ha permitido fincar una posición consensuada para afianzar derechos y posibilidades, para hacerlos valederos en todos los ámbitos y rincones del país. La provincia mexicana continúa rezagada y por mucho, en tanto que el refugio capitalino deambula entre

su particular decadencia y lidiar con problemáticas concretas –atención integral al VIH, infancias trans, transfeminicidios, adultos mayores, entre otras–, que esperan ser atendidas y resueltas.

Contemplo dos circunstancias que derivaran en posicionamientos en lo individual y lo colectivo: la confrontación era diluida por el efecto que la “diferencia consciente” producía en cada sujeto; por un lado, estaba la conciencia y el ánimo por reivindicar y dignificarse ante el temor, tener que esconderse por vergüenza o culpa; por otro, la eventual “comercialización” muchas veces clandestina que se fue generando en espacios sujetos de apropiación mediante prohibición, lucro y abuso. Dos estadios encontrados que surtían efecto y provocaban que la población homosexual deambulara entre la incertidumbre y la aparente emancipación, en lo que ha sido un tránsito que pareciera no encontrar salida en la actualidad. De lo primero derivarían activismos, intervenciones pro marchas y derechos y la no siempre afortunada inserción política de Estado; de lo segundo, la industria del mercado del ocio y el entretenimiento, y al parecer, un insuperable estereotipo, cosificado, hedonista y consumista.

Mauricio List es puntual al señalar cómo las formas de vivir la homosexualidad en aquellas épocas, la manera en que iniciaba constituirse sujeto gay, eran dictadas en la medida en que individualmente se contara o no con referentes revestidos de elementos culturales, sociales y políticos afirmativos, lo cual sostiene, se cruza con elementos de interseccionalidad como el origen y la clase (Guerra y Mérida, 2019: 177). A su vez se tensionaba con una realidad nacional sumergida en autoritarismo, corrupción y desigualdad, misma que indicaba poca capacidad y discernimiento para priorizar y perfilar una avanzada sexopolítica; aunque ésta, tarde, pero se dio, atropellada y desdibujada.

Cabría preguntarse, viéndolo a distancia, si la evolución y los cambios en favor de la diversidad sexual han experimentado una línea de tiempo más rápida y favorable que el feminismo. Samantha Flores, activista trans de 92 años y fundadora de la casa de asistencia para el adulto mayor diverso Vida Alegre en 2018, cerrada posteriormente por pandemia, afirmaba que

... han sido cambios increíbles, jamás soñé una ciudad en estos maravillosos términos. Siento que estamos mejor que la mujer. Ustedes siguen teniendo los problemas que han padecido toda su existencia –violencia o discriminación– y nosotros no lo hemos aceptado. Nos hemos revelado [...] Vamos a seguir

escuchando que nos dicen ‘maricón’, ‘joto’ o cualquier otra palabra, pero a diferencia de otros años, ahora estamos en otro contexto, somos una fuerza social importante que puede hacer más (López, 2021).

Relatos del anecdotario. Casos referenciados de historias y subjetividades en México

En el texto *Desde que abrí los ojos. Historias que salen del Arcoíris y llegan al corazón*, de Ramón Vallejo y Rayo Guzmán (2018), se recogen en pequeñas crónicas, narrativas de vida de sujetos varones de distintas edades y contextos, anónimos o bajo seudónimo, cuyo nexo de convergencia es la homosexualidad.

Desfilan veintidós relatos caracterizados por su sencillez, espontaneidad y franqueza. Son pasajes verídicos de sujetos reales. Las vertientes abordadas deambulan en el iniciático autodescubrimiento de la condición no heterosexual, el consabido conflicto y posterior toma de decisiones, matizado por el enfrentamiento familiar y el contexto particular de cada sujeto. Una constante es que cada protagonista hace de su historia un muestrario que funge como guía, opera como referente para quien lo lee y busca expurgar en la realidad temporal que se construye alrededor de la homosexualidad de voz de quienes dan testimonio de lo que han vivido. Por la edad de sus protagonistas –adultos mayores–, he tomado tres que me conminaron a integrar bajo esta forma de plasmar subjetividad, siendo vivencias distintas que me parece importante retomar para analizarlas desde la perspectiva de la investigación. Llamó mi atención que al igual que sucede con el resto de los escritos del texto, existen elementos que atraviesan las vidas de los sujetos, uniformando de cierta manera el perfil de los mismos.

El primero de ellos, probablemente debido a los criterios de selección de los autores, es que casi todos son originarios del interior del país; de la provincia, estatus que, igualmente y como segundo elemento, en la mayoría de los casos “obligó” a que los sujetos migraran ya fuera a otro estado, ciudad o a la capital del país –entonces Distrito Federal–. Este sexilio se efectuó a partir de la gestión de estudios superiores, o en función de la búsqueda de distintas y mejores oportunidades laborales, mediado por el rechazo, la falta de aceptación o las hostiles condiciones del contexto familiar y social que vivían en sus lugares de origen.

Al respecto, los protagonistas de esta investigación, como se se ha corroborado, comparten haber migrado, cuatro de los cinco, en algún momento de su vida, fuera a Ciudad de México, caso de tres de ellos, y uno a EE.UU. Aunque dichos desplazamientos no obedecieron al sexilio propiamente, sí influyó y terminó por redefinir la vida de cada uno, como se ha detallado.

Otro elemento es que los tres episodios en conjunto presentan, en razón al contexto de la época a la que pertenecen, una construcción paradójica de la identidad y la orientación sexual de sus protagonistas. Mientras que uno de ellos se muestra orgulloso en su diferencia y por la pertenencia que emana de su orientación sexual, otro deja asomar un sentimiento de culpa y vergüenza, efecto de la homofobia internalizada y la consecuente falta de autoaceptación. Esta dicotomía se manifiesta a lo largo de las narraciones y queda en la centralidad de los relatos.

El primer texto, intitulado “Forever Gay”, inicia con un epígrafe atribuido a Bob Marley: “Ustedes se ríen de mí por ser diferente, y yo me río de ustedes por ser todos iguales”, pregón para reivindicar la diferencia bajo cualquier vertiente. En él se plasma una lectura que desentraña el origen causal de la homosexualidad desde la mirada del protagonista, quien intenta elaborar un discurso sensato que le represente, retomando el añejo debate entre esencialismo y constructivismo, decantándose por el primero para explicarse a sí mismo y a su condición. El sujeto se hace llamar Claudio Jiménez, cercano a los setenta años, y en su narrativa afirma que no tuvo señalamientos de su familia para aceptar su homosexualidad cuando a los quince años los sentó a la mesa para decirles de su orientación, a diferencia del sinnúmero de vejaciones que sabía que pasaban muchos de sus pares. Claudio recorre con rapidez sus distintas etapas de vida, caracterizadas por su arrojo y tenacidad por defender quién era y sigue siendo. Tenemos a un sujeto que se muestra seguro, independiente y capaz.

Trabajé desde muy joven, y aunque era conocida mi preferencia sexual, siempre he sido respetado. Sabía que a mis espaldas se hablaba de mí, y es obvio porque el chisme sobre el joto es muy buen chisme, pero nadie llegó a decirme de frente (Vallejo, 2018: 56).

Claudio acepta haber sido objeto de homofobia, tratando de mitigar su efecto al mofarse del origen de ésta y justificando su proceder hacia él. Amol-

dado por la homofobia, para sobrevivir y salir adelante, se fuerza a resignificar la injuria. La posición vulnerable que propicia la condición sexual amolda e induce a adaptarse, independiente de la situación personal y el estatus que se pudiera haber construido, caso particular de Claudio, resultado a su formación y pertenencia de clase.

El desarrollo de su vida es afortunado y lo refiere con gusto.

Encontré a mi príncipe azul a la edad de 26 años. Con él viví una relación muy bonita. Salíamos mucho a conciertos, a obras de teatro, visitábamos museos, íbamos con frecuencia al cine. Compartimos gratos momentos durante los diecisiete años que permanecemos juntos. Han pasado cuarenta y cuatro años de esto y, a pesar de que cada uno tomó un rumbo distinto, sigue siendo mi mejor amigo (Vallejo, 2018: 57).

Claudio proyecta una interiorización que, por formación, edificó en la heteronorma: para direccionar sus afectos en congruencia a su sexualidad debía aspirar a forjar una estable relación monógama con otro varón, idealizando efecto y trascendencia. Asimismo, Claudio evidencia la visibilidad que ejerció en torno a su relación homonormativa, situación poco común en su época, lo cual confirma su aludido arrojo.

Un parteaguas que constituye otro elemento común a estos sujetos que comparten contexto por edad, surge cuando hacen referencia del VIH-sida a inicios de los años ochenta. Aquí, el relato de Claudio cambia y rompe drásticamente con el tono triunfalista que venía esgrimiendo. Pérdidas amicales, tragedia, dolor y muerte aparecen secundados por los efectos de la percepción de la homosexualidad en el imaginario social, reforzando prejuicio, homofobia y desolación en la comunidad.

Pasado el episodio, Claudio retoma el tono afirmativo al imprimir un dejo de emancipación a lo que califica como un nuevo y favorable estadio que lleva a la actualidad.

Hoy vivo mi edad de oro, la tercera edad, y soy muy feliz. Hace quince años conocí a un joven profesionalista, muchos años menor que yo, que me ha hecho el hombre más feliz del planeta. Desde hace tres lustros vivimos juntos, me cuida, viajamos, y tengo muy claro que es el hombre con el que quiero pasar el resto de mis días. Ahora en mi ciudad, ya es legal el matrimonio gay, incluso

adoptar hijos, pero debo decir que yo no lo considero como una opción para mi relación, así como estamos somos felices (Vallejo, 2018: 58).

En este cierre, curiosamente y en contraste a sus iniciales vivencias, Claudio se posiciona y deja precedente en torno al papel social que para él debiera desempeñar la familia dentro de la diversidad sexual:

Hay algo que siempre he pensado y que recomiendo: los homosexuales somos de naturaleza diferente y no debemos adoptar los patrones de los heterosexuales. Los heterosexuales tienen sus normas de conducta y las siguen, nosotros tenemos las nuestras y hay que respetarlas. Por cuestiones legales, podemos casarnos, pero pienso que no debemos de tratar de “jugar a la casita” (Vallejo, 2018: 58).

Claudio deja entrever su arraigo a discursos esencialistas y normativos, así como el peso del “deber ser”, que a lo largo de su vida ha configurado su subjetividad al momento de posicionarse ante actitudes y valores. Aun y cuando Claudio vivió bajo un contexto difícil y nada favorable, y pese a que su experiencia personal fuera particularmente benigna, sus juicios son firmes en cuanto a cómo vivirse desde la diferencia sexual. Claudio reproduce, sin embargo, la norma heterosexual al trasladarla a su noción de pareja a partir de su experiencia de vida.

El segundo relato incorpora el género mediante la construcción de la masculinidad de los aludidos, titulado “El Club del Charro”, y cuyo epígrafe, alusivo a Silvio Rodríguez, reza: “Tolerancia, tolerancia, palabrita en el mantel, pocos platos se la sirven, muchas bocas a comer”. Aquí se narra la historia de tres amigos sexagenarios oriundos de un poblado de Jalisco, quienes, ya retirados, se reúnen semanalmente a evocar recuerdos de juventud. La escena es fácilmente imaginable y forma parte del estereotipo que caracteriza a varones que edificaron una vida sosegada al arribar la tercera edad, salvo por un elemento que aquí rompe con dicho presupuesto: los tres amigos, casados, con hijos y nietos, son homosexuales confesos entre ellos.

De esta manera, el trío opera a manera de cofradía que guarda algo más que un secreto, una homosocialidad volcada a cubrir espacios en sus vidas; aquí se reviven los verdaderos yo, sus deseos y frustraciones para con su oculta condición. No obstante, sería un cliché a modo atribuirles la “doble vida”

de facto adjudicada a quien no se asumió, y en contraparte se casó y formó familia bajo cánones tradicionales; estos tres individuos tienen una verdad, una razón y una posición que para ellos sustenta su comportamiento y eso es precisamente lo importante de su narrativa.

“Consentimos a nuestras esposas, queremos a nuestros hijos y adoramos a los nietos. Cada martes, que sin duda es nuestro día favorito, conversamos y recordamos anécdotas de toda la vida e inevitablemente nos acordamos del Charro. Nuestro Charro” (Vallejo, 2018: 67, 68), relata quien se hace llamar Hilario Castillo, de 64 años, voz que narra el secreto de sus cómplices. Los contextos históricos y sociales donde nacen y se desenvuelven los sujetos marcan la construcción de subjetividades, impulsan a apropiarse de una cultura, de unas costumbres y de los valores que van forjando individuos que deberán insertarse conforme a lo estipulado según el orden social hegemónico.

Para estos hombres, pareciera que no había opción o salida para sus vidas, la premisa era someterse, adecuarse, encajar y hacerlo en tiempo y forma conforme a lo establecido, pese a lo que se deseé para sí, por encima de lo que se tenga claro se es, y al margen de la realidad, su realidad.

Jesús, Rubén y yo somos homosexuales. Nacimos, fuimos, somos y seguiremos siendo gais hasta el último día de nuestras existencias. Sin embargo, ser homosexual hace más de cincuenta años era casi un delito, además del desprestigio social y familiar que eso llevaba implícito. Y más al nacer y vivir en una ciudad provinciana de pocos habitantes en donde lo que sucedía en una casa se sabía en la de al lado en un santiamén. Lo más seguro para nuestra integridad personal y la tranquilidad de nuestras familias, era casarse y tener hijos, y así lo hicimos (Vallejo, 2018: 68).

Negarse a sí mismo, saberse distinto y tener que aparentar ser como los otros; esconderse y vivir bajo una careta, una máscara que oculta, reprime y asfixia la existencia. ¿Cuántos varones hay en México como Jesús, Rubén e Hilario?; ¿cuántos abuelos de familias convencionales, sujetos modelos y guías de sus núcleos familiares y sociales, son en el fondo hombres subjetiva, mental y psíquicamente mutilados? En ellos no vive realmente su ser, sino el invento que la historia forjó para sus vidas y destinos. Sobrevivir era entonces la premisa para el distinto, para el “anormal” que tenía que reprimirse y replegarse en un simulacro.

No siento que les hayamos mentido, simplemente no les dijimos toda la verdad. Jesús, Rubén y yo lo hemos platicado muchas veces y los tres tenemos el convencimiento interior de que ellas sospechan o lo saben, pero también fueron educadas para no hablar y luchar por caminar por el sendero socialmente aceptable (Vallejo, 2018: 68).

La cultura del silencio hace sentir su yugo, y continúa haciéndolo, para coartar cualquier asomo de cordura dentro del represivo modelo de familia rural. En aquellos tiempos, inicios de los setenta, en la capital, y cuanto más al interior del país, era impensable hablar abiertamente en el seno de la familia, expresarse, disentir y mucho menos contravenir normas del orden, y más cuando estas atravesaban los ejes del género y la sexualidad de los implicados.

Esto propiciaba que existieran familias como las de estos tres personajes, en apariencia armónicas y estables, pero cuya supuesta y anhelada “perfección familiar” pendía de un hilo que, si era cortado por la verdad, derrumbaría aquello y quizá no sólo era la esposa quien sabía la mayor de las veces de la existencia de ese “hilo”, tal vez alguien o todos los hijos e hijas sabían de él y pasaban por consiguiente a ser cómplices de aquel simulacro.

Un sinnúmero de mujeres ha callado, guardado el secreto disimulado, y con ello han pasado a formar parte del enclosetamiento y la represión de la sexualidad en México. Sus frustradas vidas tras conocer la realidad detrás de sus matrimonios, saber que su pareja no era quien suponían, han abonado para construir un infranqueable muro que ha sostenido el ideal aspirado por muchas familias, que ha reproducido el tabú y retrasado el acceso a los saberes sobre sexualidad en nuestro país.

La narración de Hilario se torna procaz y surge el secreto compartido que hace de cada reunión el momento esperado y más disfrutado por los tres. “El Charro” no era otro que un varón muy bien parecido, casado y con hijos, con quien los tres, en forma separada y en distintos momentos, tuvieron sus queveres.

Ese Charro, así con mayúsculas, definitivamente nació para amar a otros hombres, y nos dio algo que en nuestros años y contexto creíamos imposible. No sé si nosotros fuimos sus únicas aventuras homosexuales, pues sabíamos que estaba dedicado a su familia, pero si fuimos los únicos o no, realmente no tiene importancia, lo disfrutamos en el misterio, en la discreción, en el enten-

dimiento, en la ayuda mutua. En fin, hasta suspiros roba a nuestros cansados corazones ese Charro travieso que se quedó a vivir en nuestras nostalgias (Vallejo, 2018: 69).

Misterio, complicidad y solidaridad, elementos que Hilario emplea para describir, calificar y finalmente recordar el significado que aquel “Charro” cultivó en cada uno. Son las premisas que han viajado con ellos desde entonces, presentes y al tiempo ausentes; anheladas unas e impuestas otras. En suma, un paradójico cúmulo de sentimientos que adquirieron forma, se vivieron y compartieron, y son ahora recordados para reafirmarles su denegada condición, su mascarada de vida vuelta ficción.

Para el varón homosexual de la provincia mexicana, casado y con hijos, atreverse a sucumbir a la tentación que implica volcar y ejercer su sexualidad conforme a sus deseos, representa desafiar el contrato social de simulación que decidió asumir para compaginar su vida con una realidad que provee coherencia. Pocos lo logran, la vigilancia de género y el escrutinio social al interior del país son prácticamente ineludibles e implacables. Por tanto, no todos los hombres homosexuales casados lo hacen, lo llegan a experimentar o convertir en realidad paralela a la que viven consuetudinariamente. Hay quien nunca consume en la praxis su auténtica sexualidad, y hay quienes han negociado consigo mismos para vivir estratégicamente una vida que satisfaga ambos planos, el personal, prohibido y privado sin contravenir al normativo, convencional y público; la doble vida líneas atrás aludida.

El tiempo ha pasado y nosotros tres nos hacemos viejos. Seguimos casados, disfrutando de los hijos y de los nietos. Cumplimos socialmente con lo que exigían de nosotros al haber nacido hombres. Guardamos en secreto nuestra naturaleza y deseos. Y cada martes nos acordamos del tremendo Alberto, nuestro Charro, el que nos dio valor para hacer lo que demandaba nuestro ser (Vallejo, 2018: 72).

Los sujetos que compartieron su historia fueron coyunturalmente llevados en medio de estas decisiones de vida. Sin negarse del todo, pero reprimiéndose, deseando y experimentando sin comprometer nunca el nombre ni a sus familias. Compleja y onerosa situación que enfrentaron en el momento que decidieron formar una familia heteronormada.

Ahora son otros tiempos, la modernidad ha traído otras pautas de conducta para los homosexuales, son más libres para expresar su preferencia, para defender su orientación sexual. A nosotros nos tocó nacer en otro tiempo y tuvimos que satisfacer nuestra naturaleza en medio del misterio y cobijados de discreción. Por el bien de nosotros y de los que nos rodean. Habrá quien diga que somos closeteros, mentirosos o hipócritas. Que juzgue bajo sus propias convicciones cada quien. Jesús, Rubén y yo creemos que hicimos lo correcto, elegimos la vida que tenemos y somos felices rememorando a nuestro famoso Charro (Vallejo, 2018: 72, 73).

Hilario esgrime una última reflexión que permite situarnos empáticamente para con él y sus amigos. Se remite a una evolución social que ha traído consigo cambios favorables en términos de aceptación de la diferencia sexual bajo el arquetipo del ceder ante la hostilidad, y en función no solo de él, sino también de “otros” poder justificar las decisiones de vida. Una vida que pareciera congraciarse, pero que en el fondo sigue demandando mantener viva la llama de ese deseo que nunca pudo ser íntegramente cubierto.

La presente historia me trajo a la memoria la novela de Sergio Tovar Velarde, *Cuatro lunas*, mejor conocida por la versión cinematográfica que él mismo dirigiera en el año 2015 y cuya trama gira alrededor de cuatro episodios en la etapa de vida de distintos varones homosexuales y gais en el México capitalino, urbano y de nivel medio a acomodado. El relato concerniente al sujeto de la tercera edad, intitulado análogamente, “Cuarto menguante”, cuenta la historia de un maestro septuagenario aspirante a poeta, a quien según se le introduce así:

poco a poco, de manera casi imperceptible, a Joaquín Cobo se le treparon los años encima, cargados de rutina y desencanto; para cuando se dio cuenta ya no supo cómo sacudírselos. Todo empeoró tras su jubilación: se encontró a sí mismo viviendo el mismo día una y otra vez. Los mismos años, repitiéndose hasta el cansancio (Tovar, 2015: 93).

El personaje ha vivido toda su vida como un varón tradicional, casado y con nietos, pero guarda celosamente para sí su deseo por los varones, mismo que mitiga al acudir diariamente a un baño sauna para poder ver al menos esos cuerpos desnudos y fantasear con ellos. De pronto, un furtivo contacto

visual con un trabajador sexual irrumpe en su vida obligándolo a confrontarse consigo mismo.

Joaquín, con sus años auestas y su cabello más y más blanco, viviendo el mismo día una y otra vez, decidió que merecía, por lo menos una vez, permitirse estar con un hombre: pero no con uno cualquiera sino con aquel, ese que lo hacía estremecerse ansioso... (Tovar, 2015: 110).

El protagonista termina por pagar sus servicios al joven para tener por fin el ansiado encuentro sexual; la historia culmina con un final condescendiente, amable y aleccionador, aderezado mediante un noble detalle del joven al adulto mayor.

Casos como el de esta película ilustran las vivencias que visibilizan a varones gais de la tercera edad en el México actual; con sus misterios y fisuras. Con sus contradicciones, testimonio de una época, que suelen dejar aspiraciones en ocasiones frustradas, pero que ahí están latentes, esperando quizá que la vida les retribuya, como al maestro Joaquín.

La última historia que recupero del libro de Vallejo tiene lugar con quien se hace llamar Servando Bravo, de 64 años, quien narra su historia a partir del reconocimiento de su condición homosexual como algo intrínseco a su ser, como eso que desde siempre supo y que le molesta sobremanera se le inquiera, ya que le parece tan trivial como preguntarle a otra persona “desde cuándo piensa o desde cuándo tiene un brazo”.

Sin embargo, como a todo varón en el México de épocas pasadas que no explicitara los mandatos y arquetipos de la masculinidad, Servando fue objeto del rechazo familiar a su comportamiento e imagen desde muy joven.

Mi padre muchas veces llegó a decirme: “Servando, habla como hombre”, “Servando, camina como hombre”, “Servando muévete como hombre”. Es tal vez por todas esas experiencias que aún a mi edad sigo padeciendo de problemas de autoestima, de autoaceptación e, incluso, a veces soy muy duro conmigo mismo. Si no eres aceptado de niño y sientes el rechazo, es algo que te acompaña toda tu vida y, sin duda, afecta las relaciones de todo tipo (amorosas, laborales, etcétera) cuando ya eres un adulto (Vallejo, 2018: 100).

Servando es contundente al evidenciar los efectos de la homofobia y más propiamente, de la injuria recibida en la infancia por ser un varón diferente. El homosexual, despreciado y rechazado, se yergue víctima, sujeto vulnerado y sometido a insultos que formarán su autoimagen y el cómo forjarse, pero desde la negación, la vergüenza y la culpa. Y son sin duda, como señala Servando, a veces huellas imborrables que se cargan aún en la vejez. No saberse desde el origen y bajo conciencia, digno y aceptado, deviene en grave afrenta a superar.

Era tanto el miedo que me sembraron de ser anormal y estar fuera de todos los cánones sociales y religiosos posibles que recién cumplí los treinta años, hablé con una buena amiga que era lesbiana y le propuse casarnos para, bajo el manto de un matrimonio, minimizar nuestras preferencias y sentir menos culpa ante nuestros seres queridos. Hicimos felices a nuestras familias durante dos años, después, obviamente, nos divorciamos de mutuo acuerdo. Y esa estrategia fue conveniente para los dos, porque ella ya no sería la marimacha, sino una mujer divorciada, y yo dejaría de ser el gay clandestino, para ser “el hombre que quiso formar un hogar al que lamentablemente no le salieron bien las cosas”. Mínimo ya no era el “hijo posiblemente gay”, ahora, y para beneplácito de mi familia, de mi madre, sobre todo, era el “hijo divorciado”. Como si el decir “estuvo casado” erradicara mi homosexualidad por completo (Vallejo, 2018: 102).

Si en el caso de la anterior historia, los tres amigos se adecuaron casándose y formando una familia para simular y otorgar sentido a sus vidas, en el caso de Servando, la táctica en su contexto resultó un poco menos onerosa. Montar un escenario complaciente que respondiera a las expectativas de una época demandó ejercerse con estrategia; finalmente, se engaña a un número de personas, y en sí, a un entrono agreste para que sea condescendiente. Servando salió adelante en su vida, lo que no le impidió sacrificarse.

Lo trascendental es el valor significativo que cobran los rituales y las convenciones normativas al momento de validar sujetos y vidas, conformando un núcleo de representaciones que determinan los actos en sociedad. Nadie, pareciera, puede salir o escapar de ahí, al menos no sin consecuencias. Lo dictaminado deberá acatarse. Servando es, en este sentido, además de estrategia, ejemplo de una muy sutil disidencia.

En ocasiones me invade una sensación de impotencia, una mezcla de sentimientos que amalgama la frustración con el valor. Creo que debí haberme abierto, haberme defendido, no permitir ciertos abusos, pero no hice nada, me quedé callado, silencioso. Porque de eso no se habla. Así me lo enseñaron. Nunca hice nada, no dije nada. Les puse sobrenombres a los nombres, disfraces a las palabras para nombrar lo que me rodeaba. Los pocos novios que tuve, los llamé “socios”, “compadres”, “colegas” y nunca tuve agallas para presentarme con mi pareja ante mi familia o la sociedad. Inventaba viajes y me iba lejos, en donde no hiciera daño a nadie ser como soy (Vallejo, 2018: 105,106).

No ceder a vivir la doble vida implicaba asumir abiertamente la condición homosexual. El clóset es estratégico y paradójico, ya que nunca se sale de éste por completo; todo el tiempo se negocia cómo, con quién y bajo qué circunstancias se “emplea”. Servando, si bien no sucumbió del todo a darle gusto a su familia y a la sociedad, tampoco se propició lo que en realidad deseaba. Ha vivido su homosexualidad con discreción, con miedo, procurando no dar lugar a sospechas y menos aún a confirmaciones.

La intención del presente apartado ha sido bosquejar y complementar la realidad que históricamente ha dado forma y estructura a la subjetividad gay en nuestro país, reparando en las distintas circunstancias que contextualmente se han enfrentado para llegar a la compleja actualidad que vive tanto la capital del país como el interior de la misma.

Referentes mediáticos del adulto mayor homosexual

Caso Pedro Sola. Gay, famoso y heteronormado

Dentro de los estigmas de la edad en el varón, permea la creencia que al acumular un número de años se termina la sexualidad y la capacidad de amar; que se deben esconder los sentimientos y el cariño cuando el sujeto, por el contrario, adquiere un “plus” al convertirse en referente para otros que, compartiendo identidad, han vivido represión y automarginación, tanto por contemporáneos que nunca salieron del clóset o padecieron discriminación como de generaciones posteriores que, sin ser compatibles por factores contextuales,

sienten identificación con quien perciben cercano, empático, y sobre todo, con experiencia y conocimiento, pudiendo proporcionarles apoyo y comprensión.

Aquí la razón puede referirse a que el sujeto menor se siente atraído por el mayor en respuesta a una necesidad que, considera, le cubre, es decir, juega un rol protector de asistencia y apoyo; o bien, que el sujeto menor, resultado a la variedad de fuentes informativas que cuenta, busca integrar diversidad a su bagaje, considerando a sujetos que no tienen que ver con su experiencia personal, lo cual puede considerar atractivo por diferente.

Un caso que llama la atención es el del conductor de televisión Pedro Sola, quien desde hace años se ha agregado a la legión de personalidades que abre sus redes sociales y un canal de video para convertirse en *youtuber* e *influencer* con cerca de un millón de suscriptores. El caso de Sola es interesante por diversos factores, en primer lugar, precisamente por su edad, pues rompe con el perfil del segmento característico de los *influencers*; en segundo lugar, es que el conductor es abiertamente homosexual y adulto mayor que comparte experiencias, opiniones, gustos y anécdotas, abordando con cierta frecuencia contenidos de temática gay; el tercer elemento y más inédito, es que el canal de Pedro Sola es seguido por un nutrido número de jóvenes *centennials* de ambos sexos y orientaciones sexuales diversas. No en balde, el sobrenombre que ha adquirido el espacio del conductor es “tío Pedrito”, o como el mismo llama a sus seguidores, “pedrolovers”, mote que designa un estatus afectivo para el personaje.

La carga simbólica representa, dentro de la imagería mexicana, tanto al sujeto que sin haber formado familia nuclear, madura y envejece, pero que con el tiempo, y en razón a su condición, se torna “amable” para ser reconocido como alguien cercano y atípico, que ahora, por edad, luce fraternal y amigable –alusión a la figura del tío–. Al mismo tiempo, reducir su nombre a diminutivo, infantiliza su condición como varón, lo asexualiza de connotación susceptible de amenaza y peligrosidad en referencia a su sexualidad o erotización, tornando protectora, a la vez que vulnerable, la personalidad actuante.

Dentro de sus contenidos, Pedro Sola recrea, mas no rememora, las redadas acaecidas durante su época y afirma no recordar haber sufrido alguna ni él ni sus conocidos durante su juventud. Sola deja en claro que el tema de la persecución por orientación sexual le es ajeno a su experiencia personal; recordemos que representa el lado amable, perteneciente a clases acomodadas,

de la homosexualidad mexicana de época, el lado bien portado y alienado, el discreto e inofensivo y, por tanto, nunca censurado o perseguido.

Sola diferencia entre antro –antes término asociado con lugar de perdición– y bar o *discoteque*. Atribuye la apertura a un factor de privilegio de clase, de dinero y estirpe, según refiere. Cita el bar El 9, inicialmente como restaurante para cenar, pasando luego a ser un bar famoso. Luego menciona que pusieron en Acapulco el Gallery. El motivo de la plática del video se dirige a dar cuenta de combinaciones de lugares o lugares mixtos, el juntar hetero-diversidad –no siendo realmente diversidad, pues se avoca a lo homo, o a lo lésbico si acaso, excluyendo generalmente a poblaciones trans–. Surge el tema de los supuestos espacios democratizados o incluyentes y sus distintas lecturas. Sola se pronuncia a favor de la división y diferenciación de espacios, en lo que corresponde a la comunidad y lo hetero.

En uno de los videos en que abordó la temática LGBTIQ+, el titulado “Bares Gay. Mi experiencia”, del día 17 de febrero del 2020, con más de trescientos mil vistas y más de quince mil *likes* hasta ese momento, señaló que su interés en realizar el video respondía a la evolución que han tenido estos espacios de ocio y entretenimiento en nuestro país. El conductor alude a que en su juventud no existían como tales los bares gays; sin embargo, menciona algunos ejemplos de lugares de reunión de aquella época, aun y cuando no gozaran del epíteto que los enmarcara como gays. Desfila el nombre de un hotel, bar y centro nocturno –como se les denominaba– de la época. El bar Belvedere del Hotel Hilton, donde asistían señores de traje y corbata, que no jóvenes, y se sentaban en la barra a tomar la copa mientras disfrutaban del *show* de la vedette Olga Breskin tocando el violín, rodeada de animales salvajes. Sobresale que Sola cita el uso de un código simbólico entre los asistentes a dicho lugar: portar un anillo en el dedo menique, lo cual califica de raro –demarcándose por la corrección atrás aludida: Pedro no debe ser imaginado ligando en esos sitios, aun cuando fuera entonces joven–, cuando resultaba obvio que era una clave para propiciar el ligue y los encuentros entre sujetos, algo común en entornos donde no existía seguridad acerca de la identidad o los intereses de los “otros”.

Sola remarca que no había bares gays en ese entonces en Ciudad de México, pero sí zonas como la rosa, donde se reunían los hombres homosexuales –lo refiere en tercera persona–, aludiendo al pasaje Jacarandas, donde se encontraban diversos restaurantes, y recuerda al café Tuluse Lautrec y al Aunt Jemima, sitios frecuentados por gente homosexual para convivir. Refiere Sola

que de esas reuniones salían las fiestas de fin de semana efectuadas en casas y departamentos de amigos. Sola se pregunta si la inexistencia de sitios públicos para la población gay se debía a una prohibición gubernamental o al desprestigio social implicado, evidenciando o aparentando desconocer las razas entonces normalizadas para extorsionar a las poblaciones homosexuales.

Al respecto, recupero lo descrito por Llano Macedo, cuando en su libro sobre el cincuentenario del festival Avándaro cita como parte del contexto de la época a la zona rosa.

la zona rosa en 1970 era el lugar “in”, “snob” o “chic” de la ciudad. Alguien me dijo alguna vez que este mítico lugar era antes de que la estación del metro Insurgentes acabara con su encanto, algo así como una “prostituta vestida de virgen”, de día blanca y de noche roja, y en el inter, disfrazada hipócritamente de color rosa [...] aunque el rosa era el tema del Greenwich Village de Manhattan, pero aquí en la ciudad también teníamos nuestra propia versión rosa, de un subido rosa mexicano (De llano, 2021: 68).

Llamó mi atención esta peculiar descripción que simbólicamente da cuenta del carácter ambiguo y transgresor de la misma, el ejecutivo televisivo invisibilizara su cariz gay como zona rosa, al no aludir a la presencia sexo-diversa como parte integral del circuito, lo cual resultaba imprescindible de resaltar.

Regresando al caso, ¿qué explicación procede entonces para justificar la popularidad de Pedro Sola en estos términos? Una primera razón es que representa un estereotipo de varón senil convincente y políticamente correcto para con la idiosincrasia mexicana. Pedro Sola es un hombre formado, educado, amable y de buenas maneras, ello lo hace un sobresaliente conversador. Pertenecer a una clase pudiente y ha vivido una realidad que para muchos podría parecer idílica: no haber padecido, según lo ha dejado entrever, rechazo, discriminación u otras agresiones por su orientación sexual, probablemente por haber sido astuto con el manejo del clóset; sin embargo, es un hombre cuya personalidad connota firmeza, dignidad y prestancia, en suma, representa un ideal, su imagen resulta aspiracional, aun y con el “detalle” de su sexualidad, que al final queda solo en eso, precisamente.

Presentarse bajo estos atributos, hace camuflaje de lo que pudiera resultar cuestionable, es decir, su orientación sexual. Sola sale airoso por sus propios

medios, siempre edulcorados, complacientes e incluso tiernos. Esto le dota del “don de gentes” que lo torna “inofensivo” y no amenazante. Es prudente y sutil en sus posicionamientos alrededor de temas delicados, lo que le coloca dentro de un manejo estratégico de dosificación enraizado en experiencia y subjetividad: Pedro Sola está integrado, adecuado y adaptado en una homonorma bien cimentada en la heterosexualidad; no hay visos de disidencia o combatividad más allá de abogar por la dignidad del ser humano.

Lo que podría recibirse de él como consejo cuadra dentro de lo que cabría esperar de una persona sensata y ecuánime, o sea, de alguien “acorde a su edad”. Es aquí donde la orientación sexual, la diferencia, queda desbordada, desdibujada y se circunscribe al deber ser, a lo correcto y moral. Pedro Sola no dará un consejo malsano a un joven *millennial*, no externará una opinión polémica alrededor de la sexualidad. Su credibilidad se derrumbaría. Cumple con un cometido, fincado en su carisma y peculiaridad como persona, pero sabe que debe ajustarse a los postulados de lo aceptado y esperado de alguien bajo sus condiciones. Señalan los cánones, no cabría esperar menos de alguien de “su edad”. Reflexionar alrededor de Pedro Sola muestra el carácter predecible y encuadrado que la tercera edad conlleva para efectos de visibilidad y aceptación dentro de los marcos normativos del contexto mediático actual y, para el caso particular, del vilipendiado medio del espectáculo y la farándula mexicana.

Películas y series sobre varones adultos mayores homosexuales. Reciente y relevante abordaje

El discurso mediático sobre la diversidad sexual es una realidad que de unos años a la fecha ha consolidado una línea de contenidos especializados distribuidos mediante plataformas de *streaming* como Netflix, HBO, Amazon Prime, entre otras. Lo sobresaliente, además de las variantes alrededor del tema, es el país de origen de las realizaciones, representando un mosaico intercultural polifónico de narrativas y subjetividades concernientes a las vivencias retratadas.

Describo a continuación algunos ejemplos a manera de referentes que han sido representados en fechas recientes alrededor de la vejez varonil homosexual. Los seleccioné no sólo por la diversidad de sus orígenes –aunque

contribuyó al abanico multicultural–, sino por lo sugerente (China), original (Polonia) o representativo (EE.UU.) de su abordaje.

De inicio, llama la atención que los roles estelares son interpretados por adultos mayores, es decir, historias cuya importancia radica en el protagonismo de un sujeto de la tercera edad, con las implicaciones a nivel de representación y lectura de significado que se da a relatos desde la tercera edad en primera persona. La realidad que se inaugura y promueve es que los adultos mayores de la diversidad sexual pueden contar y protagonizar sus propias historias, desde sus experiencias y miradas conforme a sus necesidades y expectativas. Son maneras de espejear un mundo que había permanecido invisible y oculto, una realidad ignorada y desconocida que finalmente es documentada bajo el umbral de la posmodernidad y la digitalización globalizada. Daré paso a cada una y a lo que considero su respectivo aporte.

Escrita y dirigida por Ray Yeung, *Amor al ocaso*, película china de 2019, visibiliza en forma novedosa y peculiar, pero sobre todo digna y reivindicativa, una reflexión revisionista a la cultura oriental verificada en el segmento mayormente rezagado de la diversidad sexual, el de los varones adultos mayores. El parteaguas de inicio es que es una historia de amor entre varones adultos mayores, de un amor que además de atípico por homosexual, lo es por darse entre sujetos cuyas vidas en apariencia se encuentran prácticamente resueltas y encaminadas a su última etapa. Los protagonistas rebasan los sesenta años, no viven solos y sus relaciones familiares se muestran sólidas y consistentes; uno de ellos casado, con hijos igualmente casados; el otro, divorciado, que vive con su hijo, nuera y nieta. El vínculo entre ambos se irá construyendo con lentitud y mansedumbre; la relación adquirirá estabilidad, plagada de ternura y compañía; sin la pasión ni la vorágine que demanda la pasión de juventud, sin las tradicionales prisas ni las acostumbradas presiones del amor temprano. A medida que avanza el filme, surgen y se entremezclan peculiaridades que distinguen a los protagonistas sin distanciarlos: el desconocimiento e inexperiencia del circuito de vida gay de uno, frente a la solidaridad entre pares y el activismo pro derechos de adultos mayores homosexuales del otro; la rutina y desasosiego de la vida familiar de uno, frente al ocultarse y negarse ante familiares y amistades del otro; las creencias o no en materia de religiosidad y espiritualidad en ambos.

Lo destacable es la sutileza y detalle con el que el autor/director logra capturar y retratar la posibilidad del amor entre dos sujetos con vasta experiencia

de vida y avanzada edad, sin anteponer prejuicios. En la cinta el amor fluye, la entrega y el interés son genuinos, aunque sorprendivos, como sabios e imposibles de asir desde lo convencional.

En una de las secuencias casi al final, un amigo activista del protagonista divorciado acude a una audiencia pública para demandar asistencia pública focalizada hacia adultos mayores homosexuales. Su discurso es contundente y el amigo lo escucha por su celular en su cuarto, sin saber su hijo del otro lado de la puerta hace lo mismo. El texto sentencia:

La sociedad dominante nos ve como una minoría. Cuando éramos jóvenes tuvimos que ocultar nuestra orientación por muchas razones. Nuestra familia, padres y carreras... muchos de nosotros incluso tuvimos que casarnos para que la sociedad nos viera como “heterosexuales” y “normales”. Incluso cuando seamos viejos, cuando nuestros padres y parejas hayan fallecido y nuestros hijos sean adultos, no podremos ser nosotros mismos. Es por esto que estoy aquí hoy hablando en nuestro nombre, pidiendo un asilo para ancianos gays. Como dice el refrán, los pájaros de una pluma se juntan. Los que tienen intereses similares disfrutan más de la compañía de los demás. Por eso queremos una casa de gays para gays. Para que podamos vivir nuestros últimos años con dignidad y libertad y brillar en nuestros verdaderos colores (Yeung, 2022).

El filme reivindica y legitima el derecho a la diferencia y al amor en cualquier etapa de la vida. Los sinsabores que ello anida valen la pena para los que aún pueden y desean consagrar sus últimos días en plenitud. Esta propuesta brinda esperanza al visibilizar realidades que no sólo son deseadas, sino también factibles; van más allá de una ensoñación.

Por su parte, la serie polaca *Reina* (Krolowa), de ocho capítulos, también en Netflix, presenta la historia de Sylwester, un adulto mayor de origen polaco asilado desde joven en Francia, con una fructífera carrera como sastre de alta costura que logró combinar con la igualmente exitosa carrera como transformista bajo el nombre de “Loretta”. El planteamiento argumental aborda el inminente retiro e incierto futuro del protagonista; sin embargo, la historia da un vuelco cuando su protagonista enfrenta su pasado y sus consecuencias encarnadas en una hija abandonada y enferma, y la nieta embarazada, lo que transformará sus planes en el corto plazo.

Lo relevante de la serie es la confrontación padre e hija, no sólo ante la figura del abandono, sino ante su orientación sexual y su alternativa identidad genérica, rompiendo el canon heteronormativo al ser además un adulto mayor. La dramatización, matizada con humor, transcurre con atropellos para al final resolverse benévolamente. El aporte radica en su originalidad, presenta un digno y entrañable personaje drag/transformista de edad avanzada, con las consecuentes lecturas basadas en referentes afirmativos de vidas construidas desde la transgresión que son fecundas. Imaginar y exponer sujetos en plenitud benignamente situados en los márgenes, subvierte el efecto homofóbico edificado con un costo como precio por ser congruente. La serie opera como amena y sensible lección de dignidad humana que enaltece valores comunitarios y filiales.

La tercera referencia alude a la primera temporada de la serie norteamericana *Unpaired*, cuya trama versa sobre la problemática surgida a partir de la ruptura de una pareja que llevaba diecisiete años junta, y que viven su cuarta y recién entrada quinta década de vida, respectivamente. El abordaje se distancia de la profundidad y extrañeza de los ejemplos anteriores, puesto que el móvil es abarcar mercado atacando otros segmentos dentro de la mirada *hollywoodense* que explota la gaycidad privilegiada y capitalista. El tratamiento reproduce estereotipos y clichés abordados en otros esfuerzos (*Queer as folk*) sin resultar novedoso o distintivo, a pesar de la edad de los protagonistas –única variante– y de su consecuente estatus. En función de la demarcación etaria, los recursos y atavismos con los que lidian los personajes son los mismos que sus pares de menor edad, pero se agregan nuevas “cargas” discriminadoras y excluyentes producto de la edad, que son sarcásticamente abordadas o normalizadas y frivolidadas. El tema es, ¿cómo pueden enfrentar la madurez y posterior vejez varones gais de contextos altamente aspiracionales, donde predomina el poder del culto al cuerpo y la juventud? La repuesta quizá sea abordada en futuras temporadas; al menos en la primera, el dejo que gravita dentro de una reflexión inicial se centra en el conflicto existencial generado ante la imposibilidad de superar el temor a la edad y el rechazo.

Otra serie importante en *streaming* es *The Last of us*, producción canadiense de la plataforma HBO, cuya temática distópica y postapocalíptica muestra una fatalista visión del mundo consecuencia de una devastadora pandemia ocurrida en el presente. En el tercer capítulo de la primera temporada, transmitido a finales de enero de 2023, el contenido presentó un giro inespe-

rado que marcó tendencia polarizando audiencias en redes sociales. La razón obedeció al tema manejado y al vuelco en el enfoque y tratamiento original de la trama. Entre infortunio, desesperanza y muerte, el capítulo presenta el sorpresivo rescate de un varón maduro de parte de otro, desencadenando entre ambos una relación y vínculo erótico-afectivo desarrollado a lo largo del capítulo. Lo interesante del planteamiento, y de la exacerbada homofobia que se volcó entre los sectores conservadores de crítica y audiencias, es precisamente la forma en que es mostrado el vínculo entre estos dos varones de edad madura, y el devenir que se atestigua hasta verlos envejecer juntos y al final decidir morir juntos bajo suicidio asistido.

Presentada como una historia de amor tradicional bajo cánones convencionales, la pareja logra, sin embargo, romper el prejuiciado y estereotipado imaginario que gira alrededor de la homosexualidad. Aquí los personajes se conocen por casualidad, pero se “reconocen” por los referentes culturales compartidos generacionalmente que los constituyen como sujetos, diría Alberto Mira, aun y cuando uno es abiertamente homosexual y el otro al parecer permaneció durante su vida en el clóset. El aislamiento del segundo propiciará una dinámica de vida en pareja que consolidará la relación a pesar y por encima del contexto que les rodea. Lo que sacude, transgrede y resignifica ante la heteronorma es la manera en que los sujetos se aman y se entregan mutuamente pese a las circunstancias generales –pandemia– y particulares –enfermedad– que enfrentan. Aquí, el apoyo, comprensión, cariño, solidaridad y compromiso son expuestos mediante escenas explícitas y contundentes. Hay detalles de ternura, de compenetración, pero los más son de franca empatía y resiliencia. La posibilidad como una realidad y no como una probabilidad es la resultante de esta disímbola mixtura entre amor, entrega, tragedia y fatalidad.

Lo encomiable de este ejercicio experimental –considero que no podría ser visto de otra manera, independientemente de sus intenciones mercadotécnicas o culturales–, desde una perspectiva revisionista a la representación tradicional de lo gay en productos de entretenimiento, es que logra desafiar y revertir los patrones que en el trinomio del capital gay suelen operar: culto a la juventud, al cuerpo y al consumo, presentando, contrariamente, una alternativa que se decanta por visibilizar una propositiva y edificante historia protagonizada por varones maduros y en pleno proceso de envejecimiento.

En conclusión, estas muestras de visibilidad de la tercera edad en contenidos de *streaming* en plataformas digitales brindan un catálogo novedoso

de representaciones sociales afirmativas alrededor de la vejez homosexual, a partir de visibilizarla, dignificarla e inclusive desacralizarla para evitar que sea romantizada. El que varones adultos mayores sean objeto de atención y consideración abona para introducir y reformular discursos que, en este caso, desde la industria del entretenimiento, aportan referentes socioculturales relevantes y de incidencia para la recomposición de los imaginarios sociales alrededor de la vejez.

Por otro lado, y remitiéndome a campañas sociales mediáticas dirigidas al tema de la vejez homosexual, alguna vez vi un *spot* en video de origen argentino cuyo mensaje buscaba reivindicar el estadio de los varones homosexuales adultos mayores. En la pieza se describía en la voz de un varón adulto mayor las siguientes líneas: “Crecí aparentando ser lo que no era. Atrapado en un secreto. Un día tuve un sueño. Y desperté decidido a entrar a la vida. Busqué el amor. Y lo encontré. Lo construí. Hoy, sé que nada importa cuando el amor te rodea y te abraza. Soy quien quiero ser”, se escucha mientras contemplamos a un adulto mayor en distintas escenas cotidianas. El video cierra con la leyenda en pantalla: “la diversidad sexual no tiene edad”.

La interpretación del mensaje trae consigo aristas a considerar. Es clara la necesidad por visibilizar el tema, además de loable pretender modificar el referente social a la condición adversa de la vejez; sin embargo, el apelativo empleado como recurso para resarcir el daño existencial y proyectar la vida en forma constructiva, en este caso mediante el amor, reduce el alcance y minimiza la dimensión integral que la vejez implica, dejando desde mi apreciación la intención limitada y aspiracional.

Considerar salir de un estado marginal que ocultó al sujeto sexodiverso representa una consigna de lucha, pero exponer que se haya felicidad y realización personal en función de encontrar amor romantiza y trivializa la naturaleza de la problemática afrontada por los adultos mayores. Buena parte de la reivindicación de la vejez gay abarca el derecho al amor, a la sexualidad, al erotismo, etc., como cualquier persona, pero emplearlo de moraleja, deja ver que sería la solución ideal para los sujetos, lo que terminaría por condicionar y poner en riesgo la dirección y subjetivación autónoma de los mismos.

Representaciones sociales en la cultura: cine mexicano de temática homosexual. Breve recuperación de la representación homosexual en el cine mexicano

Inicio el apartado trayendo a colación tres películas que considero puntales para reflexionar sobre el papel histórico que ha desempeñado el cine mexicano en su relación con la diversidad sexual, y más propiamente, con la temática homosexual y gay, y que por tanto han formado parte del bagaje y marco referencial sociocultural de los actuales varones adultos mayores homosexuales en nuestro país.

La primera es *Matinée*, del año 1976 –dos años antes de la primera manifestación homosexual organizada en México–, protagonizado por los entonces jóvenes actores Héctor Bonilla –“Aguiles”– y Manuel Ojeda –“Francisco”–; escrita y dirigida por el director aguascalentense Jaime Humberto Hermosillo, su segundo largometraje luego de *Cumpleaños del perro*, película donde también incursiona dentro de la temática homosexual, aunque sin lograr el acierto de la presente. *Matinée* es considerada por la crítica cinematográfica como una película seminal sobre el tema homosexual. En la trama, una pandilla de jóvenes delincuentes se ven involucrados por accidente con un par de infantes con quienes entablarán una relación cuasisíndrome de Estocolmo, cuyo dramático desenlace convertirá en víctimas fatales a la joven pareja de varones integrantes de la banda.

Matinée es considerada por su director una de las películas más complicadas que ha dirigido. Para el crítico estadounidense Elliot

[...] es una pequeña obra maestra, uno de los filmes más comprometedores realizado durante el último decenio [...] Hermosillo comentó: “Pretendo evidenciar la crisis por la que atraviesan las relaciones familiares; muestro la manera en que ha cambiado el estado de las cosas y que, a pesar de las normas en evolución, la institución familiar no funciona como es deseable aún (Díaz, 2004: 73).

Lo interesante y novedoso de la película es que la relación que se muestra entre los delincuentes es la de una pareja homosexual. Con sutiles y a veces implícitos dejos a lo largo del filme, se deja entrever que los cacos han sido

“algo más” que amigos y cómplices, y que, entre ellos, pese a la constante tensión, hay afecto y deseo.

Hermosillo sugiere la conducta homosexual de Francisco y Aquiles misma que no es manifiesta, no por miedo a la censura o a la rechifla de algún espectador machista, sino porque en *Matinée* la homosexualidad de los personajes no es prioritaria para su trama, ya que el principal elemento es el resquebrajamiento de las relaciones afectivas (Díaz, 2004: 77).

La lectura convencional deja al margen cualquier connotación o alegoría respecto a esta interpretación. Y es esa la premisa que la hace, a mi juicio, más importante como ejemplo fundacional. Que aún en contextos adversos, poco plurales y en el caso de México, altamente homofóbicos, pudiera un director plasmar mediante los recursos del lenguaje cinematográfico una singular propuesta que transgrede y subvierte significados, desafiando concepciones hegemónicas y heteronormativas alrededor de la masculinidad, innovando bajo un subtexto homoerótico.

Sobre los personajes homosexuales, Jorge Ayala Blanco, en la condición del cine mexicano, opinó:

[...] han salido del clóset, pero se mueven con discreción. Una sutileza solo para entendidos, equidistante tanto de la ostentación como del escamoteo hipócrita. Los raterillos Aquiles y Francisco están enfocados con cariño y a distancia, como un par de jovenazos medio traviesos, medio aventureros, comportándose a veces cual chiquillos de menos edad que los auténticos niños que se les han unido en sus descabelladas fechorías siempre basadas en el hábito del engaño, el gusto por el disfraz y el arte de la fuga (Díaz, 2004: 79-80).

Un segundo ejemplo es la comedia *A toda máquina*, estelarizada por Pedro Infante y Luis Aguilar en 1951; película en blanco y negro dirigida por Ismael Rodríguez. En ella, y semejante al caso anterior, los protagonistas son dos amigos que van a pasar juntos un sinnúmero de peripecias, pero en este caso, como agentes de tránsito. Aquí, nuevamente, el vínculo entre ellos es presentado como camaradería común entre varones; sin embargo, leyendo el subtexto de algunas escenas e incluso de algunos diálogos, se deduce que hay o podría haber algo más que amistad entre ellos; se vislumbra un interés más

allá de la convivencia y la preocupación y presión que ejercen uno al otro no es la que la heteronorma dictaría dentro de una relación amistosa entre varones. Al final, en concomitancia con el anterior filme, su interpretación elude asomo de homoerotismo en su lectura como película tradicional y nacionalista de comedia mexicana de mediados del siglo pasado. Lo indómito, nuevamente, es que en aquel tiempo los directores se mostraran receptivos e interesados en mostrar en forma subyacente tratamientos y contenidos de esta índole dentro de sus proyectos fílmicos.

Estos dos primeros ejemplos significan, cada uno en su particular circunstancia, seminales intentos y singulares atisbos de lo que podría ser considerado una representación distinta y atípica de la homosexualidad dictada conforme a cánones denigrantes y estereotipados para con la diversidad, al mostrar alternativas que constituyen una nueva forma de organización social de la sexualidad en el México de mediados y finales del siglo pasado.

Muchas de estas imágenes son signos de opresión, pero también de lucha y liberación, porque los cineastas, equivocadamente o no, también trataban de darle un sentido a homosexuales, locas, jotos, gais que vivían –viven– al borde del abismo, o que intentaban (re)ubicarse en el mundo (Schultz-Cruz, 2008: 40).

El tercer ejemplo es la que se considera formalmente como la primera película mexicana abiertamente gay, *Doña Herlinda y su hijo* de 1985, dirigida por Jaime Humberto Hermosillo. En ella, somos testigos a lo largo de la trama de cómo en un lugar de la provincia mexicana –Guadalajara–, la astuta madre de un joven profesionista homosexual se las ingenia para que, al tiempo que disimula y ejerce complicidad para con la relación que sostiene su hijo con otro joven, “cumpla” con el canon heteronormativo casándose con una chica e incluso teniendo un hijo con ella, sin sacrificar la relación con su pareja varón. Deducimos, por tanto, que la premisa es la “adecuación” para que los personajes actúen conforme a la “doble moral” imperante y así a todos se les pueda dar gusto y puedan vivir como desean.

Doña Herlinda es la madre que representa a una sociedad que a pesar de sufrir cambios no oculta su “agachismo”, su temor a enfrentar la realidad, su miedo a hablar de la sexualidad, su conformismo por seguir reproduciendo un sistema de falsas apariencias donde la honestidad se torna cada vez más opaca [...]

como si la represión de las necesidades vitales de los individuos, vía la iglesia, el Estado, la Familia, la Escuela, entre otras, aniquilaran las pasiones, los deseos y placeres que acompañan a cualquier ser humano [...] al recrear los personajes de Doña Herlinda... Hermosillo deja un legado cuya fuerza es capaz de romper con los modelos negativos de identificación que tanto afectan a los homófilos (Díaz, 2004: 102-114).

Ahora, la interrogante al hablar de cine mexicano y lo homosexual: ¿qué imaginarios sobre masculinidad, género y homosexualidad formaron la niñez, adolescencia y juventud de los colaboradores de esta investigación? Recupero a Schulz-Cruz, “Por imágenes gay entiendo la iconografía del cuerpo masculino en relación con el objeto de deseo de un hombre por otro hombre, en un momento determinado” (Schulz-Cruz, 2008:16).

Pero antes un preámbulo: el cine mexicano de mediados del siglo pasado se caracterizó por invisibilizar la sexualidad de sus protagonistas, presentando e interiorizando en los imaginarios, hombres y mujeres que se atraían, se enamoraban y se casaban, pero que nunca hacían explícito el deseo erótico que les incitaba a interactuar. En ocasiones, mediante insinuaciones, insulsos dobles sentidos y aparentes y desdibujados atrevimientos, se daba a entender lo que, por censura, autorepresión y doble moral se ocultaba, es decir, que no querían “hacer el amor”, querían copular, fornicar, coger. Así, transcurrían las tramas asexuadas de películas costumbristas rancheras, los melodramas urbanos y las iniciáticas de *rock and roll*. Sobresalían por su popularidad e identificación con la población de aquel entonces, las de corte ranchero y por ende nacionalista, mismas que constituyeron el referente por antonomasia del ideal de ser del varón, de “su” mujer y en sí, de la familia mexicana de los sectores populares, mayoría del país, dejando al margen y en la periferia de la marginación y exclusión a quienes no se amoldaran e integraran a dicho modelo.

Al respecto, refiero la reflexión cultural que efectúa Domínguez sobre el papel del nacionalismo:

las connotaciones de género son fundamentales para las definiciones culturales colectivas de la mayoría de los géneros musicales populares que representan conceptos nacionalistas: las películas rancheras y los corridos en México [...] en estos géneros se privilegia a la figura viril como el modelo nacional del género masculino, ante lo cual la población no heterosexual tenía que encontrar

una manera de insertarse en dicho marco nacionalista o bien aceptar el estigma de ser el excluido y el otro marginado (Domínguez, 2019: 141,142).

Durante los sesenta, dio inicio, por coyuntura, cierta mansedumbre al mostrar por lo menos, los cuerpos, siempre femeninos, más libres, explícitos y espontáneos, a veces incluso, desnudos o semidesnudos; las interacciones entre los géneros más realistas, menos ramplonas, y tramas con discretos indicios de experimentación temática. La moda y las nuevas costumbres, ancladas en la naciente liberación sexual, abonaban para que su recepción social fuera, aunque gradual, permisiva y sensata, conforme a los canónicos estándares, sopesando la rebeldía implicada. “Partamos reconociendo que de 1970 en adelante ha habido cambios substanciales en la representación tradicional del homosexual”, suscribe Bernard Schulz-Cruz sobre la relación entre el séptimo arte y la homosexualidad en México (Schulz-Cruz, 2008:15).

Para entonces resultaba impensable, salvo los casos aludidos al inicio, una mínima insinuación que aludiera a la diversidad sexual dentro de los filmes. Ello dio inicio en la década siguiente, iniciados los setenta, cuando dentro de la industria cinematográfica mexicana se dio lugar a que apareciera un infame personaje, que a la postre se tornaría en emblemático, e incluso indispensable dentro de las tramas del género de ficheras, me refiero al “maricón” de barrio, al “joto” estilista o modista que representaba por primera vez al sujeto homosexual en el celuloide nacional. Una representación grotesca, morbosa y peyorativa que al día de hoy y en retrospectiva puede interpretarse en su justa dimensión con toda su brutal carga de violencia simbólica. Así, plagados de un amaneramiento exacerbado en ridículas situaciones y bochornosos desenlaces, estos personajes dieron forma al estereotipo que hasta nuestros días se articula en el imaginario social cuando de un gay u homosexual se refiere. La película *Modisto de señoras*, protagonizada por Mauricio Garcés, es un ejemplo clásico de esta construcción arquetípica que muestra, desde la perversa simulación del protagonista, hasta las bochornosas sátiras representadas por sus “colegas” estilistas, pasando por insulsos y predecibles enredos, una apología al ridículo. “Los papeles de bailarín, criado, mesero, modisto y peluquero se repetirán en muchas películas como limitados íconos homosexuales” (Schulz-Cruz, 2008: 22).

En suma, el *performance* del “maricón” ridiculizado vino a inaugurar la forma bajo la cual el cine debería capturar y retratar al sujeto homosexual para

volcar en él una serie de epítetos que reafirmarían su abyección y la eventual amenaza social que representaba, por lo que injurarlo para extirpar el “peligro” de su existencia tornándolo un ser patético objeto de escarnio, fue la homofóbica estrategia y eficaz remedio para satanizarlo al tiempo que diezmarlo.

Si bien estas comedias existían para ridiculizar, de alguna manera eran la forma más burda de reconocer que en la psiquis de la sociedad mexicana la homosexualidad no era una invención; por el contrario, existía a diario, más allá del mesero, el modisto, el peluquero, o el joto del barrio (Schultz-Cruz, 2008: 23).

Para Domínguez, durante las décadas del setenta y ochenta, el conjunto de los discursos despegados por la empresa Televisa, del género de la comedia, “al haberse transmitido reiteradamente en horarios de alta audiencia, han tenido una amplia influencia en la construcción de la homofobia contemporánea” (Domínguez, 2015: 120,121). En ellos, cabe resaltar, no es propiamente lo femenino, sino partir del hecho de feminizar un cuerpo masculino mediante un travestismo que no es mostrado como alternativa cultural de otredad o transgresión al género, sino para propiciar la burla a la expresión de género del sujeto.

La mayoría de las veces las imágenes gais en la pantalla eran negativas. Esto era así porque mostraban diversos personajes con patologías que se paseaban por la neurosis, la tendencia suicida, la desadaptación y la fijación edípica, por nombrar las más conocidas [...] lisa y llanamente no tenían derecho a ser felices ni podían intervenir en la sociedad. Por cierto, la represión o auto-opresión en la pantalla de un cuerpo gay que luchaba por establecerse en la imagen obstaculizaba la posibilidad de que el homosexual se pudiera ver positivamente en la imagen proyectada (Schultz-Cruz, 2008: 30-31).

Por último, y como ejemplo afirmativo y venturoso actual, la película *Sueño en otro Idioma*, del año 2017, dirigida por Ernesto Contreras y galardonada con seis premios Ariel,

[es] una propuesta bastante novedosa y nunca antes vista que pone sobre la mesa temas de la diversidad sexual, analizados desde una perspectiva que pocas veces se llegan a tocar. Cuando hablamos sobre historias de la diversidad

sexual, pocas veces podemos visualizarlas desde el enfoque de las personas adultas mayores y, en consecuencia, muchas veces ignoramos las experiencias que les han cruzado. Este es un gran acierto de esta película... somos testigos de lo que seguramente ha sido la historia de miles de personas de la tercera edad que viven en las comunidades de nuestro país (Tatto, 2021).

Esta película, desde mi perspectiva, la mejor lograda sobre temática gay en México hasta el momento, aporta una desafiante y sofisticada mirada a sus dos protagonistas adultos mayores, a sus problemáticas y a su singular conflicto. Rodeada de una belleza inusitada en cuanto a locaciones, fotografía, ambientación, música y efectos de alto calibre y fina estética, *Sueño en otro idioma* es una oda a la vida, un tributo al amor y al desamor; un ejercicio de reflexión antropológica acerca de la masculinidad y la diversidad llevado a la pantalla con sensible valor artístico. El tratamiento, inserto en la tradición costumbrista, se rodea de misticismo, realismo mágico y alegorías sobrenaturales. El colofón, a manera de edificante moraleja, cierra con esperanza una historia que, como refiere la cita anterior, bien puede ser todavía una constante en muchos pueblos del interior de nuestro país. Un significativo ejemplo del cine que debería hacerse en México cuando se aborda la temática gay.

El aumento del imaginario homosexual está en directa relación con los cambios producidos en la conciencia social por parte del discurso del movimiento gay en México que, a pesar de la homofobia, los crímenes y las violaciones a los derechos humanos, y más que nada de las presiones sociales todavía existentes, destaca un mundo queer que ha evolucionado desde la marginalidad a una presencia cinematográfica donde se cuestionan los roles, el género, y el discurso oficial de la sexualidad (Schultz-Cruz, 2008: 34).

Conclusiones.

Memoria y reconocimiento

Dos cuestiones, como hechos coyunturales, motivaron de inicio seleccionar el tema de los varones adultos mayores homosexuales para la presente investigación. En primer lugar, el que actualmente seamos testigos en el mundo de la primera generación de varones homosexuales que llegan a la tercera edad viviendo con VIH; el segundo, que los pioneros del entonces Movimiento de Liberación Homosexual en México presentan un proceso inmanente de deceso por edad –Xabier Lizarraga, por ejemplo, quien falleciera durante la preparación del cierre del texto para esta investigación–. De lo primero, significa un desafío sin precedentes para la salud pública mundial, a la vez que un bálsamo de esperanza ante tanta pérdida y dolor acumulados por décadas; de lo segundo, exige el rescate de la memoria histórica que dé cuenta, haga justicia y brinde voz a protagonistas y testigos en vida.

Otra de las cuestiones que sobresalieron ante la selección del tema fue que su prospección académica e indagación científica desde las ciencias sociales se haya prácticamente en ciernes en México, al adolecer nuestro país de material producido e investigado específicamente de manera regional y lo-

cal, hasta donde pude constatar; sin embargo, y por fortuna, en otras latitudes de habla hispana y en sí Latinoamérica –sobresaliendo España y Argentina–, como señalé en el estado de la cuestión, se ha venido trabajando el tema desde hace varias décadas a partir de distintos núcleos académicos, generando un marco de conocimiento que funge como referente importante.

Por tanto, y siendo tema todavía algo inhóspito en México, su selección trajo consigo enfrentar las limitaciones que presentaron los vacíos nacionales y locales alrededor de una episteme que pudiera respaldar algunas decisiones tomadas respecto a su abordaje. El resultado de lo observado, vivido y compartido captura, como intención expresa, los procesos de subjetivación que varones homosexuales de tercera edad de Aguascalientes presentaron al desentrañar sus respectivas historias de vida.

Considero que mediante sus narrativas se logra trazar un bosquejo de lo que significó para ellos vivirse como homosexuales en un Aguascalientes pasado, agreste y particularmente hostil hacia identidades y prácticas no normativas; no obstante, contemplo como uno de los aportes dar cuenta no sólo de las vicisitudes, avatares y experiencias de orden marginal, penoso y excluyente, que suele representar el común de lo encontrado en este tipo de indagaciones, sino también de aquellas otras experiencias donde predominó, o al menos hizo su aparición, el respeto, la aceptación, la armonía y bienestar; en suma, experiencias de vida que bien pudieran ser consideradas favorables y afirmativas, y que tuvieron lugar dentro de una etapa, un hecho concreto o incluso a lo largo de las vidas de los participantes, fuera de manera constante o como cúspide.

Pongo el acento en este aspecto, porque como bien externara Rodolfo a través de su historia, “aunque no somos muchos, y quizá la mía sea una historia un tanto única, demuestra que al final las hay, que también existen y que tenemos historias de éxito”. Y efectivamente, confirmo, luego de concluida la investigación que, y sin considerar en forma determinante la época –asumo lo temerario de la afirmación–, los homosexuales en México hemos conseguido, con sus más y sus menos, una serie de logros, avances, así como muestras, mediante el testimonio de nuestras vidas, que en México también se puede llegar a vivir como sujetos gays en plenitud, con dignidad y orgullo, aún y a pesar, e incluso, por encima de los obstáculos y sinsabores que históricamente nos han oprimido.

Esto ejemplifica la idea detrás de la teoría de la práctica social, que antropólogos como Sherry Ortner han promovido al sostener que la producción de sujetos sociales por medio de prácticas en el mundo, produce asimismo la del mundo mediante esas prácticas, es decir, que la oposición entre agencia y estructura y con ella la idea de que el mundo se hace, en un sentido amplio y complejo, por medio de las acciones de los individuos comunes, indica que ese mundo puede deshacerse y rehacerse (Ortner, 2016: 33), reforzando el adagio clásico que la transformación social será cultural o no será nada. Caso que, considero, Rodolfo viene en cierta medida a representar.

Otro hallazgo ha sido el que, conjuntando las trayectorias de vida de los participantes y tomando en cuenta sus puntos de quiebre, rupturas y transiciones, se muestra que el clóset, tal y como lo hemos concebido dentro de los estudios lésbico-gais y la teoría *queer*, experimenta una desafiante transformación que, si bien guarda los resquicios que lo delimitan en lo estructural, su carácter paradójico sin duda, adquiere aquí un matiz más complejo desde la experiencia compartida por los sujetos. Cuando Jafet me dijo un día, enfático y más que orgulloso, “Yo me hice, yo no era este que ves”, me hizo asimilar que realmente logró hacer de su vida lo que ha querido, sin considerar o no un clóset de por medio.

Aún y cuando el clóset prescribe, según Sedwick, nunca se está ni completamente fuera ni completamente dentro, la presente investigación presentó el hecho que tres de los cinco participantes consideraran nunca estuvieron bajo un clóset identitario, viviendo visibilizados dos de ellos –Rodolfo y Jafe–, es decir, abiertamente homosexuales, con sus familias y en distintos entornos y contextos, con sus matices, lo que trajo consigo vetas importantes a considerar, en primer lugar, que algunos de los sujetos perciban y expresen que no padecieron la opresión e infortunio que el clóset presupone, independientemente si su discurso y actuar sea congruente o no –lo importante es su percepción y lectura de los hechos–, coloca en el centro un posicionamiento fincado en sobrepasar e incluso imponerse, aún sea simbólicamente, por encima del sometimiento y el encierro que el clóset suponía en su momento; esto significa que algunos de ellos desearon y vivieron, aunque fuera relativamente, en forma abierta su homosexualidad, pese a lo socialmente establecido en aquel entonces.

A su vez, su percepción y actitud ante ese closet apunta a considerar que, en su época, el contexto social, entorno inmediato y en sí, el marco referencial

que rodeó su desenvolvimiento, no lograron impedir del todo que se manifestaran, o también y en paralelo o simultáneo, lograran sortear con estrategia y astucia la homofobia que en sus distintas vertientes podía volcárseles ante su muestra pública, lo cual es a su vez otra veta relevante: los sujetos manifiestan haber adolecido, en lo general y con sus respectivos matices –caso específico de Mara–, ser objeto de manifestaciones de señalamiento, odio y exclusión, expresando que al menos ellos no las percibían, a excepción de Mara, quien pone de manifiesto haber padecido significativamente, desde muy pequeño, y durante prácticamente toda su vida, los efectos de la homofobia en sus diversas vertientes.

El matiz decisivo, profundizando, es que tres de ellos se adscribieron, laboraron y se han desenvuelto durante prácticamente toda su vida en ambientes y entornos amigables e incluyentes hacia la diversidad sexual, es decir, el mundo del arte, concretamente el *ballet*, las artes plásticas y el de la cultura y el espectáculo, comúnmente asumidos como afirmativos. Los tres admiten y justifican con base en esto la calidad del estatus personal vivido hasta la fecha. Esta variable contextual resulta importante respecto a que estas experiencias puedan resultar afirmativas. Casos contrarios de los dos quienes, por el contrario, se desarrollaron en ambientes y entornos laborales tradicionales para con el común de la idiosincrasia local: heteronormados, clasistas, sexistas, machistas y misóginos, teniendo en consecuencia vivir reprimidos y dentro del clóset, sin poder asumirse y mucho menos exteriorizar su ser real.

Especificando, que la pareja de uno de ellos haya sido extranjero e intelectual, agrega además que sea proclive a una aceptación debido al factor raza y clase ante la conformación de una familia homoparental con estas características. Según el mismo Rodolfo: “no es lo mismo, mi pareja fuera un norteamericano de ascendencia europea, erudito en el ámbito cultural, blanco, rubio, ojo de color, a que hubiera sido un varón mexicano común”. Lo que propició, sin lugar a duda, que el proceso de adopción de una hija racializada les resultara benigno y poco oneroso dentro del contexto aguascalentense. Las situaciones de privilegio abarcan y amplían el establecimiento de patrones sociales e institucionales que favorecen y visibilizan ventajas que se evidencian mediante su socialización. De esta manera, lo individual repercute en lo social, lo desestabiliza, modifica y transforma, aun y dentro de sustratos selectivos, terminando por imponerse.

Coincido con Mauricio List cuando afirma:

señalar la orientación sexual de los sujetos no nos provee de certidumbre respecto a muchos otros aspectos socioculturales que los caracterizan y a sus interacciones. Recuperar la interseccionalidad en el análisis antropológico nos permite ver que cuestiones como la clase, la etnia, la edad, entre otras, nos dota de herramientas para un análisis más fino y profundo del ejercicio de la sexualidad (Guerra y Mérida, 2019: 177).

En este caso, que tres de los cinco participantes en esta investigación pertenezcan a un sector socioeconómico medio alto, es indicativo de las condiciones que la variable de clase arroja como espacio que el contexto sociocultural de Aguascalientes torna permisible a sujetos que han vivido bajo una situación de cierto privilegio para poder visibilizar, externar y finalmente abrirse para hacer público su testimonio de vida.

Por otro lado, es de considerar el hecho que a partir de inicios de los años noventa, quizá poco antes –en buena parte debido a la declaratoria de la oms de eliminar la homosexualidad de su lista de enfermedades mentales–, el discurso mediático viera sensiblemente transformado su carácter estigmatizante, vuelco que incidió de diversas maneras en los imaginarios sociales de la época, sin excusar la descontextualización de regiones como Aguascalientes, pero tomando en cuenta que dos de los participantes vivieron en el entonces Distrito Federal, factor que una vez de regreso a Aguascalientes les proveyó de herramientas cognitivas para situarse bajo términos contrarios a los cánones imperantes.

Los participantes, durante su juventud, vivieron en una sociedad donde la heterosexualidad era norma obligatoria e incuestionable y la única forma concebible de asumirse varón, de ser persona y sujeto de derecho. El paradigma al que se enfrentaron los forzó a que se replantearan las nociones existenciales ligadas a la sexualidad con las que crecieron, se formaron y constituyeron, subvirtiendo el sustrato que otorgaba sentido a sus identidades.

Finalmente, la relación de los participantes con el clóset muestra aspectos ambiguos y contradictorios que adjudico al hecho de que en su época la identidad gay como tal no existía, y que el homosexual visto como sujeto constituido con base en elementos distintos a lo patológico, al delito o la culpa, mostraban apenas indicios en ser cuestionado, prevaleciendo incluso el estereotipo homosexual sinónimo peyorativo de “vestida” –de ahí la renuencia a simplemente nombrarse–. Por tanto, los participantes concibieron el clóset

desde parámetros conceptuales distintos a los reconfigurados posteriormente, además de que, para ellos, ser homosexuales, por lo mencionado, no implicaba adscribirse a una identidad circunscrita a partir de la orientación sexual, de ahí que asumieran no haber estado del todo en un clóset como tal, como se concibe en la actualidad.

Al respecto, es pertinente recordar la noción del término paradigma, introducido en la filosofía por Platón y popularizado después por Thomas S. Kuhn. Para Platón un paradigma es un “modelo” real del mundo (en una dimensión que trasciende el mundo físico), mientras que, para Kuhn, un paradigma son los “lentes” con los que captamos el mundo, es decir, una interpretación de la realidad.

Estos jóvenes de entonces tuvieron que romper y adscribirse al supuesto que:

la heterosexualidad como organización social, no tiene nada que ver con la biología y la ‘naturaleza’ (si es que existe). La heterosexualidad es un sistema cultural particular de organización social basado en la jerarquía social de los sexos y sus relaciones, un sistema que se impuso por primera vez mediante la violencia visible. Así es como lo que no es natural consigue imponerse poco a poco como norma (Rubin, 1996: 46-47).

Así, para responder la premisa inicial en cuanto a si estas generaciones en Aguascalientes salieron del closet, si regresaron al envejecer, y en sí, cómo vivieron ese clóset, los sujetos enfrentaron complejas disyuntivas. Sacar la historia del subsuelo, del clandestinaje, en lo tocante a subjetividades, provocó que se reencontraran y se reconocieran; permitió que hablaran sobre la cultura discriminante dentro de la que crecieron, el contexto adverso y la coyuntura de desigualdad ante la invisibilidad, la soledad, el aislamiento, la salud y el estigma, entre otras cuestiones, pero también y entre otras posibilidades, situaciones y experiencias afirmativas, favorables e incluso satisfactorias y gratificantes.

La representación que esgrimen los participantes, con sus características en edad e identidad y referente a sus trayectorias de vida, muestran una evolución cuyos cambios a través de una línea de tiempo trazan distintas alternativas que situadas en Aguascalientes mantienen como un referente cercano e inmediato, para el caso de Vicente, Jafet y Rodolfo, el ejemplo vivido en la

capital del país, patrón de un sinnúmero de varones originarios de Aguascalientes.

A lo largo de la investigación encontré situaciones y eventos inéditos que a manera de vivencias resarcidas ponen de manifiesto una celebración de vida, y en vida, que significa el cambio de paradigma mencionado que da cuenta de cómo algunos de estos sujetos pueden ahora nombrarse, reconocerse, asumirse y ser como realmente son, en la tercera edad y en Aguascalientes.

Su sola existencia representa ruptura, una disrupción de subjetividades en confrontación que coloca la verificación de derechos restitutivos en condiciones históricas de invisibilidad. Por tanto, vislumbro que el ciclo marginal precario de la vejez gay –a mayor edad, mayor discriminación, tanto antes como hoy–, no necesariamente opera en los cinco sujetos, ni de la misma manera ni como los reseñados bajo formas asumidas revictimizantes. Considero que las narrativas y realidades expuestas, principalmente las de Jafet y Rodolfo, logran darle vuelta a la tuerca mediante la recuperación de sus testimonios y la restitución de sus vidas.

La resistencia no es la proyección de nosotros mismos en un futuro hipotético e incierto, sino la manifestación, posible hoy, de una desviación en relación con la norma. Es intentar situarnos no fuera, sino al lado, inventando otras formas de vida, otras formas de personalidad y otros modelos sociales (Eribon, 2000: 77).

Didier Eribon se refiere a la capacidad de las subjetividades no normativas para enfrentar y revirar la heterónoma, y transformar las prácticas de violencia de un régimen opresor en provocadora resistencia y productiva reivindicación.

Me parece innegable que los gais han hecho que existan, desde hace más de un siglo, modos de vida y modos de sociabilidad que les son particulares [...] no se trata sólo de modos de vida: es todo un conjunto de relaciones entre los individuos, de representaciones, de discursos que circulan en el interior de este espacio, de argots específicos, de modas en el vestido, etc., lo que está implicado. Y finalmente, ciertos tipos de personalidades y de subjetividades particulares (Eribon, 2000: 83).

Esta construcción social en función de una diferencia, de una diversidad y disidencia sexual ha permeado dentro de la cultura contemporánea, transformándola al tiempo que, nutriéndose de ella, generando dinámicas que siguen un curso que continuamos procesando y retroalimentando. Y este acontecer, en su devenir, implica recuentos, sugiere balances y demanda recomposiciones como muestra de nuestra capacidad para repensarnos y reinventarnos dentro del entramado que llamamos humanidad.

Los gais y las lesbianas deben olvidar lo que han aprendido en su juventud, deshacerse de la manera en que han sido socializados, desprenderse del peso de la subordinación [...] es necesario admitir que hay miles de formas de ser homosexual. La –subjetivación– para recuperar el término de Foucault, es decir, la reinención de la identidad personal, es un gesto que no tiene un previo contenido determinado; al contrario, cada uno de nosotros le dará el sentido que quiera (Eribon, 2000: 75).

Como un último aspecto a abordar dentro de las conclusiones, me permito sugerir algunos temas cuya pertinencia considero que debería ser tomada en cuenta para la elaboración de futuras investigaciones al respecto de los adultos mayores. Propongo, a partir de la interseccionalidad aquí registrada, abordar la variable de edad contemplando otros rangos, como los de las décadas de cuarenta y cincuenta años, segmento que en la BUAP se está trabajando en varones de la capital del estado en el Colegio de Antropología Social; asimismo, sugiero cruzar la variable sexo y hacer extensivas las investigaciones tanto a mujeres lesbianas adultas mayores cisgénero como a mujeres adultas mayores trans, tomando en cuenta la complejidad que estas últimas podrían representar partiendo de su lamentable promedio de vida, hecho que brindaría mayor trascendencia al abordaje. De igual manera, sugiero abarcar poblaciones de varones homosexuales adultos mayores racializados que viven en comunidades rurales e indígenas, así como a varones homosexuales adultos mayores que viven bajo condiciones de diversidad funcional con su equivalente para las mujeres lesbianas, entre otras variantes sujetas a valoración de las y los interesados.

Por último quisiera dejar sentado que al investigar no nos encontramos bajo condición de resolver los temas y las problemáticas que decidimos abordar, sino que el compromiso que emprendemos radica en las aproximaciones

que ejerzamos, recordando que trabajamos sobre conocimientos y saberes inacabados que al ser dinámicos a veces se hayan en ciernes, constituyéndose y reconfigurándose y que tienen lugar dentro de procesos sociales que, al no ser fijos ni estables, sino discontinuos y cíclicos, dan lugar a considerar conceptos, nociones y categorías a veces como insuficientes, pues no siempre dan cuenta de la complejidad de los fenómenos que observamos en nuestra realidad manifiesta.

Es necesario admitir que los contextos actuales no son tan afortunados como quisiéramos y que, aunados a las necesarias y bienvenidas emergencias, nos enfrentamos a prejuicios, desinformación, tergiversación, así como a tendencias y proyectos ideológicos que deambulan entre un condicionamiento y automatismo que busca frenar el cambio de paradigma que deseamos procure la autonomía, emancipación y disidencia que la dimensión política exige.

Estamos conscientes que representamos una amenaza para el patriarcado, la heteronorma, el orden genérico, los binarismos y el androcentrismo. Nuestras trayectorias vueltas devenir nos han hecho sujetos políticos de derecho. Nuestras narrativas, el relato personal expuesto aquí, son resultado del poder al cual hemos sido expuestos a lo largo de nuestras vidas, estableciendo nuestro lugar de enunciación desde dónde hablamos y cómo es que logramos que nuestra habla trascendiera.

Nuestras existencias diversas esperan que seamos congruentes y consistentes; nos aguardan para traducirlas en experiencias colectivas diferenciadas, atravesadas por el poder y la opresión, pero que, bien sabemos, pueden ser superadas y revertidas. Es así como la subjetividad homosexual desvela una existencia invisibilizada, exige una presencia denegada y urge una huella inaplazable que recupera la vida y la memoria de sus personajes, su experiencia y su devenir.

Hordas y hordas de homosexuales, tanto jóvenes como mayores, se han visto privados de la oportunidad de tener una memoria histórica porque el mundo académico, hasta las últimas décadas, no ha reconocido que existe una historia gay. Tampoco la mayoría de la gente ha reconocido que los “monumentos” de la historia gay se encuentran en la historia literaria gay. Las naciones y los pueblos tienen sus grandes monumentos, pero los gais no tienen un espacio que sea específicamente nuestro. Los libros gais son nuestros monumentos, los más inclusivos de todos los monumentos. Byrne Fone



Referencias

- Agustín, J. (2013). *La contracultura en México*. Debolsillo.
- Altamira, R. (2023). Entrevista realizada en la Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Anodis. (2021a). *El fantasma de la soledad: temor a la vejez en hombres gay*. <https://anodis.com/el-fantasma-de-la-soledad-temor-a-la-vejez-en-hombres-gay/>
- Anodis. (2021b). *Esto es lo que pasa cuando decides salir del armario a los 40*. <https://anodis.com/esto-es-lo-que-pasa-cuando-decides-salir-del-armario-a-los-40/>
- Aoki, R. (2019). Sobre la buena vida y la liberación. En Bornstein, Kate y Bergman, S. Bear. (comps.), *Disidentes de género. La nueva generación*, pp. 154-182. Texere.
- Arellano Delgado, L. M. (2017). *Homosexualidad. Lo público y lo privado*. Excelsior.

- Arias, K. (2007). Vejez y envejecimiento: apuntes para un marco conceptual desde la Gerontología Comunitaria. *Anuario de Investigaciones de la Facultad de Psicología*, 4(1): pp. 147-156.
- Arrubia, E. (2014). Viejos, humanos y sexuales. Una reivindicación jurídico antropológica de la sexualidad en la vejez. En *Intersecciones en Comunicación* (9), 67-89.
- Bellver, J. M. (2014). *La resurrección de Michel Foucault*. El Mundo.
- Beltrán, A. (2015). *Chulos y coquetones. Conversaciones con protagonistas del mundo gay*. Ediciones B.
- Beltrán, A. (2017). *Damas y adamados. Conversaciones con protagonistas de la diversidad sexual*. Ediciones B.
- Bialostozky, H. (2020). ¿Estás en la lista? Breve historia de cantinas, bares y antros gays en la ciudad de México (1960-2000). <https://shre.ink/S5f0>
- Bimbi, B. (2017). *El fin del armario. Lesbianas, gays, bisexuales y trans en el siglo XXI*. Marea.
- Blanco, J. J. (1990). *Un chavo bien helado. Crónicas de los años ochenta*. Ediciones Era.
- Blanco, J. J. (2003, julio). Los nuevos viejos. La tercera edad se alarga y con ella cambian la familia, la vejez y la muerte. *Nexos*. <https://www.nexos.com.mx/?p=10722>
- Bobadilla, J. C. (2020). *Cuerpo, placer y deseo. Una mirada etnográfica al homoerotismo en Aguascalientes*. Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Bornstein, K. y Bergman, S. B. (2019). *Disidentes de género. La nueva generación*. Texere.
- Brañas, F. (2019). *El VIH acelera la vejez: los afectados sufren patologías geriátricas a los 50 años*. La Nueva España Blog.
- Camacho, S. (2005). Los murales del Palacio en debate. Ciudad de Aguascalientes, 1962. En Terán, M. y Zalpa, G. (coord.), *La trama y la urdimbre. Ensayos de historia cultural*, pp. México: UAZ, ICA, pp. 193-214.
- Castaño, P. (2018). Javier Sáez: el actual modelo de orgullo es excluyente, está pensado para gays de clase media y alta. Cuarto Poder Blog. <https://www.cuartopoder.es/derechos-sociales/2018/06/24/javier-saez-el-actual-modelo-de-orgullo-es-excluyente-esta-pensado-para-gays-de-clase-media-y-alta/>
- Castellanos M., C. E. (2021). *La prensa ante las primeras machas del orgullo gay*. Blog Atarraya.

- Castillejo, A. (2019). *El sexo en la tercera edad: problemas comunes de las personas mayores*. 65ymas. https://www.65ymas.com/salud/sexo-tercera-edad-posible-deseable-dificultarse-con-los-anos_6684_102.html
- Castillo Aguilar, R. (2017). *Conapred: un llamado a consolidar el estereotipo gay del capital*. La Izquierda Diario. <https://www.laizquierdadiario.mx/Conapred-un-llamado-a-consolidar-el-estereotipo-gay-del-capital>
- Cobian, J. (2013). *Los jotos. Cronología y diccionario*. Prometeo Editores.
- Consejo Estatal para la Prevención de la Discriminación en el Estado de Puebla (2020, 2 de octubre). Foro virtual “Las Diversidades Sexpresan: Derechos sexuales, Diversidad e Inclusión en Tiempos de Pandemia” (Transmisión en línea). Gobierno de Puebla.
- Coronel, R. (2020). Cuando se vino el Vampiro. *Algarabía* 188(19).
- Dabove, M. I., Prunotto Laborde, A. y Barnett, V. (2006). *Derecho de la ancianidad. Perspectiva Interdisciplinaria*. Juris.
- De Garay, G. (coord.) (1997). La entrevista de historia de vida: construcción y lecturas. *Cuéntame tu vida. Historia oral: Historias de vida*. (pp. 16-28). Instituto Mora.
- De la Barrera, N. (2018). Envejecer con VIH: historias de la primera generación que llega a la tercera edad. *Border, periodismo*. <https://www.borderperiodismo.com/actualidad/envejecer-con-vih-historias-de-la-primera-generacion-que-llega-con-el-virus-a-la-tercera-edad/>
- De Llano M., L. (2021). *Avándaro. Cuando el rock mexicano perdió la inocencia*. Gobierno del Estado de México.
- De Tena, R. (2021). Leer “Alí Baba y los 40 maricones” es necesario para entender la historia gay de nuestro país. *Fantasticmag*. <https://www.fantasticmag.es/ali-baba-40-maricones-nazario/>
- Díaz M., A. (2004). *Los hijos homoeróticos de Jaime Humberto Hermosillo*. Plaza y Valdés Editores.
- Domínguez-R, H. (2015). *La cuestión del odio. Acercamientos interdisciplinarios a la homofobia en México*. Universidad Veracruzana.
- Domínguez-R, H. (2019). *Latinoamérica queer. Cuerpo y política queer en América Latina*. Ariel.
- El Clóset LGBT+. (2021). El tío gay, ese que todos quieren tener. <https://elclosetLGBT+.com/fuera-del-closet/el-tio-gay-ese-que-dia-tener/>
- El Confidencial. (2024, 19 de septiembre). Qué es la sexalescencia: la nueva forma de personalidad cada vez más de moda en España. *El Confidencial*.

- https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2024-09-19/1qrt-que-es-sexualidad-nueva-forma-personalidad-mas-de-moda-espana-mayores-60_3965384/
- Eribon, D. (2000). *Identidades. Reflexiones sobre la cuestión gay*. Bellatierra. La biblioteca del ciudadano.
- Falconi, T. D. (ed). (2018). *Inflexión marica. Escrituras del descalabro gay en América Latina*. Egales.
- Feixa, C. (1999). *De jóvenes, bandas y tribus*. Antropología de la juventud. Ariel. Barcelona.
- Fone, B. (2000). *Homofobia. Una historia*. México: Océano.
- Foucault, M. (2004). De la amistad como forma de vida. En René de Ceccatty, J. D. y Bitoux, J. Lee. *Letra S*.
- Freixas F, A. (1997). Envejecimiento y género: otras perspectivas necesarias. *Anuario de psicología / The UB Journal of psychology*, (73), p. 31-42.
- Freixas, F, A. (2013). *Tan frescas. Las nuevas mujeres mayores del siglo XXI*. Paidós. Barcelona.
- Gaceta UNAM. *Primera Consulta Universitaria sobre condiciones de igualdad de género de la Comunidad LGBT+IQ+ en la UNAM. Informe Ejecutivo de resultados*. Coordinación para la Igualdad de Género. Dirección General de Atención a la Comunidad. Ciudad Universitaria 30 de junio 2022.
- Gaona, P. (2025). ViceMéxico. Junio25 de 2018 <https://www.vice.com/es/article/nos-defendiamos-a-chingadazos-asi-era-la-lucha-homosexual-hace-40-anos/>
- García A., M. (2018). Mayores y diversidad sexual: entre la visibilidad y el derecho a la indiferencia. *Revista Prisma Social*, (21), 123–148. Recuperado a partir de <https://revistaprismasocial.es/ps/article/view/2460>
- Giribuela, W. (2013). Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad. Reseña. *La Aljaba*, segunda época, (17), pp. 203-205.
- Goffman, E (2008). *Estigma: la identidad deteriorada*. 2ª Ed. 1ª reimpresión. Buenos Aires, Amorrortu editores.
- Gómez Serrano, J. y Delgado Aguilar, F. J. (2010). *Aguascalientes. Historia breve*. El Colegio de México. Fondo de Cultura Económica.
- Greer, G. (2003). *El Chico. El efebo en las artes*. Océano.
- Guasch, O. y Lizardo, E. (2017). *Chaperos. Precariado y prostitución homosexual*. Bellaterra.

- Guerra, H. y Mérida R. M. (eds). (2019). *Entre lo joto y lo macho. Masculinidades sexodiversas mexicanas*. Egales.
- Guillot, E. (1997). *Historia del rock*. Editorial La Máscara.
- Guzmán, M. (1997). Pa' la escuelita con mucho cuida'õ y por la orillita: A Journey Through the Contested Terrains (eds.) *Puerto Rican Jam*, 209-228. University of Minnesota Press.
- Hectorín. (2020, 2 octubre). *Adultos mayores LGBT+: invisibilidad y discriminación*. Soy Homosensual. <https://www.soyhomosensual.com/sexualidad/adultos-mayores-lgbt-invisibilidad-y-discriminación/>
- hooks, b. (2022). *Todo sobre el amor. Nuevas perspectivas*. Paidós.
<https://www.facebook.com/groups/240031690392/search/?q=Christopher%20Ihserwood>
- Huard, G. (2014). *Los antisociales. Historia de la homosexualidad en Barcelona y París. (1945-1975)*. Marcial Pons.
- Jiménez, P. (2020). Soy mayor, gay e invisible. *El País*. <https://elpais.com/especiales-branded/pienso-luego-actuo/2020/soy-mayor-gay-e-invisible/>
- Kelly, P. (29 de mayo 2022). *Aprender a envejecer. Entrevista con Xavier Lizárraga*. Canal 11. <https://aprenderaenvejecer.tv/entrevista/xabier-lizarraga-cruchaga/>
- Kimmel, D. C. (1978). Desarrollo y envejecimiento en la edad adulta: Una perspectiva gay. *Journal of Social Issues*, 34, 113-130.
- List Reyes, M. (2010). *El amor imberbe. El enamoramiento entre jóvenes y hombres maduros*. Colección: Sexualidad y Sociedad. Ediciones Eón.
- Lizarraga C., X. (2011). Rosa con canas: la homosexualidad y la vejez. En Peña, E. y Hernández, L. (coords.), *Iguals pero diferentes: Diversidad sexual en contexto*. INAH, Memorias de la VII Semana Cultural de la Diversidad Sexual.
- Lizarraga C., X. (2012). *Semánticas homosexuales. Reflexiones desde la antropología del comportamiento*. INAH.
- Loaeza, G. (2011). *En el clóset*. Ediciones B.
- López, O. (2 de abril de 2021). No tienen a nadie. Un icono transgénero de 88 años combate la soledad de los mayores. *The New York Times*.
- Macías, Alfonso. (6 de enero 2020). Los puntos de la mariquita. Familias e inclusión. *Revista Educación Inclusiva*, 9(2)165-180.
- Mar, A. (2018). ¿Nos estamos convirtiendo en eternos adolescentes adictos al entretenimiento? Sitio Yorokobu.

- Mateo C, D. (2018). Los hombres gays también se hacen mayores. En *La Pluma Invertida*. Sección: opinión. Publicado en octubre de 2018.
- Meccia, E. (12 de agosto 2016). El almanaque interior. *Suplemento Soy*.
- Meccia, E. (2011). La sociedad de los espejos rotos. Apuntes para una sociología de la gaycidad. En *Sexualidad, salud y sociedad. Revista Latinoamericana*. Número 8 agosto 2011. pp. 131-148.
- Meza, C. (2021). *Reinvención de nuestra identidad como mujeres viejas. Cuerpo, sexualidad y resiliencia*. Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Mira, A. (2021). *Crónica de un devenir. Tiempo, experiencia, generaciones*. Ega-les. Barcelona.
- Mira, A. (27 de agosto 2024). Grupo de estudios sobre homosexualidad.
- Monsiváis, C. (2010). *Que se abra esa puerta. Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual*. Paidós. México.
- Muñoz R., J. (coord.) (2018). *A medio siglo del Sargent Pepper's Lonely Hearts Club Band: una reflexión profunda sobre la contracultura de los años sesenta del siglo xx*. Colección Alternativas. UNAM. México.
- Narváez M., O. L. (2011). *Urbanismo gerontológico. Envejecimiento demográfico y equipamiento urbano. El caso de la ciudad de Aguascalientes*. Universidad Autónoma de Aguascalientes. México.
- Narváez M., O. L. (2019). *Aguascalientes, ciudad amigable con las personas mayores. Propuesta de proyectos y acciones*. Universidad Autónoma de Aguascalientes. México.
- Olvera Z, C. (2018). A criterio de policías y verificadores, las faltas a la moral y buenas costumbres en Aguascalientes. *La Jornada*.
- Organización de las Naciones Unidas (2021, 28 de mayo). Nueva Estrategia contra el VIH plantea la ONU. *Suplemento Letra S* [versión impresa].
- Organización de las Naciones Unidas (2021). *Día mundial de toma de conciencia del abuso y maltrato en la vejez. 15 de junio*. Sitio Organización de las Naciones Unidas.
- Ortner, S. B. (2016). *Antropología y teoría social: cultura, poder y agencia*. México: Universidad veracruzana. Colección Biblioteca.
- Osornio, G. (2014). *Tengo que morir todas las noches. Una crónica de los ochenta, el underground y la cultura gay*. México: Penguin Random House.
- Padilla de la T, M. R. (2007). Ciudadanía y ciudad. La búsqueda desde la exclusión por insertarse en el proyecto común. El caso de la ciudad de Aguascalientes. En *Descentramiento de la ciudadanía nacional*. Juan

- Manuel Ramírez Sáiz. Cuadernos del Doctorado en Estudios Científico-Sociales II. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. México: ITESO.
- Palacios, J. (2017, 5 abril). Aguascalientes se queda atrás en aceptación de derechos de los demás. *Líder Empresarial*.
- Payno, H. (2019, 14 de julio). *El miedo a envejecer*. Facebook.
- Peralta, B. (2016). *En el clóset de cristal*. Ediciones B. México.
- Peralta, B. (2017). *Otros nombres del arcoíris*. Ediciones B. México.
- Peralta, B. (2019). *Pioneros LGBT+*. En Milenio. Publicado el 21 de noviembre de 2019
- Peralta, J. L. (ed.). (2018). *Antes del orgullo. Recuperando la memoria gay*. Egales. España.
- Po, P. (2019). *El muchacho que soñaba en fantasmas*. Altres Costa-Amic Editores. México.
- Ramos Bonilla, G. (2013) Antropología de la vejes en el Perú. Un vacío etnográfico. *Antrophia* (11) 104-112.
- Robles, L. (2001). El fenómeno de las cuidadoras: un efecto invisible del envejecimiento. *Estudios demográficos y urbanos*, 48, 561-584.
- Rodríguez, G. (2018). ¿por qué apostar por el mercado de adultos mayores? En *Revista Digital Líder Empresarial*. Sección: Negocios. Publicado el 10 de setiembre de 2018.
- Rubin, G. (1996) El tráfico de mujeres: Notas sobre la economía política del sexo. En Marta Lamas, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 35-96). UNAM.
- Rueda, C. O. (2003). *No soy medio raro... soy homosexual*. Instituto Cultural de Aguascalientes. Unidad estatal de Culturas Populares. México.
- Sabato, E. (2003). *La resistencia. Una reflexión contra la globalización, la masificación, la masificación*. Seix Barral. Planeta. México.
- Sáez del Á, J. (2024). *Biopolítica del armario*. Bellaterra Ediciones. Barcelona.
- Salinas H, H. M. (2008). *Políticas de disidencia sexual en México*. CONAPRED. México.
- Salinas M., R. (2010). A treinta años del Movimiento de Disidencia Sexual Mexicano. Afirmación identitaria, conformación de Agendas y Políticas Públicas. *Revista Pensares y Quehaceres. Revista de Políticas de la Filosofía*, 9.

- Sancho, C. M. (2019). Las tres edades del hombre gay. *Blog Shangay*, sección opinión.
- Sancho, M. (2021). Ancianos LGBT+: abrir camino incluso en la vejez. EFE Madrid. *Agencia EFE*. Edición España. Sección Sociedad. Publicado el 30 de junio de 2021.
- Santos, D. (2018, 28 de mayo). Pensamiento de rancho. *Sexualidades Críticas*.
- Schuessler, M y Capistran, (2018). M. *México se escribe con J. Una historia de la cultura gay. Corregida y aumentada*. Debolsillo. Penguin Random House. México.
- Schulz-Cruz, B. (2008). *Imágenes gay en el cine mexicano. Tres décadas de jote-río 1970-1999*. Fontamara. México.
- Serrano, A y Pascual A. (2004). *Diccionario de los símbolos*. España: Libsa.
- Sibilia, P. (2017). El tabú del cuerpo viejo. En Letra ESE. Publicado el 16 de enero de 2017.
- Smith, G. A. (2019). Todas somos el esperpento de alguien más. *Disidentes de género*. La nueva generación. México. Texere.
- Tabouret, R. (2003). Aguascalientes: ¿Una buena ciudad de gente buena? En *Caleidoscopio. Revista semestral de Ciencias y Humanidades*, 7(13).
- Tattó, M. (2021). La visibilización de adultos mayores, pueblos indígenas y la comunidad LGBT+. *Sitio Yaaq*.
- The Stonewall. (2020). *Hombre de 90 años sale del armario porque no puede olvidar al hombre del que se enamoró hace 70 años*.
- Tovar V., S. (2015). *Cuatro Lunas*. México: Planeta.
- Treviño, A. (2021). Guadalajara. Donde se dan los hombres. Reflexiones sobre las masculinidades que se asumen tapatías. En *Blog Bad Hombre Team*.
- Trueba, J. L. (comp). (2013). *Las delicias de la carne. Erotismo y sexualidad en el México del S. XIX*. Conaculta. Instituto Nacional de Bellas Artes.
- Tuñón, J. (2006). Nueve escritoras, una revista y un escenario: cuando se junta la oportunidad con el talento. *Nueve escritoras mexicanas nacidas en la primera mitad del siglo xx, y una revista* (coord. Elena Urrutia). México. INM/COLMEX.
- Ulisex Magazine. (2020). La homosexualidad en México de los años 20: Leocadio Gutiérrez. Sección Archivos y Memorias Diversas. Publicado el 10 de enero de 2020.
- Valencia, J. (productor). (2020). *Cuidando mi salud*. Entrevista Dr. Jaime Marrentes Betanzos.

- Valencia, S. (2016). *Capitalismo Gore. Control económico, violencia y narcopoder resistencia*. Booket. Paidós.
- Vallejo, R y Guzmán. R. (2018). *Desde que abrí los ojos. Historias que salen del Arcoíris y llegan al corazón*. SéLector. México.
- Vázquez, P, F. R. (2015). Prácticas religiosas en la vejez y su relación con el autocuidado y el bienestar. *Caleidoscopio*, 18(22), 135-151.
- Villalobos, F. (2021). Curso virtual. Hacia una vejez LGBTQ+. 24 de noviembre de 2021. Centro de Investigación y promoción para América Central de Derechos Humanos (CIPAC). Costa Rica
- Villar, M. (2017). *Vivir largo tiempo con la infección por el VIH se asocia con síntomas de malestar, depresión y ansiedad*. The Body.
- Wade, S. (2024). *Foucault en California. Un viaje filosófico y lisérgico*. España. Blackie Books.
- Weeks. J. (1993). *El malestar de la sexualidad. Significados, mitos y sexualidades modernas*. España. Talasa.

Contra el olvido
Recuperando la memoria de varones adultos mayores
homosexuales de Aguascalientes

Primera edición 2025
(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo
del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión
y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.